



Sermon Studies Gospels Series C

Spanish

ESTUDIOS PARA SERMONES SOBRE
LOS EVANGELIOS — SERIE C

E. H. Wendland, editor

Este libro es uno de una serie de auxilios sobre los textos de predicación escogidos por la Comisión Inter-luterana de Adoración en Estados Unidos. Consta de un ciclo de tres años, designados con letras del alfabeto (A, B, C) dando una lección del Antiguo Testamento o los Hechos, una Epístola y un Evangelio para cada domingo y fiesta del año. Este libro tuvo su comienzo como un proyecto de las misiones mundiales del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin para ayudar particularmente a los pastores nacionales en los diversos campos misioneros en la preparación de sus sermones. Posteriormente fue publicado también para uno generalizado en los Estados Unidos. La presente traducción al español ha sido hecho por misioneros de la Misión del Sínodo Evangélico Luterano en el Perú. Los derechos de autor pertenecen a Northwestern Publishing House, Milwaukee, Wisconsin, con fecha de 1982. Todos los derechos son reservados.

Misión del Sínodo Evangélico Luterano en el Perú

1994

Contenido

Introducción.....	8
1. La estación de Adviento	11
Primer Domingo de Adviento	12
Segundo Domingo de Adviento.....	17
El Tercer Domingo de Adviento	22
El Cuarto Domingo de Adviento	28
2. La Estación de la Navidad	32
La Natividad de Nuestro Señor	34
Primer Domingo después de la Navidad	40
El Día de Año Nuevo	46
Segundo Domingo después de la Navidad	49
3. La Estación de la Epifanía	54
La Epifanía de Nuestro Señor	56
Primer Domingo después de la Epifanía.....	62
Segundo Domingo después de la Epifanía	66
El Tercer Domingo después de Epifanía.....	71
El Cuarto Domingo después de Epifanía.....	76
El Quinto Domingo después de Epifanía	82
Sexto Domingo después de la Epifanía.....	88
Séptimo Domingo después de la Epifanía	94

Octavo Domingo después de la Epifanía.....	101
La Transfiguración (El Ultimo Domingo después de Epifanía).....	105
4. La Estación de Cuaresma	111
El Primer Domingo de Cuaresma.....	112
Segundo Domingo de Cuaresma.....	118
El Tercer Domingo de Cuaresma	122
El Cuarto Domingo de Cuaresma	127
El Quinto Domingo de Cuaresma.....	134
El Domingo de Ramos	140
Jueves Santo	145
Viernes Santo	150
5. La Estación de la Pascua de la Resurrección	156
La Pascua — La Resurrección de Nuestro Señor	157
Segundo Domingo de Pascua	162
Tercer Domingo de Pascua	167
Cuarto Domingo de Pascua.....	171
Quinto Domingo de Pascua.....	175
Sexto Domingo de Pascua	179
La Ascensión de Nuestro Señor	184
Séptimo Domingo de Pascua	189
6. La Estación de Pentecostés	194
Pentecostés	196

La Santísima Trinidad	202
(El Primer Domingo después de Pentecostés).....	202
Segundo Domingo después de Pentecostés.....	208
Tercer Domingo después de Pentecostés.....	213
Cuarto Domingo después de Pentecostés	217
Quinto Domingo después de Pentecostés	223
Sexto Domingo después de Pentecostés.....	228
Séptimo Domingo después de Pentecostés	234
Octavo Domingo después de Pentecostés.....	239
Noveno Domingo después de Pentecostés	244
Décimo Domingo después de Pentecostés	248
Undécimo Domingo después de Pentecostés.....	253
Duodécimo Domingo después de Pentecostés.....	257
Décimo Tercer Domingo después de Pentecostés.....	261
Décimo Cuarto Domingo después de Pentecostés	266
Décimo Quinto Domingo después de Pentecostés.....	272
El Decimosexto Domingo después de Pentecostés	277
El Decimoséptimo Domingo después de Pentecostés.....	281
El Décimo Octavo Domingo después de Pentecostés	286
El Décimo Noveno Domingo después de Pentecostés.....	292
El Vigésimo Domingo después de Pentecostés.....	299
El Vigésimo Primer Domingo después de Pentecostés.....	305

El Vigésimo Segundo Domingo después de Pentecostés	310
El Vigésimo Tercer Domingo después de Pentecostés	316
El Vigésimo Cuarto Domingo después de Pentecostés.....	321
El Vigésimo Quinto Domingo después de Pentecostés	326
El Vigésimo Sexto Domingo después de Pentecostés.....	331
El Vigésimo Séptimo Domingo después de Pentecostés	337
El Ultimo Domingo después de Pentecostés.....	343

Introducción

El Calendario para el Año Eclesiástico

Las lecturas de las Escrituras y los textos de los sermones de estos estudios siguen una serie de textos bíblicos que fueron escogidos por la Comisión Inter-luterana de Adoración. Esta comisión escogió una serie de textos para cubrir un período de tres años. Se conocen como la serie A, la serie B y la serie C. Cada serie es completa en sí. Cada serie alista una lección del Antiguo Testamento, una de las Epístolas y una de los Evangelios para los domingos y días festivos del año eclesiástico. Las tres lecturas que se adecuan al pensamiento del año eclesiástico para cada domingo, especialmente el Antiguo Testamento y el Evangelio, se relacionan una a la otra. El Evangelio usualmente presenta el pensamiento central para el domingo.

Para resumir: *el Evangelio presenta el tema para el domingo del año eclesiástico*. La selección del Antiguo Testamento se relaciona con este tema. La lectura de la Epístola tal vez tenga una relación más tenue. A veces la Epístola sigue un plan independiente.

La serie A escoge la mayoría de sus lecciones del Evangelio de Mateo; la serie B sigue principalmente el Evangelio de Marcos; la serie C encuentra su fuente principal de textos en Lucas. El Evangelio de Juan suple textos importantes para las tres series. Así, dependiendo de cuál serie se sigue, la congregación llegará a conocer muy bien un Evangelio a través de un año. Para ciertas fiestas como, por ejemplo, la Navidad, para la cual Lucas provee la historia más apropiada, se puede utilizar el mismo texto en más de una serie.

Para los que no conocen esta serie, mencionamos algunos cambios del arreglo de las antiguas perícopas históricas. Las diferencias principales son como sigue:

1. La estación de la Epifanía llena todo el tiempo entre la estación de la Navidad y la de la Cuaresma. En otras palabras, la estación de la pre-cuaresma (Septuagésima, Sexagésima y Quinquagésima) se ha eliminado. Así hay más domingos después de la Epifanía.
2. Los domingos después de la Pascua se llaman los domingos *de* la Pascua e incluyen la Ascensión. Se extienden por un período de siete semanas que incluyen lo que en la serie histórica fue Exaudi, el domingo después de la Ascensión.
3. El Pentecostés, más bien que el domingo de la Trinidad, da su nombre a los demás domingos que siguen (domingos después de Pentecostés).

Las lecturas de la Escritura y los textos de los sermones para estos estudios siguen la serie C.

El Evangelio según San Lucas

La mayoría de los textos de la serie C son tomados del Evangelio según San Lucas. Lucas fue un amigo íntimo y colaborador del Apóstol Pablo. Pablo se refiere a Lucas como un “colaborador” (Fil. 24) y como “el médico amado” (Col. 4:14). Lucas estaba con Pablo durante su primer encarcelamiento en Roma (Hechos 28:31, 31) y otra vez durante el segundo encarcelamiento de Pablo. En esa ocasión Pablo declaró: “Solamente Lucas está conmigo.” (2 Tim. 4:11). Como amigo íntimo de Pablo, Lucas también fue un amigo de Marcos quien escribió el segundo Evangelio y que también viajaba con Pablo. Es muy posible que tanto Lucas como Marcos estaban con Pablo cuando Pablo fue ejecutado.

Del libro de los Hechos, también escrito por Lucas, algunos han concluido que Lucas vivía en la ciudad de Antioquía en Siria. Aquí Lucas, que fue griego por nacimiento, llegó a ser un cristiano. Fue médico por profesión. Lucas acompañaba a Pablo en su segundo viaje misionero (Hechos 16:10) y otra vez al final del tercer viaje misionero de Pablo (Hechos 20:6). También acompañó a Pablo en su viaje peligroso a Roma cuando Pablo fue llevado a esa ciudad para su juicio.

No existe buena razón para dudar que Lucas fue el autor del tercer Evangelio. Lucas escribió su Evangelio y el Libro de los Hechos a un hombre que se llamaba Teófilo (Luc. 1:3; Hechos 1:1). La salutación “Excelentísimo Teófilo” demuestra que Teófilo fue una persona importante, pero no sabemos más acerca de él. Lucas mismo nos da el propósito de su Evangelio en estas palabras: “Me ha parecido bien también a mí, después de haberlo investigado todo con diligencia desde el comienzo, escribírtelas en orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido” (Luc. 1:3, 4). Muchos que estudian la Biblia están de acuerdo de que Lucas terminó de escribir su Evangelio alrededor del año 66 d. C., poco después de la muerte de Pablo.

Lucas fue un escritor hábil. Su lenguaje demuestra que fue un hombre de mucha educación. Tuvo cuidado de presentar solamente los hechos. Escribió para fortalecer a Teófilo, un hombre con un oficio noble, en su fe cristiana. Ya que Teófilo no era judío, Lucas explicó para él las costumbres, los nombres y los lugares judíos. *El propósito de Lucas fue mostrar a Jesucristo como el Salvador de todas las naciones, y aun de los mayores pecadores.* Un estudio más a fondo de estos textos de los Evangelios, serie C, demostrará este propósito repetidamente.

Las palabras del Dr. Martin Franzmann acerca del Evangelio de Lucas valen repetirse: “Si el Evangelio de Mateo es a la vez el más austero de los evangelios y el de más fuerza, si el de Marcos es el recital más vívido y dramático de las obras de Cristo, el de Lucas es el narrativo más cálido y atractivo de todos. Es Lucas que ha llenado la iglesia con la música conmovedora de los cánticos del Nuevo Testamento; es la historia de la Navidad en Lucas que más decisivamente ha formado la celebración navideña de la iglesia. Y ha sido sumamente enriquecida la enseñanza de la iglesia con el calor y el sentimiento de tales narrativas de Lucas como las de la viuda de Naín, Jesús llorando sobre Jerusalén, la

mirada de Jesús que condujo a Pedro al arrepentimiento, las palabras de Jesús a las mujeres de Jerusalén que lloraban, y la historia de la caminata a Emaús.” Comentando sobre la historia de Zaqueo, el Dr. Franzmann también escribe: “Uno podría inscribir sobre todo el Evangelio las palabras mesiánicas en las que culmina esa historia: ‘El Hijo del Hombre ha venido para buscar y salvar a los que se han perdido’ (Luc. 19:10).”

1. La estación de Adviento

Al comenzar otro año de la iglesia con la estación del Adviento, nuestros corazones se llenan de esperanza y gozo. La palabra “Adviento”, como sabemos, significa “venida”. Cristo, el Salvador de todos, una vez llegó a este mundo para vivir, morir y resucitar. Cristo todavía llega a los corazones de sus creyentes hoy por medio de la palabra y los sacramentos. Cristo vendrá otra vez en toda su gloria celestial para juzgar a los vivos y los muertos.

Cristo vino. Dios prometió a Adán y Eva enviar a un Salvador inmediatamente después que se cayeron en pecado. Dios renovó repetidamente esta promesa. Primero Dios habló directamente a hombres como Noé, Abraham, Isaac y Jacob. Más tarde Dios habló por las palabras inspiradas de sus profetas escogidos — Moisés, Isaías, Jeremías y otros cuyas palabras son escritas para nosotros en las Sagradas Escrituras. Dios cumplió su palabra. Cristo vino, tal como fue prometido. Vino de la descendencia de David. Vino como un infante nacido de una madre virgen en Belén. Vino en la carne para guardar perfectamente la ley de Dios como un Substituto del hombre pecador, y luego ofrecerse como un sacrificio por los pecados de toda la gente. Todas estas cosas sucedieron conforme a las promesas de Dios escritas en el Antiguo Testamento.

La venida de Cristo a esta tierra fue precedida por el envío de un mensajero. Este mensajero también fue prometido por los profetas. Este mensajero fue Juan el Bautista, que proclamó el mensaje de Dios de arrepentimiento y el perdón de los pecados en el desierto cerca del río Jordán.

Cristo viene a nosotros hoy. Viene a través de la predicación de su palabra de verdad. Esta palabra es proclamada por los fieles mensajeros de Dios, sus pastores y maestros. Viene a través de los sacramentos (el bautismo y la santa cena), por medio de los cuales el Espíritu Santo ofrece y da el perdón de los pecados, la vida y la salvación. Viene para asegurarnos que todos los que por la fe aceptan su don de la salvación pueden vivir como los hijos de Dios ahora y para siempre.

Cristo vendrá otra vez. Vendrá en poder y gran gloria. Este mundo pasará. Toda la gente aparecerá con cuerpo y alma ante él. El juzgará a todas las naciones. Los incrédulos sufrirán el castigo eterno en el infierno. Los creyentes recibirán y gozarán el don de la vida eterna en el cielo.

Las selecciones de las Escrituras para la estación del Adviento que siguen nos recordarán una vez más estas verdades eternas. En estas verdades tenemos nuestra esperanza, nuestro gozo y nuestra salvación.

Primer Domingo de Adviento

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Jeremías 33:14-16
Epístola: 1 Tesalonicenses 9:9-13
Evangelio: Lucas 21:25-36

El Año Eclesiástico

Las lecturas de las Escrituras para el primer domingo de Adviento comienzan la estación del Adviento proclamando la venida de Cristo.

El profeta *Jeremías* predijo la primera venida del Salvador. Cristo es “un renuevo de justicia” que brotaría de la familia de David. El cumplirá la promesa de salvación que fue dada a Judá el hijo de Jacob (Génesis 49:10). El Mesías prometido de verdad venía.

En su primera epístola a los *Tesalonicenses* el apóstol Pablo se refiere una y otra vez a la segunda venida de Cristo en el último día. Nos anima como cristianos a vivir una vida irreprochable mientras nos preparamos para este gran acontecimiento.

Lucas nos presenta las palabras del mismo Salvador sobre su segunda venida. Jesús predice las señales que precederán esta segunda venida. El describe su segunda venida como un acontecimiento en que se evidenciará poder y gran gloria. Les advierte a sus seguidores a permanecer firmes mientras esperan su segunda venida.

Dios cumplió todas sus promesas sobre la primera venida del Salvador. Entonces podemos estar seguros de que las promesas sobre la segunda venida de nuestro Salvador también se cumplirán. A la luz del adviento de Cristo — pasado, presente y futuro — nosotros los cristianos velaremos y oraremos.

El texto — Lucas 21:25-36

Jesús habló las palabras de nuestro texto el día martes de la semana santa. Esta fue la semana en que Jesús sufrió y murió por los pecados del mundo. Jesús estuvo en el templo de Jerusalén cuando habló estas palabras. Este mismo día los líderes de los judíos habían cuestionado su autoridad como maestro (Lucas 20). Más tarde Jesús vio lo que una viuda dio en este templo (Lucas 21:1-4). Antes de salir del templo camino a Betania les advirtió a sus discípulos que este templo sería destruido y que la destrucción del templo de Jerusalén era un cuadro de la destrucción de todo el mundo en el último día.

Esto nos lleva a las palabras de Jesús que se encuentran en nuestro texto:

v. 25 — *Entonces habrá señales en el sol, la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de gente confundida a causa del bramido del mar y de las olas.*

En el versículo 11 de este capítulo Jesús ya se ha referido a las señales generales tales como guerras, terremotos y hambrunas. Estas señales son recordatorios constantes de que este mundo llegará a su fin. Sin embargo, en el versículo 25 Jesús habla sobre las señales que vendrán inmediatamente antes del fin del mundo. Parece que las leyes de la naturaleza se cambiarán. Parece que el sol, la luna y las estrellas ya no seguirán su rumbo normal. Los no creyentes tendrán “angustia” (sunochv). Sus corazones gritarán en gran temor y desesperación. Estarán “confundidos” (ejn ajporiva). Estarán confusos y no sabrán dónde buscar ayuda. Las aguas del mar se moverán y bramarán de una manera que nunca se ha visto ni oído antes.

v. 26 — *Desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas.*

Podemos imaginar el temor que dominará el corazón de la gente, especialmente de aquéllos que han negado que exista un dios que ha creado todas las cosas y que se han burlado de las profecías sobre el fin del mundo. No sabrán lo que está sucediendo. Dios mantiene esta tierra en su lugar por medio de un balance perfecto con respecto a todos los demás cuerpos celestiales. Pero cuando se desbalancea este equilibrio y cuando los cuerpos celestiales sean “conmovidos” de su rumbo designado, entonces todo se desmoronará y será destruido.

v. 27 — *Entonces verán al Hijo del Hombre que vendrá en una nube con poder y gran gloria.*

Todos los que viven en esta tierra verán estas cosas. Verán a Jesús, el “Hijo del hombre.” Este es el mismo Jesús que una vez vino a vivir sobre esta tierra como uno de nosotros a fin de salvarnos. Pero esta vez el “Hijo del Hombre” no vendrá en la forma de ningún siervo. Ya no será menospreciado y rechazado. Vendrá como un rey “en una nube con poder y gran gloria.” Otros pasajes que se refieren a esta gloriosa venida de Cristo son: Apocalipsis 1:7; Daniel 7:13; Hechos 1:9-11; Mateo 25:31; 1 Tesalonicenses 4:16.

v. 28 — *Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.*

Todo lo que señala el fin del mundo y que llena con terror el corazón de los no creyentes debe dar esperanza y gozo al corazón de los creyentes. Ellos levantan su cabeza esperando algo. ¿Por qué? Saben que su “redención está cerca.” “Redención” (ajpoluvtrwsi) en este versículo no se refiere al pago que fue hecho por el pecado tal

como lo hacen otros pasajes. Aquí la palabra simplemente significa salvación, una liberación final de todo sufrimiento. (Véase también Romanos 8:23.)

v. 29-31 — *También les dijo una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles. Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios.*

Como un ejemplo de la verdad que Jesús ya ha afirmado, él señala una higuera. Cuando la higuera brota, la gente sabe que los días del frío del invierno ya están llegando a su fin. El verano ya está cerca. De una manera similar los cristianos deben animarse al ver las señales de los últimos tiempos. Estas señales demuestran que “el reino de Dios está cerca.” Aquí “el reino de Dios” (hJ basileiva tou' qeou'.) significa el reino de gloria de Cristo en el cielo, donde Cristo ejercerá abiertamente su poder como el gobernador sobre todas las cosas.

v. 32-33 — *De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán.*

Algunas personas encuentran una causa de preocupación en estas palabras de Cristo. Piensan que Jesús aquí promete que el fin vendrá en “esta generación” (geneav), estando viva aún la gente de ese tiempo. Jesús, sin embargo, no quiere decir la misma gente, sino la misma clase de gente. Esta es la clase de personas que lo menosprecian y rechazan como Salvador. Seguirán viviendo en la tierra hasta el día del juicio.

Aquí Jesús agrega palabras de gran consuelo. El universo y todo lo que hay en él serán destruidos. Pero las palabras de Jesús nunca pasarán. No se cambiarán de ninguna forma. Serán la verdad por toda la eternidad.

v. 34-36 — *Mirad también por vosotros mismos que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre.*

El texto termina con una advertencia clara que Jesús les da a sus discípulos. Ellos deben “mirar” por ellos mismos (prosevcete), “velar” (ajgrupnei'te) y “orar” (deovmenoi). No deben permitir que los pecaminosos deseos carnales dominen su vida.

Cuando nos entregamos a los deseos de nuestra carne pecaminosa, “nos cargamos.” Puede ser que nuestra cabeza nos duela a causa del mucho beber (véase kraipavlh). Puede ser que sigamos el camino de los no creyentes en este mundo pecador y esperamos encontrar alivio de nuestros problemas en la embriaguez. Puede ser que nos preocupemos mucho sobre las cosas de esta vida en vez de fijar nuestra esperanza en la vida venidera.

Si permitimos que estas cosas sucedan seremos como las aves atrapadas en un lazo (wJ"). Vendrá el último día y no estaremos preparados para él.

Entonces debemos, “velar y orar siempre.” Debemos orar que escapemos de ese juicio terrenal que sobrevendrá a los no creyentes a fin de poder presentarnos gozosamente delante del Hijo del Hombre cuando él venga nuevamente.

Sugerencias Homiléticas

Este texto proclama varias verdades importantes. Nos da una advertencia aguda contra toda impiedad e incredulidad. Al mismo tiempo extiende una promesa rica a todos los creyentes. Lo hace a la luz de la segunda venida de Cristo que traerá a todas las personas o la felicidad eterna o el castigo eterno.

Cuando predicamos sobre este texto en el principio del año eclesiástico queremos poner mayor énfasis, por supuesto, sobre el consuelo que las palabras de Cristo nos ofrecen. Para un creyente en Cristo la estación del Adviento trae esperanza. Aun el concepto de un juicio final significa una liberación final para los que están en Cristo. Ellos no han encontrado su mayor placer en las cosas terrenales, sino en el hacer la voluntad de Cristo. No se preocupará al saber que este mundo será destruido. El sermón entonces enfatizará la esperanza y gozo que un creyente encuentra cuando él piensa en la segunda venida de Cristo.

Pero sabemos que aun los creyentes en Cristo tienen su naturaleza pecaminosa. Con frecuencia son tentados por las preocupaciones y los placeres de este mundo para olvidarse del propósito eterno que Dios tiene para ellos. Ellos también necesitan la palabra de admonición que habla Cristo a fin de seguir siempre velando y orando.

Vale la pena mencionar otro pensamiento en relación con este texto. Tal vez para muchos pensar en la segunda venida de Cristo significa pensar en algo que sucederá en años lejanos. No ha sucedido durante un período de dos mil años. Sin embargo su venida no está tan lejos de cada individuo. Nuestro propio día de juicio tiene lugar cuando muramos (Hebreos 9:27). Entonces nuestra alma estará “con Cristo” (Filipenses 1:23), y nuestro cuerpo esperará la resurrección (Juan 5:29). Entonces sea uno creyente o no creyente, lo que nos sucede en la hora de nuestra muerte decidirá para nosotros lo que nos sucederá en el último día tal como Cristo lo describe.

El principio del año eclesiástico con su mensaje de Adviento puede servir como guía en sugerir unos bosquejos para este texto:

Entremos en Otro Año de Gracia

1. Con gozo en nuestro corazón (v. 27, 28)
2. Con vigilancia y oración (v. 34-36)

En los sermones que hablan sobre el final del tiempo el predicador recordará a sus oyentes que cada año nos lleva más cerca al final de todas las cosas. Jesús nos ha dicho que él con certeza viene otra vez. Su segunda venida será con “poder y gran gloria.” Todas las cosas aquí en la tierra pasarán. El cristiano, sin embargo, no considera la segunda venida de Cristo como algo que debe temer. Para el cristiano éste es todavía un tiempo de gracia, un tiempo cuando la palabra y los sacramentos de Dios están con él según la promesa de Dios.

Ciertamente el Señor Jesús Viene Otra Vez

1. Veamos (v. 28: “erguíos y levantad vuestras cabezas”, v. 36: “velad, pues, en todo tiempo”)
2. Regocijémonos (v. 28: “erguíos y levantad vuestras cabezas., su redención está cerca”)
3. Oremos (v. 36: “velad... para que puedas estar en pie”)

El Adviento le da Esperanza al Cristiano

1. Jesús vendrá en gran gloria (v. 27)
2. Todas las cosas terrenales pasarán (v. 25, 26, 33)
3. La palabra de verdad de Dios permanecerá para siempre (v. 33)

Jesús Proclama el Fin de Este Mundo

1. Una advertencia seria a todos los no creyentes (v. 25, 26, 34, 35)
2. Un consuelo gozoso para todos los creyentes (v. 28, 31, 36)

Nota.- La perícopa histórica presenta la entrada de Cristo en Jerusalén como el evangelio para el primer domingo de Adviento. Serie C usa esta historia para el Domingo de Ramos y de esta manera evita la repetición del mismo texto en el mismo año.

Segundo Domingo de Adviento

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Malaquías 3:1-4
Epístola: Filipenses 1:3-11
Evangelio: Lucas 3:1-6

El Año Eclesiástico

El segundo domingo de Adviento señala la forma en que Dios prepara a su pueblo para la venida de su Hijo.

Por medio del profeta *Malaquías* Dios proclamó que él enviaría un “mensajero” para “preparar el camino” del Señor.

En su epístola a los *Filipenses* el apóstol Pablo, como un fiel mensajero de Dios, demuestra — aún estando en la cárcel — que él tiene una profunda preocupación de que los que estaban encomendados a su cuidado permanecerían firmes hasta el día en que Cristo venga nuevamente.

Lucas nos dirige al mensajero que Dios envió para preparar el camino para la venida de su Hijo a este mundo. Ese mensajero era Juan el Bautista, “voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor,” que fue profetizado por el profeta Isaías. Juan llevó a cabo su trabajo de preparación al predicar y al bautizar “para perdón de los pecados.”

Durante todos los tiempos Dios envía a sus mensajeros fieles que proclaman su santa palabra. Predican el perdón de los pecados mediante la obra salvadora de Jesucristo. Los que por medio de la fe reciben este mensaje tienen la segura promesa de la vida eterna en Cristo como los hijos propios de Dios.

El texto — Lucas 3:1-6

El texto continúa el relato de los acontecimientos que Lucas ya había mencionado en el capítulo 1. En el capítulo 2 Lucas presenta los hechos sobre Jesús desde su nacimiento hasta su juventud. En el capítulo 3 Lucas regresa a la historia de Juan el Bautista, el precursor del Cristo.

v. 1, 2 — *En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite y Lisantias tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.*

Cuidadosamente Lucas establece el tiempo exacto en que Juan el Bautista comienza su ministerio. Tiberio era el emperador en Roma, gobernando juntamente con Augusto al principio, Poncio Pilato era gobernador de la provincia de Judea. Las otras tres partes de la tierra de Palestina eran gobernadas por los hijos de Herodes el grande. Un “tetrarca” originalmente era un hombre que gobernaba sobre la cuarta parte de un país. En ese tiempo se refería a un gobernante subordinado, sujeto a la autoridad de Roma. Herodes (Antipas), Felipe y Lisantias fueron los nombres de estos hijos de Herodes el grande.

Juan era un heraldo. El anunciaba lo que Dios le dijo que predicara. Juan predicaba tanto la ley como el evangelio. El proclama un “bautismo del arrepentimiento” (bavptisma metanoiva). El bautismo de Juan se caracterizaba por el arrepentimiento (metanoiva" — genitivo de característica). Arrepentirse (metanoew) significa cambiar de actitud. Esto incluye dar la espalda al pecado y voltearse hacia lo que limpia del pecado. El arrepentimiento es una media vuelta. El que se arrepiente es uno que ha cambiado su idea con respecto al pecado. Ya no encuentra placer en él, sino entiende que es una causa de la condenación eterna. También ha cambiado su idea de la salvación. Ya no piensa que va a entrar en el cielo por haber sido bueno. Cuando hablamos del “arrepentimiento” en este sentido incluimos el voltearse en fe al Mesías, el Salvador del pecado que Dios ha prometido. (Véase también Juan 1:8.) De esta manera Juan predicaba la ley que nos muestra nuestro pecado, y el evangelio que le señala al pecador a su único Salvador.

El propósito salvador del bautismo de Juan se indica claramente. Juan bautizaba “para perdón de los pecados” (eij" a[fesin aJmartiw'n). “Para perdón de los pecados” no significa “ya que tus pecados te han sido perdonados”. La preposición griega que se emplea aquí indica la meta o la finalidad del bautismo. El bautismo era el sello visible o la garantía del perdón que Dios le daba al pecador. No era solamente una señal de perdón. Los que se arrepentían y eran bautizados de verdad recibían el perdón de los pecados (a[gesi"-- una cancelación, una remisión de pecados).

Por medio del bautismo de Juan personas llegaban a ser discípulos del Cristo venidero. El bautismo de Jesús que fue instituido por Cristo mismo hizo que personas llegaran a ser discípulos del Salvador que ya había venido. (Mateo 28:18-20). Ambos bautismos, sin embargo, ofrecieron la misma dádiva, es decir el perdón de los pecados.

v. 4-6 — *Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; Enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará, Y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, Y los caminos ásperos allanados; Y verá toda carne la salvación de Dios.*

Lucas cita Isaías 40:3-5 para probar que Juan vino en cumplimiento del plan eterno de Dios de la salvación. La profecía de Isaías fue escrita en el Antiguo Testamento cientos de años antes del nacimiento de Juan. Las palabras de Isaías dibujan de una manera hermosa a Juan como la propia voz de Dios, predicando su mensaje de arrepentimiento en el desierto, preparando el camino para la venida del Salvador a todo el mundo (pa'sa savrx). Tal como un mensajero iba delante de un rey o gobernador para hacer que la gente arreglara el camino sobre el que iba a viajar, así también Juan fue enviado delante del Hijo de Dios para preparar para la venida de Cristo.

Es importante notar en este cuadro que Dios viene al hombre, no el hombre a Dios. El hombre ni siquiera puede encontrarse con Dios en la mitad del camino. El camino que se tiene que preparar para la venida de Dios debe ser un camino perfecto. Isaías dibuja un camino plano, derecho y sin obstáculos. Esto es algo que sólo Dios puede hacer. Su ley y evangelio pueden lograr un cambio en el corazón del hombre a fin de que Cristo pueda entrar. Evitemos todos los pensamientos que indican que el hombre pueda preparar el camino para Cristo por medio de su propia sabiduría u obras.

Sugerencias Homiléticas

Otra vez es de suma importancia recordar el tema del Adviento cuando pensamos en este texto en este tiempo del año eclesiástico.

La referencia detallada que Lucas hace con respecto a los gobernadores de Palestina es sin duda importante históricamente. También demuestra el gran cuidado con el que Lucas escribió su evangelio. Aunque el sermón puede mencionar estos hechos como material de trasfondo, el predicador debe tener cuidado de enredarse mucho en los detalles históricos.

Es verdad que Juan el bautista era de carácter poco usual. Una descripción de su vida podría proveer mucho material para un sermón. Juan, sin embargo fue principalmente una voz para preparar el camino para la venida del Hijo de Dios. Dios llamó a Juan a cumplir este propósito.

Sobre el bautismo de Juan surgen muchos interrogantes. ¿De qué manera fue que el bautismo de Juan era diferente del bautismo que Cristo instituyó? ¿Era el caso que el bautismo de Juan otorgaba la gracia de Dios o solamente exigía un acto de obediencia? Otra vez el predicador no debe entrar en grandes detalles al hablar de estas cuestiones durante un sermón. Esencialmente ambos bautismos ofrecieron la misma dádiva espiritual, el perdón de los pecados. Es importante presentar esta verdad positiva en vez de toda clase de preguntas y problemas.

Dios envió a su mensajero prometido para preparar el camino de la venida de su Hijo. Eso es el poderoso acto de Dios que se debe proclamar en el segundo domingo de Adviento. Dios sigue enviando a sus mensajeros fieles hasta el día de hoy. Dios provee

los medios. Dios da el poder. Que la fe de los oyentes descansa en la omnipotencia de Dios y no sobre la capacidad del hombre.

Algunas sugerencias para bosquejos se encuentran a continuación:

La Voz de Juan el Bautista en el Adviento

1. Una voz que proclama la ley de Dios (“arrepentimiento — pecados”... “enderezad”... “torcidos”... “ásperos”)
2. Una voz que declara el evangelio de Dios (predicando “perdón de pecados”; la salvación de Dios)
3. Una voz que prepara para la venida del Salvador (“prepara el camino del Señor”)

En todo el sermón el predicador empleará lo más posible el cuadro que dibuja Isaías sobre el perfecto camino en el desierto. Este mundo es un desierto de pecado. Sólo Dios puede preparar un camino perfecto. Esto lo ha hecho.

Preparen el Camino para el Señor

1. Escuchen la voz del mensajero de Dios (v. 2, 4)
2. Entiendan que un cambio de corazón es necesario (v. 3 “arrepentimiento”; v. 5 “enderezados” “allanados”)
3. Miren la salvación de su Dios (v. 6)

Escuchen a un Verdadero Predicador del Adviento

1. Mientras él nos anima a voltearnos de nuestros pecados
2. Mientras él nos invita a recibir la salvación de Dios

Cuando predicamos sobre la preparación de “un camino para el Señor,” el voltearse de nuestros pecados o el recibir la salvación de Dios, debemos evitar dar la impresión de que el arrepentimiento sea de alguna forma una obra del hombre y el hombre puede lograr esto por medio de su propia decisión por Cristo. Todo esto es la obra de Dios. El heraldo y su mensaje, el camino perfecto, la salvación — todas estas cosas ya están listas, preparadas delante de toda la humanidad pecaminosa. Dios lo ha hecho todo. El lo ha hecho por toda carne.”

La condición natural del hombre es negativa. Por naturaleza está muerto. Su ser natural se inclina a rechazar el evangelio e imaginarse que en alguna manera él puede escaparse de la destrucción. Todos los esfuerzos frenéticos que el hombre hace para prepararse a sí mismo lo lleva por un camino áspero y engañoso que termina en el pantano del desaliento o al pie del barranco de la desesperación completa.

Pero Dios nos ha mostrado el camino. El ha hecho todos los preparativos. Escuchen la voz de su heraldo. Esa es la voz de Juan en el Adviento. Ese es el mensaje de cada predicador en el Adviento.

Esta clase de prédica pone el énfasis en el evangelio donde debe estar. De esta manera nuestros preparativos para la Navidad se hacen en el espíritu de gozo y no de perdición. “Y verá toda carne la salvación de Dios.”

El Tercer Domingo de Adviento

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Sofonías 3:14-18

Epístola: Filipenses 4:4-7

Evangelio: Lucas 3:7-18

El Año Eclesiástico

Al avanzar más en la estación del Adviento las lecturas de las Escrituras nos hacen recordar que “el Señor está cerca.”

Por eso *Sofonías* exhorta a los fieles de Dios a “gozarse y regocijarse”.

En su Epístola a los *Filipenses* el apóstol Pablo anuncia el mismo mensaje. ¿Por qué es que debemos regocijarnos? “El Señor está cerca.”

Luego *Lucas* nos lleva un paso más adelante en su presentación del trabajo de Juan el Bautista, el precursor de Cristo. Juan exhortaba a la gente de sus días a arrepentirse de sus pecados y a creer en el perdón de los pecados. Juan también les exhortó a que produzcan frutos del arrepentimiento. Deben hacer esto al abandonar su camino pecaminoso y al producir buenas obras. Cuando la gente le preguntó a Juan si él era tal vez “el Cristo” (el Mesías prometido), Juan señaló al Cristo verdadero. Pronto Cristo se revelaría a ellos a fin de que pudieran conocer claramente su poder y misión divinos.

De esta manera somos llevados paso por paso durante la estación del Adviento al Salvador venidero. El que vino según la promesa de Dios seguramente vendrá otra vez (primer domingo de Adviento). Dios prepara el camino para la venida de su Hijo al enviar a sus fieles mensajeros los que proclaman su palabra de verdad (segundo domingo de Adviento). Entonces, “Regocijense...el Señor está cerca.”

El texto — Lucas 3:7-18

El texto para el tercer domingo de Adviento es simplemente una continuación del texto del domingo anterior.

v. 7-9 — *Y decía a las multitudes que salían para ser bautizados por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a*

Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aún de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego.

Un corazón que ha experimentado un cambio para lo mejor producirá “frutos que correspondan a un sincero arrepentimiento” (NVI) (karpouV" ajxivou" th" metanoiva"). Obras de amabilidad, amor y humildad fluirán de una persona que se ha convertido a Cristo. Los creyentes no se jactarán, tal como lo hicieron los fariseos, en las cosas que los humanos estiman — cosas tales como la raza, el alto rango en la sociedad, la fe de los antepasados de uno, Abraham, la reputación, la fama y cosas semejantes. Más bien pondrán su confianza en Dios que tiene el poder de convertir las piedras inanimadas en hijos espirituales. (Para un comentario sobre el “arrepentimiento” véanse los comentarios sobre el texto anterior.)

Este fue el fuerte mensaje que Juan el Bautista dirigió especialmente a los que no tenían la voluntad de confesar su pecaminosidad ni cambiar su manera santurrón de vivir. Juan los llama serpientes, “generación de víboras” (gennhvmata ejcidnw'n). Su padre espiritual es la serpiente venenosa que engañó a Eva en el Edén. (Véanse también Mat. 13:38; Juan. 8:44; Hech. 13:10).

El hacha que “ya... está puesta a la raíz de los árboles” es un cuadro del juicio de Dios. La verdadera contrición y la fe producen frutos. Cuando esto no sucede es seguro que sucederá el juicio de parte de Dios. El árbol en el que no se encuentra fruto será cortado y quemado. Los judíos experimentaron el juicio de Dios sobre ellos como una nación cuando Jerusalén fue destruida cuarenta años más tarde. Del mismo modo, todos aquellos que rechazan la gracia de Dios sufrirán el fuego eterno del infierno.

La advertencia de Juan fue en verdad aguda. Cuando el mensaje del amor y la gracia falla en tocar el corazón, entonces el mensaje del juicio sobre el pecado se tiene que proclamar. El propósito de este mensaje es aterrorizar la conciencia del hombre a fin de que tome una pausa y piense en que sin Cristo la suya es una condición perdida. Por supuesto es por medio del poder del evangelio solo que el Espíritu Santo produce la verdadera fe. Este evangelio convierte y dirige al pecador hacia el único Salvador por medio del que puede escaparse del justo juicio de Dios. Este mensaje de Juan llegó al corazón de algunos que estaban turbados en su conciencia.

v. 10-14 — *Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? El les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.*

Los que estaban turbados de conciencia debido al mensaje de Juan eran por lo general la gente común. Tal como sucedió en el caso del carcelero de Filipos, preguntaron, “¿qué

haremos?” (Hech. 16:30). Juan les dio una respuesta que era al mismo tiempo simple y directa. Les dijo lo que significa amar a tu prójimo como a ti mismo. Por medio de ejemplos de la vida diaria les mostró cuáles eran los “frutos dignos de arrepentimiento.”

“Compartir lo que tienen. Dar a los necesitados,” fue el consejo que Juan le dio a la gente en general.

“No sean deshonestos en su trato con otros,” Juan les dijo a los cobradores de impuestos.

“No usen su poder para extorsionar a la gente por medio de sobornos,” Juan les dijo a los soldados.

Cada estado de vida tiene tentaciones que le son propias. Mantenerse firme contra tales tentaciones es una buena prueba del verdadero arrepentimiento. “Considera tu estado con respecto a los Diez Mandamientos,” declara Lutero como respuesta a la pregunta, “¿Cuáles son los pecados que debemos confesar?” Que la ley de Dios sea el espejo que te muestre tus pecados. Que ella también sea la guía que te enseñe a vivir una vida irreprochable ante él.

v. 15-17 — Como el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, respondió Juan, diciendo a todos; Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.

Juan predicaba con un poder tan grande que muchos pensaban que él tal vez era el “Cristo”, el Mesías prometido. Juan contestó todas estas preguntas tocante a él al hacer un anuncio público. El señala a “uno más poderoso” (i)jscurovtero" — es decir, en poder y en autoridad) que él mismo, que pronto vendría. Este es el Mesías mismo. Juan declara que él mismo no es apto ni para desatar las ligaduras de cuero que se empleaban para mantener puestas las sandalias en los pies del Mesías. En otras palabras, ante este personaje grande, Juan no era apto ni para desempeñar la tarea del más humilde esclavo.

Juan también señala una diferencia entre su poder y el poder del Mesías venidero. Juan bautizaba con agua. El Mesías, sin embargo, derramaría al Espíritu Santo directamente. Juan no dice que su bautismo no tiene el poder del Espíritu. Aquí se hace referencia al Pentecostés (Hech. 2) cuando Jesús, el victorioso y exaltado Señor derramó de una manera muy maravillosa al Espíritu Santo sobre sus primeros discípulos. Juan bautizaba desempeñando el papel de un siervo, cumpliendo con las órdenes de su Maestro. El Maestro fue Cristo mismo (véanse también Hech. 1:5, 8; y 11:16).

Juan se refiere al “fuego” (pu"r) en conexión con el arrepentimiento del Espíritu Santo. Algunos interpretan esto como un fuego purificador, un fuego que quema y destruye todo lo que no es santo. (Véanse Is. 6:6-7; 1 Ped. 1:7) Sin embargo, el Nuevo

Testamento no relaciona el bautismo con el juicio. Las lenguas de fuego sobre las cabezas de los discípulos en el día de Pentecostés eran señales visibles de la presencia del Espíritu Santo y señales de la manifestación de gracia, un cuadro de las llamas y celo del amor cristiano.

Luego Juan describe el poder del Mesías al señalar que él es el Juez de todo. En esos días un granjero preparaba su grano de la siguiente manera: Primero, los bueyes pisaban todo el grano que estaba en el piso de la era. Luego él separaba la paja que quedaba. Finalmente empleaba una lampa grande (el aventador de Reina Valera) o una canasta para echar el grano al aire juntamente con el tamo. El viento botaba el tamo a un lado y el grano caía al piso. De esta manera el Mesías también separaría completamente (*diakaqa"rai*) el trigo de las cáscaras o desperdicios, los creyentes de los incrédulos. El juicio sería completo. El juicio ya estaba en progreso.

El juicio sería público y final en el día final cuando el Mesías “recoja el trigo en su granero,” y “queme la paja en fuego que nunca se apagará” (*puriV ajsbevstw/*). Los creyentes entrarán en la vida eterna en el cielo. Los incrédulos sufrirán el castigo del infierno. Este castigo será eterno, pues el fuego será inapagable, sin fin.

v. 18 — *Con éstas y otras muchas exhortaciones anunciaba las buenas nuevas al pueblo.*

Juan fue un verdadero evangelista. Continuaba predicando (véase la forma del imperfecto *eujhggelivzeto*) “las buenas nuevas” a la gente. Por medio de su fiel prédica del evangelio muchos corazones fueron preparados para el Mesías venidero.

Sugerencias Homiléticas

¿Cómo puedo predicar sobre este texto sin repetir lo que ya he dicho en el sermón anterior? Al preparar el sermón el predicador debe hacer esta pregunta a sí mismo.

Ambos textos, el del domingo anterior y el de este domingo, tratan de Juan el Bautista. Uno sigue inmediatamente al otro. Ambos pintan el ministerio del precursor de Cristo. Ambos contienen la ley y el evangelio. Ambos presentan la doctrina de la justificación y la de santificación.

La forma de evitar la repetición depende de qué parte del mensaje de Juan uno quiere enfatizar. El sermón del domingo pasado puso el énfasis en la justificación y en la conversión. El presente texto puede encontrar buen énfasis en la santificación, especialmente en los frutos que fluyen de la fe en la salvación que Cristo ha ganado. Estos son, por supuesto, los frutos del Espíritu Santo.

Juan señala claramente a estos frutos. Muestra cuán importantes son como parte de la vida cristiana. Advierte con los términos más fuertes posibles contra una religión que es muerta, hipócrita y simplemente externa. Por medio de ejemplos claros de la vida diaria

él demuestra lo que quiere decir vivir de una manera que agrada a Dios. Aun los deberes comunes de esta vida que hace el penitente son agradables a Dios. La vida del mismo Juan es un ejemplo de esta vida de fe. Cuando le preguntaron si él, tal vez, era el Mesías, él manifestó gran humildad. El exalta el poder del Salvador venidero. Cristo debe crecer. Juan debe menguar. De verdad, los siguientes versículos de Lucas demuestran la manera en que Juan llegó a ser un prisionero de Herodes.

Los siguientes bosquejos reflejan estos pensamientos:

Oh Señor, ¿Cómo Debemos Salir a Tu Encuentro

1. Dejando que el evangelio produzca fruto (v. 8, 9)
2. Dejando que los frutos sean una parte de nuestra vida diaria (v. 10-14)
3. Dejando que Dios tenga toda la gloria de esto (v. 15-18)

Se puede tomar el tema de entre las palabras de las otras lecturas de las Escrituras:

¡Regocíjense en el Señor Siempre!

2. Alábenle en su vida diaria (v. 7-14)
2. Sepan que siempre está cerca (v. 15-18)

Una forma muy simple de presentar el sermón sería la siguiente:

Juan Demuestra lo que Quiere Decir “Vivir Para Cristo”

1. Lo demuestra por medio de su prédica (v. 7-14)
2. Lo demuestra por medio de su ejemplo (v. 15-18)

Se ha dicho que el duro mensaje de Juan está en conflicto con el espíritu de puro gozo que debe llenar nuestro corazón durante esta estación que precede a la de la Navidad. Aunque es verdad que las amenazas de la ley no deben predominar en nuestra prédica durante el Adviento, no creemos de ninguna manera que fuera el propósito de Juan el de dejar que sus oyentes tuvieran un concepto negativo sobre el significado de la venida del Salvador.

Este texto enfatiza claramente los frutos del arrepentimiento. Esto no es nada negativo ni legalista. Se experimentarán estos frutos en el espíritu de gozo y agradecimiento cristianos. Estos frutos son una parte natural y práctica de la vida diaria tal como Juan lo demuestra tan apropiadamente. Estos frutos incluyen la verdadera humildad con la que debemos ser llenados al pensar en la grandeza de aquél cuyo nacimiento estamos por celebrar. Cristo derramaría directamente al Espíritu Santo. Traería verdad y juicio. Ante él se revelaría toda hipocresía.

Si es que hay dentro de este mensaje positivo del evangelio un elemento de advertencia, hay que dejar que este último permanezca. En esta tierra el orgullo pecaminoso del hombre está presente todavía. Nuestros propios deseos pecaminosos siguen con nosotros. Dios vio conveniente incluir este pensamiento como parte del trabajo de su heraldo

escogido, Juan, de “preparar el camino”. No queremos enfatizar esto sobremanera. Sin embargo, en vista de lo que vemos en el mundo alrededor de nosotros — sí, en vista de lo que vemos dentro de nosotros mismos — no nos atreveremos a dejar de llamar la atención al peligro de la hipocresía. Parece que justo en conexión con la fiesta de la santa Navidad, Satanás hace un fuerte intento de reunir todos sus poderes para obstaculizar que la nuestra sea una celebración verdadera y benéfica.

A este falso espíritu de Satanás, del mundo pecador y de nuestro propio corazón no se le debe permitir robarnos el corazón y meollo de la prédica de Juan:

Que el Heraldo Enviado por Dios nos Prepare Para la Navidad

1. El proclama la venida de uno que es más fuerte (v. 16)
2. El que es más fuerte derramará su Espíritu sobre nosotros (v. 16)
3. Este Espíritu creará una vida que agrada a Dios (v. 7-14)

El Cuarto Domingo de Adviento

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Miqueas 5:2-4
Epístola: Hebreos 10:5-10
Evangelio: Lucas 1:39-55

El Año Eclesiástico

Las palabras del profeta *Miqueas* anuncian el lugar exacto del nacimiento del Mesías. También describen su trabajo como el de un pastor.

El libro de *Hebreos* señala claramente que el sacrificio de Cristo fue el propósito principal de su venida al mundo. Este fue completamente suficiente para quitar los pecados de todos. Al ofrecer este sacrificio el Salvador actuó en obediencia a la voluntad de Dios (Sal. 40:7, 8).

El relato de *Lucas* demuestra la forma en que mujeres fieles como María y Elisabet entendían claramente la palabra que Dios había revelado en el Antiguo Testamento tocante a la llegada de su Hijo. Dios escogió a estas mujeres para que fueran sus siervas en el cumplimiento del plan de la salvación de la humanidad. Les dio a su Espíritu Santo para proclamar este hecho.

De esta manera los domingos de la estación de Adviento preparan el corazón del creyente para recibir el mensaje del nacimiento de Cristo. La promesa de Dios es cierta. Nosotros tenemos esta promesa de vida y salvación por medio de los mensajeros que proclaman su palabra de verdad. Esta palabra nos trae la buena nueva. Dios cumplió su plan eterno de la salvación de toda la humanidad al enviar al mundo a su Hijo que nacería de una mujer. El Hijo llevó a cabo el plan divino de salvación al ofrecerse como un sacrificio por el pecado. El Hijo, Jesucristo, vendrá otra vez en gran poder y gloria. Su segunda venida al final del mundo será un tiempo de redención final para todo el pueblo fiel de Dios. Para los no creyentes traerá el castigo eterno del cuerpo y alma. Es con gran gozo y acción de gracias que esperamos el día en que celebramos el nacimiento del Salvador.

El texto — Lucas 1:39-55

Después de la introducción (v. 1-4) Lucas comienza su relato con el anuncio que el ángel le hizo a Zacarías. Zacarías y su esposa, Elisabet, serían los padres del precursor del Mesías (v. 5-24). Lucas continúa y relata el anuncio que el ángel Gabriel le hizo a María.

María sería la madre del Hijo de Dios (v. 26-38). Poco tiempo después de esto María visita a Elisabet para compartir esta buena nueva con su parienta. Esta es la historia de nuestro texto.

v. 39-41 — *En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías, y saludó a Elisabet. Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo,*

El ángel Gabriel ya le había dicho a María que Elisabet tendría un hijo y que ya estaba en el sexto mes de embarazo. Esta noticia le sugirió a María visitar a Elisabet para poder compartir con ella el mensaje de que ella sería la madre del propio Hijo de Dios.

María no desperdicia el tiempo sino que hace lo que se le ha sugerido. Un milagro tiene lugar cuando María saluda a Elisabet. El niño no nacido (toV brevfo") salta de gozo en el vientre de su madre (véase taV brevfh en Luc. 18:25). El Espíritu Santo llena a Elisabet y la mueve a hablar palabras proféticas.

v. 42-45 — *Y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor.*

Elisabet, movida por el Espíritu Santo, sabe que María va a ser la madre del Señor. María es muy “bendita entre todas las mujeres” (eu*loghmevnh). Dios la ha escogido para que sea la madre de su Hijo. Por esa razón los maestros ortodoxos siempre han hablado de María como la “madre de Dios.” Así Elisabet expresa poéticamente la verdad de todas las profecías del Antiguo Testamento que trataban de la Simiente de la mujer y especialmente de la profecía de Isaías que trataba del nacimiento virginal (Is. 7:14).

Elisabet también le cuenta a María que el niño todavía no nacido saltó de gozo en su vientre en el mismo momento en que María la saludó. Ella alaba a María por haber confiado en las palabras del ángel Gabriel. Su acto, de una fe simple, (hJ pisteuvsasa) es altamente loable. Estas palabras de Elisabet ciertamente le fueron de gran consuelo y seguridad para María. Le confirmaron la promesa que Dios le había hecho.

v. 46-55 — *Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre, y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones, quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos, socorrió a*

Israel su siervo, acordándose de la misericordia de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre.

Esta canción de María se llama el “Magnificat”. Este nombre viene de la primera palabra de la canción tal como fue traducida al latín.

En este himno poético María alaba “al Señor” (toVn kuvrion). Su espíritu se regocija en “Dios mi Salvador” (ejpiV tw/ qew/ tw/ swth'riv mou). María lo hace porque este Dios-Salvador la escogió a ella, una pobre “sierva” (h& douvlh), a ser la madre del Mesías prometido. Ninguna mujer sobre la faz de la tierra podría recibir ninguna bendición más alta que ésta. Todas las generaciones de los creyentes la llamarían bienaventurada debido a la gracia que le fue otorgada. Estas palabras muestran que María confía implícitamente en el anuncio que Gabriel le hizo. También son una profecía maravillosa que se está cumpliendo hasta el día de hoy.

Esta misma “misericordia” (e[leo") se les otorga a “los que le temen” (toi" foboumevnoi"), es decir, a los que reconocen su grandeza y que honran y respetan su majestad. (Véanse también Rom. 3:18; 2 Cor. 7:1; Ef. 5:11) Durante la historia (“de generación en generación”) — continúa María — Dios ha demostrado su poder al esparcir a los soberbios de corazón y al levantar a los humildes de espíritu. En otras palabras, lo que Dios le ha hecho a ella es sólo otro ejemplo de los actos todopoderosos que ha manifestado a todos. A veces nos parece que éste no sea el caso. Sin embargo, esta verdad permanece firme: los orgullosos siempre están vacíos de corazón ante Dios aunque parezca que son ricos, fuertes y famosos. Los humildes, los que ponen su esperanza en Dios, son los que realmente son los bienaventurados.

Dios ha mostrado su bondad amorosa especialmente a Abraham y a “su descendencia” (tw/ spevrmati aujtou'), los judíos. Dios cumplió su promesa y les envió al Mesías de acuerdo con su pacto de gracia. Esta misericordia del Salvador-Dios permanecerá “para siempre” (eij" toVn aijw'na) para todos los que buscan en él su salvación.

El Dr. Martín Franzmann comenta: “[María] ve el alba del cumplimiento final de todas las promesas que Dios le hizo a su pueblo. Desde su punto de vista de fe ese triunfo final es tan cierto que ella habla de él (tal como lo hacían muchos de los profetas del Antiguo Testamento) como algo que ya se ha logrado.”

Sugerencias Homiléticas

Este texto nos lleva lo más cerca posible a la fiesta de la Navidad. El nacimiento del Cristo, tal como había sido prometido desde antaño, es seguro. Ambas, María y Elisabet y hasta el niño no nacido de Elisabet dan testimonio del maravilloso acontecimiento y están al final del puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

También se presenta a nosotros en la canción de María la misericordia que Dios tiene para con todos por medio de Cristo. Este cántico es como un Salmo del Antiguo Testamento (véase la canción de Ana en 1 Samuel 2:1-10). Pero el cántico de María se refiere a este poderoso acto de Dios al hacer que su único Hijo, el Salvador, naciera de una mujer. Este proclama el cumplimiento neotestamentario que pronto tendría lugar y que para nosotros ya ha tenido lugar.

El presente texto proclama los poderosos actos de Dios. Nosotros los predicadores debemos hacer lo mismo. Entonces sugerimos los siguientes bosquejos:

Los Poderosos Actos de Dios Proclaman la Venida de Su Hijo

3. Un infante no nacido salta de gozo (v. 41, 44)
2. Una mujer reconoce a la madre del Hijo de Dios (v. 42, 43, 45)
3. Una virgen humilde alaba al Salvador-Dios (v. 46-55)

El Tiempo del Cumplimiento Está Cerca

1. Una virgen sería la madre del Hijo de Dios (v. 42-45)
2. Una mujer sería la madre de su mensajero (v. 41)
3. Ambas mujeres alaban a Dios porque ha cumplido la promesa sobre el Salvador (v. 45-55)

Puede ser que queramos predicar principalmente sobre el cántico de María. En este caso se sugieren los siguientes bosquejos:

Que María Nos Demuestre Cómo Celebrar la Navidad

1. Ella le da toda la gloria a Dios (v. 46-49)
2. Ella alaba sus actos de misericordia (v. 50-53)
3. Ella se regocija en su salvación (v. 54, 55)

Que el Dios-Salvador Sea Magnificado

1. El ha cumplido todas sus promesas (v. 46-49)
2. El ha mostrado su misericordia (v. 50-53)
3. El ha establecido el eterno reino de gracia (v. 54, 55)

Sin duda no se puede encontrar mejores palabras que las del “Magnificat” de María para llenar nuestro corazón y nuestros labios con alabanza a Dios mientras nos alistamos para celebrar otra Navidad, el tiempo en el que Dios llegó a ser un hombre para la salvación del mundo.

2. La Estación de la Navidad

Aunque la Navidad es tal vez la fiesta cristiana más popular del año eclesiástico, no es de ningún modo el más antiguo. Las celebraciones de la Pascua y la Epifanía datan a períodos mucho más antiguos de la historia de la iglesia. Siempre había alguna duda acerca de la fecha correcta del nacimiento de Cristo. Hipólito de Roma en el año 220 d. C. calculó la fecha como el 25 de diciembre. Sin embargo, no fue hasta tarde en el signo cuatro que se observó en esta fecha una observancia festiva de gran extensión. Algunos dicen que la iglesia favoreció una celebración vigorosa religiosa en ese tiempo para contrarrestar las celebraciones paganas en Roma por la fiesta de Saturnalia. En la parte oriental del imperio romano la Navidad nunca se hizo muy popular. La iglesia oriental favorecía la Epifanía y sigue haciéndolo hasta hoy.

Para nosotros el evento mismo es lo importante. Dios cumplió su promesa que había hecho a Adán y Eva. Envío a su Hijo unigénito para salvar al mundo del pecado. Cristo vino. Esto es un hecho histórico. Nació de una virgen madre. Las circunstancias de su nacimiento fueron humildes. Pero mensajeros angélicos proclamaron desde lo alto su gloria. La sencilla historia de la Navidad misma frecuentemente ha sido llamada “la más grande historia jamás contada.” Tiene una atracción para todas las edades. Ciertamente no necesita toda clase de exhibición mundana para hacerla más atractiva. Necesita ser presentada y proclamada en toda su maravillosa sencillez.

El primer domingo después de la Navidad nos muestra cómo fue aceptado el hecho del nacimiento del Salvador por dos ancianos, Simeón y Ana, que esperaban el cumplimiento de la promesa de Dios.

Cuando la Navidad cae en un domingo, la fiesta de la Circuncisión, conforme a la costumbre de la Iglesia, cae en el domingo después de la Navidad.

La fiesta de la Circuncisión se celebra al octavo día después del nacimiento de Cristo. Está íntimamente ligada con el nacimiento del Salvador. En ese día el Hijo de Dios fue hecho sujeto a la ley. En ese día soportó la circuncisión de su carne. Como fue el caso con cada miembro varón de Israel, el pueblo del pacto de Dios, fue circuncidado en su cuerpo. Al mismo tiempo recibió el nombre de Jesús, el nombre que es sobre todo nombre. Jesús, como sabemos, significa Salvador. Esto lo hace un día de regocijo, un día festivo. Aunque comienza nuestro año nuevo civil en el mismo día, la iglesia cristiana nunca ha llamado la atención al comienzo de un nuevo año civil en ese día. Esta verdad fue especialmente enfatizada por los reformadores luteranos, que lamentaban el hecho de que se daba más importancia al pensamiento de un nuevo año civil que a la circuncisión de Cristo y el darle su santo nombre.

El ciclo de doce días de la Navidad nos lleva hasta la fiesta de la Epifanía. A veces cae un domingo entre la Circuncisión (1 de enero) y la Epifanía (6 de enero). Esto se conoce como el segundo domingo después de la Navidad. El Evangelio para la perícopa histórica

tiene la “huida a Egipto” en ese domingo. Nuestra serie utiliza el hermoso primer capítulo de Juan para enfatizar una vez más el maravilloso significado del nacimiento de Cristo.

La Natividad de Nuestro Señor

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Isaías 9:2-7

Epístola: Tito 2:11-14

Evangelio: Lucas 2:1-20

El Año Eclesiástico

La relación entre las varias lecciones para el Día de la Navidad es muy obvia.

Isaías proclama la clara profecía sobre una gran liberación, la que fue cumplida en el nacimiento de un niño cuyos nombres son los de un Dios de poder, paz y majestad divinos. Su reino no tendrá fin. De esta manera la promesa sobre un Salvador señala el nacimiento de un niño que es a la vez Dios.

La lección de *Tito* proclama el mensaje de la gracia universal de Dios. Dios les ha manifestado su gracia a todos los hombres. Esto fue cumplido en la obra redentora y purificadora de Jesucristo, “que se dio a sí mismo por nosotros.” Así Tito no sólo señala el hecho de la venida de Cristo sino también el maravilloso significado que esta venida tiene para todos los hombres. Nos hace recordar a los pastores, los primeros en recibir la buena nueva pese a que eran gente pobre y menospreciada.

El Evangelio de *Lucas* incluye todo el drama del nacimiento de Jesús comenzando con el viaje que hicieron María y José a Belén e incluyendo el regreso de los pastores que habían visto y oído la gran revelación de Dios. Un niño, el Hijo de Dios, ha nacido. La gracia de Dios se les manifiesta a todos los hombres. “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.”

El texto — Lucas 2:1-20

Esta es la narración histórica del nacimiento de Jesús que tuvo lugar en el pueblo de Belén. La sencillez de la historia misma ayuda a poner por delante en toda su belleza y plenitud la importancia de lo que se relata aquí.

v. 1-3 — *Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad.*

César Augusto reinaba en la ciudad de Roma. Él estaba a la cabeza del vasto Imperio Romano que incluía la mayor parte de Europa, Asia Menor y Africa del Norte. Su reinado se extendió desde el año 31 a.C. hasta 14 d.C. El Imperio Romano incluía la tierra donde nació Jesús.

El censo que hizo César Augusto servía el propósito de recaudar impuestos. Cada familia debía regresar a su pueblo para ser empadronado. En ese tiempo se acostumbraba hacer un censo cada catorce años. Pese a que muchos han dicho que el relato de Lucas contiene muchas inexactitudes, los descubrimientos arqueológicos concuerdan completamente con el relato de Lucas. Cirenio era el gobernador de la provincia romana de Siria a la que también pertenecía la tierra de Judea. Lucas no hizo ningún esfuerzo en fijar la fecha exacta. Lo que le interesaba era el nacimiento mismo y el lugar en que había sucedido.

La palabra griega *ἀπογραφῆς* (v. 2) quería decir no sólo un “censo” sino un censo que se llevaba a cabo para recaudar impuestos. Aunque parecía, tal vez, que el emperador romano y su gobernador Cirenio estaban ordenando los acontecimientos de este mundo, vemos la manera en que Dios usó a los poderosos gobernantes para llevar a cabo el plan del evangelio. El tiempo de Dios se había cumplido (Gál. 4:4).

La manera judía de registrar al pueblo no era de acuerdo al lugar en que ellos vivían, sino de acuerdo a la familia a la que pertenecían. Así cada persona tuvo que ir al pueblo de donde habían venido sus ancestros.

v. 4-6 — Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento.

María y José vivían en el pueblo de Nazaret en la provincia de Galilea. Ambos eran de la “casa y linaje de David”, que una vez había sido el gran rey de Israel. El pueblo de donde venía la familia de David era Belén en la provincia de Judea. Esta es la razón por la que el viaje de María y José fue necesario aunque éste era un tiempo muy difícil para ellos. De Nazaret a Belén había una distancia de 160 kilómetros. La mayor parte del viaje tenía que hacerse a pie o en el mejor de los casos a lomo de burro.

En este tiempo María y José ya estaban “comprometidos para casarse” (participio perfecto de *μνηστεύω*). Entre los judíos un compromiso matrimonial era prácticamente lo mismo que un matrimonio. Los votos ya habían sido hechos públicamente. Todo lo que quedaba era que el novio se llevara a la novia a vivir a su casa. María estaba encinta conforme a lo que el ángel Gabriel había anunciado (Luc. 1:26-33).

v. 6, 7 — Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

En Belén tuvo lugar el maravilloso acontecimiento. Sucedió (e*gevneto) v.6, no por la voluntad del hombre sino de acuerdo al plan de Dios. Jesús fue el “primer hijo” de María. Esto ciertamente deja cabida a la posibilidad de que María haya tenido más hijos después de éste (véanse referencias bíblicas a los hermanos de Cristo). Había ciertas ceremonias especiales que debían observarse con el primer hijo.

Uno titubea en involucrarse en todo tipo de preguntas o detalles exegéticos que tratan de este punto del relato. La belleza y simplicidad del reporte de Lucas no deben ser oscurecidas con tales cosas. Todo sucedió según la promesa de Dios. María tuvo a su primer hijo. Sucedió en un lugar donde se guardaban los animales. Un establo y un pesebre fueron el lugar del nacimiento del Hijo unigénito de Dios (v.7).

No se oye su venida, mas el Señor vendrá
Al que le quiera recibir, con él habitará.

v. 8 — *Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño.*

Los pastores estaban entre la gente pobre y despreciada en Palestina. No debemos preguntarnos por qué Dios escogió a los pastores para que fueran los primeros en oír las buenas nuevas. Más bien debemos regocijarnos en que el Evangelio sea para todos y en especial para los pobres y humildes.

v. 9 -12 — *Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.*

Podemos imaginarnos el temor súbito que se apoderó del corazón de estos pastores. Sin ninguna advertencia fueron rodeados por el brillo de la gloria de Dios en la aparición de un ángel. El ángel rápidamente les calmó. “No tengan miedo,” les dijo. El tenía buenas nuevas que darles (eu*aggelivzomai). Estas nuevas eran para todos los pueblos. Un “Salvador” (swthvr) había nacido para ellos. El nombre Jesús, lo sabemos, significa Yahve es salvación. Este Salvador era “Cristo el Señor.” La palabra griega “Señor”, usada en el Nuevo Testamento para traducir el Tetragramatón (el nombre específico del verdadero Dios en el Antiguo Testamento) puede tener otros significados. Pero un cuidadoso estudio del primer capítulo nos mostrará que cada vez que se usa allí la palabra “Señor”, es el nombre de Dios. La palabra griega “Cristo” (Cristov) significa el Ungido, el Mesías. Todo judío podía entender esta designación como referencia al gran Libertador prometido a Israel por Dios en el Antiguo Testamento. El término no podía ser más claro.

Para hacer aún más claro este maravilloso anuncio a los pastores, el ángel les dice que este Salvador ha nacido “en el pueblo de David.” Esto recuerda todas las promesas hechas al rey David. Lo sorprendente es que aquél que “ha nacido” es “el Señor.” Ambas naturalezas, la divina y la humana, se encuentran en esta única persona. Sin embargo los pastores no deben buscar este milagro en la casa de un rey. Encontrarán al bebé yaciendo en un pesebre. Esta era la señal dada por el ángel.

v. 13, 14 — *Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!*

De repente aparecen los ángeles en gran número con un ejército celestial (*stratiav*). La poderosa canción de los ángeles efectúa tres cosas: primero, le da toda la gloria al Dios del cielo; segundo, anuncia “paz” (*ei*rhvnh*) en la tierra, una paz universal; y finalmente, declara que todo esto es por el favor de Dios, por su buena voluntad (*eu*dokiva*). La versión Ediciones Paulinas traduce las últimas palabras del mensajero celestial: “a los hombres que él ama”. La versión Reina - Valera “buena voluntad para con los hombres,” se acerca más al verdadero sentido. La traducción NVI (Nueva Versión Internacional) “paz entre los hombres de su complacencia”, se basa en una variante que se encuentra en los textos griegos. La mayor parte de los manuscritos, cuando se traducen con exactitud, dicen: “buena voluntad hacia los hombres”. Algunos antiguos manuscritos, traducidos literalmente, dicen: “Hombres de buena voluntad.” Sin embargo, éste no es un genitivo de calidad. Es más bien un genitivo hebraístico que indica que los hombres son el objeto que van a recibir la buena voluntad de Dios. El significado es simplemente éste: El Dios de los cielos ha establecido paz entre él mismo y una humanidad pecadora por un acto de pura gracia. ¡Toda la gloria sea a él!

v. 15 — *Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado.*

El anuncio del ángel tuvo el efecto deseado. Los pastores no perdieron tiempo. No preguntaron ni discutieron entre ellos. Aceptaron el mensaje como verdad, un mensaje del Señor. Sus palabras indican un gran entusiasmo, un deseo de ver de una vez lo que el Señor había proclamado.

v. 16-20 — *Vinieron pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Y al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho.*

Las acciones de los pastores estaban de acuerdo con sus palabras. Se fueron rápidamente a verificar lo que se les había dicho. Las palabras del ángel resultaron ser ciertas hasta en

el más mínimo detalle. Y así los pastores se convirtieron en misioneros. Ellos “esparcieron la palabra” (רִמְּוּ מֵאָמָר) para que la gente se maravillara acerca de su conversación (פְּרִיבְּ תַּוְּנֵי לַחֲקֵינְתַּוְּנֵי).

Por otro lado, María continuaba dándole vueltas y vueltas en su mente a las maravillosas cosas que habían sucedido y a las palabras que habían sido dichas. María estaba en calma, y sus pensamientos los guardaba muy dentro de sí. Los atesoraba en su memoria. Era bueno que ella guardara estas cosas en su corazón. Todavía había muchas experiencias que vendrían.

Los pastores regresaron a cuidar su rebaño, pero continuaron glorificando y alabando a Dios. Tal vez su vida parecía igual externamente. Pero en medio de su labor diaria podían glorificar al Dios de su salvación porque se les había permitido conocer su gracia y misericordia maravillosa.

Sugerencias Homiléticas

A veces los predicadores se esfuerzan tanto en hacer que su sermón para una fiesta de la iglesia sea muy especial. Están seguros de que habrá un buen número de oyentes. Saben que la gente quiere escuchar algo fuera de lo común de acuerdo con el gran día festivo.

Es verdad que una fiesta como la de la Navidad es algo fuera de lo ordinario. Es cierto que ella tiene algo especial en su mensaje. Pero este algo especial se encuentra en el mensaje del texto y no en el poder del pastor de convertir el mensaje en algo especial por medio de sus habilidades retóricas. Simplemente declarar en toda su plenitud y verdad las maravillosas obras de Dios — éste es el poder de un sermón festivo.

Ya se ha dicho con suficiente énfasis que el mejor sermón de la Navidad es la historia misma de la Navidad. Hay tantas buenas nuevas en ella. Su sencillez misma debe urgirnos a contarla tanto como sea posible tal como Dios nos lo ha dicho en su palabra.

Un bosquejo simple de la narración sería:

Un Regalo de Dios para Todos

1. Se cumple una promesa (v. 1-7)
2. Se hace un anuncio (v. 8-14)
3. Se revela un regalo (v. 15-20)

La Canción Navideña de Alabanza de los Angeles

1. Gloria a Dios en las alturas
2. En la tierra paz
3. A los hombres que gozan del favor del Señor.

En la parte uno el Dios que sacude a las naciones y que lleva a los poderosos emperadores a llevar a cabo todas sus promesas puede ser glorificado. En la parte dos la declaración de paz de parte de Dios entre él y la humanidad caída, tal como fue anunciada por el ángel, puede ser enfatizada. En la parte tres los pastores pueden ser usados como ejemplo de aquéllos a quienes se les otorga el favor de Dios.

Los grandes contrastes de esta historia pueden ser mostrados de esta manera:

El Salvador Prometido Viene

1. El viene en toda humildad (el largo viaje, ninguna habitación, el establo, el pesebre, los pastores)
2. El viene en la gloria celestial (la gloria del Señor, las palabras del ángel: “Salvador”, “Cristo el Señor”, las huestes celestiales)

Una vez escuchamos un sermón navideño en el que el predicador simplemente explicó el texto de una manera expositiva. Siguiendo el texto versículo por versículo él señaló COMO DIOS REVELO SU GRACIA A TODA LA HUMANIDAD AL ENVIAR A SU HIJO. El sermón fue muy eficaz.

Primer Domingo después de la Navidad

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Jeremías 31:10-13

Epístola: Hebreos 2:10-18

Evangelio: Lucas 2:25-38

El Año Eclesiástico

La Navidad ya ha pasado. Pero sus bendiciones permanecen. El Crisotón vino a redimir a su pueblo — tanto como a todas las naciones — al darse a sí mismo en rescate del pecado. En verdad, él es el Salvador del mundo.

Jeremías que fue llamado por Dios a levantar una voz de lamento por los pecados del pueblo de Dios también levanta una clara voz de esperanza y gozo que promete la obra redentora del Mesías. Hubo consuelo para los fieles de Israel.

El escritor de *Hebreos* señala que para que se pudiera lograr esta obra de redención, uno que “fue hecho semejante a sus hermanos en todo,” tendría que pagar un rescate. ¿No es verdad que el Crisotón vino como nuestro hermano?

Lucas une todos estos pensamientos. Los ancianos, Simeón y Ana, se encuentran con el Crisotón cuando éste fue llevado al templo de Jerusalén. Ambos estaban entre los fieles creyentes de Israel que vivieron para ver la forma en que Dios cumplió sus promesas de redención que habían sido hechas por medio de profetas tales como Jeremías. Sin embargo, cuando Simeón toma en sus brazos al bebido Jesús, “movido por el Espíritu Santo,” él habló de “una señal que sería contradicha” y de “una espada” que traspasaría el alma de María, la madre del niño. La cuna y la cruz no están separadas. Ya estando nosotros en la Navidad se nos recuerda que la bienaventuranza que trae el Señor sólo puede ser lograda si él se da a sí mismo como un rescate del pecado. Por esta razón llegó a ser nuestro hermano.

El texto — Lucas 2:25-38

El acontecimiento del texto tiene lugar cuarenta días después del nacimiento de Jesús y sigue el relato de Lucas sobre la circuncisión del niño de ocho días de nacido. Ambos episodios muestran la manera en que Jesús “nació bajo la ley” (Gál. 4:4) y se

comprometió por medio de estos actos sagrados a guardar la ley de Dios (Gén. 17:12-14; Lev. 12:3; Rom. 2:2 5).

El rito de la purificación de la madre y de la presentación del primer hijo que fueron prescritas por la ley de Moisés proveen el escenario para nuestro texto. Según Levítico 12:1sig. una mujer que había dado a luz a un hijo tenía que esperar cuarenta días después del nacimiento antes de presentarse al santuario del templo. Los primogénitos eran presentados al Señor como sacerdotes, pero ya que toda la tribu de Leví servía como sacerdotes, los primogénitos eran redimidos por medio de un pago en dinero y de ofrecer un sacrificio. En el caso de José y de María, siendo pobres, un par de palomas sirvió como animales para el sacrificio (v.24).

v. 25,26 — Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor.

No sabemos nada sobre este hombre llamado Simeón excepto lo que se nos dice aquí. El era “justo” (divkaio), que muy probablemente se refiere en este contexto a su justicia ante Dios por medio de la fe. Por lo tanto Dios aprobó el corazón y la vida de Simeón. El era “piadoso” (eujlabhv), tal como su vida lo demostraba a los demás. El “esperaba la consolación (paravklhsi) de Israel.” Este consuelo era algo muy definido, una promesa hecha por Dios a Israel (objetivo, caso genitivo) que les trajo consuelo. Véase en los capítulos 40 a 66 de Isaías una detallada profecía mesiánica que comienza con las palabras “Consolaos, consolaos, pueblo mío” Véanse también las palabras de Lamec en Gén. 5:29. El término “la consolación de Israel” tiene implicancias mesiánicas muy definidas. Finalmente, el Espíritu Santo de Dios estaba sobre Simeón, y no solamente de una manera general. El Espíritu de Dios había revelado que “no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor.” Aquí vemos el origen del consuelo de Simeón. Estaba concentrado en el Cristo del Señor, en el Ungido del Señor, el prometido Redentor de Israel. No sólo se le aseguró a Simeón su venida, sino que Simeón lo vería personalmente. No sabemos exactamente la manera en que el Espíritu le dio esta información a Simeón.

v. 27, 28 — Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

Este incidente debe haber tenido lugar en el atrio que era para las mujeres en el templo. María y Ana no podían avanzar más allá de este lugar. En el momento justo en que Jesús era traído a este lugar por sus padres, Simeón estuvo allí para ver al Niño. El Espíritu Santo había empujado de alguna manera a Simeón para que fuera allí. De inmediato Simeón reconoció a su Salvador. Extendió los brazos hacia María y ella no pareció titubear en nada y le permitió tomar al bebé Jesús en sus brazos. Alabando a Dios, Simeón dijo:

v. 29-32 — *Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.*

En la iglesia el uso de estas palabras de Simeón es conocido como el “Nunc Dimittis”, las primeras dos palabras latinas para “ahora despides”. Estas palabras están en la liturgia cuando se celebra la Santa Cena. Este hermoso himno de Simeón enfatiza cierto número de verdades importantes.

Por medio de la profecía Simeón habla de Jesús como el Salvador de todas las personas y de todas las naciones del mundo. El se dirige a Dios como al supremo gobernante (devspota), el “Señor soberano” de quien él es un “siervo” o esclavo (dou"lo"). La declaración (r&h"ma) de Dios por medio de antiguas promesas se ha convertido en una realidad, y ahora Simeón está en paz. La esperanza de toda su vida ya se había cumplido. Sí, ya está listo para que el Señor lo deje ir o lo “despida” (a*poluvw) de su espera del Evangelio — la Salvación que provee el Señor. El puede salir de esta vida en paz porque con sus propios ojos ha visto a aquél que trae la salvación. El nacimiento de este Niño, en otras palabras, es el regalo salvador de Dios mismo.

Este regalo salvador, continúa Simeón, es para todos los pueblos. La salvación que provee Dios es universal. Para los gentiles (es decir, los no-judíos), este regalo salvador es “una luz” (véanse Is. 9:2; 42:6; 49:6; 60:1-3). Para Israel, el pueblo del pacto de Dios, es una “gloria” (véase Juan 4:22). Las naciones gentiles todavía necesitan la revelación del Salvador y de su obra. La nación judía tiene la gloria peculiar de que el Salvador haya salido de entre ellos.

v. 33 — *Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él.*

María y José tuvieron que maravillarse de las palabras de Simeón. ¿De qué manera sabía este hombre tanto sobre este Niño? ¡Qué cosas tan sorprendentes dijo! Este niño traería salvación no sólo para los judíos sino para todas las naciones. La referencia al padre del Niño es usada por los incrédulos modernos como evidencia de que Jesús no provenía de un nacimiento virginal. El argumento no tiene ninguna fuerza lógica. José era el padre adoptivo de Jesús. (Véase Lucas 2:49)

v. 34, 35 — *Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha. (Y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.*

Al llegar a este punto Simeón habló sobre la “salvación”, “la luz” y “la gloria”. Pero él tenía más que decir, especialmente a María. Estas en verdad fueron palabras proféticas. Muchos en Israel hablarían contra Cristo. Tropezarían con la verdad de la palabra de Dios y se apartarían de Cristo con incredulidad. Sin embargo, aquéllos de Israel que

aceptaran a Jesús como al Mesías prometido serían enaltecidos. Ellos recibirían la salvación. Pero ninguno podría permanecer neutral frente a este Niño y a lo que él llevaría a cabo.

A María personalmente le llegaría un tiempo de gran sufrimiento como una espada que le traspasaría el alma. Sólo tenemos que pensar en María al pie de la cruz de Cristo para ver la manera en que se cumplieron estas palabras de Simeón.

v. 36-38 — *Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.*

Los detalles de Ana y su vida devota se establecen claramente en el relato de Lucas. Hay muy poco que nosotros podríamos añadir a esta cuidadosa descripción. Ana era conocida como “profetisa” (véase Hechos 21:9). Ella tenía el don especial del Espíritu Santo de interpretar la palabra y la voluntad de Dios. Ella especialmente conocía muy bien las Escrituras del Antiguo Testamento. Su importancia es enfatizada por la manera en que Lucas menciona los datos de toda su familia.

Hay cierta controversia en lo que concierne a la edad de Ana. Algunos — tales como la traducción NVI — interpretan el texto para significar que Ana tenía ochenta y cuatro años. Otros dicen que había sido viuda por ochenta y cuatro años y que por lo tanto debía sobrepasar los cien años de edad. No consideramos que esto sea un asunto importante de discusión. En cualquier caso Ana era una mujer anciana, especialmente muy grande de edad para poder pasar la mayor parte de su tiempo en el templo en ayuno y oración.

Tal vez Ana había oído las palabras de Simeón sobre el Niño cuando tomó a Jesús en sus brazos. En todo caso Ana “dio gracias” (ajnqwmologeito), una palabra que indica que ella también comprendía completamente todo lo que se refería a este niño y que ella estaba dando gracias a Dios por lo que éste había hecho. Ella sabía que Jesús era el Salvador prometido. Ana también continuó hablando (tiempo imperfecto en griego) a todos aquéllos que tenían la misma esperanza en su corazón con respecto al Mesías y “la redención de Jerusalén” (lutrwsin jlerousalhvm). Esta “redención” o rescate, tal como señala Lenski, se debe considerar en un sentido espiritual más bien que en un sentido político. La palabra misma y todo el contexto mismo exigen esta interpretación. Ana vio a Jesús como Aquél que pagaría el rescate necesario para redimir a Israel de su cautiverio espiritual.

Nos alegra saber que había otros fieles en Jerusalén. Ana los buscó. Les llevó la buena nueva. Se la contó a otros. ¡Qué maravilloso ejemplo del verdadero celo misionero!

Sugerencias Homiléticas

Este texto inmediatamente después de la Navidad establece de una manera hermosa el verdadero propósito de la venida de Cristo al mundo. Debemos concentrarnos en esto. La Navidad significa muchas cosas para mucha gente. Para muchos todas las celebraciones desenfrenadas relacionadas con ella y las manifestaciones mundanas asociadas con ella pasan muy pronto. Con un suspiro de alivio, tanto como con los monederos vacíos, la gente vuelve a su misma vieja rutina de vida. Para otros la venida del Mesías es interpretada en términos de una paz terrenal y de una hermandad entre la gente de este mundo. Ellos también deben sentirse tristemente desilusionados de ver que los asuntos de esta vida empeoran en vez de mejorar. Aumentan las guerras y el odio crece en intensidad.

Pero aquí hemos retratado el verdadero propósito de la venida del Crisotoniño. Los ojos de Simeón vieron la “salvación”. Esto significó para él una salida pacífica, una liberación de esta vida. Ana alabó a Dios por su “redención” al mandar al Crisotoniño. El precio del rescate había llegado. La vida eterna estaba asegurada. Sí, Simeón ni siquiera le ocultó a María la verdad de que debido a este Niño entraría un gran conflicto en este mundo. Aquéllos que aceptaran al Salvador recibirían salvación. Aquéllos que lo rechazaran recibirían condenación. El mensaje de pasajes como 2 Corintios 2:15,16 y Marcos 16:16 es también indicado claramente en las proféticas palabras de Simeón.

Por lo tanto, este texto nos sugiere fuertemente:

El Verdadero Propósito de la Venida del Niño Jesús

1. El cumplimiento de toda la profecía del Antiguo Testamento (v. 29) — “conforme a tu palabra”)
2. La salvación a todos aquéllos que creen, tanto judíos como gentiles (v. 30-32)
3. Un precio de rescate por el pecado (v. 34, 35; también v. 38 — “redención”)
4. La seguridad de la victoria sobre la muerte (v. 29 — “despidas a tu siervo en paz”)

En estos días es necesario que recordemos el verdadero propósito de la Navidad, especialmente en vista de toda la tontería sentimental que la gente tan frecuentemente se ve obligada a oír durante la estación de la Navidad sobre la paz terrenal y sobre la hermandad.

El ejemplo de esos dos ancianos creyentes también puede guiarnos a pensamientos de agradecimiento y de alabanza.

¿De Qué Manera Podemos Agradecerle a Dios por el Regalo de su Hijo

1. Como Simeón, encontremos en él nuestra salvación (v. 25-32)
2. Como Ana, contémosles a otros lo de esta redención (v. 36-38)

o:

¿De Qué Manera Puede Permanecer en Nuestro Corazón la Alegría de la Navidad

1. Cuando nos aferramos a las promesas de la palabra de Dios (v. 29)
2. Cuando encontramos a nuestro verdadero Salvador en estas promesas (v. 25-32)
3. Cuando compartimos este gozo con otros (v. 36-38)

En vista de las ideas distorsionadas que el mundo tiene sobre la paz que la Navidad representa, agregamos esta sugerencia:

El Príncipe de Paz ha Venido

Trayendo

1. Una paz prometida por Dios desde el principio (v. 29)
2. Una paz declarada a todos los pecadores (v. 30-32)
3. Una paz comprada al pagar un rescate (v. 34, 35, 38)
4. Una paz asegurada para toda la eternidad (v. 29)

El Día de Año Nuevo

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Números 6:22-27

Epístola — Romanos 1:1-7

Evangelio — Lucas 2:21

El texto — Lucas 2:21

El Año eclesiástico

Este día, el primero de enero, originalmente se llamaba el octavo de la Navidad. Es el octavo día desde la Navidad. En este octavo día de la Navidad el Niño Cristo fue circuncidado y le fue dado el nombre de Jesús.

La lección del Antiguo Testamento de *Números* contiene la bendición que Dios mandó que Aarón, el Sumo Sacerdote, pronunciara sobre el pueblo de Israel. Cuando el Sumo Sacerdote bendecía al pueblo de esta manera, el Señor mismo ponía su nombre sobre el pueblo.

La Epístola de *Romanos* nos presenta las palabras de introducción de Pablo a los creyentes en Roma. Notamos otra vez la referencia que hace Pablo al nombre de Jesucristo. “Por amor de su nombre,” escribe Pablo, “recibimos la gracia y el apostolado.” Jesús es el nombre que es sobre todo nombre.

El Evangelio de *Lucas* es la historia de la circuncisión al octavo día y su recibir el nombre de Jesús. Solamente Lucas informa de este evento.

Fred. H. Lindemann escribe (*The Sermon and the Propers*, p. 105): “La iglesia nunca ha ligado el primero de enero con el principio de un año nuevo, y no ha reconocido otro día de Año Nuevo sino el Primero Domingo de Adviento.” Especialmente los reformadores luteranos enfatizaron la importancia de predicar sobre el evento de la circuncisión de Jesús en este día.

Tal vez no podemos eliminar totalmente el significado que este día tiene para el feligrés común que quiere comenzar su año secular con el Señor. Tampoco debemos necesariamente querer hacerlo, recordando, sin embargo, que nuestro texto del Evangelio pone el énfasis en este día en lo que significa en la vida de nuestro Señor.

El Texto — Lucas 2:21

El texto sigue a la historia del nacimiento de Jesús. Lucas lo menciona como el primer evento significativo que sucede después del nacimiento del Salvador.

v. 21 — Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, el cual le había sido puesto por el ángel antes que hubiese sido concebido.

El octavo día en la vida de un niño varón de Israel fue apartado para la circuncisión. Este cortar el prepucio del varón fue el mandato de Dios por medio de Moisés (Lev. 12:3) Con su circuncisión Jesús fue puesto bajo la ley de Dios, una ley que él guardaría a la perfección. (Véase Gál 4:4). Además, en este acto se derramó la primera sangre del Redentor, marcando el principio de su sufrimiento que terminó en la cruz del Calvario.

Aunque la circuncisión fue una ley de Dios dada por medio de Moisés, la circuncisión también era una de las garantías de la promesa de Dios a Abraham. El pacto de Dios con Abraham sería una bendición para todos los pueblos por el nacimiento del Salvador de entre los descendientes de Abraham. (Véanse Gén. 12:3 y Hechos 3:25.) La circuncisión de los varones, luego, fue un recuerdo y una garantía de la promesa de Dios en el pacto con Abraham. (Véase Gén. 17:9-14.)

Sin embargo, no fue la circuncisión en sí lo que salvaba, sino la fe en el Salvador venidero a quien la circuncisión apuntaba (véase Rom. 4:9-12). Jesús, circuncidado al octavo día, fue el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham. Ya que la circuncisión apuntaba a Jesús, la necesidad de ella también terminó con Jesús.

En el día en que Jesús fue circuncidado, se le dio el nombre Jesús (*jhsou* "). El ángel había dado este nombre a María antes que Jesús se concibiera (Luc. 1:31). El ángel también había mencionado este nombre a José, el comprometido de María (Mat. 1:21). A José el ángel reveló el significado del nombre Jesús: "El salvará a su pueblo de sus pecados." Jesús es la forma griega del nombre hebreo Josué, que significa uno por medio de quien Jehová trae salvación. Por eso éste es un nombre que debe ser exaltado sobre todo otro nombre. (Véanse Ef. 1:21 y Fil. 2:9-11.)

Sugerencias Homiléticas

Este texto enfatiza dos cosas: la circuncisión de Jesús y el nombre de Jesús.

La circuncisión de Jesús lo puso como verdadero hombre bajo de ley de Dios, para que Jesús pudiera cumplir esa ley para el hombre pecador. La circuncisión de Jesús también indicó el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham de que el Salvador vendría de entre sus descendientes.

El nombre de Jesús realmente es un nombre que es sobre todos los nombres. Es el nombre que Dios mismo dio a su Hijo. Es el único nombre que trae salvación. Es un nombre el significado del cual Cristo realmente cumplió.

Algunos bosquejos sugeridos:

El octavo día después de Navidad

1. Jesús fue circuncidado como la ley exigió
2. Jesús recibió su nombre como el ángel había prometido

Recibió por nombre Jesús

1. Como fue anunciado por el ángel antes de su concepción (aquí enfatiza la divinidad preexistente de Cristo)
2. Como sus padres lo comunicaron en su circuncisión (aquí enfatiza la humanidad del Salvador)

En nuestro estudio de la doctrina aprendemos de la obediencia activa y la obediencia pasiva de Cristo. Según su obediencia activa, cumplió por nosotros la ley. Según su obediencia pasiva, sufrió y murió en nuestro lugar. Ambas verdades se pueden ver ya cuando Jesús tenía ocho días en la ocasión de su circuncisión. En esa ocasión fue puesto bajo la ley. También en esa ocasión su sangre fue derramada por primera vez. Las dos verdades son reflejadas en el nombre que recibió en aquel día. El tema sugerido por Hechos 4:12 es:

El único nombre por el cual podemos ser salvos

1. Solamente Jesús pudo cumplir por nosotros la ley
2. Solamente Jesús podía sufrir y morir en nuestro lugar

Si queremos conceder que muchos de nuestros oyentes vienen en el día de Año Nuevo con un sincero deseo de comenzar otro año secular de una manera que agrada a Dios, podríamos utilizar nuestro texto de esta manera:

Comencemos el año en el nombre de Jesús

1. Un nombre para recordarnos lo que Jesús hizo por nosotros
2. Un nombre para animarnos a dedicar nuestras vidas a su servicio.

Segundo Domingo después de la Navidad

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Isaías 61:10 - 62:3

Epístola: Efesios 1:3-6; 15-18

Evangelio: Juan 1:1-18

El Año Eclesiástico

Muy pocos son los años que tienen un Segundo Domingo después de la Navidad en su calendario eclesiástico. Es una lástima que las hermosas lecciones de este domingo no se pueden oír entonces. Estas forman un puente excelente entre la estación de la Navidad y la de la Epifanía.

En la lección del Antiguo Testamento de *Isaías*, el profeta se regocija en el Salvador-Dios y declara que su mensaje de justicia (la justicia por la fe) será proclamada en todas partes, especialmente a los gentiles.

En la Epístola de *Efesios* Pablo alaba a Dios por las ricas bendiciones espirituales en Cristo y ora que los cristianos de Efeso lleguen a un pleno conocimiento de las riquezas de la gracia de Dios que está en Cristo.

El Evangelio de *Juan* es el bien conocido capítulo introductorio del evangelista en el que él habla de la Palabra que se hizo carne. El Hijo vino del Padre, lleno de gracia y verdad, y le trajo a este mundo de oscuridad la luz de la salvación que Dios ha provisto.

El texto — Juan 1:1-18

v. 1,2 — *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios.*

“En el principio” (ἰn̄ ajrch'/) se remonta a las primeras palabras de la Biblia en Génesis. Antes que el mundo fuera creado, “la Palabra” (ὁ λόγος) ya existía. “El Verbo era con Dios” (πρὸς τὸν θεόν), es decir, donde y cuando Dios estaba, allí y entonces estaba también la Palabra. En verdad, “El Verbo era Dios”. La Palabra no es el Padre sino que es una persona distinta que también es verdadero Dios. La Palabra es el Hijo de Dios. Se le llama la Palabra porque el Padre habló a través de él para revelar al verdadero Dios (Heb. 1:1,2). Este versículo afirma claramente la deidad de Jesucristo. En la frase, “el

Verbo era Dios,” la palabra “Dios” en el original no tiene el artículo. Los testigos de Jehová insisten en que por esta razón la frase se tiene que traducir “El Verbo era un dios.” Este argumento pasa por alto una regla básica de la gramática griega. Si la palabra “Dios” tuviera un artículo acá, indicaría que hay una identidad total entre la Palabra y Dios. Mientras podemos decir que la Palabra es Dios, no podemos decir que Dios es la Palabra ya que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

v. 3-5 — Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

El Hijo de Dios es la Palabra que habló en el momento de la creación. “Todas las cosas fueron hechas por (a través de) él.” (Véanse Salmo 33:6,9; Heb. 11:3; Col. 1:15-19.) Juan repite esta verdad una segunda vez cuando emplea una oración negativa. De esta manera no deja ningún lugar a duda: “Sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho.”

Después de hablar de la obra del Hijo en la creación, Juan pasa a la obra salvadora del Hijo. “En él estaba la vida, y la vida era la luz del mundo.” Esta “vida” (hJ zwhv) es la más plena y completa vida, es decir, la vida eterna (1 Juan. 5:11; Ap. 1:18). Esta vida viene primeramente de la Palabra. La vida eterna está en él, el Verbo, y siempre ha estado en él.

“Las tinieblas” (hJ skotiva) es un cuadro del pecado y de todos los malos resultados del gobierno del pecado en el mundo. (Véase Juan. 3:19; Mat. 6:23; Rom. 13:12,13). El diablo y sus secuaces son los gobernantes de esta oscuridad (Ef. 6:12). Para salvar a los hombres que están cautivos bajo el poder de la oscuridad, la luz de la Palabra brilla para traer vida. (Véanse Is. 9:2; 60:1-3; Mat. 4:16). Aunque la luz brilla en la oscuridad, las fuerzas de la oscuridad se resisten y luchan contra ella. La oscuridad no puede derrotar a la luz, pero la oscuridad trata de mantener en su poder a cuantos pueda.

v. 6-9 — Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.

Uno que daba “testimonio” (marturiva) a la luz apareció. El testigo “no era la luz.” El no era el eterno Hijo de Dios, la Palabra. Simplemente era un “hombre” (a[nqrwpo) llamado Juan. Sin embargo, fue Dios el que lo envió. Juan el Bautista fue el testigo de Dios que testificó tal como Dios le había dado instrucciones. Juan fue una voz (Is. 40:3) que habló sobre la luz a fin de que todos los hombres creyeran en esa luz. El testimonio de Juan se extendió libremente a todos los hombres. La verdadera luz misma, sobre la que Juan testificaba, es la única luz que puede darle a cada hombre la luz de la salvación. Esa verdadera luz, Cristo, la Palabra, estaba en el proceso de venir, pues él estaba por comenzar su obra pública como el Mesías.

v. 10-13 — *En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le reconoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.*

El apóstol Juan continúa con el pensamiento de que cuando el eterno Hijo de Dios estaba en el mundo haciendo su obra como el Mesías, el mundo no lo reconoció como su Creador. La gente por lo general no lo reconoció y ni siquiera “los suyos” (οἱ ἰδίοι), los de su tierra, lo recibieron. No creyeron en él.

Aunque la mayoría rechazó a Jesús, sin embargo algunos sí creyeron en su nombre. Algunos creyeron la palabra que él habló sobre sí mismo como el eterno Hijo de Dios, el Salvador. Su palabra de salvación quedó abierta para todos. Todos los que “recibieron” (λαμβάνειν) y “creen” (πίστευειν) en él, no importa quiénes eran ni lo que hubieran hecho, a ellos les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. No llegaron a ser hijos de Dios por medio de ningún proceso humano natural. El hecho de que algunos creyeron la palabra y que ahora llegaron a ser hijos de Dios fue completamente la obra y dádiva de Dios. Ellos fueron “engendrados de Dios” (ἐκ θεοῦ ἐγεννηθησαν).

v. 14 — *Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.*

Con este versículo viene el punto culminante de este texto de Juan. Juan había descrito la Palabra como el eterno Dios que está activo en la creación. Juan había revelado a la Palabra como la única posible fuente de vida eterna para los hombres. Ahora Juan dice simplemente que esta Palabra se hizo un hombre. No dejó de ser Dios, porque “vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre.” Su gloria se vio en sus milagros y en su transfiguración (Mat. 17:1-11). Sin embargo, la Palabra llegó a ser algo que no había sido antes. Llegó a ser “carne” (σάρξ), un verdadero hombre con un cuerpo, alma, sentimientos y emociones.

El “habitó entre nosotros” (ἐσκήνωσεν); “erigió su carpa entre nosotros” es una traducción más exacta. Esto nos hace recordar la presencia de Dios entre los hijos de Israel tal como fue manifestada en el tabernáculo que fue erigido cuando ellos estaban en camino por el desierto (Ex. 40:34-38). La presencia del Hijo de Dios entre los hombres como la Palabra que se hizo carne es mucho más maravillosa. Sin embargo, su habitar iba a ser solamente un habitar temporal tal como la palabra “carpa” indica. La morada permanente y eterna de Dios con los hombres será su morada con los creyentes en el cielo. Ap. 21:3 (¡Ojo, cuidado! La oración anterior no debe interpretarse de tal manera que uno piense que la encarnación del Hijo de Dios era solamente una cosa temporal.)

La Palabra que se hizo carne es “el único y unigénito Hijo” (ὁ μόνος υἱὸς τοῦ πατρὸς). Vino directamente de la presencia del Padre. Con su propia presencia la

Palabra trajo todo el amor inmerecido, “gracia” (cavri) y la más completa revelación del plan divino de la salvación, “verdad” (ajlhqeiva).

v. 15-18 — *Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.*

Juan el Bautista, que por mandato de Dios había venido como el testigo (v.6), señaló a Jesucristo como la Palabra que se hizo carne. Aunque Jesús como hombre vino después de Juan en el tiempo, Jesús existía como el Hijo de Dios desde la eternidad y de esta manera “superó” a Juan en poder y en gloria.

La experiencia de los creyentes que escucharon el testimonio de Juan el Bautista estaba de acuerdo con él. Juan, el escritor, se incluye a sí mismo cuando dice, “de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.” (“Una bendición tras otra” — NVI) (cavrin ajntiV cavrito). La fuente de estas bendiciones, Jesús, la Palabra, tuvo una “plenitud” de esta gracia. (Véanse Ef. 1:7; 3:8). Su gracia no tuvo límites ya que él es el Hijo de Dios (Col. 1:19). Juan emplea una comparación para mostrar la “plenitud” (plhvrwma) de lo que Jesús, la Palabra, da.

“La ley por medio de Moisés fue dada.” En el Antiguo Testamento Moisés fue el mediador, el intermediario entre Dios y los hombres. Sin embargo, Dios mismo dio la ley. La ley en su perfección, al acusar y condenar, reveló el pecado que está en los hombres. La ley sirvió para preparar a los hombres, para mostrarles su necesidad de la plenitud de la gracia y la verdad.

En contraste con esto, Juan demuestra que “la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.” El Mediador aquí es Jesucristo. No es sólo un hombre sino también el eterno Hijo de Dios, la Palabra hecha carne. Lo que él trae no simplemente se da por medio de él como si él fuera un instrumento. Jesús mismo como la Palabra eterna es la última fuente de “la gracia y la verdad.” La gracia es el amor inmerecido que Dios tiene para con los pecadores, y la enseñanza de esta gracia es la verdad. Estas son las únicas cosas que pueden salvar a los hombres.

Juan concluye el texto con un pensamiento que nos convence de la “plenitud de la gracia” revelada en Jesús. “A Dios nadie le vio jamás.” Ni siquiera Moisés vio a Dios en toda la gloria divina. Jesús, en contraste, es “el unigénito Hijo” que viene directamente del lado del Padre. Jesús, ya que es Dios mismo, ha visto a Dios en toda su gloria. Este mismo Jesús es la Palabra hecha carne, que vivió entre los hombres para hablarles sobre Dios.

Sugerencias Homiléticas

Recién se ha celebrado la Navidad. La Epifanía se acerca. Durante este intermedio entre la estación de la Navidad y la de la Epifanía, este prólogo al Evangelio según San Juan ofrece una oportunidad para la reflexión. Es como si tomáramos tiempo para sentarnos y meditar con María sobre el significado del nacimiento de Jesús.

Las palabras de Juan que son sencillas, pero que sin embargo van cargadas de significado, imprimen en nosotros la grandeza del acontecimiento que acabamos de celebrar en la Navidad. También nos preparan para la estación de la Epifanía cuando Jesús se manifiesta como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Juan da una idea de quién es Jesús y qué es lo que él ofrece. Lo hace de una manera tan hermosa que uno titubea en cambiar la secuencia del pensamiento que él sigue. Uno de los sermones más efectivos que alguna vez escuchamos sobre este texto fue un sermón expositivo sobre “La Palabra Que Se Hizo Carne.” El predicador simplemente siguió el mensaje de Juan desde “el principio.” Con una breve exposición de las palabras de Juan, él construyó su sermón hasta llegar al clímax de “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.” Terminó con algunas reflexiones sobre la “gracia y la verdad” de Dios tal como éstas llegan a ser conocidas entre nosotros a través de la venida del unigénito Hijo de Dios.

Algunos bosquejos que tienen un tema y partes se sugieren a continuación:

Jesús, la Palabra Eterna

1. La Palabra era Dios (v.1-4)
2. La Palabra se hizo carne (v.14)
3. La Palabra está llena de gracia y de verdad (v.15-18)

Jesucristo es el Verbo

1. A través del que todas las cosas fueron hechas (v.1-4)
2. Que se hizo carne y habitó entre nosotros (v.14)
3. Que vino a traer gracia y verdad (v.15-18)

3. La Estación de la Epifanía

La estación de la Epifanía comienza con la fiesta de la Epifanía en el 6 de enero. Según el nuevo arreglo del año eclesiástico (CILA) esta estación se extiende hasta la Cuaresma que comienza con el Miércoles de Ceniza. (El calendario antiguo del año eclesiástico tenía una estación de pre-cuaresma que duraba tres domingos - Septuagesima, Sexagesima y Quinquagesima - entre las estaciones de la Epifanía y la Cuaresma. Estos domingos se han eliminado y se ha extendido por tres semanas la estación de la Epifanía.)

Ya que la Epifanía ocurre en una fecha fija (6 de enero) y la Pascua es una fiesta movable, la estación de la Epifanía durará más o menos tiempo dependiendo de la fecha de la Pascua. Es posible tener hasta nueve domingos después de la Epifanía si la Pascua cae en una fecha tardía. Por otro lado, puede haber tan pocos como cinco domingos después de la Epifanía si la Pascua viene temprano.

La estación de la Epifanía sirve como un puente entre la estación de la Navidad y la Cuaresma. La verdad que debe ser enfatizada en la estación de la Epifanía es que Jesús, que entró en este mundo en la forma de un siervo (Fil. 2:7), sin embargo a veces permite brillar su verdadera gloria como el verdadero Dios. La Epifanía significa “manifestación”. Hasta cierto punto, todos los textos para esta estación son usados para presentar esta verdad. Jesús, que tenía la apariencia de un hombre cualquiera y que pudo decir: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mat. 8:20), también era “Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios” (el Credo Niceno). La naturaleza divina de Cristo fue revelada en sus milagros y por su predicación, como lo demuestran en abundancia los textos de la Epifanía.

La fiesta de la Epifanía nos presenta la historia de cómo los magos fueron guiados para encontrar al niño Cristo que fue revelado a los gentiles así como a los judíos como el Rey recién nacido. El primer domingo después de la Epifanía (llamado la “Segunda Epifanía” en la iglesia antigua) cuenta el bautismo de Jesús. En esa ocasión el Padre y el Espíritu Santo se revelaron junto con el Hijo. En los domingos que siguen, nuestros textos de los Evangelios presentan historias en las que Jesús da testimonio por medio de sus palabras a la vez que con sus milagros de que él es el Mesías prometido, verdadero Dios a la vez que verdadero Hombre, enviado para salvar a todos de sus pecados. Los domingos siete y ocho después de la Epifanía tienen textos en los cuales el Señor de la Epifanía exhorta a los creyentes a brillar con la reflexión de su luz. Deben hacer esto llevando vidas que demuestran los frutos de su fe.

El último domingo después de la Epifanía se llama la Transfiguración de nuestro Señor. El Evangelio para este domingo cuenta la manera sumamente maravillosa en que Jesús demostró su gloria oculta bajo la forma de un siervo a tres de sus discípulos — Pedro, Santiago y Juan. Al mismo tiempo, Jesús habló con Moisés y Elías acerca de su “partida

en Jerusalén” (Luc. 9:31). Este texto, luego, nos prepara para la estación de la Cuaresma que sigue inmediatamente en el año eclesíástico.

La Epifanía de Nuestro Señor

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 60:1-6

Epístola — Efesios 3:1-12

Evangelio — Mateo 2:1-12

El Año Eclesiástico

La profecía de *Isaías* en nuestra lección del Antiguo Testamento indica la venida del Mesías como una gran luz en medio de un mundo de tinieblas. *Isaías* profetiza que el Mesías será revelado especialmente a los gentiles y habla de reyes que vendrán con regalos de oro e incienso. Aquí hay una clara profecía del evangelio de la Epifanía como lo encontramos en *Mateo*.

En *Efesios* Pablo habla de sí mismo como el apóstol a los gentiles, que fue llamado por Dios para revelarles su plan sabio y misericordioso de salvación al predicar “las inescrutables riquezas de Cristo.”

El Evangelio de *Mateo* fue escogido por el iglesia antigua porque narra la manera en que Dios, al guiar a los magos a Jesús, demostró que el Mesías no había venido solamente para los judíos, sino también para los gentiles. Esta verdad fue nueva y maravillosa en aquellos primeros días de la iglesia porque mucha gente tenía la idea de que cada nación o tribu tenía sus propios dioses que no tenían cuidado de ninguna otra nación. Muchos de los judíos también tenían esa creencia acerca de su Dios, el Dios verdadero. Así Dios tenía que enseñarles que el Salvador es para todos los pueblos, como había hecho abundantemente claro con la profecía del Antiguo Testamento (*Isaías* 60:1-6)

El Texto — Mateo 2:2-12

v. 1 — *Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos...*

El Nuevo Testamento menciona varios reyes con el nombre de Herodes: 1. Herodes el Grande, 37 a. C — 4 a. C; 2. Herodes Antipas, 4 a. C — 39 d. C, el que ordenó la muerte de Juan el Bautista (*Mat.* 14:10); 3. Herodes Arqueleo, 4 a. C. — 6 d. C. (*Mat.* 2:22); Herodes Agripa II, murió 100 d. C (*Hech.* 25:13 - 26:32). El Herodes en nuestro texto es Herodes el Grande. No podemos pasar demasiado tiempo en un sermón con la historia de este hombre. La última mitad del capítulo de nuestro texto nos dice lo cruel que era (v. 16-18). Los judíos lo temían mucho (v. 3).

Los “magos del oriente” (mavgoi ajpoV ajnatolw'n). El nombre “magos” fue usado en la antigua Babilonia para los hombres sabios, astrólogos, intérpretes de sueños, etc. Leemos de tales hombres en Daniel 2:2 y 5:7. La gente frecuentemente habla de los tres reyes, tal vez debido a los tres regalos mencionados en el versículo 11. También inventaron nombres para ellos. Pero la palabra de Dios no nos dice nada de su número, y tenemos que tener cuidado de no hablar de los tres magos. Llegaron del oriente, el área de la antigua Babilonia y Persia. Así no eran judíos.

v. 2 — ...diciendo: *¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle.*

En su país los magos habían visto una estrella que les mostró que el Rey de los judíos había nacido. Ahora querían honrarle (proskunevw — “adorar”). Esto hace surgir algunas preguntas interesantes. Los judíos esperaban el Salvador venidero. Esta esperanza se mantenía por medio de muchas profecías. Jacob en Génesis 49:10 había llamado a este Salvador uno que tendría un cetro, un bastón usado por reyes como signo de su reinado. Balaam había sido usado por Dios para predecir la venida del Salvador, llamándolo tanto un cetro y una estrella (Núm. 24:17).

¿Pero cómo habían llegado a conocer al Salvador prometido en la lejana tierra de los magos? Sabemos que los judíos habían sido llevados a Babilonia a causa de sus graves pecados contra el Señor. Entre estos judíos estaba Daniel. A veces trabajaba con los magos y se hizo su amigo cuando salvó sus vidas (Dan. 2:13, 24) Un creyente fiel como Daniel hablaría a sus amigos acerca del Salvador venidero. Desde entonces habían pasado años, pero Daniel no fue olvidado.

Ahora cuando una estrella especial apareció en el oriente, los magos de ese día estaban seguros que esto era una señal de Dios de que el Salvador prometido, el Rey de los judíos, había nacido. No podemos explicar más. Algunos dicen que ciertas planetas estaban en una posición excepcional y que esto mostró a los astrónomos que un gran rey había nacido. Pero los magos hablan solamente de una “estrella” (oJ a*sthvr). Cuando habían salido de Jerusalén, la vieron otra vez y fueron guiados por ella al niño Cristo (v. 9). Sencillamente no podemos explicar el milagro. De su propia manera Dios utilizó una estrella especial para revelar a los magos que el Salvador y Rey venidero habían nacido. Dios también utilizó esta estrella para guiarles a Jesús.

En conformidad con el pensamiento principal de la Epifanía, vemos que el bebito en Jerusalén es tan grande que aun las estrellas tienen que servirlo, porque él es su Rey todopoderoso. Hay otros casos en donde, aun en su estado de humildad, la naturaleza tenía que servirlo (Juan 2:7-11; 6:11-13, 19; Mat. 8:26). Ahora que Cristo gobierna en el cielo, hace pleno uso de este poder (Ef. 1:22). Ya que somos su iglesia, su pueblo, él utiliza su poder especialmente para nuestro bien. No tenemos que temer las tormentas, las sequías o cualquier otra cosa en la naturaleza. Jesús tiene el poder adecuado para mantenernos seguros.

v. 3 — *Oyendo esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él.*

Aunque Herodes era rey, siempre temía que alguien lo derrocaria. Inclusive mandó matar a varios miembros de su familia cuando sospechaba una conspiración contra él. Así cuando Herodes oyó del rey recién nacido, tenía mucho temor de que el pueblo pudiera dar su apoyo a este rey y rebelarse contra él. Cuando Herodes tenía miedo, la gente sabía que podía ser muy cruel. Daría muerte inmediata a cualquiera de que sospechaba que conspiraba contra él. Así “toda Jerusalén” se turbó “con él.”

v. 4 — *Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo.*

Aunque Herodes no era judío, conocía la religión de los judíos. Inclusive había reconstruido su templo para ganar su amistad. También sabía algo del Cristo, el Mesías, el Salvador prometido. Pensaba que el Rey recién nacido de quien hablaban los magos tenía que ser el Cristo, ya que Dios inclusive había usado una estrella para anunciar su nacimiento.

¿Pero en dónde? Herodes estaba seguro que los hombres que estudiaban el Antiguo Testamento podrían contestar esa pregunta. Así convocó a los “principales sacerdotes” (ajrcierei") que estaban a cargo del templo y el culto de los judíos, y los “escribas” (grammatei") que copiaban y estudiaban el Antiguo Testamento. Les pidió que le dijeran en dónde el Salvador había de nacer. Su plan fue destruir al bebé.

v. 5, 6 — *Ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, No eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; Porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel.*

Más de 700 años antes Dios hizo que Miqueas predijera el lugar de nacimiento del Mesías (Miq. 5:2). Sería en verdad un gran Rey, porque Miqueas le llamó un “guiador” (hJgouvmeno") que vigilaría sobre el pueblo de Israel y el “Pastor” que cuidaría el rebaño de Dios. Aunque sería grande, nacería en el pueblo pequeño de Belén en Judea. Por esta razón Belén sería una ciudad muy importante, “No la más pequeña entre los príncipes de Judá.” Mientras la palabra que es traducida con “príncipes” frecuentemente significa “uno que gobierna,” aquí podría significar “una ciudad principal.”

Otro pensamiento de la Epifanía: el bebuto nacido en Belén no fue ningún bebuto ordinario. Dios nos dio su Palabra para hablarnos acerca de la venida del Salvador venidero. Pero lo que Dios predijo por medio de Miqueas no fue todo lo que él tuvo que decir acerca del Salvador. Dios habló del Salvador en todo el Antiguo Testamento. Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). El hecho de que Dios habló acerca del nacimiento de este niño en el Antiguo Testamento es admirable en sí. Lo que tenía que decir acerca de la obra de salvación de Jesús es aun más admirable. Repase lo que Isaías 53 nos dice de Cristo: nuestros pecados fueron puestos sobre él (v.

6); el castigo de ellos cayó sobre él (v. 5); por causa de esto nosotros somos justificados (v. 11). Poco sorprende, entonces, que Pablo dijo que las Escrituras del Antiguo Testamento “te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Tim. 3:15). La palabra revela la gloria del Señor.

v. 7, 8 — *Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la estrella; y enviándolos a Belén, dijo: Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore.*

Aquí vemos la malicia del rey Herodes. En secreto quería matar a Jesús, pero en público pretendía aceptar y honrarlo como rey. Quería engañar a los magos para que revelaran en dónde estaba Jesús.

v. 9 — *Ellos, habiendo oído al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño.*

Ahora tuvo lugar este milagro. La misma estrella que los magos habían visto en el oriente volvió a aparecerse. Estaba tan cerca a ellos que podían seguirla hasta que se detuvo sobre el lugar en donde el niño Cristo ahora se hospedaba. Ya no estaba en el establo. Había tomado meses para que los magos pudieran viajar a Jerusalén. Más tarde parece que Herodes pensaba que podrían haber pasado dos años desde que los magos hayan visto la estrella (v. 16). José había encontrado una casa (oi*kiva) en Belén para vivir allí con María y su hijo (v. 11).

v. 10 — *Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo.*

Los magos sabían que iban por el camino correcto. Sabían que Dios quería que encontrarán al Niño para honrarlo como aquél que Dios había prometido enviar para ser el Salvador y Rey. ¡Por eso estaban muy contentos (ejcavrhsan caraVn megavlhn sfovdra)!

v. 11 — *Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra.*

Cuando los magos entraron en la casa sobre la cual se había detenido la estrella, la primera cosa que vieron fue el bebito a quien habían buscado. Ahora podían cumplir el propósito de su viaje. La gente de su tierra se ahincaba y tocaba su frente en el suelo para demostrar su humildad y la grandeza de la persona a quien honraban. Así estos hombres demostraron que sabían que Jesús estaba mucho más grande que ellos. Fue el Salvador que Dios había prometido. En aquel bebito vieron a su Señor y Salvador.

Fue la costumbre en aquellos días honrar a la gente importante dándoles regalos. Eso es lo que hizo la reina de Saba cuando visitó a Salomón (1 Reyes 10:10). Los regalos que los magos dieron al niño Cristo eran oro, incienso y mirra. “Mirra” (smuvrna) fue un

perfume costoso hecho de la sabia secada de un árbol. También se usaba para aminorar el dolor (Mar. 15:23). Algunos creen que José haya usado estos regalos para sostener a María, el Crisostino y a sí mismo cuando tenían que huir a Egipto y permanecer allí por algún tiempo. Nuestro Dios tiene maneras de preservar a los suyos poco usuales. Pero el propósito del regalo fue honrar al niño Cristo. Nosotros los cristianos todavía utilizamos regalos para honrar a nuestro Salvador cuando utilizamos algunos de los bienes terrenales con los cuales el Señor nos ha bendecido como ofrendas para sostener la obra de la iglesia.

v. 12 — *Pero siendo avisados por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.*

Herodes trató de engañar a los magos para que pensaran que él quería adorar al Crisostino. Pero no pudo engañar a Dios. Nadie lo puede hacer. Dios sabía que Herodes trataría de matar al niño Cristo. Así Dios advirtió a los magos para que no volvieran a Herodes, y ellos obedecieron. El mismo hecho de que ahora les habló directamente les mostró que Dios se agradó de su búsqueda del niño Cristo y su adoración de él al encontrarlo. Jesús es de hecho el Hijo de Dios y el prometido Salvador. Más tarde Jesús mismo diría a los judíos: “Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió (Juan 5:23). Así toda esta historia nos demuestra que el niño Jesús es nuestro glorioso Salvador a quien queremos adorar y servir.

Sugerencias Homiléticas

Sugerimos estos bosquejos:

Se revela la gloria del niño Cristo

1. Por la estrella (v. 1, 2)
2. Por la palabra (v. 3-8)
3. Por la adoración de los magos (v. 9-12)

Lo que reveló la visita de los magos acerca del niño Jesús

1. El es el Dios a quien tiene que servir la naturaleza (v. 1, 2)
2. El es el Mesías a quien proclama la Escritura (v. 3-8)
3. El es el Señor a quien los creyentes adorarán (v. 9-12)

El niño Jesús es el Salvador de los gentiles

1. Revelado como tal por Dios (v. 1-8)
2. Adorado como tal por los magos (v. 9-12)

El primer bosquejo señala de manera precisa la verdad de la Epifanía de que el niño Jesús, que tenía la apariencia de un ser humano humilde, a veces permitió que brillara su

gloria como el Hijo de Dios (Juan 2:11). En este texto es el Padre que demuestra la gloria del niño Cristo. Pero está allí el pensamiento de la Epifanía.

El segundo bosquejo es muy similar al primero, pero no utiliza la palabra “gloria”. Las partes ya revelan lo que demostrará el sermón.

El tercer bosquejo subraya el pensamiento que tenía la iglesia antigua cuando escogió este texto como el Evangelio para la Epifanía, que ellos llamaban la “Navidad de los gentiles.” Al usar este bosquejo, el predicador tendrá que volver constantemente a la palabra “gentiles” y estar seguro de que sus oyentes reciban el mensaje del significado de esta palabra. Pero su propósito todavía será demostrar que el niño Jesús es el Salvador y animar a los oyentes a confiar en Jesús y servirlo.

Primer Domingo después de la Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 42:1-7

Epístola — Hechos 10:34-38

Evangelio — Lucas 3:15-17, 21, 22

El Año Eclesiástico

El primer domingo después de la Epifanía también se conoce como el domingo del “Bautismo de nuestro Señor.”

En el Antiguo Testamento *Isaías* profetiza acerca del Siervo de Jehová que viene, sobre quien Jehová pone su Espíritu. La referencia claramente indica al Mesías y su ser ungido con el Espíritu de Dios, cosa que sucedió en su nacimiento y fue manifestado públicamente en su bautismo.

La lectura de *los Hechos* nos presenta las palabras de Pedro a Cornelio que proclaman “el evangelio de la paz por medio de Jesucristo,” a quien “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder.” Otra vez, la referencia es al bautismo de Cristo.

El Evangelio nos presenta la historia de Lucas del bautismo de Cristo. En su bautismo, Jesús formalmente fue instalado en su oficio como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey. El Espíritu Santo descendió sobre Jesús, mientras oraba, en forma de una paloma. El Padre dio testimonio al Hijo, de quien estaba complacido, mediante una voz desde el cielo. Con esta demostración visible y audible del Padre y el Espíritu, el Hijo fue fortalecido al principio de su ministerio para su gran obra.

El texto para el primero de enero enfatizó el significado del nombre Jesús, el Salvador. El texto para este domingo da significado al nombre de Cristo, el Ungido.

El texto — Lucas 3:15-17, 21, 22

v. 15-17 — *Como el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.*

Juan predicaba con tanto poder que mucha gente pensaba que él podría ser “el Cristo” (oJ Cristov”), el Mesías prometido. Juan contestó todas tales preguntas acerca de sí mismo haciendo un anuncio público. Señaló a “uno más poderoso” (ijscurovtero”) que él que vendría pronto. Aquél era el Mesías. Juan declaró que él ni siquiera era digno de desatar la correa que ataban las sandalias del Mesías en sus pies. En otras palabras, Juan no era digno de hacer el deber del más humilde esclavo ante esta persona que venía. Sin embargo, Jesús dice en Lucas 7:28 que Juan es el mayor de los que han nacido de mujer.

Juan también señaló una diferencia entre su poder y el poder del Mesías. Juan bautizaba con “agua” (u{dati). El Mesías, sin embargo, derramaría directamente al Espíritu Santo. Juan no dice que su bautismo no tenía el poder del Espíritu. La referencia aquí es al día de Pentecostés (Hechos 2) cuando Jesús, el Salvador victorioso y exaltado, derramó el Espíritu Santo sobre los primeros discípulos de una manera sumamente maravillosa. Juan bautizó como un siervo cumpliendo los órdenes de su Amo. El Amo fue Cristo. (Véase también Hechos 1:5, 8; 11:16.)

La referencia de Juan a “fuego” (puriv) en conexión con el derramamiento del Espíritu Santo fue un fuego purificador que quema todo lo que no es santo (Is. 6:6, 7; 1 Ped. 1:7). Las lenguas de fuego sobre las cabezas de los discípulos en el día de Pentecostés seguramente eran un símbolo de este fuego santo.

Juan describió el poder del Mesías utilizando una ilustración que le identifica como el juez de todas las cosas. En aquellos días un granjero trillaba haciendo que sus bueyes pisaran las espigas de grano amontonados en el piso. Luego quitaba la paja. Después utilizaba una escoba o canasto para echar el grano mezclado con hojarasca en el aire. El aire llevaba la hojarasca. El grano se caía sobre el piso. Finalmente fue juntado en contenedores para guardarlo, y se quemaba la hojarasca. Así el Mesías separaría entre los creyentes y los incrédulos. Su juicio sería cabal. Su juicio ya estaba en progreso. Llegaría a ser público y final en el último día cuando él “recogerá el trigo en su granero,” y “quemará la paja en fuego que nunca se apagará.” Los creyentes entrarán en la vida eterna en el cielo. Los incrédulos sufrirán el castigo del infierno. Este castigo sería eterno. El fuego es inapagable (a*sbevstw/), nunca termina. Nota que el mismo versículo ocurre en el texto para el tercer domingo de Adviento.

v. 21, 22 — Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz desde el cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.

Aunque al principio la gente pensaba que Juan podría ser el Mesías, habían oído la respuesta de Juan. Debían esperar a uno “más poderoso”. Un día mientras muchos más eran bautizados por Juan, vino el que era “más poderoso” y fue bautizado por Juan. Se llamaba Jesús.

Lucas dijo que Jesús estaba orando cuando fue bautizado. Lucas especialmente enfatiza las oraciones de Jesús. Menciona ocho veces más en su evangelio que Jesús oraba.

Mientras Jesús oraba, sucedieron cosas asombrosas. Los cielos se abrieron. De una manera especial el cielo, que usualmente está cerrado, ahora se abrió para este evento. (Véase Hechos 7:56; Ez. 1:1.) Desde la gloria del cielo abierto descendió una paloma sobre Jesús. La forma de la paloma fue utilizada por el Espíritu Santo.

Este descenso del Espíritu Santo sobre Jesús es el unguimiento de Jesús. La palabra Mesías quiere decir “el Ungido (Cristov)”. El Antiguo Testamento y el Nuevo se refieren al unguimiento del Mesías con el Espíritu Santo (Is. 42:1; Hechos 10:38). Así como los reyes del Antiguo Testamento fueron ungidos para su oficio con aceite (1 Sam. 10:1; 16:13), este unguimiento de Jesús en la ocasión de su bautismo lo coloca en su oficio como el Mesías o Cristo. El descenso del Espíritu como una paloma también es la manera en que Dios revela a Jesús como el Mesías a Juan el Bautista. (Véase Juan 1:29-34).

Para confirmar esta verdad, la voz del Padre habla desde el cielo. De las palabras del Padre entendemos que Jesús es el Hijo de Dios. Jesús debe ser adorado como el Hijo eterno de Dios (Juan 5:23). Jesús es el “amado” (ajgaphtov) del Padre porque el Padre sabía que Jesús cumpliría el trabajo del Mesías que era salvar a la humanidad, sufriendo en su lugar. Por eso el Padre “tiene complacencia” en Jesús, que voluntariamente ha asumido su trabajo (véase Is. 42:1)

Esta historia del bautismo de Jesús claramente revela las tres Personas del Dios trino. Jesús, el Hijo eterno, está presente en la carne como el que se bautiza. El Espíritu Santo descende en forma de una paloma para ungir a Jesús. Se oye la voz del Padre desde el cielo. La Biblia claramente enseña la Trinidad.

El punto final que se debe hacer es que Jesús no fue a Juan para ser bautizado para lavar sus pecados. Jesús, que no conocía pecado (2 Cor. 5:21), fue bautizado como el que llevaba nuestros pecados. Aquí también como en la cruz “fue contado entre los transgresores.” Vino para cumplir toda exigencia de la justicia de Dios (Mat. 3:15) y unió su bautismo con el bautismo de todos los creyentes para tomar su lugar. El bautismo de Jesús como nuestro Substituto fue parte de su obra de redención.

Sugerencias Homiléticas

Parte de este texto (v. 15-17) fue usado para el tercer domingo de Adviento. En esa ocasión los pensamientos del Adviento dominaban. El énfasis entonces fue sobre el llamamiento de Juan a una vida de arrepentimiento en preparación para dar la bienvenida al Mesías que venía.

Ahora, por supuesto, estamos en la estación de la Epifanía. El énfasis está en la revelación de Jesús como el Cristo para el mundo entero. Por tanto será prominente el bautismo de Jesús.

Algunas sugerencias para bosquejos:

Jesús es declarado el Mesías prometido

1. Juan da testimonio de él (v. 15-17, 21)
2. El Espíritu Santo le unge (v. 22)
3. El Padre le da su aprobación (v. 22)

Los cielos se abren en el bautismo de Jesús

1. Se abrieron sobre el Hijo mientras oraba
2. Se abrieron para el descenso del Espíritu
3. Se abrieron mientras el Padre hablaba

Segundo Domingo después de la Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 62:1-5

Epístola — 1 Corintios 12:3-11

Evangelio — Juan 2:1-11

El Año Eclesiástico

Isaías en la lección del Antiguo Testamento profetiza acerca de la gloria de “Sión”, la iglesia de Dios, como existirá en el tiempo del Nuevo Pacto. La gloria de esta iglesia brillará en su mensaje de salvación para todos. Dios estará en comunión con su iglesia como un novio con su novia.

La Epístola de *1 Corintios* comienza una serie de lecturas de la última parte de esta carta. Los dones del Espíritu para sus creyentes, comenzando con el don de la fe misma, son presentadas en esta primera lectura.

La lección del Evangelio es de *Juan*, para que se oiga en informe del primer milagro de Cristo. Con los milagros Cristo fortalece la fe de sus seguidores en él como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. “Y sus discípulos creyeron en él” (Juan 2:11).

Así nuestro Evangelio es una epifanía, un informe de Cristo cuando “manifestó su gloria.” La gloria de Cristo es también la gloria de sus creyentes, la santa iglesia cristiana. El hecho de que Cristo reveló esta gloria en una boda tal vez no tenga significado especial. Sin embargo, nos recuerda que el vínculo sagrado del matrimonio es uno que Dios utiliza como una imagen del vínculo íntimo que une a todos los cristianos con él en la santa iglesia cristiana.

El Texto — Juan 2:1-11

Esta palabra de Dios sucedió al principio mismo del ministerio público de Jesús. Si hubieras sido Jesús, ¿cómo habrías tú hecho la transición de la vida privada al ministerio público? Jesús no apareció repentinamente en la vida pública de Jerusalén, la capital. Al final de los treinta “años de silencio” en Nazaret, Jesús un día caminó al río Jordán y fue bautizado por Juan el Bautista. Esta fue su inauguración en el trabajo como el Salvador del mundo. Inmediatamente después pasó seis semanas en el desierto de Judea. “Por cuarenta días... era tentado por el diablo” (Lucas 4:2). Aunque Jesús resistió los ataques del diablo y le obligó a retirarse, Jesús sabía que Satanás volvería (Lucas 4:13). Jesús sabía también lo que le quedaba por delante: una lucha, oposición y una muerte

vergonzosa. Más temprano Juan el Bautista había indicado esto al llamar a Jesús el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Si Jesús miraba atrás o miraba adelante, había pensamientos ensobrecedores en su mente. Sin embargo, fue en este tiempo solemne que la fiesta de bodas de una pareja de una aldea encontró un lugar en su vida y obra.

v. 1, 2 — *Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos.*

“El tercer día” está contado desde el día mencionado en el capítulo 1:43. En los capítulos 1 y 2, Juan nos da una lista cuidadosa de las actividades de Jesús día por día en esa primera semana del ministerio público de Jesús. Por costumbre las fiestas judías de bodas en los días de Jesús duraban siete días, y esto tal vez explique la falta de vino descrito en el texto. Caná fue una aldea a menos de 15 kilómetros de Nazaret, donde Jesús se había criado. Jesús, su madre y sus discípulos habían recibido una invitación especial a la boda. En este tiempo había al menos cinco discípulos: Andrés, Juan, Pedro, Felipe y Natanael. Puede ser que había otros que no fueron mencionados aquí.

v. 3-5 — *Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aun no ha venido mi hora. Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere.*

María demostró su fe al acudir a Jesús cuando se agotó en vino en la fiesta. Fue una de los pocos fieles en Israel que esperaban el Mesías prometido. Treinta años habían pasado desde que el ángel Gabriel se le había aparecido con el mensaje: “Darás a luz un Hijo, y llamarás su nombre Jesús... El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.” (Lucas 1:31,35. María recordaba una escena en el templo dieciocho años antes cuando su joven Hijo le había dicho que tenía a un Padre celestial en cuyos negocios tenía que estar. En ese tiempo María “guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lucas 2:51). En la boda María acudió a su Hijo porque sabía que él podía ayudar. No la criticamos por esto.

Pero hay algo más por lo cual la criticamos, como lo hizo su Hijo. “¿Por qué me involucras a mí?” preguntó Jesús, “Mi hora aun no ha llegado.” No hay dureza o falta de respeto en las palabras de Jesús a su madre, pero hay distancia. María se había dirigido a él como si todavía fuera el joven que por años había cumplido sus mandatos y sido obediente. Pero esta anterior relación entre madre e Hijo había llegado a su fin. Esto ya no era Nazaret: era Caná, y había comenzado el ministerio público de Jesús. En los asuntos que pertenecían a su vocación María no era su madre, era solamente otra pecadora que necesitaba a un Salvador. ¿No es un consuelo saber que Jesús te ama tanto como amó a su propia madre? Hay iglesias hoy que enseñan que María tenía un reclamo especial sobre Jesús y que ella tiene acceso más directo a su corazón que tú o yo, pero esa doctrina no encuentra apoyo en la Escritura.

“¿Qué tienes conmigo?” (τιν εἰμοὶ καὶ σοὶ) es más literalmente “¿Qué negocio mío es también de tu cuidado?” Lo que pides no es un asunto para ti y para mí. María estaba

dejando entender que si hiciera un milagro salvaría a la pareja de novios de una situación embarazosa.

Jesús también agregó: “Aun no ha venido mi hora.” (ou[pw h{kei hJ w{ra mou). María tal vez haya pensado que ésta sería una buena ocasión para hacer un milagro. Después de todo, Juan el Bautista lo había inaugurado públicamente en su obra pública, y ahora Jesús había comenzado a reunir discípulos. Un milagro aquí en la boda anunciaría a todos los invitados que este carpintero y maestro realmente fue Dios en forma humana. Pero Jesús contestó: “Aun no ha venido mi hora.” Su Padre había designado un tiempo en que debería demostrar públicamente su majestad como el Hijo de Dios, pero ese tiempo todavía no había llegado.

Note las palabras “todavía no” (ou[pw). María tomó nota, y su fe se aferró a ellas. Jesús no le había dicho que “no”, había dicho que “aún no.” Así que ella dijo a los siervos: “Haced todo lo que os dijere.”

v. 6-9 — *Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo.*

Las seis tinajas de piedra para agua contenían agua usada para los lavamientos ceremoniales. Las leyes antiguas judías de la purificación fueron las más complicadas de todas sus leyes. En el Talmud (la interpretación tradicional judía del Antiguo Testamento) la parte que trata de las purificaciones es en mucho la de mayor extensión, conteniendo 1,001 reglamentos individuales. En el tiempo de Jesús los hogares judíos seguían las instrucciones de los líderes religiosos acerca de la purificación (Marcos 7:3 sig.).

La opinión del hombre responsable de manejar el banquete fue sin prejuicios, porque no sabía nada del origen del vino. Los siervos, sin embargo, sabían que fue Jesús que había cambiado el agua en vino. El Hijo de María también es el Señor de la naturaleza. Jesús es el Todopoderoso, y aquí utilizó su inmenso poder en beneficio de sus hijos.

v. 10, 11 — *Y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora. Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.*

Jesús había dado a la pareja un regalo precioso de bodas. Primero aceptó su invitación para estar presente en su boda y aumentó su alegría en ese día. Les dio más evidencia de su amor al resolver para ellos un problema embarazoso. Pero lo mejor fue que escogió su boda como el lugar para hacer su primer milagro. La palabra griega para “milagro”

(shmeivon) siempre quiere decir una señal hecha para que la gente crea. Solamente los incrédulos rehusan creer una señal tan evidente.

Las palabras “cuando ya han bebido mucho” (mequsqw'sin) no deben ser interpretados como si los invitados en esta boda se hayan emborrachado. Tal vez una traducción más adecuada sería “cuando han bebido libremente”. Esto solamente expresa una regla general en las fiestas. De costumbre el mejor vino fue servido primero. Más tarde se podía servir el vino más corriente.

Su “gloria” (hJ dovxα) fue lo que separaba a Jesús y le hizo lo que es. Para los invitados de la boda se asemejaba a cualquier otro invitado, pero no era un huésped ordinario. Fue el gran representante de Dios para la raza humana. Cuando Dios envió a sus mensajeros para hablar por él, dio una gloria a su mensaje, le dio la habilidad de impresionar a la gente. Cuando habló Moisés, el rey de Egipto le tuvo que respetar. Cuando el profeta Elías mató a 450 sacerdotes falsos que trataban de llevar a Israel a la idolatría, nadie le pudo hacer daño. Pero Jesús tenía su propia gloria, “gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad” (Juan 1:14).

Los cinco discípulos que Jesús ya había escogido habían llegado a la fe anteriormente. Se habían convencido de que Jesús era el Salvador que Dios había prometido enviar (Juan 1:41, 49). Pero ahora en Caná esta fe se profundizó; fue reafirmada por lo que los discípulos vieron en la boda. Precisamente esto es el beneficio principal de oír esta historia del primer milagro de Jesús. Juan 20:31 “Pero éstas [señales milagrosas] se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.”

Sugerencias Homiléticas

“Manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.” Estas palabras finales de nuestro texto del Evangelio de Juan dan la dirección de este hermoso texto de la Epifanía.

El mensaje del primer milagro de Cristo

1. Es todopoderoso
2. Es misericordioso
3. Merece nuestra confianza

Cada una de estas verdades es claramente demostrada en el texto mismo. Jesús no solamente reveló su gloria cambiando el agua en vino (es todopoderoso). Reveló su gloria con un acto generoso de misericordia (es misericordioso). En este caso la situación embarazosa de sus anfitriones fue suficiente para incentivar la ayuda misericordiosa de Jesús. Por tanto, en todas nuestras necesidades, grandes y pequeñas, Jesús merece nuestra confianza.

Otra manera de formular los mismos pensamientos sería:

Jesús es el Hijo de Dios.

1. Su madre aprendió esto (v. 3-5)
2. La pareja matrimonial experimentó esto (v. 7-10)
3. Sus discípulos creyeron esto (v. 11)

El propósito de Cristo en usar este milagro para fortalecer la fe de su madre y de sus discípulos puede recibir el énfasis de esta manera:

Señor, auméntanos la fe

1. Ven como nuestro amigo (v. 1, 2)
2. Corrige nuestra manera de pensar (v. 3, 4)
3. Ayúdanos en nuestra necesidad (v. 6-10)
4. Revela tu gloria en nosotros (v. 11)

Las últimas sugerencias siguen una línea de pensamiento similar con variantes en las palabras:

Jesús se demuestra como el que trae gozo

1. Bendice un matrimonio con su presencia (v. 1, 2)
2. Alivia una necesidad humana (v. 3-10)
3. Fortalece la fe de sus seguidores (v. 11)

Jesús es el amigo que tú necesitas

Mira esto

1. En su humildad
2. En su amor
3. En su sabiduría
4. En su poder

La humildad de Jesús se demuestra en el hecho de que tiene la voluntad de aceptar esta invitación junto con sus discípulos. Participó en todos los aspectos de nuestra vida, no solamente en los tiempos de dolor, sino también en los de gran felicidad. Su amor es reflejado en su compasión de las necesidades humanas en la vida cotidiana. Su sabiduría escoge el mejor momento y la mejor manera para ayudar. Su poder demuestra que él es quien domina toda circunstancia.

El Tercer Domingo después de Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 61:1-6
Epístola — 1 Corintios 12:12-21, 26, 27
Evangelio — Lucas 4:14-21

El Año Eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento de *Isaías* profetiza la venida del Mesías o Salvador. Describe su obra. Retrata la gloria de la iglesia del Nuevo Testamento, que se edificará sobre la obra del Salvador.

La Epístola, una continuación de las lecturas de *1 Corintios*, compara la santa iglesia cristiana con el cuerpo de Cristo. Como el cuerpo humano tiene muchas partes, cada una con su propia función, así el cuerpo de Cristo tiene miembros con varios dones y diferente honor. Sin embargo todos cooperan en amor y cuidado los unos por los otros y para el bien de la totalidad.

El Evangelio de *Lucas* presenta una gloriosa revelación de Jesús como el Mesías prometido por los profetas del Antiguo Testamento. Jesús lee la profecía de Isaías que se encuentra en nuestra lección del Antiguo Testamento para este domingo y la aplica directamente a sí mismo.

Las lecturas del Antiguo Testamento y del Evangelio para este domingo son muy apropiados para la estación de la Epifanía ya que revelan a Jesús como el Mesías, tanto en profecía y en cumplimiento. No solamente se proclama su persona. Se describe la esencia de su obra. Es el gran Libertador espiritual. La Epístola glorifica la iglesia cristiana como el cuerpo del Salvador.

El Texto — Lucas 4:14-21

Este texto narra la segunda vez que Jesús aparece en público en Galilea durante su ministerio público. La primera vez había asistido a una boda en Caná y había hecho allí su primer milagro, convirtiendo agua en vino. Desde entonces ha echado a los comerciantes del templo en Jerusalén, ha reunido un grupo de muchos discípulos, y ha predicado en Samaria y en muchas partes de Galilea.

v. 14,15 — *Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos.*

Después de predicar en el sur de Palestina por un tiempo, Jesús volvió a Galilea en el norte de Palestina, el área donde había pasado la mayor parte de su vida y con que estaba más familiarizado. Fue la voluntad de Dios que predicara también allí, porque se nos dice que “Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea” (ejn th'/ dunavmei tou' pneuvmato"). En esta ocasión mucha gente salió para oír a Jesús y ver los milagros que hizo. Su fama (fhvmh) se extendió por toda la región, de modo que a dondequiera que iba, la gente sabía quién era, ya que habían oído de su trabajo en otras partes del país.

Jesús comenzó su trabajo en cualquier lugar visitando la sinagoga y enseñando allí. La sinagoga judía fue el centro del culto en cada comunidad judía. En ese lugar los judíos se reunirían los sábados para adorar a su Dios. En ese lugar se enseñaba a los niños la palabra de Dios, los Diez Mandamientos, la historia del pueblo de Dios, Israel, y las profecías acerca de la venida del Mesías o Salvador.

v. 16 — *Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer.*

Fue en Nazaret que Jesús había pasado la mayor parte de su vida. Aquí aprendió el trabajo de carpintería. Después de la muerte de José (consideramos que ya no vivía, ya que no oímos nada de él en los evangelios después de las historias de la niñez de Jesús) Jesús ha de haber ayudado a sus hermanos en sostener a su madre María trabajando como carpintero.

En este sábado Jesús fue a la sinagoga “conforme a su costumbre” (kataV toV eijwqov" aujtw'/). Notamos que Jesús había asistido regularmente a los cultos cuando vivía en Nazaret. Cuando consideramos que él fue el Hijo de Dios que se hizo hombre, podríamos pensar que no podría beneficiarlo la asistencia en un culto conducido por uno que solamente fue hombre, aunque era rabino, es decir, un maestro judío. Sin embargo, Jesús nos dio un buen ejemplo asistiendo con regularidad en la sinagoga en el día sábado para oír la palabra de Dios.

En esta visita a la sinagoga Jesús fue honrado, como usualmente era el caso con un rabino que visitaba, con la invitación a leer la lección de la Escritura y explicarla. Nosotros diríamos, leyendo un texto y predicando un sermón sobre él. El culto en la sinagoga judía fue muy similar al que todavía usamos hoy. Cantaron salmos, dijeron oraciones. Leyeron una selección de los cinco libros de Moisés y otro de un libro de los profetas. Esta luego fue explicada en un discurso o sermón. El presidente de la sinagoga no necesariamente fue sacerdote o levita, sino podría ser cualquier miembro de la congregación que podía leer y explicar las Escrituras.

v. 17-19 — *Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.*

Cuando Jesús había ascendido la plataforma al frente de la sinagoga, el asistente abrió el arca o cofre en que se guardaban las Sagradas Escrituras y entregó el rollo del profeta Isaías a Jesús. Este fue un rollo de pergamino envuelto sobre un palo de madera con otro palo similar al otro extremo del rollo. Jesús desenrolló el pergamino de uno de estos palos al otro hasta que llegó al capítulo 61 de Isaías. Aquí leyó el primer versículo y la mitad del segundo versículo del capítulo. Esto serviría como su texto.

Esta profecía de Isaías describió la obra del Mesías o Salvador que venía. Indicaba que el Mesías fue especialmente separado para esta obra diciendo que el Espíritu del Señor le ha ungido para hacer ciertas cosas. (Note: *crivw* significa “ungir”; *cristov* significa “el Ungido”.) El unguir fue una ceremonia usada en tiempos del Antiguo Testamento para designar o separar a una persona para un oficio u obra especial, tal como de ser sacerdote o rey, y a veces también un profeta. Se derramaba aceite de olivo sobre la cabeza de la persona, y se le dijo para cuál oficio se estaba separando. Jesús nunca fue ungido con aceite de olivo como frecuentemente sucedió con los sacerdotes y reyes, pero fue especialmente designado para su obra mesiánica cuando Juan el Bautista lo bautizó en el río Jordán, como podemos leer en Juan, capítulo 1. La tarea para la cual Jesús fue separado fue “dar buenas nuevas a los pobres” (*eujaggelivsasqai ptwcoi*”).

Los “pobres” de los cuales se hablan aquí no son los que están sin dinero y los bienes y comodidades de esta vida, sino los que son pobres ante Dios. No tienen ninguna justicia con la cual pueden estar en pie delante de Dios en el juicio. Son pecadores que merecen el castigo de Dios por sus pecados y que no pueden desligarse de la culpa de sus pecados. Esto les hace espiritualmente pobres (véase Mat. 5:3).

La condición de tales pecadores que necesitan el perdón de los pecados es retratada por el profeta de varias maneras. Todos son retratos hechos para explicar la condición de esos pobres pecadores que están en necesidad de perdón. El pecador es descrito como un cautivo (*aijcmavlwto* — literalmente, un prisionero de guerra). El pecado es como un capataz duro que trata al pecador como a un esclavo, lo golpea y le fuerza a hacer muchas cosas que no debe hacer o preferiría no hacer. De esta manera el pecador es un cautivo o esclavo del pecado que necesita ser libertado. La obra del Mesías es proclamar la libertad a estos prisioneros del pecado.

El pecador también es descrito como “ciego” (*tuflov*”). El pecado ciega el ojo mental de modo que el pecador no puede ver la verdad. Frecuentemente el pecador ni cree que el pecado que comete sea pecado. No tiene modo de juzgar correctamente sus acciones, ni las puede ver en la luz en la que Dios las ve. Es espiritualmente ciego y necesita que se le restaure la vista. La tarea del Mesías es predicar “vista” (*a*navbleyi*”) a los pecadores

espiritualmente ciegos. El Salvador tiene que predicar a los pecadores perdidos que sus pecados les son perdonados y que no serán castigados por ellos.

La última imagen es la de un hombre sentado en una prisión, en donde ha sido azotado por el carcelero y está sangrando de sus heridas (teqrausmevno"). Esto es lo que el pecado hace al pecador. Destruye poco a poco su cuerpo y la causa mucho dolor y sufrimiento. Los que están sentados en la cárcel necesitan que alguien les libre. La obra del Mesías es libertar a los que están heridos, es decir, librar a esos pecadores de las consecuencias de sus pecados.

Todo esto es el mensaje más gozoso que el pecador puede oír. En el versículo 19 de nuestro texto es comparado con el año del jubileo en el Antiguo Testamento. Según la ley ceremonial judía (véase Lev. 25) cada cincuenta años se debía celebrar un año de jubileo. En ese año todos los esclavos serían librados, todas las deudas canceladas, la tierra y propiedad que se había vendido fue devuelto a su dueño original, y había gozo por toda la tierra. En nuestro texto esto se llama "el año agradable del Señor" (ejniautoVn kurivou dektovn), es decir, el año en el cual el Señor demuestra su favor perdonando las ofensas pasadas, la deudas pasadas y las pérdidas pasadas.

v. 20 — *Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él.*

Después que Jesús había leído su texto del libro de Isaías, enrolló el libro y lo devolvió al miembro de la sinagoga que tenía el cargo de la Sagrada Escritura. Luego Jesús y la congregación se sentaron. Los rabinos judíos siempre se sentaban cuando enseñaban. Todo el mundo estaba ansioso de escuchar lo que Jesús diría para explicar las Escrituras que había leído.

v. 21 — *Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.*

Ningún rabino judío jamás había explicado estas palabras del gran profeta Isaías de una manera tan maravillosa como lo hizo Jesús aquí en su pueblo de Nazaret. Dijo a la gente, entro la cual había crecido y toda la cual lo conocía bien por los muchos años que había vivido en su ciudad, que la profecía de Isaías ahora estaba cumplida y que el que la había cumplido estaba hablando con ellos. Señalando a sí mismo, Jesús podía decirles que él era aquel Mesías del cual Isaías había dicho todas estas cosas maravillosas. Aquí tenemos una de las declaraciones más claras que Jesús ha hecho de que él es el Salvador de quien el profeta del Antiguo Testamento había hablado y al cual el pueblo de Dios había esperado con paciencia por tantos siglos.

Sugerencias Homiléticas

La progresión del pensamiento de la estación de la Epifanía continúa en este texto. El Mesías fue predicho en el Antiguo Testamento como la luz del mundo. Su venida fue

anunciada a los magos por una estrella. Hubo testimonio acerca de él de parte del Padre y el Espíritu Santo en la ocasión de su bautismo. Probó su poder divino y su cuidado por la gente en las bodas de Caná. Y ahora se declara ser este Mesías prometido en

El culto en la sinagoga en Nazaret

- 1- El Salvador estaba allí (retrate a Jesús como el Salvador con todo lo que él ha hecho por nosotros conforme a la profecía de Isaías)
2. El evangelio estaba allí (Isaías resume estas “buenas nuevas” en su descripción de la obra del Salvador de iluminar, librar, sanar y consolar a los pobres pecadores)
3. Los pobres pecadores estaban allí (como la gente de Nazaret, todos los hombres son pecadores, sin justicia delante de Dios, cautivos del pecado)
4. La fe y el gozo estaban allí (qué felices han de haber estado los verdaderos creyentes de Nazaret al oír que el Mesías por tanto tiempo esperado había llegado y ahora hablaba con ellos)

Las palabras del texto sugieren otros temas:

Proclamen el año agradable del Señor

1. El Mesías verdaderamente ha venido
2. Trae libertad y gozo para el pueblo de Dios

Hoy esta Escritura se ha cumplido en vuestro oído

1. Hoy Cristo todavía viene a ustedes (v. 16, 17, 21)
2. Hoy las buenas nuevas todavía son predicadas a ustedes (v. 18)
3. Hoy el favor de Dios todavía es declarado a ustedes (v. 19)

Una sugerencia final:

Dios cumple una profecía de Isaías

1. Al enviar a su Hijo
2. En el mensaje de su Hijo

El Cuarto Domingo después de Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Jeremías 1:4-10
Epístola: 1 Corintios 12:27-13:13
Evangelio: Lucas 4:21-30

El Año Eclesiástico

En la lección del Antiguo Testamento del libro de *Jeremías*, el profeta escribe sobre su comisión del Señor de ser su mensajero y proclamar a las naciones alrededor las mismas palabras del Señor. Estas palabras traerían severo juicio sobre algunos y una rica promesa a otros.

La Epístola es una continuación de las palabras de Pablo en *1 Corintios* donde él compara la iglesia con el cuerpo de Cristo. Al mencionar los dones que los cristianos deben usar para edificar el cuerpo de Cristo, el apóstol anima a los corintios a desear sobre todo el don del amor cristiano.

El Evangelio, de *Lucas*, comienza donde la lección del domingo anterior terminó. La discusión sobre este texto, la que se encuentra a continuación, tratará de la relación entre estos dos textos. Jesús, como Jeremías, tenía que llevar un mensaje de Dios, un mensaje que era la verdad pese a que la gente lo aceptara o no.

El Texto — Lucas 4:21-30

Este texto comienza donde el texto del último domingo terminó; de hecho, ambos textos incluyen el versículo 21. Pero mientras que el texto del domingo pasado se dedicaba a lo que Isaías había predicho y su cumplimiento en Jesús, el texto de hoy nos relata sobre la manera en que la gente de Nazaret reaccionó.

v. 21 — *Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.*

El texto del domingo pasado relató que Jesús, en la sinagoga de Nazaret, leyó Isaías 61:1, 2. Estas palabras hablan sobre el Salvador venidero. El Espíritu Santo, con el que Jesús sería ungido, lo movería a hablar palabras maravillosas sobre sí mismo y sobre el trabajo que él había venido a hacer. Podemos ver a base de nuestro texto que Jesús no sólo leyó lo que Isaías había escrito, sino que también explicó estas palabras. El dejó que los

oyentes supieran que las buenas nuevas que Isaías había profetizado les estaban sucediendo a ellos. Ellos escucharon a Jesús predicar la buena nueva proclamando libertad y el año agradable del favor del Señor (v. 18,19). Cuando él acabó les dijo, “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.” Ellos estaban escuchando la clase de palabras que el Mesías predicaría. Por lo tanto Jesús debía ser Aquél de quien Isaías había hablado. Lo que acababan de escuchar fue la prueba de esto (ejn toi" wjsiVn uJmw'n — en sus oídos)

Este fue sólo un caso entre muchos. Cuandoquiera que Jesús predicaba sucedía lo mismo. Había prueba tras prueba de que Jesús era el Mesías.

El Mesías es el Salvador prometido que nos salva a nosotros los pecadores del pecado y de la condenación, al morir él en nuestro lugar. Esta es la verdad en la que toda prédica se centra. Que Jesús es el Mesías es algo que predicamos no sólo para convencer la mente de los hombres sino sobre todo para ganar su corazón.

v. 22 — *Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José?*

Los oyentes admiten que habían escuchado “palabras de gracia” (lovgoi th" cavrito"). ¿Es que los judíos reconocieron que las palabras de Jesús contaban sobre el amor de Dios y su ayuda a los que merecen solamente su ira y castigo? Para nosotros los cristianos éste es el sentido en el cual sus palabras son “palabras de gracia”. Pero estas personas no podrían haber pensado esto, pues con las palabras que hablaron después desecharon lo que Jesús acababa de decir. Según el uso común de la palabra en ese tiempo la palabra empleada para decir “gracia” (cavri) significaba placer, belleza, delicia. Para los judíos las palabras de Jesús tenían un sonido bonito. Parecía que Jesús tenía algo bueno que ofrecerles. “Pero,” objetaron, “¿No es éste el hijo de José?” Lo conocieron cuando era niño y cuando era joven como un miembro de la familia de José. En cuanto a ellos se refiere, él era simplemente otro ser humano. No podía ser que él fuera el Salvador prometido. Ellos sólo vieron la superficie y vieron sólo lo que querían ver.

Hasta el día de hoy muchos tienen el mismo problema. Puede ser que vean en Jesús un gran maestro o un buen ejemplo, pero no pueden ver cómo él puede ser el Hijo de Dios que vino al mundo a redimir a todos los pecadores. La Biblia nos habla sobre Jesús, pero tales personas consideran que la Biblia es sólo un libro escrito por hombres falibles. Ven que los cristianos hablan de recibir bendiciones de Cristo, pero parece que no están en mejores condiciones que los demás. Los cristianos, dicen, hasta se enferman y mueren. Entonces, concluyen, no pueden ser hijos de Dios. La fe, sin embargo, viene no por el ver sino por el oír (Rom. 10:17; Juan 20:29). Nosotros también necesitamos estar en guardia para evitar que nuestra razón y la apariencia externa de las cosas impidan nuestra fe en las promesas misericordiosas de Dios.

v. 23 — *El les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra.*

Jesús sabía lo que estaba pasando por la mente de la gente. Ellos lo habían visto crecer entre ellos tal como cualquier otro niño. Ahora regresa a casa, habla un mensaje y espera que crean que él sea el Mesías prometido. Habían escuchado que él había hecho prodigios en Capernaum (véase Mat 9:6,7). Si es que quería que creyeran en él no cabe duda de que tendría que hacer algo semejante aquí en Nazaret.

Jesús sabía que alguien tal vez emplearía este proverbio en su contra: “Médico, ¡cúrate a ti mismo!” (jlatrev, qeravpeuson seautovn). Si fueras a consultar con un médico sobre una herida grave y él te diera alguna medicina diciendo que sanaría tu mal, ¿pondrías mucha confianza en la medicina si es que te das cuenta de que el médico mismo tiene una herida dos veces más grande que la tuya? Le dirías que usara la medicina en su propia herida primero y la sanara. Entonces creerías que la medicina te ayudaría a ti también. De esta manera la gente quería aplicar este proverbio. Con dificultad Jesús lograba que la gente de Nazaret creyera en él. Entonces, debe ayudarse a su causa al hacer primero un prodigio que mostrara que él era tan grande como afirmaba. Debía ser una obra tal como las que habían escuchado que había hecho en Capernaum. Si se acreditaba a sí mismo de esta manera, tal vez ellos tendrían la voluntad de buscar en él la ayuda que el Salvador prometido traería.

v. 24 — *Y añadió: De cierto os digo, que ningún profeta es aceptado en su propia tierra.*

Con estas palabras Jesús indica algo que sucede una y otra vez. Puede ser que Dios bendiga a uno con el don de la profecía. Al andar de lugar en lugar los que lo oyen aceptan lo que les dice. Pero entonces regresa al lugar donde se crió. Cuando le habla a la gente de allí se rehusan a creer. Dicen: “¿Qué es lo que nos está tratando de decir? ¿Qué autoridad tiene él? Lo vimos crecer y fue como cualquier otro chico. Su conocimiento no es mayor que el nuestro.” Fue de esta manera que la gente de Nazaret trató con Jesús.

Ya que la gente sigue actuando así, no nos agrada ver que un pastor reciba un llamamiento a servir en la congregación de su pueblo nativo. Especialmente los que son mayores que él o los que se criaron con él tienen dificultades en aceptar lo que él dice pese a que lo que dice viene de la Biblia. Tienen la tendencia a pensar que no tiene mayor conocimiento que ellos.

v. 25,26 — *Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón.*

Se puede leer del acontecimiento del que habla Jesús en 1 Reyes 17:1-16. Aquí se encuentra el gran profeta Elías. Bajo el malvado Rey Acab, Israel se había apartado del Señor y adoraba al falso dios Baal. La gente de la tierra en que vivía Elías no le prestaba atención cuando él les dijo que se arrepintieran. Entonces Dios envió una sequía y

hambruna a fin de castigarlos. También le dijo a Elías que fuera a Sarepta, un pueblo cerca de Sidón en la pagana tierra vecina. Allí encontró a una viuda que no era una de su pueblo, es decir, no era israelita. Ella lo reconoció como un enviado del verdadero Dios (v. 12), y obedeció sus palabras aunque esto significaba privarse de lo último que tenía de alimentos. Ella creyó la promesa de que el Señor no permitiría que sufriera hambre (v. 14). Aunque ella no conocía a Elías y aunque se encontraba en grandes dificultades, creyó en Elías mientras que los propios israelitas no lo hacían.

v. 27 — Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio.

Jesús indica otro caso en que un extranjero creyó mientras que el pueblo propio del profeta no. Se puede leer esta historia en 2 Reyes 5:1-19. Naamán fue demasiado orgulloso y por eso no creyó de inmediato, pero finalmente lo hizo (v. 14). Después demostró que el Señor había conquistado por completo su corazón.

En ambos casos se ve un anticipo del juicio de Dios. Cuando los judíos se rehusaron a aceptar a Jesús, Dios les quitó el evangelio y les ofreció su ayuda a los gentiles (Hechos 13:46).

v. 28 — Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira.

Los ejemplos del Antiguo Testamento que Jesús empleó demostraron lo que él afirmaba, es decir que el propio pueblo del profeta tenía dificultades en creer lo que él les decía a pesar de que era muy evidente que Dios lo estaba usando como instrumento. La gente de Nazaret se vio obligada a admitir que lo que Jesús había hecho en ese día se conformaba con lo que Isaías había dicho que el Salvador prometido haría. Pero no creerían que este Jesús que se había criado entre ellos podría ser el Mesías. Su tiempo de gracia había llegado a su fin. Ya no se les daría nada más. Tenían la palabra de Dios aunque la creyeran o no. Nosotros por nuestra parte queremos creerla (Luc. 16:31).

Al recordar la historia de otros días, Jesús también demostró que cuando la gente no cree pierde las bendiciones que el Señor quiere darles. Los que creen, aunque son gentiles y no forman parte del pueblo escogido de Dios, sí son bendecidos. Fue tal como dijera, “No se hagan daño al no creer.” ¿Escucharon?

v. 29 — Y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle.

La gente de Nazaret no aceptó el ofrecimiento de ayuda que se encontraba en las palabras de Jesús; tampoco prestaron atención a su advertencia. Todo lo que escucharon fue que era su propia culpa el no haber creído y que eran peores que los gentiles. Tal como Caín rechazó la advertencia clemente de Dios, así también los judíos permitieron que su enojo llegara a ser tan feroz que trataron de matar a Jesús al echarlo de un cerro alto.

v. 30 — *Mas él pasó en medio de ellos, y se fue.*

Aquí Jesús demostró que él era todo lo que él había afirmado ser, el Hijo de Dios. Como tal, era todopoderoso. Empleó su poder para hacer que la gente fuera impotente. Querían apoderarse de él, pero él arregló todo de tal manera que no pudieron hacerle nada. Humilde en apariencia, él era en verdad el todopoderoso Hijo de Dios.

Jesús emplea su poder también para protegernos. En 2 Ti 3:11 Pablo menciona las persecuciones que fue llamado a soportar. Dice: “De todas me ha librado el Señor.” Nuestros enemigos no pueden avanzar más allá de lo que el Señor permite. El usa su poder también para fortalecernos en el tiempo de la prueba (Fil 4:13).

Sugerencias Homiléticas

Ya que este texto comienza en el lugar en que el texto del domingo pasado terminó, con Lucas 4:21 figurando en ambas perícopas, el predicador se preguntará sobre el problema de repetición. Al tratar del texto de esta semana, habrá sin duda un repaso de las verdades predicadas el domingo pasado. El repaso es bueno — siempre y cuando el predicador tenga como propósito principal emplear lo que el presente texto dice.

El texto del domingo pasado presenta la profecía de Isaías sobre el Mesías venidero y su cumplimiento en Jesús. En el versículo que conecta el texto del domingo pasado con el texto de esta semana, Jesús declara, “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.” La reacción a la declaración de Cristo es negativa. La gente de Nazaret rechaza su testimonio.

De esta manera se indica la dirección del presente texto. Trae una fuerte advertencia contra el no-creer. Desearíamos que la respuesta fuera más favorable. Sin embargo, aquí también tenemos que encarar un hecho que fue obvio aún en el día de Cristo — y que ha continuado hasta el día de hoy.

No se desanime si Ud. no puede ganar a todos aquéllos a quienes habla sobre Jesús. Su Maestro frecuentemente se encaró con el no-creer. Pero su palabra ganó a algunos. Su palabra hablada por nosotros sigue ganando a algunos. Jesús no aceptó la culpa del no-creer de la gente de Nazaret. Entonces nosotros tampoco tenemos que culparnos a nosotros mismos cuando la gente no acepta la verdad bíblica que le contamos.

Cuando buscamos maneras de predicar sobre este texto, vemos que el texto ofrece dos posibilidades. Por un lado, vemos el no-creer de la gente de Nazaret y sus consecuencias peligrosas. Esto sugiere un bosquejo como el que sigue:

El Peligro de No Creer

1. Es cegado por lo que ve (v. 21-23)
2. Lleva al rechazo eterno (v. 24-30)

No Tengas En Poco La Palabra de Jesús

1. Su palabra sola es lo que él nos ofrece para nuestra salvación. (v. 21-24)
2. Su palabra es la palabra de Aquél que es todopoderoso (v.25-30)

Sin embargo, ya que el presente es un texto para uno de los domingos de la Epifanía, tal vez preferiríamos un acercamiento que ponga más énfasis en Jesús y en la manifestación de su gloria. Esto nos lleva a la siguiente sugerencia:

Jesús Revela Su Gloria Ante los que No Creen

1. El no retira lo que dice sobre sí mismo (v. 21-27)
2. El revela su poder sobre sus enemigos (v. 28-30)

El Quinto Domingo después de Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Isaías 6:1-8

Epístola: 1 Corintios 14:12-20

Evangelio: Lucas 5:1-11

El Año Eclesiástico

La lección del Antiguo Testamento, *Isaías*, y la lección del Evangelio son muy similares en contenido. En la primera lección el Señor llama a Isaías para que hable por él, y en la otra Jesús llama a Pedro y a los demás para que lleguen a ser pescadores de hombres. Ambos Isaías y Pedro confiesan ante el Señor su falta de dignidad porque son seres humanos pecadores. En ambos casos Dios demuestra de una manera muy vívida que cada bendición en el servicio del Señor tiene que venir del Señor mismo.

La Epístola, *1 Corintios*, es una continuación de la explicación que da Pablo sobre los dones que edifican la iglesia cristiana. El predicar en palabras que se puedan entender, sostiene Pablo, es de mayor beneficio que el hablar en lenguas que nadie puede entender.

El Evangelio de *Lucas* es una historia de un milagro en que Jesús llama a Pedro, Santiago y Juan para que sirvan a tiempo completo como sus apóstoles. Este pasaje es un texto excelente para la Epifanía. En palabra y obra Jesús demuestra que él es el Salvador divino, lleno de gracia y poder.

El Texto — Lucas 5:1-5

Este acontecimiento tiene lugar durante el ministerio de Jesús en Galilea. Aunque él había sido rechazado por la gente de su propio pueblo, Nazaret, tal como lo escuchamos en el texto del domingo pasado, tenía mucha popularidad en otros lugares de Galilea. Multitudes se reunían en todos los lugares que él visitaba tal como se ve en el texto de hoy.

v. 1-3 — *Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agrupaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud.*

Jesús estaba parado al lado del lago de Genesaret. Este lago también se conocía como el lago de Galilea. Jesús estaba rodeado por una gran multitud de gente que lo había seguido. Dos barquillos habían sido llevados a la orilla y estaban descansando sobre la arena. Los pescadores que eran los dueños de los barquillos estaban ocupados en la orilla lavando sus redes. Más tarde en nuestro texto escuchamos que ellos habían trabajado duro pescando durante toda la noche anterior, pero no habían podido pescar nada. Ahora estaban muy ocupados arreglando sus redes para la noche que venía y esperaban tener mayor éxito.

Uno de los barquillos era de Simón (Pedro); el otro era de los hijos de Zebedeo, Jacobo y Juan. Según el evangelio de Juan (1:40-41) Pedro, Jacobo y Juan ya habían conocido a Jesús como su Salvador. Pero todavía no habían sido llamados como apóstoles. Al final del texto para hoy ellos entraron en un servicio de tiempo completo como los discípulos del Señor.

Pero ahora seguían siendo pescadores de profesión ganando su vida de esta manera. Arreglar sus redes para poder pescar fue entonces muy importante para ellos. No eran negligentes en cuanto a su trabajo terrenal. Pedro estaba casado, y su suegra vivía en su casa (Lucas 4:38). Había en su casa varias bocas y se preocupaba sobre sus propias necesidades y las de su casa. Estas son preocupaciones que el Señor quiere ver en sus creyentes. A través del apóstol Pablo el Señor dice en 2 Tesalonicenses 3:10, “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma.” En 1 Timoteo 5:8 el Señor dice a través del mismo apóstol, “Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo.”

Jesús, sin embargo, había venido a la orilla de Genesaret para un trabajo que era aun más importante. Él estaba predicando su palabra salvadora. Las almas hambrientas de la gente que le había seguido necesitaban ser alimentadas con su evangelio de perdón y vida eterna. La gente lo rodeaba muy de cerca y escuchaba la palabra de Dios. Pero todos querían acercarse lo más posible. Y como resultado solamente unos cuantos podían oírle. El Señor buscó la ayuda de Simón. Jesús entró en el barquillo de Pedro y le pidió que se apartara de la orilla, justo lo necesario para que Jesús pudiera alzar la voz y hablarle a toda la gente a la vez. Se le oye bien la voz cuando ésta pasa sobre la superficie del agua.

Pedro estaba ocupado lavando sus redes. ¿Tendría él tiempo de sobra para sentarse en el barquillo hasta que Jesús terminara de predicar? ¿Podría posponer el trabajo de alistar sus redes? En una ocasión anterior a ésta, Jesús ya le había revelado su gloria salvadora a Pedro a través de su palabra. Pedro atesoraba las palabras del Salvador sobre todo lo demás. En fe, entonces, estaba listo para dejar su trabajo y apartar su barca de la orilla para Jesús. Cuando Jesús quería enseñar su palabra salvadora, Pedro encontraba tiempo para escuchar. Tomaba tiempo para escuchar para nutrir su propia alma. Cuando Jesús quería llevar su palabra salvadora a otros, Pedro tomaba el tiempo para ofrecerle lo que el Salvador había pedido.

A través del mensaje del evangelio en la palabra y en el sacramento Jesús sigue revelándonos su gloria. Al aprender nosotros a confiar en él como nuestro Salvador, su palabra salvadora también llega a ser para nosotros más importante que todas nuestras tareas y actividades terrenales. Cuando se predica y enseña su palabra salvadora nosotros encontraremos tiempo y tomaremos el tiempo para escuchar lo que es nutrición para nuestra alma. Ya que tenemos su palabra salvadora como nuestro tesoro, también nosotros de buena gana queremos hacer todo lo que podamos, encontraremos la manera de ofrecer ayuda para que ella pueda ser enseñada y predicada a muchos más.

v. 4, 5 — *Cuando terminó de hablar dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red.*

Cuando Jesús había acabado de predicar y enseñar, se dirigió otra vez a Simón. Ahora se dirigió a Pedro en su capacidad de pescador. Como un pescador experimentado, Pedro sabía que la noche era el tiempo más favorable para pescar en el mar de Galilea. Pedro también había aprendido que las aguas de poca profundidad que estaban a lo largo de la orilla eran más prometedoras para una gran pesca. Sin embargo, cuando Jesús le urgió a Pedro a salir a medio día y dejar caer sus redes en las aguas profundas, Pedro estaba listo para hacerlo. La palabra del Señor lo ataba. Cuando Jesús agregó la promesa de una pesca a estas instrucciones raras, Pedro estaba listo a confiar en ella. También en su trabajo y actividades terrenales Pedro en fe buscaba el éxito de la mano del Señor. No confiaba en su propio juicio y razonamiento cuando ellos no estaban de acuerdo con la palabra del Salvador.

v. 6, 7 — *Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces y su red se rompía.*

Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas de tal manera que se hundía. La obediencia y confianza de Pedro no estaban mal puestas. Cuando Pedro, con la ayuda de su equipo, bajó las redes en las aguas profundas, ellas pronto se llenaron de pescado. Las redes estaban tan llenas que comenzaron a romperse por el peso. Pedro tuvo que solicitar la ayuda de sus compañeros que estaban en otros barquillos para sacar las redes del agua. Ambos barquillos estaban llenos de tal manera que se hundían más en el agua. Otra vez Jesús había revelado su verdadera gloria como el Salvador divino. Había revelado que en su amor estaba listo a ayudar a Pedro también en sus necesidades terrenales. También había revelado que fue su omnipotencia la que hizo posible que él proveyera todo lo que él había prometido.

Esta epifanía (manifestación) de Jesús es también para nuestro beneficio. Cada clara palabra de Dios se aplica a nosotros también en nuestros deberes y actividades terrenales. La palabra de Dios se aplica a nosotros aunque según nuestra forma de pensar el éxito parece estar en otro camino. El Señor quiere que nosotros usemos los poderes de cuerpo y mente los que el Señor nos ha dado en nuestras tareas y deberes terrenales. El quiere

que ganemos experiencia y que aumentemos nuestros conocimientos y habilidades. Ordinariamente éstos son los medios a través de los que le place darnos sus bendiciones. Nuestra confianza para el éxito, sin embargo, siempre se debe poner, no en estos medios, sino en el Señor.

A veces parecerá que la obediencia a la voluntad del Señor pondrá dificultades en nuestro camino. Puede ser que el Señor nos mande enfermedades y otras dificultades mientras trabajamos en nuestros deberes terrenales. Nosotros queremos seguir confiando en que el Señor puede darnos todas las bendiciones que de verdad son buenas para nosotros.

v. 8-11 — *Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. El temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron.*

Cuando la emoción de haber hecho una pesca tan tremenda ya había terminado, Pedro entendió plenamente lo que el Señor le había hecho. Vio que sus labores habían sido bendecidas por un milagro del poder divino. El sintió de una manera muy aguda su propia pecaminosidad y falta de mérito ante la presencia de Cristo el Señor. Pedro sabía que este poder divino con toda razón debía de aplastarlo y consumirlo, un ser pecador (ajnhVr aJmartwlov") Esto es lo que él estaba confesando cuando le dijo a Jesús, "apártate de mí Señor; yo soy un pecador." Con sus palabras, "no temas" (MhV fobou'), Jesús calmó los temores de Pedro. Jesús le había revelado a Pedro su gracia y misericordia salvadora. Esta gracia y perdón siempre le serviría a Pedro para que él pudiera presentarse ante el santo y todopoderoso Señor. Lo capacitaría para hacer aun más, Jesús agregó, "Desde ahora serás pescador de hombres." (ajnrwvpou" e[sh/zwgrw'n)

Sí, fortalecido por el poder del Salvador, Pedro desde ahora en adelante pescaría a hombres para Jesús. Los pescaría vivos con la red del evangelio. El evangelio del Salvador, del perdón de los pecados, despierta la fe y revivifica a personas espiritual y eternamente.

Cuando Jesús le reveló su poder y gracia, Pedro fue fortalecido en su fe. Recibió todas las bendiciones del Señor, no sólo con una fe humilde, sino con gratitud verdadera y con una voluntad pronta de servir a su Señor. Pedro ya tenía la voluntad de abandonar todo — familia, amigos y posesiones — y seguir el llamamiento del Señor a servir como uno de sus discípulos. Jacobo y Juan hicieron lo mismo.

Esta epifanía de nuestro Señor, esta revelación de su gracia y poder, fortalecerá también a nosotros en nuestra fe a fin de que podamos recibir todas nuestras bendiciones espirituales y terrenales con acción de gracias. Nos moverá a confesar que Dios hace "todo esto por pura bondad y misericordia paternal y divinas, sin que yo en manera alguna lo merezca ni sea digno de ello." (La explicación de Lutero del primer artículo del

Credo). Agregamos también en verdadera gratitud “por todo esto debo darle gracias, ensalzarlo, servirle y obedecerle.” Las bendiciones espirituales y terrenales que recibimos del Salvador harán que nosotros dirijamos nuestra atención ya no a los regalos sino a Dios que nos los da, a su poder fuerte y a su gracia salvadora. Entonces querremos servirle, especialmente al compartir su precioso evangelio con otros.

Sugerencias Homiléticas

El sermón sobre este texto se debe predicar durante la estación de Epifanía cuando consideramos la manera en que Jesús reveló su gloria como nuestro Salvador Divino. Esto sugiere un bosquejo, en primer lugar, en que Jesús y la revelación de su gloria se mantienen adelante. El primer bosquejo intenta hacer eso. Sus posibles debilidades se encuentran en esto, que el tema no puede ser tan específico y distintivo que uno quisiera. El sabor especial del texto se muestra más en las partes.

Jesús revela su gloria como Salvador

1. A través de su palabra salvadora Jesús nos da sus bendiciones espirituales (v. 1-3)
2. Jesús también es el dador de cada bendición terrenal (v. 4-7)
3. Con sus bendiciones Jesús evoca una fe humilde y un servicio de gratitud (v. 8-11)

También sería muy apropiado usar un bosquejo que trate del texto desde la posición del feligrés a quien la gloria del Señor le es revelada. Las partes expondrán la manera en que el creyente demuestra que ha visto la gloria del Salvador.

He aquí la gloria de Jesús, el Salvador

1. Ten como el tesoro más alto las bendiciones de su palabra salvadora (v. 1-3)
2. Con confianza busca también en su mano las bendiciones terrenales (v. 5-7)
3. Recibe todas sus bendiciones con una fe humilde y con servicio de gratitud (v. 8-11)

Ya que Pedro juega un papel tan prominente en esta manifestación de la gloria del Señor, no sería fuera de lugar traerlo a la estructura del bosquejo.

Con Pedro mira la gloria del Salvador

1. Con Pedro ten como un tesoro especialmente las bendiciones de su palabra salvadora
2. Con Pedro busca en la mano de Jesús tus bendiciones terrenales
3. Con Pedro recibe cada bendición con fe humilde y con servicio agradecido.

Ya que este sermón será para el quinto domingo después de Epifanía, puede ser que no sea necesario poner directamente los pensamientos de Epifanía en la estructura del bosquejo. El tema general de la Epifanía recibirá su atención apropiada en el sermón mismo. Uno tal vez querrá usar el texto para dejar que la gloria del Señor brille sobre un aspecto muy específico de la vida cristiana. En este texto se le da un énfasis especial a la obra y actividad terrenales del cristiano a la luz de la gloria salvadora de Jesús. Esto sugiere el siguiente bosquejo.

La fe de Pedro y su trabajo terrenal

1. En fe Pedro hizo una evaluación de su trabajo terrenal
2. En fe Pedro seguía en su trabajo terrenal
3. En fe Pedro recibió las bendiciones de su trabajo terrenal

Sexto Domingo después de la Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Jeremías 17:5-8

Epístola — 1 Corintios 15:12, 16-20

Evangelio — Lucas 6:17-26

El Año Eclesiástico

Sigue el pensamiento de la Epifanía. En palabra y obra Jesús manifiesta su gloria.

El mensaje de *Jeremías* que el Señor reveló en el Antiguo Testamento es una maldición sobre los incrédulos a la vez que una bendición para los creyentes. Estas palabras resumen los mismos pensamientos que Jesús declara en el Evangelio, palabras de bendición sobre los que no encuentran su satisfacción en las cosas de esta vida a expensas de los verdaderos valores espirituales.

En *1 Corintios* Pablo proclama la victoria de Cristo sobre la muerte para todos los creyentes por el poder de su resurrección de entre los muertos.

En *Lucas* vemos a Jesús poderoso en obras, sanando a los enfermos, y poderoso en palabra, hablando con divina autoridad.

El Texto — Lucas 6:17-26

En los versículos que preceden este texto Jesús escogió a doce hombres para ser sus apóstoles. Estos doce acompañarían a Cristo día con día. Jesús quería entrenarles para que pudieran salir y predicar (Marcos 3:14). Las dos cosas principales en este texto que servían para su entrenamiento fueron los siguientes: miraron a Jesús sanar a los enfermos y endemoniados; también oyeron a Jesús enseñar.

v. 17-19 — *Y descendió con ellos, y se detuvo en un lugar llano, en compañía de sus discípulos y de una gran multitud de gente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y Sidón, que había venido para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades; y los que habían sido atormentados de espíritus inmundos eran sanados. Y toda la gente procuraba tocarle, porque poder salía de él y sanaba a todos.*

Jesús había escogido a sus doce apóstoles en un lugar montañoso de Galilea. Después descendió con ellos a un lugar menos alto. Aquí había un llano de suficiente amplitud para que se reuniera una multitud.

En la multitud que se había reunido había otros discípulos de Jesús. Con ellos había mucha gente que había llegado de diversos lugares. Algunos habían venido del sur, de Jerusalén y Judea. Otros habían venido del oeste, de la costa mediterránea donde estaban ubicadas Tiro y Sidón.

La gente había llegado con dos propósitos: querían oír a Jesús enseñar la palabra de Dios; los que tenían enfermedades también querían ser sanados. Ninguno se desilusionó. Se hace especial mención de expulsar a los espíritus malignos. La gente que sufría bajo los tormentos de estos espíritus malignos fueron sanados. Esto demuestra el poder de Jesús sobre el diablo y todos los “espíritus malignos” (pnevmata ajkavqarta). Los demás que tenían enfermedades fueron sanados al tocar a Jesús. Usualmente Jesús sanaba solamente tocando o hablando a la gente. Pero al menos en una ocasión más una persona había sido sanada tocando a Jesús (la mujer que tocó la ropa de Jesús, Mat. 9:20; Mar. 5:27; Luc. 8:44).

No debemos pensar que el cuerpo de Jesús era algo mágico. La gente que tocaba a Jesús sabía que el poder que les sanaba venía de Jesús. En esta ocasión Jesús tuvo a bien sanarles al permitir que poder saliera de él cuando ellos le tocaban. En su sabiduría utilizó medios un poco diferentes para sanar en diversas ocasiones. Sea cual fuera el método que utilizó, siempre era claro para los a quienes había sanado que habían sido sanados por el poder de Dios. La gente también había venido para escuchar a Jesús enseñar. Esto Jesús ahora comienza a hacer.

v. 20, 21 — *Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.*

Las palabras que Jesús habló son muy similares a las que habló en el Sermón del Monte (Mat. 5:3-12). También hay varias diferencias. Aquí Jesús habla cuatro bienaventuranzas en vez de ocho. Jesús también habló cuatro ayes que no son mencionados en Mateo 5. Aquí Jesús usa la segunda persona (makavrioiv ejste — “vosotros”); en Mateo utiliza la tercera persona. Si estas palabras fueron habladas al mismo tiempo como el Sermón del Monte no es lo importante.

Lo que es importante recordar es que estas palabras son habladas a los discípulos de Jesús. Jesús no les está enseñando lo que tienen que hacer para ser salvos. Más bien les está enseñando cómo ellos como creyentes deben vivir para dar las gracias a Dios por su misericordia y amor. Esto es especialmente el caso con los versículos de nuestro texto. Las bienaventuranzas y ayes que Jesús habla en los versículos 20-26 sirven como una introducción a lo que sigue.

Al mismo tiempo, estas bendiciones (v. 20-23) nos enseñan algunas lecciones importantes acerca de todos los que son creyentes. Los ayes o maldiciones (v. 24-26) son el inverso de las bendiciones. La descripción de toda la gente en las bienaventuranzas y ayes es mejor explicada de manera espiritual. Las mismas bienaventuranzas habladas en Mateo 5 tienen significación espiritual (por ejemplo 5:3 “pobres en espíritu”; 5:6 “hambre y sed de justicia”). También, la Biblia hace claro que no todos los pobres en el mundo estarán en el cielo. Tampoco estarán en el infierno todos los ricos. Así la comparación con Mateo 5 y con lo que lo demás de la Biblia enseña nos ayuda a saber lo que Jesús quería decir en estos versículos con las expresiones los pobres, los que tienen hambre y los que lloran.

Los pobres son los creyentes que reconocen que no tienen riquezas para presentar a Dios. La palabra griega por pobres en este versículo (ptwcoiv) significa los que son tan pobres que tienen que pedir limosna. Los verdaderos cristianos reconocen que por naturaleza no son nada delante de Dios. Saben que todas sus obras son indignos para merecer el favor de Dios. Como lo hizo el cobrador de impuestos, solamente piden misericordia, “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Jesús dice que todos los que reconocen que son pobres de esta manera ante Dios son bienaventurados. Dios les ha bendecido con este conocimiento que viene por la fe. Más bien que depender de sus propias riquezas, ruegan por la misericordia de Dios. También gustosamente aceptan por medio de la fe las riquezas que Dios en su misericordia derrama sobre ellos. Dios no les retiene nada. Tienen el perdón de los pecados, la vida y la salvación. Así el reino de Dios (“justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” — Rom. 14:17) es suyo. Verdaderamente tales personas son bienaventuradas.

Los hambrientos (peiw'nte") son los creyentes que no están satisfechos con lo que saben de Dios. Quieren saber siempre más acerca de su Salvador. Cuando abren sus Biblias para leerlas, devoran el pan de la palabra de Dios como una persona que ha estado semanas sin comer. Jesús dice que son bienaventurados. Dios les bendice enviando a su Espíritu Santo para abrir los ojos de su entendimiento para que puedan ver a Jesús con más claridad. Al aprender a conocer siempre mejor a su Señor, se le acercan más en amor. Así serán satisfechos. Siempre habrá cosas acerca de Dios que sobrepasen nuestra comprensión en esta vida. Al llegar al cielo, también esta hambre será satisfecha porque conoceremos plenamente a Dios. Es como Pablo escribe en 1 Cor. 13:12, “Ahora vemos oscuramente por medio de un espejo, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, así como fui conocido.”

Los que “lloran ahora” (klaivonte" nu'n) son los creyentes que ven los resultados tristes del pecado. No solamente hay pecado en el mundo que le rodea, sino también en la propia vida del cristiano ve las muchas oportunidades que tenía para hacer la voluntad de Dios y no la hizo. También ve las muchas veces en que pensó, dijo o hizo cosas que sabía que eran contrarias a la voluntad de Dios. Cuando ve la frecuencia con que ha fracasado en vivir como un hijo de Dios, le trae tristeza al corazón del creyente. Y cuando reconoce que ésta es frecuentemente la manera en la que ha actuado a pesar del amor que Dios le mostró en Cristo, inclusive puede traer lágrimas a sus ojos. Jesús dice que es bienaventurado, porque reirá. Cuando el creyente será llevado al cielo, no habrá pecado para que tenga que llorar. Allí no solamente conocerá perfectamente la voluntad de Dios,

sino la cumplirá. Así conocerá puro gozo y ya no tendrá que inclinar la cabeza con vergüenza y dolor.

v. 22, 23 — *Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas.*

En esta bienaventuranza, Jesús habla a los que sufren persecuciones a mano de los que no son cristianos. Estas persecuciones pueden ser de varias clases. Los incrédulos tal vez solamente nos aborrecerán, pero ser aborrecido por alguien no es una cosa placentera para el cristiano. Su odio puede manifestarse en que no quieren tener nada que ver con nosotros. Nos excluirán y nos harán sentirnos aislados. También pueden tratar de herirnos profundamente insultándonos. Cuando hablan el nombre de “cristiano,” lo harán parecer como si el mismo nombre fuera algo maligno.

Jesús nos recuerda que todas estas cosas nos suceden por causa de él (“por causa del Hijo del Hombre” — εἰνεκα του' υἱου' του' ἀνθρώπου), y por tanto somos bienaventurados. Somos bienaventurados al sufrir estas cosas por causa de él, porque da evidencia de que pertenecemos a él (véase 1 Ped. 4.14). Por eso Jesús dice que podemos regocijarnos cuando sucedan estas cosas. De hecho, podemos estar tan contentos que podemos comenzar a brincar con gozo (skirthvsate). Los hombres tal vez nos aborrezcan, nos rechacen y nos insulten porque somos de Jesús. Pero tenemos un gran galardón que nos espera en el cielo. Este no es un galardón que hayamos ganado sino un galardón de la gracia de Dios. Dios no está obligado a darnos este galardón. Pero motivado por su misericordia, quiere dárnoslo. Nos recuerda este galardón de su gracia para que cuando suframos por causa de Jesús seamos fortalecidos en nuestra fe. Fue esta promesa del galardón de misericordia de Dios que conocían los profetas tales como Elías y Jeremías. Fue esta promesa que les fortaleció cuando los padres de los judíos hacían con ellos las mismas cosas. Eran bendecidos por Dios cuando sufrían por causa de Jesús. Jesús dice que esta misma bendición es ahora nuestra cuando sufrimos insultos, rechazo y odio por causa de él.

v. 24-26 — *Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas.*

Estos cuatro ayes (oujaiv) son el inverso de las cuatro bienaventuranzas. Se nos hablan como advertencias a los que no son verdaderos creyentes.

Los que piensan que son “ricos” (plouvsioi) ante Dios a causa de sus propias palabras y obras piadosas están gravemente equivocados. En vez de bendecirlos, Dios les maldecirá, porque la única justicia que prevalece ante Dios es la justicia que da Cristo. Esta justicia les falta. Tienen el consuelo en este mundo de que la gente les alaba por su religiosidad.

Pero esto es todo el consuelo que tienen. No significará nada para ellos en el día final cuando encuentran que son maldecidos por Dios.

Los que piensan que están “bien alimentados” (ejmpeplhsmevnoi) ante Dios y así no se preocupan con seguir alimentándose con la palabra de Dios también estarán muy sorprendidos. Pensaban que realmente conocían a Jesús. Sin embargo, ya que no estudiaban de él durante toda su vida, pronto olvidaban lo que sabían. O fueron engañados por un falso profeta para que creyeran algo terriblemente equivocado acerca de Jesús. Qué sorpresa llevarán cuando encuentren que son maldecidos por Dios. Entonces será demasiado tarde para alimentarse otra vez con la palabra de Dios. Pasarán hambre eternamente.

Los que “se ríen” (gelw'nte") y gozan de los placeres y los deseos del pecado en este mundo también serán maldecidos. Ahora pueden gozar de su borrachera, sus fraudes, su desobediencia, sus pecados sexuales, sus días pasados con malos compañeros. Sin embargo, ya que no aborrecían el pecado y no sentían pesar cuando pecaban contra la voluntad de su Salvador, serán malditos. Entonces llorarán y lamentarán para siempre en el infierno sus vidas de pecado.

Los que niegan a Jesús en vez de sufrir por él también serán malditos. Sí, los hombres “hablarán bien” (kalw" ei[pwsin) de ellos en vez de aborrecer, rechazar e insultarles. Los padres de los judíos hablaban bien de los falsos profetas en el Antiguo Testamento. Esos falsos profetas nunca sufrieron por causa de Jesús, y ahora son eternamente malditos. Así sucederá con los que quieren ser amigos de los hombres más bien que sufrir “por causa del Hijo del Hombre” (v. 22).

Sugerencias Homiléticas

Al predicar sobre este texto durante la Epifanía, enfatizaremos la manera en que Jesús se revela como el Señor y Salvador. En este texto los discípulos de Jesús primero vieron a Jesús sanar a los enfermos y sanar a los que tenían espíritus inmundos. Luego oyeron las bienaventuranzas que Jesús pronuncia sobre los creyentes. Así Jesús acerca más a sus creyentes a sí mismo con su poder y con las palabras de bendición que habla. Ofrecemos estos bosquejos:

Jesús atrae a sus discípulos a sí mismo

1. Les demuestra su inmenso poder (v. 17-19)
2. Les habla su palabra de bendición (v. 20-26)

Conocemos a Jesús como nuestro Señor y Salvador

1. Ha revelado a nosotros su inmenso poder (v. 17-19)
2. Ha hablado a nosotros una palabra misericordiosa de bendición (v. 20-26)

También podríamos escoger utilizar los versículos 17-19 como una introducción a la bendición que Jesús habla. Entonces las palabras de Jesús nos recuerdan que lo que pueden parecer ayes o maldiciones realmente son bendiciones, y lo que algunas personas piensan ser bendiciones en realidad son ayes. Podemos hacer el bosquejo de esta manera:

Las bendiciones de Dios son muy diferentes

1. Es una bendición saber que somos limosneros espirituales (v. 20, 24)
2. Es una bendición tener hambre de más conocimiento espiritual (v. 21, 25)
3. Es una bendición llorar por nuestros pecados (v. 21, 25)
4. Es una bendición sufrir persecución por causa de Jesús (v. 22, 23, 26)

Ustedes son verdaderamente bienaventurados

1. Eran espiritualmente pobres, pero Dios les da su reino (v. 21, 25)
2. Estaban espiritualmente hambrientos, pero Dios les satisfecerá (v. 21, 25)
3. Lloraban espiritualmente, pero Dios les hará reír (v. 21, 25)
4. Son perseguidos, pero Dios les da un gran galardón en los cielos (v. 22, 23, 26)

Los contrastes en la vida del creyente

1. Espiritualmente pobres, sin embargo muy ricos (v. 20, 24)
2. Espiritualmente hambrientos, sin embargo muy satisfechos (v. 21, 25)
3. Llorando espiritualmente, sin embargo llenos de risa (v. 21, 25)
4. Perseguidos, sin embargo con grande galardón (v. 22, 23, 26)

Séptimo Domingo después de la Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Génesis 45:1-7

Epístola — 1 Corintios 15:35-38, 42-50

Evangelio — Lucas 6:27-38

El Año Eclesiástico

La Escritura del Antiguo Testamento de *Génesis* narra la manera en que Dios fortaleció a Israel (Jacob) cuando estaba a punto de trasladar toda su familia y casa a Egipto, para que pudieran sobrevivir ese tiempo de hambre. La promesa a Abraham e Isaac también fue renovada a Jacob en esta ocasión.

De *1 Corintios* tenemos la próxima porción del “capítulo de la resurrección” de Pablo. El apóstol enseña que resucitaremos de entre los muertos con nuestros cuerpos. Los cuerpos de los creyentes serán glorificados y serán imperecibles.

El Evangelio de *Lucas* continúa con las palabras de Cristo a sus creyentes acerca de sus nuevas vidas como hijos de Dios.

Cristo es nuestra luz de la Epifanía. En los textos anteriores para esta estación él ha manifestado esto en palabra y obra. En el texto para este domingo el Señor de la Epifanía demuestra a sus discípulos cómo pueden reflejar su luz en este mundo. “¡Levántate! ¡Resplandece! Porque ha llegado tu luz” (Is. 60:1) “Porque el Dios que dijo: ‘La luz resplandecerá de las tinieblas’ es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo” (2 Cor. 4:6).

El Texto — Lucas 6:27-38

Estos versículos son una continuación de la enseñanza de Jesús a sus discípulos (v. 20) que comenzó en el último texto que hemos estudiado. Notamos que las bendiciones y los ayes que Jesús pronunció en los versículos 20-26 eran una introducción a la parte principal del sermón de Jesús. Con ellos Jesús recuerda al creyente las grandes bendiciones que son tuyas por la fe en el Salvador. Ahora Jesús comienza a enseñar a sus discípulos cómo pueden vivir para dar las gracias a Dios por su misericordia.

v. 27, 28 — *Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian..*

En estos versículos Jesús enseña a sus discípulos que una manera en la que podemos demostrar nuestra gratitud a Dios por todas sus bendiciones es amar a nuestro prójimo. Habla estas palabras a los que “oyen” (toi' ajkouvousin). Jesús sabe que los incrédulos rechazarán lo que tiene que decir, pero también sabe que los que lo aman gustosamente oirán lo que él tiene que decirles.

El primer mandato de Jesús a los que gustosamente oyen sus palabras es impresionante. Les amonesta a amar a sus enemigos y a hacer bien a los que le aborrecen. La reacción natural de nuestra naturaleza pecaminosa es aborrecer a nuestros enemigos y hacer algo que hará daño a los que nos aborrecen. Pero Jesús nos recuerda que cuando nuestros corazones son calentados por su amor perdonador hacia nosotros, esto se demostrará tanto en nuestra actitud y en lo que hacemos. Nuestros enemigos sabrán que nuestros corazones han sido cambiados por Jesús de modo que les amemos. Los que nos aborrecen verán por nuestras obras que hacemos para ayudarles que Jesús ahora vive en nosotros.

Además, Jesús nos dice bendecir a los que nos maldicen y a orar por los que nos maltratan. La gente puede hablar palabras expresando el deseo de que algo mal nos pase, o pueden decir cosas que para atormentarnos (ejphreavzw — “maltratar” significa acusar falsamente, amenazar, hablar maliciosamente acerca de, véase 1 Ped. 3:16). Otra vez, la reacción natural de nuestra naturaleza pecaminosa es devolverles las mismas palabras malignas. Jesús, sin embargo, nos manda hablar palabras de bendición (eujlogei'n — desear lo bueno para ellos y especialmente que Dios les bendiga) y también palabras de oración en las que pedimos que Dios ayude a nuestros enemigos en lo corporal y también que abra sus corazones en fe en su Salvador.

Supongamos que alguien diga: “Todo esto está bien mientras no me hagan realmente daño. Pero si me hieren y quitan mi propiedad, entonces ya no les puedo demostrar el amor.” En los versículos 29 y 30 Jesús nos muestra que aunque esto suceda, él quiere que mostremos amor hacia nuestros prójimos.

v. 29, 30 — *Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva.*

En vez de vengarnos de nuestro enemigo cuando nos hiera en la mejilla, Jesús nos dice ofrecerle también la otra mejilla para que también la hiera. En vez de pelear si quita nuestro manto (toV iJmavtion), Jesús quiere que le demos también nuestra camisa (oJ citw'n). (La camisa o “túnica” fue una vestidura que hombres y mujeres llevaban en contacto con la piel en los días de Jesús. El manto fue la ropa exterior que echaban sobre los hombros para protección contra el viento, la lluvia o el sol y también se usaba como una colcha en la noche.) Jesús también nos enseña aquí a compartir lo que tenemos con los que nos piden algo. Aunque nos quite lo nuestro sin pedirlo, Jesús quiere que lo compartamos con él y no exigir que nos lo devuelva.

Bien podríamos preguntar: “¿Pero si permitimos que la gente nos haga todo lo que quieren, no serán animados a hacerlo más y más? ¿No quitarán todo lo que tenemos y dejarnos sin nada?” Si leemos Romanos 12:17-22 tendremos las respuestas a estas preguntas. Recuerde que Dios es nuestro Protector. Si hay necesidad de venganza, él se ocupará de ello y así protegernos. El quiere que nosotros paguemos mal con bien para que los que nos hacen daño o nos maltratan tengan vergüenza. De este modo Dios quiere que sus hijos venzan el mal haciendo el bien. También con nuestras obras de amor Dios puede guiar a otros para que lleguen a ser cristianos (Mat 5:16).

v. 31 — *Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.*

Las palabras de Jesús en el versículo 31 dan énfasis a esto: si pagamos el mal haciendo mal, entonces los que nos hacen daño o nos maltratan o nos roban solamente pagarán nuestro mal con mal otra vez. Como hijos de Dios no queremos hacer mal a nadie. Tampoco queremos que otros nos hagan mal. Así la “regla de oro” para nuestras vidas será demostrar solamente amor y bondad a los demás. Este amor y bondad (que fluye de nuestros corazones a causa de nuestro amor por todo lo que Jesús ha hecho por nosotros) solamente preguntará, “¿Cómo me gustaría que otros me traten y hablen y compartan conmigo?” Entonces las palabras que Jesús quiere que hablemos y las obras que Jesús quiere que hagamos en cada situación serán obvias a nosotros.

v. 32-34 — *Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto.*

En estos versículos Jesús nos recuerda que no hacer más que los otros hacen por nosotros no está fuera de lo común. Aun los “pecadores” hacen esto. (aJmartwloiv — “pecadores” significa los que no han aceptado el perdón de sus pecados por la fe en Jesús y así tampoco tienen amor para con Jesús en sus corazones.) Los pecadores que aborrecen a sus enemigos, sin embargo, amarán a los que les aman. Los pecadores que maldicen a otros y les hieren en la mejilla harán bien, sin embargo, a los que les hacen bien. Los pecadores que quitan los mantos de otros y les quitan su propiedad sin pedirlo, sin embargo prestarán a otros si están seguros que se les pagarán. Así, ¿cómo es diferente el cristiano si solamente ama a los que le aman y no ama a sus enemigos? ¿O cómo es el cristiano diferente si hace bien solamente a los que le hacen bien y no hace bien a los que le maldicen o le hieren en la mejilla? ¿O cómo es diferente el cristiano si presta solamente a los que pueden pagarle y no comparte con los de quienes sabe que no puede esperar que le paguen?

Jesús dice que no hay mérito para nosotros si no somos diferentes de los “pecadores”. La palabra traducida con “mérito” (cavri) realmente es la misma palabra como la “gracia” en el griego. La gracia de Dios es su amor y misericordia no merecidos que él nos ha

mostrado. Nuestro Dios misericordioso obra la fe y el amor en nuestros corazones donde antes había solamente incredulidad y odio. Esta fe y amor ahora llenarán nuestros corazones y nos motivarán a mostrar amor y misericordia inmerecidos hacia nuestro prójimo. Pero si nuestro amor, como el de los pecadores, se demuestra solamente hacia los que nos aman y nos hacen bien, entonces no podemos ser acreditados con ser los hijos de Dios porque exhibimos que la gracia de Dios realmente no ha cambiado nuestros corazones.

v. 35, 36 — *Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.*

Otra vez Jesús exhorta a sus discípulos a amar y hacer bien y prestar en las maneras en que los “pecadores” no lo hacen. Los verbos presentes imperativos indican que Jesús quiere que esto sea algo que sigamos haciendo en todo tiempo. Entonces promete que nuestro “galardón” (μισσων) será grande. El galardón del cual habla aquí es el mismo del versículo 23. Es nuestro galardón en el cielo. Este no es un pago que hemos merecido sino un galardón de la gracia de Dios. Dios no está obligado a darnos este galardón a causa de lo que nosotros hacemos. Quiere dárnoslo por su misericordia. Nos recuerda este galardón de gracia para fortalecer y animarnos a mostrar el mismo amor a nuestros prójimos en nuestra vida diaria.

Además dice que al demostrar tal amor a nuestros prójimos seremos “hijos del Altísimo” (υιδοι υγιου). Nos hacemos hijos de Dios por medio de la fe en Jesús como nuestro Salvador (Juan 1:12; Gál. 4:4, 5). Las palabras que nosotros hablamos y las obras que hacemos en amor y misericordia hacia nuestro prójimo son la prueba de que pertenecemos a Dios como sus hijos. Su nombre “el Altísimo” nos recuerda que cuando le pertenecemos como sus hijos, toda nuestra vida se cambia. Ya no vivimos como los “pecadores” en este mundo sino como miembros de su familia celestial.

Jesús nos recuerda que nuestro Padre, “el Altísimo,” también nos da un patrón para seguir en demostrar amor y misericordia a los demás, aun a los que nos hacen mal. Dios es bondadoso aun a los que son ingratos frente a todo lo que él ha hecho por ellos y siguen haciendo toda clase de maldad contraria a su voluntad. Todavía les provee con comida, ropa y abrigo aunque no lo aprecian. Cuando hacen mal contra él no les mata inmediatamente como merecen, sino les da tiempo para arrepentirse.

Finalmente, por supuesto, si mueren en su falta de gratitud y sus pecados, Dios les enviará al infierno. Pero durante su vida les muestra mucha bondad inmerecida. Ya que nuestro Padre, “el Altísimo”, hace así, nosotros como sus hijos lo haremos también. Mostraremos misericordia a nuestros prójimos de la misma forma en que Dios es misericordioso tanto a ellos y a nosotros. Jesús nos demuestra que hacer otra cosa solamente significaría que no somos verdaderos hijos e hijas de Dios. No seríamos verdaderamente los hijos de Dios si

nuestro amar y hacer bien y prestar fueran de la misma clase como los de los “pecadores”. Dios nos muestra qué evitar y qué hacer como sus hijos verdaderos y misericordiosos.

v. 37, 38 — *No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.*

Jesús prohíbe que cualquier discípulo asuma la posición orgullosa de juzgar y también condenar a otros por lo que dicen o hacen. Todo el que en su orgullo pecaminoso piense que tiene el derecho de juzgar y condenar a otros ha olvidado en qué grado él mismo es un terrible pecador. (Por supuesto, no se prohíbe todo juzgar. Pero no debemos juzgar como los ciegos guías de ciegos, v. 39, 40c, y de manera farisaica, v. 41, 42). El contexto que sigue explica en más detalle qué clase de juzgar está prohibido.)

Cuando los escribas que se creían justos por sí mismos y los fariseos llevaron a Jesús una mujer culpable del adulterio (Juan 8:3), Jesús les dijo que el que estaba sin pecado debería arrojar la primera piedra. Así contestará Dios a cualquiera que piensa que está mejor delante de Dios que los demás. Tal persona que en su orgullo pecaminoso no quiere mostrar misericordia a otros hallará que Dios le rechazará y debido a su orgullo pecaminoso tampoco le mostrará misericordia.

Más bien que juzgar y condenar, Jesús nos exhorta a “perdonar” (a*poluvw). Quiere que perdonemos las palabras y obras de otros con las cuales pecan contra nosotros con la misma misericordia y amor con que Dios perdona a nosotros. Tal misericordia que nos preserva de juzgar y condenar a otros y nos lleva a perdonar es una prueba de que su amor vive en nuestros corazones por medio de la fe. Por tanto Jesús nos promete que nosotros tampoco seremos juzgados o condenados, sino siempre tendremos el misericordioso perdón de Dios.

En el versículo 38 Jesús nos exhorta a compartir con generosidad con otros de todo lo que Dios nos ha dado. Cuando hacemos esto, él promete que nunca echaremos a menos lo que hemos compartido. Dios siempre compartirá con nosotros lo que él tiene. Esto significa que derramará en nuestras manos una medida plena de sus bendiciones. Sabemos que los dones de Dios no son pequeños, sino es como una canasta de bienes que se ha empaquetado y remecido para que entre la máxima cantidad posible. Aun así no puede contener todo lo que Dios da, de modo que está rebosando. Sí, promete que compartirá con nosotros tan generosamente como nosotros compartimos en amor con otros lo que él nos ha dado. ¡Qué amor tiene nuestro Dios y Salvador para con nosotros! ¿Qué mayor razón hay para que demos amor a nuestro prójimo en nuestras vidas diarias?

Sugerencias Homiléticas

La lección que Jesús nos enseña en estos versículos es la manera en que nosotros con amor que brota de la fe podemos demostrar nuestra gratitud a Dios amando y siendo bondadosos con todos nuestros prójimos. En los versículos 27-34 nos dice que este amor va mucho más allá que el de los “pecadores.” En los versículos 35, 36 nos recuerda que nuestro amor y misericordia siguen el patrón del de nuestro Padre celestial. En los versículos 37, 38 nos exhorta a amar a nuestros prójimos con un espíritu humilde, perdonador y generoso.

Podemos formar un bosquejo de estos pensamientos de la siguiente manera:

Por qué el cristiano ama a su prójimo

1. Su amor tiene que ser mayor que el de los incrédulos (v. 27-34)
2. Su amor sigue el patrón del amor de Dios (v. 35, 36)
3. Ama con un espíritu verdaderamente misericordioso (v. 37, 38)

Sé misericordioso, así como tu Padre es misericordioso

1. Nosotros somos hijos de nuestro misericordioso Padre celestial (v. 35, 36)
2. El llena nuestros corazones con su espíritu misericordioso (v. 37, 38)
3. El nos capacita para vivir vidas llenas de misericordia (v. 27-34)

El amor del hijo de Dios hacia su prójimo es diferente

1. Conoce la misericordia de su Padre celestial (v. 35, 36)
2. Por tanto él tiene otro espíritu (v. 37, 38)
3. Por tanto su amor es mayor que el del incrédulo (v. 27-34)

Realmente hay tanto material en este texto que no será fácil tratarlo todo en un solo sermón. Solamente escogiendo con gran cuidado nuestros pensamientos y palabras podemos esperar presentar adecuadamente todos los pensamientos que Jesús aquí presenta. Esto no debe desanimarnos de dedicar nuestros mejores esfuerzos para predicar sobre el texto entero. Las verdades contenidas en él son muy importantes para animar a nuestros miembros a vivir como hijos de Dios en fe y amor.

Debido a la longitud de este texto y la cantidad de material encontrada en él, uno podría ser tentado a predicar sobre ciertas partes de él. Hemos, por ejemplo, oído sermones acerca de los “donativos cristianos” de base del versículo 38, o acerca de “lo que quiere decir ser un cristiano” de base de otras porciones del texto. Cuando esto se hace, sin embargo, uno no debe olvidar el poder motivador que está detrás de toda generosidad y

vida cristianas como es expresado en los versículos 35, 36 de este texto, el amor de nuestro Dios misericordioso hacia nosotros.

Octavo Domingo después de la Epifanía

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 55:10-13

Epístola — 1 Corintios 15:51-58

Evangelio — Lucas 6:39-45

El Año Eclesiástico

La profecía de *Isaías* de la lección del Antiguo Testamento para hoy es la hermosa promesa de Dios de que su palabra siempre producirá fruto en sus oyentes, fruto espiritual que permanece en toda la eternidad.

Nuestra Epístola de *1 Corintios* concluye el “capítulo de la resurrección” de Pablo con su majestuoso cántico de victoria sobre el pecado y la muerte. Esta victoria da un anticipo al cristiano de su propia gloriosa resurrección del cuerpo.

El Evangelio de *Lucas* es el tercer y final discurso de Jesús, hablado a sus discípulos, acerca de los frutos de la fe cristiana como se evidencian en obras de amor cristiano. Jesús utiliza cuatro hermosas ilustraciones para advertir contra acciones hipócritas y animar a practicar las buenas obras hacia los demás. Otra vez el pensamiento de la Epifanía de los cristianos reflejando la luz de Jesús está fuerte. ¡Qué anuncios las virtudes de aquél que te ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1 Ped. 2:9)!

El Texto — Lucas 6:39-45

Este texto es una continuación del “Sermón del llano” del texto para el domingo pasado. Allí Jesús cierra con una advertencia contra juzgar sin conocimiento o sin amor. Aquí sigue advirtiendo contra la necedad de la persona que trata de corregir a su hermano aunque él mismo es culpable de la misma falta o una peor. Tal conducta no es otra cosa que la hipocresía pecaminosa.

Cada texto tiene que hablar primero al predicador mismo, y aquí hay un recuerdo especialmente potente de esta verdad. No podemos llevar a otros a su Señor de la Epifanía si no conocemos y seguimos nosotros mismos a ese Señor. No podemos presentar un buen tesoro a menos que fluya del corazón bueno que solamente él puede crear en nosotros. En una serie de imágenes impresionantes, Cristo nos demuestra la necedad de no reconocer esta verdad fundamental.

v. 39 — *Y les decía una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?*

El término “parábola” (parabolhv) aquí se usa en el sentido de “ilustración.” Mientras el texto emplea el singular, hay realmente cuatro imágenes que ilustran la misma verdad general. La primera es de un ciego que neciamente sugiere que él mismo puede actuar como guía para otro ciego. El texto griego (mhvti) claramente expresa que se espera una respuesta negativa a la primera pregunta de Jesús porque dice “Podrá acaso un ciego guiar a otro ciego?” Intentar una acción tan necia solamente puede conducir al desastre. “Los dos caerán en el hoyo, ¿no es cierto?” (oujciiv). Aquí Jesús espera la respuesta que “sí”.

v. 40 — *El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro.*

Así llegamos a la segunda ilustración de nuestro texto. Aunque se cambia la imagen o la “parábola”, el pensamiento sigue siendo esencialmente el mismo como el versículo 39. Antes de los días en que había bibliotecas y equipo elaborado para el aprendizaje independiente, el “discípulo” (maqthv" - estudiante) dependía totalmente de su “maestro” (didavskalo"). Si podía recibir solamente lo que su maestro le impartía, obviamente un estudiante nunca podía subir por encima del nivel de su maestro. Aun cuando fuera “perfeccionado” (kathrtismevno" - plenamente entrenado - de katartivzw) tal estudiante todavía estaría equipado solamente con los conocimientos de su maestro. Qué vital entonces que el maestro, particularmente un maestro de conocimiento espiritual, sea bien versado en la verdad de su Señor de la Epifanía.

v. 41, 42 — *¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja que está en tu ojo, no mirando tú la viga que está en el ojo tuyo? Hipócritas, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano.*

El punto de comparación, más bien el punto de contraste, en la tercera ilustración es el tamaño relativo de los objetos que ofenden. Mientras el hermano tiene una astilla pequeña, un pedacito de madera, o un pedazo de aserrín (kavrfo") en su ojo, el que se designa a sí mismo como el que le ayudará o su hermano es hecho totalmente inútil a causa de la “viga” (dovko") que tiene en su propio ojo. Podríamos decir “tronco” porque la palabra griega literalmente quiere decir la viga que lleva el peso de la casa. Se él, con su visión totalmente borrosa, tratara de curar a su hermano, solamente demostraría su propia hipocresía. Pero al juzgar a este “hipócrita” (uJpokritav), tengamos cuidado de no estar condenando a nosotros mismos. Que fácilmente pasamos por alto la enorme montaña de culpa que nosotros mismos hemos amontonado, y nos preocupamos con la tarea de llamar la atención de nuestro hermano a las debilidades menores que vemos en él. “Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano.” Solamente cuando hemos tratado primero con nuestra propia enorme carga de culpa podremos ver la falta de nuestro hermano en la perspectiva

correcta. Y entonces también podremos sugerir el remedio correcto. Su pecado tiene que ser perdonado con la sangre de Cristo de la misma forma en que nuestros pecados lo son.

v. 43, 44 — *No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas.*

La cuarta ilustración nos lleva al mundo vegetal. Mientras esta parábola comienza hablando de árboles, no se limita a ellos. El principio bajo consideración es el caso en todo el mundo vegetal. Lo que una planta produce claramente prueba qué clase de planta es. Los espinos y las zarzas necesariamente tienen que producir espinos sin valor; mientras las vides no pueden hacer otra cosa que producir uvas, y las higueras tienen que producir higos. Las cuatro plantas mencionadas pueden ser plantas saludables, vigorosas, pero producen diferentes frutos porque la naturaleza interna de cada planta es diferente. Es a esta naturaleza interna que nuestro Salvador quisiera llamar la atención al seguir:

v. 45 — *El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca.*

El rasgo que determina al hombre es su naturaleza interna, su “corazón” (kardiva). Todo lo que piensa o dice o hace en realidad es solamente el “flujo”, lo que sale “de su corazón” (ejk perisseuvmato" kardiva"). Un corazón malo puede producir solamente cosas malas. El corazón bueno no puede hacer otra cosa que producir cosas buenas.

La naturaleza de las plantas ha sido determinada por Dios en la creación. El corazón del hombre, sin embargo, puede ser cambiado. Desde la caída en el pecado, las personas por naturaleza nacen con corazones que están inclinados siempre y solamente al mal. Sin embargo Cristo entró en el mundo para cambiar sus corazones pecaminosos. El que por obra del Espíritu Santo cree que el Señor de la Epifanía, verdadero Dios, es también verdadero Hombre, y que lo ha aceptado en su corazón, es el “hombre bueno” (oJ ajgaqov" a[nqrwpo") que ahora no solamente puede sino por virtud de su nueva naturaleza efectivamente producirá “lo bueno” (toV ajgaqovn) del bien que está guardado en su corazón.

Sugerencias Homiléticas

Aunque el texto utiliza varias ilustraciones, dos pensamientos parecen estar presentes en todas. El primero trata de nuestra necesidad del Salvador. Sin el Señor de la Epifanía somos guías ciegos, estudiantes no entrenados, médicos necios, árboles malos. Tratar de ayudar o curar a un hermano en estas condiciones es hipocresía. Primero nosotros necesitamos recibir ayuda.

El texto también contiene un llamamiento a la acción. Los ciegos necesitan liderazgo. El estudiante entrenado tiene la obligación de compartir su conocimiento. La astilla en el ojo del hermano es motivo de genuina preocupación. Tiene que quitarse. Los árboles buenos tienen que producir buenos frutos. Así el texto enfatiza tanto al predicador y a sus oyentes la obligación de compartir a este Señor de la Epifanía que ha sido revelado a ellos y a quien ellos han aceptado.

Si se desea una continuidad con el domingo anterior, podríamos hacer el bosquejo como sigue:

Juzga correctamente

1. Ve tu propia necesidad de un Salvador
(Sin Cristo — guías ciegos, estudiantes no entrenados, médicos necios, árboles malos)
2. Ve la necesidad de tus prójimos
(del liderazgo, el conocimiento, la corrección, llevar fruto)
3. Ve tu oportunidad para ayudar
(proveer liderazgo, compartir conocimiento, tener preocupación por la necesidad del hermano, ayudar a producir fruto)

Para enfatizar una palabra clave del texto podríamos utilizar el tema:

Quita toda hipocresía

Con ella

1. Los hipócritas se engañan a sí mismos
2. Los hipócritas llevan a otros al error

Mientras el anterior refleja los pensamientos del texto, es esencialmente negativo en su forma de expresión. Un énfasis más positivo podría sugerir los siguientes bosquejos:

El Señor de la Epifanía comparte sus bendiciones

1. Los comparte con nosotros
(nos da su vista, su conocimiento, su sanación, la habilidad de producir fruto)
2. Los comparte por medio de nosotros
(guiamos, enseñamos, sanamos, ayudamos a producir fruto)

Depende de tu Señor de la Epifanía

1. Reconoce la necesidad de obrar sin él
2. Confía en la garantía del éxito con él

La Transfiguración (El Último Domingo después de Epifanía)

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Deuteronomio 34:1-12

Epístola: 2 Corintios 4:3-6

Evangelio: Lucas 9:28-36

El Año Eclesiástico

El último domingo de Epifanía tiene como tema la transfiguración de Jesús. Tres discípulos subieron a una montaña con Jesús y allí vieron a Jesús resplandeciente en la gloria que era suya como el verdadero Dios. Él habló con dos santos glorificados, Moisés y Elías.

La lección del Antiguo Testamento de *Deuteronomio* nos relata que uno de los dos, Moisés, murió y fue enterrado. No había ningún otro profeta como él. El Señor lo conoció cara a cara.

La Epístola de 2 *Corintios* dirige nuestra atención a la luz del evangelio. Este revela la gloria de Jesucristo. Cuando predicamos a Jesucristo como Señor, la luz del evangelio brilla en el corazón de los hombres y da conocimiento de la gloria de Dios. Esto demuestra la importancia de predicar el evangelio de Jesucristo a fin de que Dios pueda ser conocido en su gloria.

El Evangelio de *Lucas* nos demuestra la gloria que Jesús tiene como Hijo eterno de Dios. Esta es una gloria que no vemos ahora. Los discípulos lo vieron solamente por un momento. Pedro hubiera deseado que continuara. Pero no puede continuar de esta manera aquí en la tierra. Esta gloria puede ser compartida solamente en la manera en que Moisés y Elías la compartieron. Eso tiene lugar cuando Jesús nos lleva a la gloria eterna. Lo que es importante ahora es escuchar la palabra del escogido de Dios, el Señor Jesús. A él debemos escuchar.

Mientras que nuestro texto del Evangelio de este domingo presenta un fin apropiado para la estación de Epifanía, también nos prepara para la estación de Cuaresma que comienza en este Miércoles de Ceniza. El tema de la conversación que Cristo tuvo con Moisés y Elías fue la “partida” de Cristo que tendría lugar en Jerusalén.

El Texto — Lucas 9:28-36

El ministerio de Jesús en Galilea estaba llegando a su fin. Él sabía que “se cumplía el tiempo en que él había de ser recibido arriba” (Lucas 9:51). Pronto él iría a Jerusalén para completar la redención del hombre al morir y resucitar. Ahora Jesús quería preparar a sus discípulos para lo que le iba a suceder. Una semana antes del tiempo de nuestro texto Jesús preguntó, “¿Y vosotros, quién decís que soy?” (v. 20). Pedro dio una buena respuesta, “el Cristo de Dios.” El confesó que Jesús era el Salvador que Dios había prometido enviar al mundo. Jesús quería que Pedro y todos los discípulos entendieran lo que esto significaba. El les dijo, “es necesario que el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto y resucite al tercer día.” (v. 22). Mateo relata que Pedro no quería que esto le sucediera a Jesús (Mateo 16:22). Los discípulos todavía tenían que aprender mucho de lo que en verdad significaba que Jesús era el Cristo de Dios. También tenían que aprender en lo que estaban involucrados en seguir a Cristo como discípulos (v. 23-27). Jesús seguía enseñándoles y preparándolos. Su transfiguración sirvió este propósito con tres de sus discípulos. Desde entonces ha servido para fortalecer a un sinnúmero de creyentes en el Cristo de Dios y en la gloria que él ganó para nosotros.

v. 28 — Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar.

Los tres discípulos — Pedro, Juan y Jacobo — eran los tres mismos que estaban en la casa de Jairo (Lucas 8:51). Ellos también fueron los que estaban más cerca de él cuando él oraba en el huerto de Getsemaní (Marcos 14:33). Eran los discípulos que estaban especialmente íntimos con Jesús.

No sabemos cuál fue la montaña en Galilea que Jesús subió con los tres. Algunos dicen que era el monte Tabor; otros dicen que era el monte Hermón. No importa cuál era la montaña. Lo que sí es importante es lo que sucedió en esta montaña.

Jesús fue allá a orar. Jesús era el verdadero Hijo de Dios, pero también era verdadero hombre. Mientras que estaba en la tierra, oraba a su Padre celestial por él mismo y por sus discípulos. Y mientras oraba algo muy extraño sucedió.

v. 29 — Y entre tanto que oraba la apariencia de su rostro se hizo otra y su vestido blanco, resplandeciente.

Ordinariamente Jesús se parecía a cualquier otra persona. Ahora un cambio tuvo lugar en su apariencia. Su rostro cambió y brilló como el sol (Mateo 17:2). Aún su ropa llegó a ser de un blanco brillante, resplandeciente (Marcos 9:3) o tan brillante como un rayo según nuestro texto. ¿Qué fue este resplandor? Fue la gloria que le pertenecía como Hijo de Dios, brillando a través de su cuerpo humano y su ropa. Esto demostraba que Jesús era de verdad el verdadero Dios mismo.

v. 30, 31 — *Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén.*

Moisés era el profeta a través del que Dios le había dado la ley a su pueblo. Él era aquella persona especial “que el Señor conoció cara a cara”, tal como se relata en la lectura del Antiguo Testamento. Cuando él murió, Dios lo enterró en un lugar no conocido. Elías, uno de los verdaderamente grandes profetas de Israel, fue llevado en un carro de fuego por un torbellino al cielo (2 Reyes 2:11). Estos dos hombres de Dios del Antiguo Testamento aparecieron en el resplandor glorioso que los santos redimidos reciben y comparten con Jesús en el cielo. Estos dos se encontraban entre los muchos profetas que a través del Antiguo Testamento habían testificado sobre la venida del Mesías. Ahora hablaban con Jesús sobre su “partida” (e[xodo" - literalmente éxodo), que él iba a cumplir en Jerusalén. Poco después Jesús saldría para Jerusalén. Tal como él profetizó, moriría allí, resucitaría y luego subiría al cielo. Él haría esto voluntariamente como un “cumplimiento” (plhrou'n) de profecía (Juan 10:18). Todo esto está incluido en su partida. Jesús estaba a punto de cumplir lo que Moisés y los profetas, las Escrituras del Antiguo Testamento, habían testificado sobre él (Juan 5:39).

v. 32 — *Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él.*

Las Escrituras no nos dicen por qué los tres discípulos estaban “rendidos de sueño” (bebarhmevnoi u{pnw/: - con un gran peso de sueño). Sin embargo se nos asegura que estaban despiertos de tal manera que podrían testificar la gloria de Jesús y de Moisés y de Elías. Más tarde Pedro escribiría que ellos eran personas que habían “visto con nuestros propios ojos su majestad”. Entonces declara que los discípulos no estaban siguiendo “fábulas artificiosas” cuando hablaron sobre “el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1:16). El suyo era un testimonio de testigos presenciales sobre la divina gloria de Jesús. Ellos podían decir, “hemos visto con nuestros propios ojos su majestad.”

v. 33 — *Y sucedió que apartándose ellos de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías; no sabiendo lo que decía.*

La apariencia de Jesús, como la de Moisés y la de Elías, en gloria allí en la montaña duró solamente un momento. Si embargo, Pedro reconoció que la presencia gloriosa era algo “bueno” (kalovn). Él quería que este anticipo de la gloria celestial continuara; quería construir un tipo de choza para los tres que aparecieron en gloria. Pero con esta propuesta Pedro de verdad no entendió lo que estaba diciendo. Todavía no era tiempo para que Jesús siguiera en la gloria. Tenía que entrar en la plena profundidad de su humillación en la cruz para lograr la redención del hombre. La gloria del cielo no puede ser traída aquí a

la tierra y encontrar albergue en este mundo de pecado. Más bien al hombre se le sacará de este mundo a la gloria del cielo.

v. 34, 35 — *Mientras él decía esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd.*

La propuesta necia de Pedro no hizo surgir ninguna respuesta de Jesús. No había tiempo ni necesidad de esto. “Una nube de luz” (Mateo 17:5) sobrevino y se arrodillaron los discípulos. El Señor también estaba presente en una nube con Israel durante el éxodo (Exodo 40:34-38). Desde esta “nube de luz” la voz de Dios habló. El Padre testificó que aquél a quien ellos habían visto en su gloria brillante era su Hijo. El era aquél que el Padre había “escogido” (ejklelegmevno¹), para el trabajo del que Jesús había estado hablando con los dos santos del Antiguo Testamento. El Padre había dado un testimonio similar sobre su Hijo al comienzo del ministerio de Jesús cuando fue bautizado (Lucas 3:22). Aquí el Padre agregó el mandato, “a él oíd” (ajjtou' ajkouvete). Esto es importante para la gente de todos los tiempos, porque ninguno conoce a Dios Padre sino el Hijo y aquéllos a quienes el Hijo se lo revela (Mateo 11:27; Lucas 10:22; Hebreos 1:2).

v. 36 — *Y cuando cesó la voz, Jesús fue hallado solo; y ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto.*

Por unos breves minutos los tres discípulos habían sido testigos de una revelación especial de Dios. No se podía dudar de que Jesús era el Hijo de Dios escogido para cumplir las promesas dadas en el Antiguo Testamento. En este tiempo Dios no quería que esta manifestación de la divina gloria de Jesús fuera proclamada en todas partes. Entonces los discípulos no le dijeron a nadie lo que habían visto porque Jesús les había dicho que no lo hicieran (Mateo 17:9). Llegaría el tiempo cuando deberían predicar el evangelio a toda criatura.

Sugerencias Homiléticas

Este texto puede servir como un final apropiado de la estación de Epifanía, tanto como de una preparación para la Cuaresma en la que se considera la pasión de Jesús. Cuando recordemos que Jesús es el Hijo de Dios evitaremos el centrar nuestra atención en el sufrimiento externo físico de Jesús de tal manera que los oyentes sientan lástima por él. El es el Hijo de Dios que sufrió por nuestros pecados para ganar para nosotros la gloria de la que también Moisés y Elías disfrutaban con él. En nuestra aplicación para este texto debemos tener esto en mente.

El texto también muestra la relación de Jesús con el Antiguo Testamento. El vino a cumplir lo que se había profetizado. El hecho de que Jesús tiene una conversación con

¹ Los mejores textos del griego tienen e*klelegmevno" (escogido), en vez de a*gaphto"v (amado).

los profetas del Antiguo Testamento trae esta verdad a nuestra atención. Este hecho también nos ayuda a entender bien toda la pasión de nuestro Señor. Jesús vino a llevar a cabo el plan de salvación que ya había sido revelado a través de los profetas del Antiguo Testamento.

Una parte no usual de este texto es el vistazo de la gloria celestial que éste nos ofrece aunque lo hace de una manera muy limitada. Esto le da al predicador la oportunidad de hablar de la gloria que será nuestra algún día por medio de la pasión de Jesús. También señalará que no podemos traer esta gloria a esta tierra. Hay muchas personas que quisieran tener el cielo aquí en la tierra. Esto es imposible. La Escritura dice que “es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). Pero también se nos asegura que “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18). Esta verdad ofrece oportunidad para una aplicación significativa.

Una idea útil y práctica para el sermón se encuentra en el mandato del Padre, “A él oíd.” Hoy en día hacemos eso al escuchar lo que él dice en la Biblia. En las próximas semanas queremos escuchar lo que Jesús dice sobre su pasión, muerte y resurrección. Esto tiene importancia eterna para nosotros.

El siguiente bosquejo emplea la preparación para la Cuaresma como un punto central:

La Transfiguración de Jesús nos Prepara para su Pasión

1. Al recordarnos que él es el Hijo de Dios (v. 35)
2. Al ofrecernos un vistazo de la gloria celestial (v. 28-30)
3. Al dirigirnos a su palabra reveladora (v. 30-35)

Se puede tomar el tema directamente del texto al usar las palabras con las que el Padre testifica sobre su hijo.

Este es mi hijo que he escogido

1. Mira su gloria (v. 28-30)
2. Acuérdate de su misión (v. 31-33)
3. Escucha su palabra (v. 34-36)

Lo siguiente es otra forma de emplear el testimonio del Padre:

Jesús — el Escogido del Padre

1. Fue escogido para sufrir por nosotros
2. Fue escogido para hablarnos

En este bosquejo la primera parte habla del oficio sacerdotal de Jesús y las palabras “por nosotros” le daría al pastor la oportunidad de señalar que el sufrimiento de Jesús nos lleva a la gloria. La segunda parte se concentra en el oficio profético de Jesús y aquí el

predicador podría señalar que el oficio profético es importante para que nosotros seamos recibidos en la gloria.

Pedro reconoció cuán maravillosa era la gloria que él había visto en Jesús y en los dos santos que estaban con él. El pensamiento que él expresó en el texto podría formularse en un tema como el siguiente:

Es bueno que nosotros estemos con Cristo

1. Ahora a través de su palabra
2. Para siempre en la gloria del cielo

Este bosquejo no usa el texto analíticamente. La primera parte incluiría a Jesús hablando con Moisés y Elías sobre su misión y también incluiría el mandato de Dios de escuchar a Jesús que nos habla sobre su pasión para nuestra salvación. La segunda parte señalaría cuán maravillosa era la gloria de Jesús y los dos santos, pero también señalaría que esa gloria no podía seguir para Pedro aquí en la tierra, ya que será nuestra permanentemente en el cielo.

Finalmente sugerimos el uso de la exclamación de Pedro de esta manera:

¡Maestro, es bueno que estemos aquí!

1. No estamos en el cielo todavía
2. Dios nos dirige a aquél que es el camino.

Pedro se emocionó mucho con el vistazo del cielo que se le había otorgado. En su manera impulsiva él quería construir chozas para hacer posible que esta experiencia fuera para siempre. Pero “no sabía lo que decía.” Aparentemente Pedro no prestó atención a lo que Jesús les había dicho a Moisés y a Elías sobre su “partida” venidera en Jerusalén. A nosotros también se nos debe recordar que aunque el cielo es nuestra herencia prometida, no estamos allí todavía. Tampoco sabemos cuáles son las pruebas que nos esperan en esta vida.

Sin embargo Dios sigue dándonos certeza y seguridad. El Padre nos dirige a Jesús. El es el escogido. “A él oíd,” dice el Padre. Tan pronto como el vistazo de la gloria celestial desapareció, los discípulos vieron “que Jesús fue hallado solo.” En vista del testimonio del Padre eso era suficiente. “¡Sólo Jesús!” decimos. Si podemos fijar nuestros corazones en él como nuestro Salvador tenemos todo lo necesario para saber que el cielo es nuestro.

4. La Estación de Cuaresma

La estación de Cuaresma comienza el día miércoles antes del primer domingo de Cuaresma, el miércoles que se conoce como el Miércoles de Ceniza. Hacía muchos años existía la costumbre de que en un servicio de la iglesia en este día, la gente se acercaba al ministro para que aplicara cenizas a su frente. Al hacerle esto él diría, “Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás.”

Desde los tiempos del Antiguo Testamento el polvo y las cenizas han sido signos del arrepentimiento. Los cuarenta días de la Cuaresma que van desde el Miércoles de Ceniza a la Pascua (excluyendo los días domingos) se dedicaban a un arrepentimiento especial y negación de uno mismo. Con frecuencia los cristianos se negaban al uso de ciertos alimentos y entretenimientos durante la estación de Cuaresma. Hacían esto para hacer memoria del sufrimiento y de la muerte de Jesús por los pecados del mundo. Estos pequeños sacrificios de su parte servían de recordatorio del sacrificio de Jesús en la cruz. Hasta el día de hoy algunas iglesias guardan estas costumbres y prácticas.

Aunque muchas iglesias luteranas no enfatizan las costumbres externas de esta clase, sí hacen arreglos especiales para cultos durante las siete semanas de la estación de Cuaresma, comenzando el Miércoles de Ceniza. Estos servicios se dedican especialmente a la historia de la pasión y muerte de Cristo. El estudio de los textos que se encuentran en este libro se concentran en los domingos y las fiestas especiales del año eclesiástico. Sugerencias para los servicios especiales de Cuaresma durante la semana se pueden encontrar en otros lugares.

Los textos de los evangelios de los domingos de Cuaresma presentan el ministerio terrenal de Jesús desde su principio hasta que el Salvador entra en Jerusalén por última vez antes de su muerte. La mayoría de nuestros textos de Cuaresma cubren el tiempo del último viaje del Señor desde Galilea (Lucas 9:51) hasta su entrar en Jerusalén (Lucas 19:28). El Evangelio para el primer domingo de Cuaresma es la historia de la tentación de Cristo por Satanás (Lucas 4:1-13). El Evangelio del segundo domingo de Cuaresma trata de las palabras de Jesús en que él predice su sufrimiento, muerte y resurrección (Lucas 3:31-35). En el Evangelio del tercer domingo de Cuaresma Jesús enfatiza la necesidad del arrepentimiento verdadero (Lucas 13:1-9). El Evangelio del cuarto domingo pinta a Jesús como el Salvador que viene para buscar al pecador perdido (Lucas 15:1-3, 11-32). En el Evangelio del quinto domingo, la parábola de Jesús predice que él será rechazado por sus enemigos, pero que él triunfará sobre ellos (Lucas 19:28-40). De esta manera vemos que el ministerio de Jesús lo lleva paso por paso al propósito por el que fue enviado — a ofrecerse a sí mismo como un sacrificio a Dios por los pecados del mundo.

El Primer Domingo de Cuaresma

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Deuteronomio 26:5-10
Epístola: Romanos 10:8-13
Evangelio: Lucas 4:1-13

El Año Eclesiástico

En la estación de Cuaresma vemos muy claramente el gran propósito del ministerio de Cristo aquí en la tierra. Epifanía nos proclama quién es él. La Cuaresma nos dice lo que él tiene que hacer para lograr su obra redentora.

La lección del Antiguo Testamento, de *Deuteronomio*, es de una naturaleza general, presentando la estación en general. Una colecta sugerida para este domingo ofrece el siguiente pensamiento: “Oh Dios, padre de los fieles, tú guiaste a tu pueblo antiguo por el desierto y los llevaste a la tierra prometida. Guía ahora al pueblo de tu iglesia, de modo que siguiendo a nuestro Salvador podamos andar a través del desierto de este mundo hacia la gloria del mundo venidero...”

La Epístola de *Romanos* enfatiza el tema de la salvación por medio de Cristo, y también enfatiza que esta salvación se les ofrece a todos.

El Evangelio de *Lucas* es la historia de la tentación de Cristo por Satanás. El que “apareció... para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8) comienza su ministerio al someterse a las tentaciones de Satanás y al vencer al enemigo por medio de la palabra de Dios.

El Texto — Lucas 4:1-13

Este texto da inicio al relato del ministerio de Jesús en Galilea que sigue inmediatamente después del bautismo de Cristo y que lleva a Cristo cara a cara con Satanás, el enemigo al que ha venido a destruir. De esta manera al mismo principio de su obra, tanto como a su fin “cuando reinan las tinieblas” (Lucas 22:53), Jesús no titubea en luchar contra el poder del Maligno en lugar de todo el mundo.

El relato de Lucas se difiere del relato paralelo de Mateo (4:1-11) en el orden invertido de la segunda y la tercera tentación. Según Lucas la tercera tentación tiene lugar en Jerusalén más bien que en una montaña. En cuanto a este orden el Dr. Ricardo Lenski

comenta: “Mateo presenta las tres tentaciones en su *orden histórico*; Lucas enfatiza los lugares: Desierto - Montaña - Jerusalén y el templo.” Las pruebas de Jesús, según hace hincapié el Dr. Martín Franzmann, comienzan con la tentación del diablo y terminan con su sufrimiento y muerte en la cruz.

v. 1, 2 — *Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo. No comió nada en aquellos días, pasados los cuales tuvo hambre.*

El Espíritu Santo descendió sobre Cristo en su bautismo en la forma de una paloma (Lucas 3:22). En nuestro texto el poder del Espíritu Santo tal como obra en Jesús se menciona dos veces en el primer versículo. Lucas enfatiza la cooperación cercana de Jesús y del Espíritu Santo, afirmando que Jesús estaba “lleno (plhvrh) del Espíritu Santo” y que “fue llevado por el Espíritu” (ejn tw/ pneuvmati). Mateo dice que “Jesús fue llevado *por* (u&rho)v el Espíritu.” Jesús no se expuso a los ataques de Satanás intempestivamente. Fue la voluntad de Dios que esta batalla tuviera lugar.

La tentación de Jesús fue continua (participio presente de peiravzw — peirazovmeno) durante un período completo de cuarenta días. Nuestro texto nos da solamente tres ejemplos de las muchas maneras en que Satanás atacó a Cristo. No sabemos exactamente cómo Jesús fue tentado continuamente. Tentar (peiravzw) significa poner a la prueba, en este caso con una intención malvada, es decir con la finalidad de hacer que alguien peque. Satanás muy bien sabía que Jesús había venido a aplastar su poder. Si él pudiera lograr una sola vez que Jesús pecara, sería suya la victoria. Y esta tentación no era una tentación falsa, fingida. Según su naturaleza humana Jesús fue “tentado en todo según nuestra semejanza” (Hebreos 4:15), sin embargo siguió siendo sin pecado.

Durante estos cuarenta días el Salvador no tuvo nada que comer. El negativo doble ou*k... ou*devn enfatiza esto. Cuando llegó a su fin este período, Jesús tuvo hambre. Según su naturaleza humana estaba sujeto a las mismas necesidades que todos los hombres experimentan. Sentía agudamente la necesidad de comida. Satanás trataba de aprovecharse de esto.

v. 3, 4 — *Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Jesús, respondiéndole, dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.*

Siguiendo el mismo método que usó en el caso de Eva (Génesis 3:1), Satanás empieza sus tentaciones al tratar de crear la duda: “Si eres Hijo de Dios...” “Si” se refiere a la cuestión si es que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios o no. De esta manera Satanás pone a Jesús en el mismo nivel que muchos otros que tal vez podrían reclamar para sí mismos diciendo que son “hijos de Dios.” Aun este estado se pone bajo una nube de duda.

Luego Satanás viene con el desafío: “Dile a esta piedra que se convierta en pan.” En otras palabras: “¡Demuestra que tú eres el Hijo, demuestra que tú eres el Mesías! ¡Haz

un milagro!” Si Jesús hubiera hecho un milagro según la voluntad de Satanás, Jesús hubiera mostrado que era un hijo falso. Hubiera demostrado una falta de confianza en su Padre celestial, una falta de confianza que dudaba que el Padre podría proveer por él. También sería evidencia de un deseo de evitar el sufrimiento y el dolor por los que él había entrado en el mundo. El verdadero Hijo de Dios también fue probado por el Padre por medio de esta tentación. ¿Podría aguantar la prueba? No lo podría hacer si él tratara de escaparla haciendo un milagro.

Jesús demuestra que él tiene la confianza que el verdadero Hijo de Dios tiene. Demuestra esto con su respuesta. En este caso, tal como en cada uno de los otros ataques de Satanás, Jesús contesta con las Escrituras: “Escrito está” (*gevgraptai* — el tiempo perfecto de *gravfw*) indica que algo ha sido escrito y ya permanece tal como fue escrito. La Escritura que Jesús cita es de Deuteronomio 8:3: “No sólo de pan vivirá el hombre.” Dios quería que su pueblo Israel supiera que él les daba de comer maná por medio del poder de su palabra. Con frecuencia se quejaba Israel contra el cuidado clemente de Dios en el desierto. No estaban satisfechos con la comida que Dios proveía. Sin embargo Jesús no se queja. Su confianza en la providencia de Dios permanece firme.

Al luchar con el ataque de Satanás, Jesús les da a sus seguidores un ejemplo de fe. Jesús, como verdadero Dios, hubiera podido usar una palabra de mandato divino para mandar a Satanás que se fuera. No lo hizo. Usó la palabra escrita, las Escrituras. Jesús, como el verdadero Dios, hubiera podido destruir a Satanás con su propio poder. No lo hizo. Más bien venció el ataque de Satanás al confiar como ser humano en el poder de Dios de cuidarlo. Lutero llama nuestra atención a este ejemplo cuando nos dice que en nuestra batalla contra Satanás, “pues condenado es ya por la palabra santa” (Véase “Castillo fuerte es nuestro Dios”). Nosotros también debemos luchar contra Satanás al usar “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efesios 6:17).

v. 5-8 — Y le llevó el diablo a un monte alto, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos: porque a mí ha sido entregada y a quien quiero la doy. Si tu postrado me adorarás, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.

El método de Satanás con respecto a Cristo según el relato de Lucas otra vez es similar a su ataque contra Eva. Primero él viene tratando de sembrar la semilla de duda en el corazón de un creyente. Luego él viene con una mentira. El es, por supuesto, el “padre de la mentira” (Juan 8:44). El reclama para sí mismo el poder y la autoridad que sólo Dios tiene. Desde un monte alto y por un breve momento de tiempo (*ejn stigmh'/crounou*), él le demuestra a Jesús todos los reinos de este mundo y su gloria. El dice que le dará todas estas cosas a Jesús si el Salvador simplemente se arrodilla ante él y le adora. En otras palabras, Jesús debe reconocer a Satanás como a su Señor. ¡Qué arrogante es Satanás! El habla como si fuera el gobernador y dueño de todas las cosas. Unido a esta mentira es el reclamo de Satanás de que él puede dar este poder y gloria a Cristo. Así Jesús puede llegar a ser el gran Mesías-Rey al hacer simplemente un acto de adoración.

¿Entonces por qué debe seguir el largo y difícil camino del sufrimiento y de la muerte? Nos hace recordar la mentira que Satanás le habló a Eva: “Come del fruto, y serás como Dios.” Conocemos, por supuesto, los tristes resultados de actuar conforme a la mentira de Satanás. En vez de recibir el poder que él promete, llegamos a ser sus esclavos. Eva tenía que descubrir esto por medio de su dolor y vergüenza, tal como lo tiene que hacer todo el que presta atención a similares tentaciones que vienen de Satanás hoy. Cuando la gente se arrodilla ante las riquezas y los placeres de este mundo y pone estas cosas en el primer lugar en su corazón, llega a ser esclavos de Satanás. “El fin de los cuales será perdición, ... y cuya gloria es su vergüenza” (Filipenses 3:19).

Otra vez la respuesta de Jesús sale de las Escrituras (Deuteronomio 6:13). Otra vez el Salvador rehusa usar su poder divino en una manera sobrenatural. La clara respuesta que él toma de la palabra de Dios es una que cualquier cristiano le puede dar a Satanás cuando él se acerca. Dios es el único objeto de adoración. Adorar a cualquier persona o cualquier cosa es cometer idolatría.

v. 9-12 — Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden; y, en las manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra. Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios.

El orden que Lucas sigue al presentar las tres tentaciones de parte de Satanás, tal como lo hemos mencionado antes, sirve el propósito de poner la tentación que tiene lugar en Jerusalén al final. El arreglo de Mateo, en el que la tentación en el monte viene al final, es sin duda el que sigue el orden histórico. Lucas pone la tentación en Jerusalén al final porque él quiere que este acontecimiento sirva como el punto más importante de todas las tentaciones. Jerusalén, tal como Mateo escribe, fue “la santa ciudad” (Mateo 4:5). El templo de Dios en Jerusalén era el lugar más santo sobre la tierra en que el enemigo de Dios podía hacer su trabajo que no era de ninguna manera santa. Algunos eruditos de la Biblia dicen que el “pináculo” (el punto más alto — *pteruvgion*) del templo, donde Jesús fue llevado por Satanás, fue una parte del muro exterior del templo que se levantó a una gran altura sobre el patio del templo.

En la primera tentación Satanás probó la confianza de Cristo en el cuidado del Padre de proveer por las necesidades corporales. Aquí le pide a Jesús probar su confianza en el poder salvador de Dios. El emplea de una mala manera la palabra de Dios como una prueba de la promesa de Dios de que él nos protegerá contra todo peligro al dejar que sus ángeles nos cuiden (Salmo 91:11, 12). Ya que Jesús ha usado las Escrituras para resistir las tentaciones de Satanás, Satanás mismo usa las Escrituras en su argumento. En su uso de las Escrituras, sin embargo, parece que Satanás omite unas palabras, “en todos tus caminos,” a fin de hacer que la palabra de Dios diga lo que en realidad no dice. En ningún lugar dice Dios que podemos probar su cuidado protector al exponernos a nosotros mismos al peligro. Al usar este mismo tipo de lógica cualquier hijo de Dios podría, por ejemplo, echarse en el camino de un tren del ferrocarril y decir que él quería probar su confianza en el poder de Dios de protegerlo. Sin embargo, esto no es la

característica más importante de esta tentación. Aquí el demonio reta a Jesús a probar si la palabra de Dios es tan confiable como Jesús parece pensar. El pide que Jesús ponga la promesa de Dios de Salmo 91 a la prueba para ver si es verdadera.

Jesús vence esta tentación al usar unas frases simples de las Escrituras: “No tentarás al Señor tu Dios.” (Deuteronomio 6:16). El usa este pasaje para poner el significado correcto en el otro pasaje. El usa las Escrituras para interpretar las Escrituras. En otras palabras, uno no debe tomar una promesa misericordiosa de Dios y usarla para tentar o retar a Dios al hacer algo que uno sabe que es contrario a la voluntad de Dios. Los hijos de Israel hicieron esto cuando exigieron agua de Dios en vez de confiar pacientemente en su promesa (Exodo 17:7). Hacer esto es poner a la prueba a Dios, y rehusar creer en él a menos que tengamos una prueba tangible de lo que él dice es verdad. Una confianza falsa es tan equivocada que una falta de confianza. Ambas son contrarias a las Escrituras.

v. 13 — *Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo.*

El diablo había encontrado a su conquistador. Pero como Lucas nos informa, él rehusó dejar los esfuerzos que empleaba para llevar a Jesús al pecado. Esta vez Satanás sabía que ya no tenía más esperanza de éxito, pero sólo se apartó de Cristo hasta “un momento oportuno” (α[κρι καιρου'). En ese tiempo él usaría otros métodos para tentar a Cristo en vez de confrontar al Señor cara a cara (véase Marcos 8:32; Juan 6:15).

Sugerencias Homiléticas

Jesús vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Este fue el propósito de todo su ministerio en la tierra. Para llevar a cabo este propósito salvador, él tomo el lugar de los que él había venido a salvar. Llegó a ser como uno de nosotros. Como verdadero hombre y como verdadero Dios, él luchó contra nuestros enemigos y los conquistó: al pecado, a la muerte y al demonio.

La estación de Cuaresma nos lleva al mismo centro de esta batalla. “El Hijo de Dios sale a luchar,” es lo que cantamos en un himno. Nuestro texto para este primer domingo de Cuaresma presenta a Cristo cara a cara con Satanás, el príncipe de las tinieblas.

Es importante recordar que en esta lucha el Señor en la forma de un siervo encontró a su principal enemigo. Como verdadero Dios empleando plenamente su poder divino, él hubiera podido vencer a Satanás en un momento. Jesús rehusó hacer esto. El fue tentado como uno de nosotros. El venció las tentaciones de Satanás al usar la misma arma que es disponible para cada cristiano. Esta es la palabra de Dios. De esta manera este texto ofrece una oportunidad excelente de enfatizar la importancia de utilizar la palabra de Dios cuando luchamos contra las tentaciones de Satanás.

Al mismo tiempo, este texto también demuestra a Satanás usando toda su astucia. Al tomar nuestro lugar, Cristo fue tentado en todas las cosas tal como nosotros. Las

tentaciones descritas en este texto son verdaderas. Según su naturaleza humana Cristo sufrió estas tentaciones en su cuerpo. Jesús tenía hambre. Jesús reconoció que un camino difícil le esperaba como el Mesías. Satanás le ofreció un camino más fácil a la gloria. El llegó pretendiendo ser “un amigo.” Hasta citó las Escrituras para retar la fe de Cristo. Sin embargo, detrás de esta demostración de amistad y cuidado, este reclamo de poder, y este uso piadoso de la Escritura estaba “el padre de las mentiras.” El esperaba, por medio de una pequeña falla de parte de Cristo, lograr su meta de obstaculizar la obra salvadora de Cristo y de esta manera esclavizar a la humanidad para siempre.

Se sugieren dos bosquejos:

Aprende de Jesús cómo vencer el poder de Satanás

1. Reconocer los trucos que Satanás emplea
 - A. El siembra las semillas de la duda (v. 3)
 - B. El viene con una mentira patente (v. 6, 7)
 - C. El cita las Escrituras con un propósito malvado (v. 10, 11)
2. Usar la palabra de las Escrituras
 - A. Contra la duda sobre la providencia de Dios (v. 4)
 - B. Contra la mentira de la idolatría (v. 8)
 - C. Contra el uso falso de las Escrituras (v. 23)

Tomemos la espada del Espíritu (Efesios 6:17)

1. Cuando Satanás trata de hacer que dudemos de las promesas de Dios (v. 3, 4)
2. Cuando Satanás trata de usarnos (v. 5-8)
3. Cuando Satanás emplea mal las Escrituras para hacer que actuemos de una manera imprudente (v. 9-12)

Segundo Domingo de Cuaresma

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Jeremías 26:8-15
Epístola: Filipenses 3:17 - 4:1
Evangelio: Lucas 13:31-35

El Año Eclesiástico

El primer domingo de Cuaresma nos mostró al Hijo del hombre al enfrentarse éste cara a cara con el enemigo, Satanás, y al vencerle con la espada del Espíritu, la palabra de Dios. El segundo domingo de Cuaresma nos presenta la profecía que Cristo mismo da sobre su muerte como el camino a través del que se debía llevar a cabo su misión.

Jeremías experimentó el odio del pueblo de Jerusalén cuando él predijo la destrucción de esta ciudad. El fue uno de los muchos profetas que sufrieron a mano de los judíos no creyentes en la “ciudad santa”, un hecho al que Jesús señala en el Evangelio de hoy.

En la Epístola de *Filipenses*, Pablo, al instar a los creyentes a mantenerse firmes frente al odio que el mundo les tiene, habla de los “enemigos de la cruz de Cristo”. Los cristianos deben acordarse de su ciudadanía en el eterno reino celestial de Cristo.

El Evangelio de *Lucas* nos presenta las palabras de tristeza que Jesús habló sobre la ciudad que lo había rechazado, la que será el escenario de su muerte, y la que se quedará desolada a causa de este rechazo. Al mismo tiempo, sin embargo, Jesús también profetiza en el mismo Evangelio, “y al tercer día termino mi obra.” Su muerte terminará en su victoria.

El Texto — Lucas 13:21-35

Jesús estaba en camino a Jerusalén (Lucas 13:22). Pero estaba todavía en Perea, un territorio que era gobernado por el rey Herodes. Al viajar de aldea en aldea seguía enseñando y predicando sobre el reino de Dios.

v. 31 — *Aquel mismo día se acercaron unos fariseos, diciéndole: Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar.*

¿Es que estos fariseos de verdad tenían interés sincero en el bienestar de Cristo? ¿Fue sincera su advertencia sobre Herodes? ¿O es que ellos querían que Jesús fuera a Jerusalén donde sería más fácil que ellos lo eliminaran?

Tal vez había algún peligro en cuanto a Herodes le concernía. Se habían hecho algunas amenazas contra la vida de Jesús. Los herodianos, el partido de Herodes, estaban conspirando con los fariseos para matar a Jesús (Marcos 3:6). Al mismo tiempo los fariseos estaban empleando estas amenazas para lograr sus propios malos propósitos. No eran amigos de Jesús. Ellos querían que Jesús fuera a Jerusalén donde ellos tendrían más gente a su lado ya que él no sería tan popular allá como lo era en Galilea y en Perea.

v. 32, 33 — *Y les dijo: Id, y decidle a ese zorro: Yo echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra. Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén.*

El Señor no hizo ninguna referencia a la manifestación hipócrita de interés de parte de los fariseos. Pero les contestó al expresar su desprecio de Herodes y cualquier peligro que ese “zorro” (α*lwvphx) podría ofrecer. De hecho al referirse abiertamente a Herodes como el zorro, lo que quiere decir una persona astuta, Jesús lo desafió públicamente.

Jesús quería que Herodes supiera que él iba a seguir su trabajo y milagros “hoy y mañana”, es decir, por un cierto tiempo definido. Luego “al tercer día,” en un tiempo señalado, Jesús completaría todo su trabajo (teleiouvmai). Su meta, que incluía su muerte y su resurrección, no se llevaría a cabo mientras Jesús estuviera en el territorio de Herodes. Entonces Jesús dijo que tenía que continuar su viaje a Jerusalén, ciudad que tenía la reputación de matar a los profetas enviados por Dios.

Luego Jesús agregó palabras sobre Jerusalén, las que él repitió más tarde en la ciudad misma (Mateo 23:37-39) durante la semana antes de su muerte.

v. 34, 35 — *¡Jerusalén que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como las gallinas a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! He aquí; vuestra casa os es dejada desierta; y os digo que de ningún modo me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor.*

El Señor habló en gran voz su amor y preocupación: “Jerusalén, Jerusalén”. La “ciudad de paz,” tal como el nombre Jerusalén indica, mató a esas personas que fueron enviadas por Dios a predicar su paz. Jesús anhelaba (hjqevlhsa) la salvación de Jerusalén. El comparó sus esfuerzos con los de una ave (o[rni]) que protege su cría (thVn nossiavn) de los ataques de un halcón al llamar a los pajaritos a buscar abrigo debajo de sus propias alas. Del mismo modo, esta nación le pertenecía a Jesús. El quería que esta gente fuera suya. Pero ellos no lo querían (oujk hjqelhsate — “¡no quisiste!”). No hay palabras

que sean más trágicas que éstas. La gente de Jerusalén lo rechazó; rechazó al que vino a salvarlos.

El resultado de este rechazo de Jesús fue profetizado por él mismo. Su casa sería dejada desierta (la ciudad fue destruida no muchos años más tarde). Sólo los que confesaran a Jesús como Señor, los que lo llamaran “bendito,” llegarían otra vez a verlo como Salvador. Los demás serían destinados a la destrucción.

Sugerencias Homiléticas

Jesús había comenzado su viaje final a Jerusalén. Habiéndose enfrentado con su enemigo cara a cara (el primer domingo de Cuaresma), ahora prosiguió en llevar a cabo lo que se tenía que hacer para poder aplastar al enemigo (el segundo domingo de Cuaresma). Jesús sabía de antemano lo que se requería de él. Jerusalén, la que había matado a tantos profetas antes que a él, sería el escenario de su propia muerte. No había otra manera de salvar a la humanidad. A fin de lograr este propósito, él tenía que seguir el camino a Jerusalén (v.33).

Al ver al Salvador de camino a Jerusalén, vemos su amor ilimitado. Este es el pensamiento central del texto. El amor de Cristo se manifiesta en la forma abnegada en que él resueltamente sube a Jerusalén, sabiendo lo que le va a suceder allí. Su amor misericordioso también se dirige hacia los de Jerusalén que lo rechazarían y de esta manera traerían sobre sí mismos su destrucción eterna.

Sugerimos el siguiente bosquejo:

Nuestro Salvador en su camino a Jerusalén

1. El sabe que tiene que morir allí (v. 31-33)
2. El siente tristeza por los que lo rechazarán allí (v. 34,35)

Un himno de la Cuaresma sugiere otro tema:

El Cordero excelso va a sufrir

1. Como un cordero fue llevado al matadero (v. 31-33)
2. Fue despreciado y desechado de los hombres (v. 34)
3. La voluntad del Señor se cumplirá por medio de él (v. 35)

Las palabras de las partes son de Isaías 53.

Mire al Salvador en su amor ilimitado

1. Un amor que lo lleva a una muerte segura (v. 31-33)
2. Un amor que siente tristeza por los que lo rechazan (v. 34)
3. Un amor que da esperanza a los que lo aceptan (v. 35)

El Tercer Domingo de Cuaresma

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Exodo 3:1-8

Epístola: 1 Corintios 10:1-13

Evangelio: Lucas 13:1-9

El Año Eclesiástico

En la lección del Antiguo Testamento, de *Exodo*, Dios le asegura a Moisés que él ha visto la aflicción de su pueblo en Egipto. Ha escuchado su súplica de ayuda. Promete guiarles a una tierra mejor. Dios también oye los gritos de los que están esclavizados por el pecado. Ha enviado a Jesús, quien por medio de su muerte ofrece una escapatoria de esta esclavitud. Promete guiar a su pueblo a una herencia eterna consigo en el cielo.

En *1 Corintios* Pablo nos hace recordar que Israel, aun cuando estaba en camino a la tierra prometida de Canaán, estaba todavía en peligro. Muchos cayeron en el pecado, disgustaron a Dios y perecieron en el camino. Hay una advertencia para nosotros en todo esto. Nuestra salvación en Cristo es segura. Pero puede ser que a causa de nuestra desobediencia contra Dios nosotros también caigamos y perdamos la herencia eterna que tenemos en Cristo.

El Evangelio de *Lucas* nos urge a una vida de arrepentimiento. Dios es clemente. El es paciente. Otorga un tiempo de arrepentimiento ahora. Pero hay un día de juicio que viene en el futuro cuando perecerán todos los que han menospreciado el llamado al arrepentimiento que Dios les ha extendido durante este tiempo de gracia.

Las lecciones de las Escrituras para el tercer domingo de Cuaresma nos hacen recordar las misericordiosas promesas divinas de salvación eterna. Al mismo tiempo nos advierten que no rechazemos estas promesas al no creer en ellas.

El Texto — Lucas 13:1-9

El texto informa sobre un acontecimiento que tuvo lugar mientras Jesús estaba en camino a Jerusalén por última vez.

v. 1-3 — *En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo*

Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

Este es el único lugar en las Escrituras en que se refiere a este acontecimiento. El asesinato es un crimen en cualquier tiempo o lugar.

El asesinato de estos galileos fue aun más escandaloso porque tuvo lugar mientras ofrecían sacrificios a Dios. Estos galileos aparentemente eran gente piadosa. Al responder (ajpokriqeiv") a los pensamientos o palabras de algunos de la multitud, Jesús preguntó si este feo crimen había sucedido porque los galileos eran peores pecadores que los demás.

Puede ser que pensemos esto también cuando vemos que alguna gran tragedia le sucede a otra persona. Es muy fácil suponer que la tragedia es el castigo de un gran pecado.

Jesús contestó su propia pregunta con una fuerte afirmación negativa (oujciv, levgw uJmi'n es un negativo enfático). Esta gente no fue muerta debido a algún pecado en especial que había cometido. Ninguno de los galileos que había quedado con vida era mejor que los que habían muerto. Todos los pecadores, advirtió Jesús, a menos que se arrepientan, experimentarán un fin terrible. Jesús señaló como la gran tragedia la muerte de cada pecador no arrepentido.

“Arrepentíos” (metanoeww, aquí usado en el subjuntivo) es la palabra clave en esta explicación de Jesús. La palabra griega significa cambiar de idea. Este cambio de idea es otra forma de describir la conversión. Sólo Dios puede efectuar este cambio de idea (Jeremías 31:18). Sólo su Espíritu puede darnos una nueva vida en el Reino de Dios (Juan 3:5). Sin su obra en nuestro corazón estamos espiritualmente muertos en nuestros pecados (Efesios 2:5) y destinados al castigo eterno (Mateo 25:41-46). El tiene que obrar en nosotros la fe en nuestro único Salvador, Jesucristo (1 Corintios 12:3).

v. 4,5 — *O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.*

Jesús mencionó otro acontecimiento que puede haber sido mejor conocido para sus oyentes. Sucedió en Jerusalén. Este no era ningún caso de asesinato a sangre fría. Fue un accidente repentino en que dieciocho personas perdieron la vida. De igual manera podría haberse interpretado falsamente como si estas muertes hayan tenido lugar por algún pecado que esa gente había cometido y por la que había sido castigada.

v. 6-9 — *Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutilizar también la tierra? El entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año,*

hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien, y si no, la cortarás después.

Tal como Jesús lo hacía con frecuencia, aquí relató una parábola para describir la vida que él espera de la gente en este mundo. El hombre de la parábola sabía que la higuera había sido plantada con un propósito. Debía dar higos. El dueño esperaba el fruto. La palabra que Jesús usó al describir la esperanza (el participio de $\zeta\eta\epsilon\nu\omega$) de fruto de parte del dueño tiene el “sonido de un paciente y esperanzado anhelo” (*Theological Dictionary of the New Testament*, Kittel). La construcción gramatical griega indica que había una búsqueda continua.

Este anhelo esperanzado del dueño, sin embargo, fue desilusionado. Durante tres años el árbol no dio ningún fruto. Fue justa la exigencia del dueño de que se cortara el árbol. No fue ninguna decisión precipitada de un momento de ira. Ya que era muy obvio que el árbol no daba ningún fruto, no había más remedio que quitarlo de en medio y dar lugar a otros árboles que sí producirían fruto.

El viñador (*ajmpelourgov*) pidió un año más. No quería que fuera destruido el árbol. Prometió hacer todo lo posible para cuidar del árbol a fin de que fuera fructífero.

Lucas no provee ninguna interpretación de esta parábola, sin embargo su significado es bastante claro. Dios, el dueño de la viña, es paciente. En su ley, sin embargo, amenaza con castigar justamente el pecado. Exige frutos de arrepentimiento. Si no aparece ese fruto, el árbol será cortado (compare Mateo 3:8,10).

El viñador que pidió la extensión del tiempo representa la obra intercesora de Cristo, nuestro Mediador (1 Juan 2:1; Romanos 3:34; 1 Timoteo 2:5,6; Hebreos 7:25; 9:24). Jesús basa su intercesión en su sacrificio expiatorio. La gracia de Dios obra a través de su Hijo. El tiempo de gracia se extiende.

El resultado final de parte de los que reciben este tiempo de gracia debe ser que den fruto. Dondequiera que falte esto, aun la más amorosa paciencia tiene que terminar y se tiene que llevar a cabo la justicia.

Sugerencias Homiléticas

Este texto de la Cuaresma es el llamamiento del Cristo mismo al arrepentimiento. El texto contiene las respuestas de Cristo a los que hicieron preguntas sobre dos acontecimientos trágicos (el acto precipitado de matanza de parte de Pilato en Galilea y el accidente de la caída de la torre en Jerusalén.) Esto es seguido inmediatamente por la parábola de Cristo sobre la higuera. Ambas partes de este texto enfatizan la necesidad urgente del arrepentimiento.

Cuando predicamos sobre el arrepentimiento tenemos que entender correctamente, en primer lugar, el significado del arrepentimiento. Tal como lo señala nuestra explicación del texto, el arrepentirse quiere decir voltearse. Volteamos del pecado a la justicia. Esto significa que entendemos, a base de la ley de Dios, lo que es el pecado tanto como que el pecador merece un justo castigo de Dios a causa de su pecado. El arrepentirse (en su sentido amplio) también incluye la fe. Volteamos a la ayuda que el clemente Dios nos ofrece en el evangelio. Recibimos con la mano de la fe — aunque la mano que extendemos es una mano vacía — la única justicia que puede presentarse ante Dios, es decir, la justicia de Cristo. Y luego en gratitud a Dios por su dádiva gratuita de perdón, vida y salvación, producimos frutos de fe en una vida que agrada a Dios.

En la primera parte del texto vemos que todas las personas tienen necesidad de arrepentirse. No hay ninguna persona que sea por naturaleza mejor que otra. Los acontecimientos trágicos de la vida les deben servir a todos como advertencias sinceras. ¡Arrepiéntanse mientras hay tiempo! ¡Arrepiéntanse antes que sea demasiado tarde! Pues el que no se arrepienta tendrá que enfrentarse con la ira de un santo y justo Dios.

La segunda parte del texto, la parábola de la higuera, nos hace recordar que por nuestra cuenta todos seríamos árboles infructíferos. La justicia de la ley de Dios exigiría que se ponga el hacha a nuestra raíz. Pero ésta es la razón por la que Jesús fue de Galilea a Jerusalén. Fue allá para morir. Por medio de su muerte Dios perdonó los años infructíferos. El Espíritu Santo de Dios viene a nosotros y nos da la fortaleza de producir frutos que agradan a Dios.

Y Dios el Padre es paciente. Escucha la intercesión de su Hijo. Nos da un tiempo de gracia. Sinceramente quiere que todos sean salvos. Nos permite vivir para que tengamos el tiempo suficiente para arrepentirnos. Al mismo tiempo nos advierte que no dejemos que este tiempo de gracia pase a causa de nuestra impenitencia. Pues el que rechaza la gracia de Dios sella su propia eterna destrucción.

Estos pensamientos se pueden incluir en el siguiente bosquejo:

Prestemos Atención al Llamamiento al Arrepentimiento Extendido por Cristo

1. El arrepentimiento es absolutamente necesario (v. 1-5)
 - A. Tal como cada muerte violenta nos hace recordar (v. 1-3)
 - B. Tal como cada muerte accidental nos hace recordar (v. 4,5)
2. Hay todavía tiempo para arrepentirse (v. 6-9)
 - A. Este tiempo no durará para siempre (v. 6,7)
 - B. Es por medio de la intercesión de Cristo que todavía tenemos tiempo (v. 8)
 - C. Usemos este tiempo para producir frutos dignos de arrepentimiento (v. 9)

Al usar sólo la parábola de este texto podemos formular nuestros pensamientos de esta manera:

Dios Busca Fruto

1. El tiene derecho de esperar este fruto (v. 6)
2. El advierte seriamente sobre este fruto (v. 7)
3. El hace todo lo posible para cultivar este fruto (v. 8,9)

El Cuarto Domingo de Cuaresma

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Isaías 12:1-6

Epístola: 1 Corintios 1:18, 22-25

Evangelio: Lucas 15:1-3, 11-32

El Año Eclesiástico

Isaías estaba feliz porque podía cantar, “Dios es mi salvación”. En este Dios salvador, que estaba presente entre su pueblo, él podía confiar y no tener miedo.

Pablo les escribe a los *Corintios* sobre el poder salvador que se encuentra en el mensaje del Cristo crucificado. Puede ser que este mensaje sea una piedra de tropiezo para algunos y locura para otros. Pero para los que Dios ha llamado a la fe, este mensaje de la cruz es su poder para salvación.

El Evangelio de *Lucas* nos presenta la historia que Cristo mismo contó sobre el hijo que dejó a su padre y malgastó su vida, pero que encontró la felicidad verdadera cuando regresó a su padre. Al contar esta historia, Jesús le explicó a la gente de su día y la del nuestro la razón de su venida al mundo. El vino a sanar a los enfermos, a encontrar a los perdidos, a levantar a los muertos. Por naturaleza somos todos como la oveja perdida y las monedas perdidas y los hijos perdidos. El ejemplo del hijo que dejó a su padre y malgastó su tiempo puede aplicarse a todos nosotros. Todos tenemos razón para encontrar gozo en el Dios de nuestra salvación y para alabar a Dios por el poder salvador que hay en el mensaje del Cristo crucificado.

Este domingo de Cuaresma nos lleva al corazón mismo del evangelio al proclamar la salvación de Dios para todos los pecadores perdidos.

El Texto — Lucas 15:1-3, 11-32

v. 1, 2 — *Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.*

En los tiempos de Jesús los “publicanos” (*telw'nai* — cobradores de impuestos) tenían la reputación de ser deshonestos que se habían enriquecido al guardar parte de lo que habían

cobrado del pueblo. Fueron clasificados como “pecadores” (αμαρτωλοί), gente que había “fallado del blanco” tal como un arquero falla en el blanco con su flecha, y que, por lo tanto, eran los parias de la sociedad. Eran considerados como tales por los fariseos porque no guardaban las tradiciones y ritos de la ley de Moisés ni tampoco las muchas leyes agregadas por los escribas y los fariseos en su interpretación del código mosaico.

Aunque los escribas y fariseos rehusaban tener trato con estos cobradores de impuestos y pecadores, Jesús atrajo a sí mismo a estas despreciadas y rechazadas personas. Aquí se ve un agudo contraste entre la acción de Dios y la de los hombres. Los santurriones se quejaban porque el perfecto Hijo de Dios se humilló a sí mismo y tuvo trato con los que no tenían vergüenza de confesar que necesitaban ayuda. Las palabras de los santurriones expresaban gran indignación: “¡Este (ou|to) continúa recibiendo y sigue comiendo (el tiempo presente en el texto griego expresa una acción acostumbrada) con los pecadores! ¡Piénselo! ¡Qué horrible!” Podemos verlos mostrar su consternación.

v. 3 — *Entonces él les refirió esta parábola:*

Este versículo de verdad presenta tres parábolas — la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo perdido. Jesús considera las tres como una. Cada una de las tres parábolas enseña la misma verdad general sobre los que están perdidos y que luego son hallados. Son parábolas que serían entendidas fácilmente por pastores de ovejas, amas de casa y padres. En otras palabras, podrían ser entendidas por cualquiera. Nuestro texto omite las primeras dos parábolas y continúa con la parábola del hijo perdido.

v. 11, 12 — *También dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes.*

Las primeras dos parábolas demuestran la forma en que el pecador perdido es buscado. Esta parábola mira más detenidamente al pecador y la manera en que éste se pierde, es encontrado y es salvado. Esta ha sido llamada por muchos “la corona de todas las parábolas”. Su gran belleza reside en su simplicidad.

La aplicación de esta parábola se hace patente desde el principio. El hijo menor representa a los cobradores de impuestos y a los “pecadores”. El hijo mayor, a quien se refiere más tarde, representa a los fariseos y escribas.

Jesús contó la historia de acuerdo con la costumbre de su tiempo. Se esperaba que el hijo mayor se quedara con la propiedad familiar y siguiera con su trabajo. El hijo menor podía esperar justamente una parte de la herencia pero no era costumbre recibirla o pedirla antes de la muerte del padre.

En esto vemos en la petición del hijo menor un deseo de “libertad”, un deseo de apartarse y llevar su vida de la manera que él quisiera. Este cuadro de voluntad propia, falta de experiencia y falta de control propio es de verdad una buena descripción de la vida tal como la encontramos en el mundo de hoy.

El padre concedió la petición — tal como Dios da sus dádivas de vida, salud y riquezas hasta a los malvados y desobedientes.

v. 13-16 — *No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdió sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos.*

Los hechos simples de la historia tal como es contada por Cristo hablan por sí mismos. Se tiene que agregar muy poco por vía de explicación. Sin duda la misma historia se ha repetido un sin número de veces en la experiencia humana — el vivir relajadamente, se acaba la plata, vienen los problemas. El camino del pecador es duro. Se pierde toda auto-dependencia. La vida llega a ser sólo una lucha desesperada para sobrevivir.

El hijo “se arrimó” (e*kollhvqh significa literalmente que “se pegó”) a un extranjero, aceptando la clase más baja de trabajo, la de un cuidador de chanchos, a fin de mantenerse con vida. Su deseo de alimento (e*pequvmei, el tiempo imperfecto de e*piqumevw, expresa un deseo constante que no se satisfizo) nunca cesó. Aun las cáscaras de las algarrobas, las que se usaban para alimentar a los cerdos, se obtenían difícilmente.

La parábola presenta el cuadro de uno que ha llegado al nivel más bajo de vida, casi al punto de la desesperación completa. Este es un cuadro acertado del pecador que ha abandonado a Dios, y que por lo tanto siente que ha sido abandonado por Dios y los hombres.

v. 17-19 — *Y volviendo en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.*

Aquí el texto griego dice sobre el hijo, “volviendo en sí” (eij" eJautoVn deV eJlqwn). Esta es una buena definición del comienzo de la conversión. El pecador llega al horrible entendimiento de que está enfermo espiritualmente hasta el punto de morir. Todos sus esfuerzos de encontrar una feliz y emocionante vida sin Dios lo han llevado al lado del precipicio. La paga del pecado es la muerte. Al entender esto su tiempo de “locura” ya termina. Se vuelve en sí sabiendo que sin Dios él no es nada. El Espíritu Santo ha iluminado su entendimiento.

Las palabras del hijo que siguen después son una hermosa y conmovedora confesión del verdadero arrepentimiento. No ofreció ningún pretexto. En tristeza profunda simplemente dijo: “He pecado”. Este pecado se ha cometido primeramente contra el Dios del cielo. El hijo entendió esto. También ha pecado contra su padre en este mundo al

traerle desgracia y dolor del corazón. El confesó que ni siquiera podía atreverse a llamarse hijo. Se puso completamente a la disposición de la misericordia del padre, sin mérito alguno. ¡Qué confesión tan honesta! Seguía aferrado por la fe a la esperanza de que un padre misericordioso no lo rechazaría. Habiendo resuelto esto, la batalla estaba ganada, la acción positiva siguió.

v. 20 — *Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó.*

El padre había esperado y deseado el regreso del hijo. No obligó a su hijo a quedarse en casa. Tampoco le obligó a su hijo a regresar. Pero cuando regresaba el hijo y todavía estaba lejos, su padre lo vio y corrió a su encuentro. El padre no le guardaba ningún rencor. No iba a obligar a su hijo a pagar todo el dolor y angustia que había causado. Simplemente le perdonó de corazón a base de su gran compasión (ejsplagcnivsqh de splagcnivzomai que significa sentir piedad de lo más íntimo del ser), y le dio a su hijo un beso de bienvenida (katefivlhsen de katafilevw) aun antes que su hijo dijo ninguna palabra.

¡Qué cuadro tan maravilloso, cuadro del amor de Dios tal como se proclama en el evangelio! El amor de Dios siempre se extiende en misericordia al pecador.

v. 21 — *Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.*

La intención del hijo, expresada ya en los versículos 18 y 19, ahora resultó en la confesión misma. Todas las palabras que el hijo tenía la intención de decir, no las dijo. El padre interrumpió aún antes que el hijo acabara de hablar.

v. 22-24 — *Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.*

Las acciones del padre eran el resultado de su misericordia y bondad. Le dio todo a un hijo que no merecía nada.

Nuestra mente nos dice que esto no es justo. Sin embargo Dios es Dios. No trata con nosotros conforme a nuestras iniquidades (Salmo 130:3,4). Su acto de absolución, pintado tan hermosamente en estos versículos, va más allá que cualquier cosa que podíamos esperar. Nos viste de la justicia de Cristo (Gálatas 3:27; Isaías 61:10). Nos da el anillo del hijo verdadero (Gálatas 3:26; 1 Juan 3:1; Romanos 8:15). Prepara una fiesta de regocijo (Salmos 23:5). ¿Por qué? Lo que estaba muerto ha sido vivificado (Efesios 2:1; 1 Juan 3:14). Lo que estaba perdido es encontrado (1 Pedro 2:25). La conversión trae gozo al pecador, a nuestro Padre celestial y a los ángeles del cielo.

v. 25-32 — *Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberlo recibido bueno y sano. Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino éste tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho matar para él el becerro más gordo. El entonces, le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.*

Esta es la historia de otro hijo “perdido”, perdido aun dentro de la casa de su padre, perdido a causa de su concepto erróneo sobre su propia justicia. El era un santurrón. Se ve esto de varias maneras.

Estaba ocupado en sus quehaceres mientras tuvo lugar la celebración por su hermano perdido. (Los santurrones normalmente están ocupados haciendo una u otra cosa.) De inmediato él quería saber lo que estaba sucediendo cuando él regresó. Se enojó, parece, porque hubo una celebración que tuvo lugar sin su conocimiento y mientras que él estaba trabajando duro. Habiendo escuchado sobre el regreso de su hermano, se resintió. Rehusó tener algo que ver con la celebración por el regreso de su hermano que era un perdido, el que por medio de sus acciones mereció ser expulsado completamente de la familia.

Inclusive la súplica de su padre amoroso no logró nada. Este hizo que este hermano mayor se enojara aun más, y en su enojo le habló a su padre. Se jactó sobre su propio trabajo duro. Le acusó a su padre de actuar injustamente. Condenó a su hermano — ni siquiera lo llamó un hermano — con las palabras más severas (οἷ υἱοῦ" σου οὐ|το" - “este tu hijo”).

No es necesario mostrar cómo este cuadro se aplica exactamente a los santurrones. Siempre se jactan sobre lo mucho que hacen en comparación con lo que hacen los demás. Nunca llegan al entendimiento de que la salvación es completamente por gracia y no por mérito ni obra alguna.

Sin embargo, la ternura del Padre se extiende a este hijo también del mismo modo que el amor de Dios para todos. Todas las promesas de Dios se extienden a los santurrones tanto como a los pecadores. Todos ellos necesitan su misericordia, entiéndanlo o no. Con estas mismas palabras Jesús sigue extendiendo la mano a los fariseos, suplicándoles que abandonen su camino santurrón.

Repentinamente la parábola llega a su fin. ¿Es que el hermano mayor oye a su padre? Jesús deja sin respuesta esta pregunta. La historia de los judíos demuestra que la mayoría de los fariseos se rehusaron a escuchar la súplica de Jesús. Lo que es más importante es la respuesta que se da a la pregunta: “¿Y qué de nosotros?”

Sugerencias Homiléticas

El texto del domingo anterior enfatizó la necesidad absoluta de arrepentimiento (Lucas 13:1-9). El texto de este domingo presenta un cuadro hermoso sobre lo que es el verdadero arrepentimiento y cómo el amor de Dios se extiende al pecador penitente.

Este texto contiene un consuelo maravilloso del evangelio para todos, especialmente para los que tal vez piensen que sus pecados son demasiado grandes para que Dios los perdone. Externamente el hijo perdido es la peor clase de pecador. Sin embargo su padre corre a su encuentro y le perdona. El derrama sobre su hijo arrepentido bendiciones inmerecidas. Deja que la gente sepa que ésta es la clase de Dios que Jesús les revela.

Al predicar sobre este texto tenemos que enfatizar que este cuadro del hijo perdido no es simplemente una descripción exagerada de la peor clase de pecador. Es un cuadro correcto de lo que somos todos nosotros sin Cristo. Es una presentación correcta de la naturaleza pecaminosa que sigue morando dentro de cada ser humano.

También tenemos que hacernos recordar a nosotros mismos tanto como a los oyentes el error de pensar que la decisión de regresar a Dios depende de nosotros, tal como si nosotros por nuestro propio poder o fuerza pudiéramos hacer esta decisión de arrepentirnos. Es sólo por el poder del Espíritu Santo obrando a través del evangelio que nuestra vida pecaminosa puede dirigirse a nuestro Padre celestial.

Debemos evitar dar la impresión que los pecados del hijo pródigo no tenían ninguna importancia ante el padre. Sí tenían importancia; todos tenían que ser cancelados. Aunque la parábola misma no se refiere a este pago que fue hecho cuando Cristo sufrió y murió en la cruz, tenemos que acordarnos de él cuando presentamos un cuadro completo del amor perdonador de Dios. Dios puede perdonar cada pecado porque ya ha sido pagado por completo. Esta estación de Cuaresma debe recordarnos especialmente la grandeza de Dios, que en su amor no escatimó a su Hijo unigénito, sino que lo entregó por todos nosotros.

Ya que esta parábola enfatiza la salvación del pecador perdido principalmente desde el punto de vista del pecador mismo, que está perdido a causa de su desobediencia voluntaria, que luego entiende su condición perdida, se arrepiente, regresa a los brazos de un Padre amoroso; y también desde el punto de vista de Dios mismo cuya misericordia siempre se extiende al pecador, no importa que no lo merezca, sugerimos esta manera de tratar el texto:

El Camino Seguro por el que el Pecador Llega a Dios

1. El pecador entiende su condición perdida (v. 11-16, 20)
2. El pecador confía en el amor del Padre que espera (v. 20-24)

o

La Búsqueda de la Felicidad

1. Algunos tratan de encontrarla al escaparse de Dios (v. 11-16)
2. Algunos sí la encuentran al regresar en tristeza a Dios (v. 17-22)

Las siguientes sugerencias se ofrecen para poder incluir el cuadro del hermano mayor:

Los varios deseos del corazón

1. El corazón del hijo menor desea el placer.
2. El deseo del hermano mayor sea un pago.
3. El corazón del padre desea perdonar.

o

Miren el amor del Padre

1. Por el hijo menor que se fue de casa.
2. Por el hijo que se quedó en casa.

Otra sugerencia:

La Conversión trae gozo

1. Al pecador
2. Al Padre
3. A los ángeles en el cielo

Recordamos haber escuchado un sermón expositivo sobre este texto en el que el predicador simplemente presentó la historia dramática tal como fue relatada por Cristo. El agregó breves explicaciones al paso de los versículos. Normalmente no recomendamos que se emplee este tipo de prédica a menos que el predicador sea un experto. Sin embargo parece que este texto se presta más fácilmente a este tipo de sermón.

El Quinto Domingo de Cuaresma

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Isaías 43:16-21

Epístola: Filipenses 3:8-14

Evangelio: Lucas 20:9-19

El Año Eclesiástico

En conformidad con una costumbre de la iglesia, este domingo se llamaba “El Domingo de la Pasión”. Con este domingo se comenzó un tiempo especial para recordar la pasión y muerte de Cristo. Esto se refleja en el Evangelio para el domingo de la pasión que nos muestra cómo iba en aumento el odio contra Cristo.

En la lección del Antiguo Testamento *Isaías* habla al pueblo escogido de Dios, Israel. Isaías le hace recordar al pueblo cómo Dios lo salvó del ejército del Faraón. Dios también los rescataría en el futuro cuando los llevaría de regreso a su hogar desde su cautividad en Babilonia. Babilonia se emplea frecuentemente como un cuadro del cautiverio del pecado en que todos los hombres se encuentran por naturaleza. Dios guiará a sus elegidos de este cautiverio al Jerusalén celestial.

En *Filipenses* Pablo mira hacia su meta eterna en el cielo. Esta herencia se le ha dado a través de la justicia que viene de Dios y la que él ha recibido por medio de la fe. El llegar a esta meta se le ha asegurado por medio de la resurrección de Cristo de entre los muertos.

El *Evangelio* nos lleva aun más cerca al sufrimiento y la muerte de Cristo. Jesús relata la parábola sobre los inquilinos de la viña, la que es seguida por la profecía del salmista sobre Cristo como la piedra. Él habla estas palabras durante la última semana de su ministerio aquí en la tierra. Él profetiza claramente su rechazo, su muerte y su victoria final como “la piedra que desecharon los edificadores”, la que “ha venido a ser cabeza del ángulo” que desmenuzará a sus enemigos. Esta parábola hizo que los enemigos de Jesús se enojaran tanto que ellos “procuraban... echarle mano en aquella hora.”

El Texto — Lucas 20:9-19

Las palabras de Jesús que se encuentran en nuestro texto fueron habladas el día martes de la última semana que nuestro Señor pasó en Jerusalén antes de su muerte (véase Mateo

21:17, 18, 23, 33-45) Muchos de los líderes judíos estaban presentes (véase Lucas 20:1). Jesús estaba enseñando en el templo. Sus enemigos cuestionaron sus derechos de enseñar y predicar allí al preguntarle con qué autoridad hacía esto. Jesús rehusó contestar su pregunta porque ellos no contestaron su pregunta sobre la autoridad del bautismo de Juan (Lucas 20:3-8). Antes que los enemigos de Cristo pudieran salir, él contó la parábola de nuestro texto.

v. 9 — *Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores, y se ausentó por mucho tiempo.*

No sólo estuvieron presentes los líderes judíos para oír lo que Jesús tenía que decir, sino muchos del pueblo también (proV" toVn laovn está en una posición enfática en la oración). Entre esta gente se encontraban judíos que habían venido de otros países para celebrar la Pascua.

El cuadro de la viña era familiar. La mayoría conocía donde se cultivaban uvas y posiblemente hasta habían trabajado en una. El dueño de la viña era paciente y justo. Había esperado largo tiempo para que la viña madurara y produjera fruto. No era injusto ni irrazonable en su trato con los labradores que trabajaban para él en la viña. Su pago iba a ser una parte de la cosecha.

v. 10-12 — *Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviar otro siervo; mas ellos a éste, golpeado y afrentado, lo enviaron con las manos vacías. Volvió a enviar a un tercer siervo; mas ellos también a éste echaron fuera, herido.*

El dueño pedía una porción de la cosecha. Este fue el acuerdo que se había hecho con los labradores. Pero los labradores trataron con los representantes del dueño de una manera muy vergonzosa. No solamente se rehusaron a entregar una parte de lo que habían producido tal como se había pactado, sino también abusaron de los hombres que simplemente estaban haciendo lo que el dueño les había mandado. Las palabras griegas que hablan de este trato describen especialmente cuan crueles eran sus acciones (deivrange" de devrw que significa "sacar la piel"; traumativsante" de traumativzw que significa "herir severamente"). El hecho de que esta acción se repitiera varias veces demuestra la gran paciencia del dueño tanto como la maldad de los labradores.

No era difícil que los que oían a Cristo se dieran cuenta de la dirección que estaba tomando esta parábola en cuanto a su aplicación. El pueblo de Israel era la propia viña del Señor (Véase Isaías 5:7). A pesar de la paciencia de Dios al tratar con su pueblo, ellos permanecían rebeldes. Habían abusado de sus dádivas. Trataron de una manera vergonzosa con los profetas que habían sido enviados por Dios (Véase Mateo 23:34; Hechos 7:52).

v. 13 — *Entonces el Señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto.*

El dueño ya había mostrado extraordinario dominio al enviar a un siervo tras otro a esta gente malvada. Ahora su trato fue aun más extraordinario. Ningún padre humano que ama a su hijo mucho (ajgaphtovn) lo mandaría a gente que ya ha demostrado ser muy cruel. ¿Sería el caso que un padre querría arriesgarse de esta manera? ¿Diría él, “Quizás (i[sw]) tendrán respeto por mi hijo”? No, pero ésta era la única posibilidad que quedaba.

Los líderes judíos estaban bien conscientes de lo que esto implicaba. Bien sabían que Jesús solamente podía estar pensando en Dios, su Padre, y que Jesús se refería a sí mismo cuando se refería a un “hijo”. Con frecuencia Jesús se había referido a sí mismo como el único Hijo de Dios (Véase Juan 3:16; Lucas 10:22).

v. 14-16 — *Mas los labradores, al verlo, discutían entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra, y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre!*

¿Cómo es posible que alguien fuera tan necio que pensara que podía cometer tal crimen y escaparse? Esta es una pregunta que nos hacemos nosotros. ¿Podría ser que estos labradores realmente supusieran que el dueño no les haría nada? Ellos habían maltratado a los siervos del dueño de una manera muy vergonzosa, luego habían ido más lejos al matar al hijo y “heredero” (klhronovmo) del dueño.

Jesús estaba parado ante aquéllos que estaban tramando hacer la misma cosa (véase Juan 11:47-53). No habría podido darles a sus enemigos una advertencia más fuerte. Sin embargo, la incredulidad ciega de estos líderes judíos los llevó a tratar de cometer este mismo crimen contra Jesús.

Esto es la verdad en el caso de cada pecador impenitente que se rehusa a escuchar a los siervos de Dios. El es culpable de la muerte del propio Hijo de Dios, a causa de sus pecados. Sin embargo, de alguna manera se imagina que pueda escaparse del justo castigo de Dios. “¡De ninguna manera!” dice Jesús. Los labradores serán castigados. La viña se les dará a otros.

A la gente le afectó mucho, “¡Dios nos libre!” gritaron. (Esta es la forma más enfática de decir en griego que uno espera que algo nunca pase — MhV gevnoito.) Si los líderes judíos se unieron a esta exclamación en una forma hipócrita o no, no sabemos. En este momento, sin embargo, la gente no se daba cuenta de que sus líderes estaban tramando la muerte de Jesús en ese mismo momento.

v. 17, 18 — *Pero él, mirándoles, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo? Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará.*

Jesús ahora miró de frente a sus enemigos y les pidió que explicaran el significado del Salmo 118:22. Este Salmo era familiar y era cantado por los judíos en ocasiones gozosas tales como la dedicación a Dios de un edificio. Jesús se aplicó este salmo a sí mismo. El es “la piedra que desecharon los edificadores.” La palabra “desechar” (א*podokimavzw) significa desechar algo después que ha fallado en ser aprobado. Jesús falló porque no cuadró con el concepto que sobre el Mesías tenían en mente los maestros incrédulos de la ley y los principales sacerdotes. Lo rechazaron.

Pero Jesús “ha venido a ser cabeza del ángulo,” o la piedra principal. Esta fue la primera piedra que se ponía en un nuevo edificio. Las demás piedras eran puestas en línea con ésta. Si la piedra angular estaba fallada, así sería también todo el edificio. Si estaba fuerte y bien puesta, la estructura de todo el edificio sería sólida. Así Jesús, rechazado por los líderes judíos, llegó a ser aquél que establecería la verdadera línea de la iglesia del nuevo pacto.

Al mismo tiempo, esta misma piedra quebrantaría a aquéllos que la rechazaran y los desmenuzará al polvo. Esto se refiere a Cristo como el último juez. Su juicio sería el más severo. Isaías 8:14 se refiere al uso de una piedra como un instrumento de destrucción cuando profetiza que el Mesías sería “piedra para tropezar, y tropezadero para caer”.

v. 19 — *Procuraban los principales sacerdotes y los escribas echarle mano en aquella hora, porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola; pero temieron al pueblo.*

Los maestros de la ley y los principales sacerdotes mostraron mediante sus actos que ellos sabían que Jesús hablaba contra ellos. Querían arrestar a Jesús en este momento. Jesús profetizó correctamente. Habían perseguido a los siervos de Dios, los profetas. Ahora estaban para matar a su Hijo.

Sugerencias Homiléticas

Este texto para el Domingo de la Pasión se ha escogido a causa de su significado para la Cuaresma. Si pasamos por alto este hecho y predicamos sobre este texto sin referirnos al tiempo en que Jesús habló estas palabras y para quién fueron habladas, perderemos el efecto que esta situación puede tener para nuestros oyentes.

Jesús habló las palabras que se encuentran en nuestro texto en el Martes de la Semana Santa. El las habló en la presencia de todos los que querían escucharlo y las habló

directamente a los que estaban tramando su muerte. Mientras Jesús estaba enseñando a la gente, sus enemigos le interrumpieron y cuestionaron su autoridad de enseñar. Jesús siguió enseñando. Pero lo principal de sus palabras fue dirigido a los principales sacerdotes y los ancianos. Este fue uno de los últimos esfuerzos de Jesús de advertirles y mostrarles tres cosas: la paciencia que Dios tiene pese a la desobediencia del hombre, la pecaminosidad de rechazarlo como el Mesías, y el horrible juicio que caería sobre aquéllos que fallaran en prestar atención a su advertencia.

Así no debe ser muy difícil usar este texto como una prédica de ley y juicio sobre todos los que rechazan al Hijo de Dios y la palabra hablada por sus siervos. Aun en su camino a la cruz Jesús les advirtió a sus enemigos. Fallaron al no escucharlo. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). ¿Es posible que esta misma cosa esté sucediendo hoy aun durante estas horas solemnes de una nueva Semana Santa? A veces parece que los que gritan más fuertemente, que los que son el mismo pueblo de Dios, corren el más grande peligro de rechazar al único en quien tenemos la esperanza de presentarnos ante Dios.

¿Pero dónde está el evangelio en este texto? Está allí. Véalo en la paciencia de Dios tal como se dibuja en el carácter del dueño de la viña. Repetidas veces el dueño envió a sus siervos para que recibieran un trato vergonzoso. Véalo en el amor de Dios tal como se ve en el dueño que envía a su propio hijo. Este es un amor que nos asombra. Va más allá de los límites que nosotros los seres humanos ponemos. Véalo en el Hijo tal como es dibujado en el heredero que fue echado de la viña y muerto. Esto de verdad nos recuerda de aquél que fue muerto en el calvario fuera de la ciudad de Jerusalén (Juan 19:17; Hebreos 12:2).

Sí, hay un elemento de esperanza también en el cuadro de Jesús como la piedra que los edificadores rechazaron y que quebrantará a aquéllos sobre los que cae. ¿No es el caso que esta misma piedra llegó a ser la piedra principal de la iglesia del Nuevo Testamento? La esperanza eterna de esta iglesia es proclamar las otras lecciones de las Escrituras señaladas para hoy.

Sugerimos entonces como tema la misma reacción tal como fue expresada por los que escucharon las palabras de Cristo por primera vez:

¡Dios nos libre!

1. De menospreciar la palabra de Dios (v. 9-12)
2. De rechazar el amor de Dios (v. 13-15)
3. De ser quebrantado por el juicio de Dios (v. 17, 18)

Los mismos pensamientos pueden ser expresados de la siguiente manera:

La exhortación urgente del Señor

1. Que no menospreciemos su palabra
2. Que no rechacemos su amor

3. Que no seamos quebrantados por su juicio.

Otra manera de acercarnos al texto es el bosquejo:

Dios viene a nosotros

1. Por medio de sus siervos
2. Por medio de su Hijo
3. En su juicio final

O también se puede interpretar la viña como un cuadro del reino de Dios.

La viña de Dios

1. Es ofrecida libremente a todos
2. Es quitada de aquéllos que la rechazan
3. Es guardada por los que siguen la guía de Dios

El Domingo de Ramos

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Deuteronomio 31:36-39

Epístola: Filipenses 2:5-11

Evangelio: Lucas 19:28-40

El Año Eclesiástico

En la lección del *Antiguo Testamento* el Señor de los señores y el Rey de reyes habla palabras de advertencia a esa gente que ha buscado ayuda de otros dioses. El verdadero Dios de Israel es el único que puede ayudar o dañar, herir o sanar, matar o dar vida. Unicamente él tiene el poder de rescatar a aquéllos que están en problemas.

En la *Epístola* para el Domingo de Ramos Pablo alaba al Señor Jesús que se humilló a sí mismo hasta el punto de morir en la cruz y que fue exaltado nuevamente como el Rey sobre todo. Viene el día en que todos reconocerán el señorío de Cristo.

El *Evangelio* del Domingo de Ramos pone ante nosotros el relato familiar sobre la entrada de Cristo a Jerusalén. El domingo antes de su muerte sus seguidores aclaman como el Rey y Señor a aquél que estaba montado sobre una humilde bestia de carga.

Tradicionalmente los candidatos para el bautismo y la confirmación son recibidos en la iglesia en este día, día que recibió su nombre del hecho de que los seguidores de Jesús tendían ramas de palmeras en su camino cuando él entraba en Jerusalén. La entrada humilde de Cristo en esta ciudad reflejaba su vida de humildad y prefiguró su muerte. Las alabanzas que se cantaban eran un anticipo de su victoria. Ambos la humildad de Cristo y la gloria de Cristo son elementos esenciales del Domingo de Ramos. Ambas son presentadas de una manera hermosa por Pablo en la Epístola de hoy.

La cruz lleva a la corona — un recordatorio apropiado para aquéllos que en este día prometen ser fieles a Cristo (Apocalipsis 2:10).

El Texto — Lucas 19:28-40

El versículo 11 de este capítulo da el trasfondo de este texto para el Domingo de Ramos. Comenzando con este versículo Jesús relata la parábola de los diez talentos en la que él habla sobre un hombre que va a un país lejano a fin de ser designado rey. Antes que se

vaya, le da plata a su siervo para que la ponga a trabajar. Cuando el hombre regresa ya coronado como rey, él premia a los que han empleado bien la plata que habían recibido. Pero él castiga con la muerte a aquéllos que se rehusan a aceptar su señorío.

En el Domingo de Ramos Jesús entró en la ciudad de Jerusalén por última vez antes de su muerte. Vino como un rey. Algunos lo aclamaron con entusiasmo como rey. Otros estaban tramando su muerte.

v. 28 — *Dicho esto, iba adelante subiendo a Jerusalén.*

Lucas conecta la entrada de Cristo en Jerusalén con la parábola. Mateo (21:1-11) y Marcos (11:1-11) presentan esta historia también. Se nos dice, sin embargo, que antes de entrar Jesús en Jerusalén, él descansó en Betania durante el sábado (el día de reposo), y participó en un banquete que le fue preparado por sus amigos de Betania en la noche del sábado antes de su entrada.

v. 29-34 — *Y aconteció que llegando de Betfagé y de Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciendo: Id a la aldea de enfrente; y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo, y traedlo. Y si alguien os preguntare: ¿Por qué lo desatáis? le responderéis así: Porque el Señor lo necesita. Fueron los que habían sido enviados, y hallaron como les dijo. Y cuando desataban el pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? Ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita.*

El relato de Mateo menciona que los discípulos también trajeron la madre del pollino. Marcos y Lucas mencionan solamente el pollino, la cría de una asna. Aquí tenemos otra ilustración de que la inspiración verbal no significa necesariamente que todos los autores reportaron todos los detalles de un acontecimiento. Si entendemos esto la variación entre los diversos relatos no presenta ningún problema.

Hay varias cosas aquí que valen la pena mencionar. Normalmente ningún extraño se sentaba sobre un burro que no había sido amaestrado especialmente, y ese animal debía pasar por una multitud de gente que estaba gritando. Jesús como el Rey de la creación pudo hacer esto sin ninguna dificultad.

Además, por regla general los siervos y los pobres montaban burro, pero los reyes no lo hacían. Jesús fue un rey diferente. El se sentó sobre una humilde bestia de carga.

Finalmente, una vez más, Jesús mostró su poder sobrenatural al decirles a sus discípulos exactamente qué sucedería. Por su parte, simplemente siguieron las instrucciones del Señor, y nadie impidió que llevaran al animal para el uso del Señor.

v. 35, 36 — *Y lo trajeron a Jesús; y habiendo echado sus mantos sobre el pollino, subieron a Jesús encima. Y a su paso tendían sus mantos por el camino.*

Al tender sus mantos sobre el pollino y sobre el camino la gente mostraba gran respeto. La vestidura exterior (iJmavtia) era muy preciosa para la gente pobre. Esas vestiduras no eran trapos (véase Deuteronomio 24:12, 13). Al propósito, Lucas omite en su relato que la gente cortaba ramas de los árboles y las tendía por el camino.

v. 37, 38 — *Cuando llegaban ya cerca del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose comenzó a alabar a Dios a grandes voces, por todas las maravillas que habían visto, diciendo: ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas!*

Al acercarse la procesión, “toda la multitud de los discípulos” comenzó a alabar a Dios. Estos no eran únicamente los doce. Un “discípulo” (maqthv) es cualquiera que aprenda o siga la enseñanza de otro. Esta multitud vino de todas partes del país. Incluidos entre ellos había muchos peregrinos de otros países. Todos unieron su voz en este cántico triunfante de alabanza.

La gente alabó a Jesús por sus milagros (periV dunavmewn). Muchos habían visto personalmente estos milagros. La resurrección de Lázaro era un tema de interés especial entre todos (véase Juan 12:17, 18). El propósito de los milagros de Jesús era despertar y fortalecer la fe en él como el Mesías, el Hijo de Dios (Juan 20:30, 31).

Los tres evangelistas citaron de la alabanza que la multitud cantó a Jesús. Cada evangelista escogió las palabras de este canto que eran de especial interés para él. El propósito principal de este canto de alabanza, como lo enfatizan los evangelistas, era el de alabar a Dios por haber mandado al Rey el Mesías. Jesús aceptó esta alabanza. Toda su manera de actuar, sin embargo, demostró que su propósito no era político. No actuó como alguien habría actuado si hubiera venido como un rey terrenal.

Su venida — tal como informa el relato de Lucas sobre el canto de alabanza — servía para mostrar que había “paz en el cielo” (ejn oujranw/ eijrhvnh) y “gloria en las alturas” (dovxa ejn uJyivstoi). Esta fue una paz celestial proclamada a través de la venida del Rey de paz. Se nos recuerdan los ángeles que glorificaban a Dios cuando Jesús nació en Belén (véase Lucas 2:13, 14).

v. 39, 40 — *Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. El, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían.*

Los fariseos que parecían estar presentes en todo momento en todo lugar consideraban que esta alabanza de la multitud era blasfemia. Se dirigían a Jesús como si él fuera un “maestro” (didavskale) ordinario para que pusiera fin a estas tonterías. La respuesta de Jesús era corta y muy directa. Si la gente guardaba silencio, hasta las piedras “clamarían” (kravzousin quiere decir literalmente “hacer ruidos agudos”).

Sugerencias Homiléticas

Hay varios pensamientos en este texto que son prominentes, pero el principal es el señorío de Cristo. Él entra a Jerusalén como un rey. Y él es alabado como un rey.

Sin embargo hay algo único sobre este Rey. Él monta sobre una humilde bestia de carga. No son armamentos de guerra, sino ramas de palmeras que se emplean al recibirlo. Los milagros por los cuales recibe alabanza han demostrado su poder divino, y sin embargo no se ha usado ninguna parte de su poder para establecer señorío y gobierno terrenales.

La multitud sintió esto en su himno de alabanza. Este Rey viene en el nombre del Señor. Él viene con autoridad divina. Su venida significa paz en el cielo y trae gloria a Dios en las alturas.

El mismo contraste se ve en el nacimiento de este Rey. Él vino como un bebé, nacido de una madre virgen, y fue puesto en un pesebre cuna. Sin embargo la gloria angelical llenó los cielos cuando el nacimiento de este Rey de reyes era anunciado a los pastores.

Este de verdad claramente era el Rey Salvador. Unos días más tarde este mismo Rey se presentó ante Poncio Pilato. Los cargos contra él fueron que él había reclamado ser un rey. No negó este cargo. Sin embargo él testificó que su reino no era de este mundo, y que todos los que estaban “al lado de la verdad” eran sus súbditos. Cuando Pilato entregó a Jesús a ser crucificado, insistió en la superscripción, “Jesús de Nazaret, el rey de los judíos.”

La humildad tanto como la majestad de este Rey salvador, dibujada tan hermosamente en todo este texto, se explica de una manera sobresaliente en la Epístola para el Domingo de Ramos. Esta habla de aquél que se humilló a sí mismo y a quien Dios ha exaltado grandemente, de modo que cada rodilla se doble ante él. Todo esto debe motivarnos, tal como fue el caso con los que lo vieron en el primer Domingo de Ramos, a:

Canta alabanzas a su Salvador Rey

1. Cuando él viene en humildad
2. Cuando él viene en majestad
3. Cuando él viene a traer paz con Dios

El canto de la multitud también puede guiar nuestros pensamientos sobre este texto:

Bendito el que viene en el nombre del Señor

1. El viene como Rey de paz
2. El viene para glorificar a Dios

Otra sugerencia es:

Nuestro Salvador Rey cabalga en Jerusalén

1. El cabalga a la muerte
(Aquí se enfatiza la humildad de su venida)
2. El cabalga a conquistar a sus enemigos
(Aquí se enfatiza el hecho de que él acepta alabanzas que se le deben como el Mesías)

Jueves Santo

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Jeremías 31:31-34

Epístola: Hebreos 10:15-39

Evangelio: Lucas 22:7-20

El Año Eclesiástico

Algunos se refieren al Jueves Santo como “el día del mandamiento” (*dies mandati*). Estas palabras latinas se refieren al nuevo pacto que Jesús selló en este día al instituir la Cena del Señor.

La lección del Antiguo Testamento de *Jeremías* profetiza los días cuando Dios hará un “nuevo pacto” con su pueblo redimido.

La epístola de *Hebreos* cita esta pasaje de Jeremías. Habla del cumplimiento de esta profecía sobre un “nuevo pacto” y dice que este cumplimiento tiene lugar por medio de la obra de Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote que derramó su sangre por nosotros y de esta manera nos dio acceso directo al trono de la gracia de Dios.

Lucas informa sobre los acontecimientos de este primer Jueves Santo cuando Cristo celebró la Pascua con sus discípulos por última vez e instituyó el Sacramento de la Santa Comunión. Las palabras con las que el Señor instituyó el Sacramento, “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre,” son muy significantes. En la Cena del Señor tenemos el sello puesto por Dios mismo en su pacto del perdón por medio de la sangre de Cristo.

El Texto — Lucas 22:7-20

En los primeros versículos de este capítulo, Lucas nos prepara para este acontecimiento importante que se describe en nuestro texto. La Pascua, también llamada la fiesta del pan sin levadura, ya está cerca. Al principio estas dos fiestas, el día de la Pascua y la fiesta del pan sin levadura, una fiesta que duraba una semana, estaban separadas. El día de la Pascua precedió la semana de la fiesta de pan sin levadura. Pero ya que la Pascua sólo se podía celebrar en Jerusalén, los dos se consideraban una celebración que tenía lugar sobre un período de ocho días. Peregrinos de muchos países iban a Jerusalén a celebrar esta ocasión. Jesús también fue con sus discípulos.

Los enemigos de Cristo estaban preocupados sobre lo que haría Jesús, el que reclamaba ser el Mesías. ¿Declararía frente a todo el pueblo ser su líder? ¿Trataría de derrocar a los sumos sacerdotes que se oponían a él? En ese momento crítico Judas se ofreció a los líderes judíos como un traidor. Los enemigos de Cristo aprovecharon esta oportunidad inesperada para capturar a Jesús. El Señor, sin embargo, siguió calmadamente sus preparaciones para celebrar la Pascua con sus discípulos.

v. 7-13 — *Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la Pascua. Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id, preparadnos la Pascua para que la comamos. Ellos le dijeron: ¿Dónde quieres que la preparemos? El les dijo: He aquí, al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entrare, y decid al padre de familia de esa casa: El maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos? Entonces él les mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad allí. Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la Pascua.*

Según la costumbre, el cordero de la Pascua fue muerto en el patio del templo durante el día y luego preparado para la comida en la noche. El relato de Lucas tiene más detalle que los relatos paralelos (Mateo 26:17-19; Marcos 14:12-16). Ya que él escribía a los cristianos gentiles, explicaba las costumbres judías con más cuidado. Tal como lo hizo en el Domingo de Ramos cuando entró en Jerusalén, Jesús mostró un conocimiento sobrenatural sobre lo que Pedro y Juan encontrarían para hacer las preparaciones necesarias. Hizo esto para fortalecer la fe de los discípulos.

Vale la pena notar que esta noche fue ideal para los propósitos malvados de los enemigos de Jesús mientras tramaban con Judas. Jesús estaría solo con sus discípulos. La mayoría de las familias peregrinas que estaban en Jerusalén estarían en su propia reunión privada. Era una noche cuando la gente iba a estar en casa y sola.

v. 14-18 — *Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga.*

Esta porción del texto se refiere a que Jesús celebró la Pascua con sus discípulos. Las preparaciones (tales como cumplir la ceremonia relacionada con el cordero del sacrificio, el obtener el pan sin levadura, la salsa conocida como “*charoseth*”, el vino, los utensilios, etc., fueron completadas por Pedro y Juan. Jesús y los doce entonces se reclinaron en la mesa según la costumbre de ese día. Juan registra el incidente cuando Jesús lavó los pies de sus discípulos (13:1-17). Mateo, Marcos y Juan también mencionan que Cristo predijo que sería traicionado por Judas (Mateo 26:20-25; Marcos 14:17-21; Juan 13:18-28).

Jesús expresó su fuerte deseo (literalmente “con un deseo he deseado” — jEpiqumiva/ejpequvmhsa) comer la comida de la Pascua con sus discípulos antes de su sufrimiento,

así advirtiéndoles de antemano, una vez más, sobre lo que estaba para sucederle. Con la palabra “sufrir” (paqei'n) Cristo se refería a un sufrimiento que terminaría en su muerte (véase Lucas 9:22). Luego afirmó que la próxima comida pascual sería una celebración del cumplimiento de la Pascua en el cielo. La comida de la Pascua celebrada por los judíos para traer a la memoria su rescate de la esclavitud en Egipto, era un cuadro de la eterna celebración de gozo en el cielo donde Dios les daría de comer a sus hijos el maná celestial para siempre (véase Juan 3:58; Salmo 36:8; Apocalipsis 19:9).

En una parte de la ceremonia relacionada con la comida, una copa llena de vino fue pasada del anfitrión a los invitados (v.17). Jesús celebró la ceremonia de la Pascua tal como fue observada entre los judíos en ese tiempo. Jesús se refirió a esta participación en el “fruto de la vid” (ajpoV tou' genhvματο" th" ajmpevlou) como su última celebración pascual mientras estaba en la tierra. “Fruto de la vid,” tal como el Dr. Lenski indica, es “el hermoso término litúrgico para el vino que se usaba en el ritual de la Pascua.” Afirmar que “fruto de la vid” significa jugo de uva es contrario a los hechos de la comida pascual. También se puede afirmar que era una imposibilidad que en la Palestina del tiempo de Cristo hubiera jugo de uva en abril cuando esta celebración tuvo lugar, ya que la fermentación del jugo de uva hubiera tenido lugar mucho antes de ese tiempo.

v. 19, 20 — *Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.*

Después de cerrar la cena de la Pascua, Jesús luego instituyó su nueva y maravillosa cena del “nuevo pacto,” en la cual se ofrecía el fruto glorioso de su sufrimiento y muerte a todos sus discípulos. Jesús tomó el pan que quedaba en la mesa, el pan sin levadura de la cena pascual. Luego lo consagró dando las gracias, es decir, apartó el pan para su uso especial en el sacramento. De la palabra griega por “dar gracias” (eujcaristhvsα", participio aoristo de eujcaristevw) derivamos la palabra eucaristía, un nombre que a veces se da a la Santa Cena para indicar que es una cena de acciones de gracias. Luego Jesús dijo: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado” (Tou'tov ejstin toV sw'mav mou toV uJpeVr uJmw'n didovmenon). Ya se ha escrito suficiente sobre la importancia de la palabra “es” en la institución de Cristo. Esta palabra provee la base para nuestra doctrina de la presencia real del cuerpo de Cristo bajo el pan terrenal. Lo mismo es el caso, por supuesto, con la presencia real de la sangre de Cristo bajo el vino. El texto griego inspirado es claro y no permite otra interpretación. Escribe Kretzmann: “Tomamos nuestra razón cautiva bajo la obediencia de Cristo y no torturamos nuestros cerebros con la dificultad, sino más bien damos gracias al Señor por la bendición de este sacramento, del cual obtenemos siempre nuevamente la seguridad del perdón de los pecados” (*Popular Commentary, N. T. Tomo 1, p. 285*).

El pronombre demostrativo griego para la palabra “esto” es neutro (Tou'to). Por tanto no puede referirse solamente a la palabra “pan,” que es masculino (α{rto"). “Esto”, luego, es

“esta cosa que ahora les doy,” el pan que ha sido consagrado por la bendición. Lutero dice: “Ya no es solamente pan del horno, sino pan de carne, o pan de cuerpo, es decir, el pan que es hecho sacramentalmente uno con el cuerpo de Cristo.”

Lucas agrega que el cuerpo que es recibido con el pan es el cuerpo de Cristo que se está “dando” (didovmenon) por los discípulos, el cuerpo dado como un sacrificio en la cruz para su redención. También informa de las palabras del mandato de Cristo: “Haced esto en memoria de mí” (tou'to poiei'te eij" thVn ejmhVn ajnavmnhsin). Estas palabras no están incluidas en las historias de Mateo y Marcos, pero también están en el informe de Pablo en 1 Corintios 11:24. Este es el mandato de Cristo mismo. “Sigan haciendo esto,” dice Jesús (imperativo presente). La iglesia cristiana desde el principio ha entendido así este mandato en su celebración repetida de este santo sacramento. Al seguir este mandato, los creyentes recuerdan a Cristo y todo lo que él ha hecho para conseguir su perdón de los pecados y su esperanza de la vida eterna.

Al dar el vino Cristo se refiere a “la copa” (toV pothvrion). La copa es usada aquí en lugar de su contenido (metonimia). El contenido de la copa es “el fruto de la vid”, o el vino de la Pascua al que ya hemos hecho referencia en el versículo 18. Al dar la copa de vino, Jesús dice: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. La palabra por “pacto” (diaqhvkx) también ha sido traducida con la palabra “testamento.” Las dos palabras pueden usarse. Tal vez la palabra “testamento” es más adecuada a la situación que “pacto.” Un testamento es un pacto o acuerdo unilateral. Viene totalmente del que lo hace y otorga como una bendición. Este es el testamento de Dios mismo para sus creyentes. Es un nuevo testamento. No está sellado por la sangre de animales como en el pacto antiguo de Dios con Israel. Está sellado con la preciosa sangre de Cristo derramada sobre la cruz como un sacrificio por los pecados del mundo. Cristo aquí claramente hace referencia a su cuerpo sacrificial, dado y derramada en la cruz, como el don del sacramento. No se refiere a su cuerpo glorificado y resucitado, como algunos quisieran interpretar esto. Así el don para ser recordado, tanto como lo que se recibe en este sacramento, es principalmente el don del perdón de los pecados, comprado y ganado en la cruz cuando Jesús entregó su cuerpo a la muerte y derramó su sangre como un sacrificio a Dios. Al asegurarnos de esta gran bendición, también sigue que somos fortalecidos en nuestra fe para vivir para aquél que se entregó por nosotros.

Sugerencias Homiléticas

Este texto ofrece una historia excelente de las dos celebraciones que ocurrieron en aquel primer Jueves Santo. No entra en el asunto de lavar los pies. Tampoco muestra cómo Jesús señaló al traidor, Judas Iscariote. Enfatiza la última ocasión de comer la cena de la Pascua y la institución de la Santa Cena. Una pertenece al Antiguo Testamento. La otra es el Nuevo Testamento. La una es un tipo o retrato de las bendiciones dadas en la otra. La primera viene de un tiempo de profecía. La otra viene de un tiempo de cumplimiento.

Un tratamiento completo de este texto debe presentar la significancia de las dos celebraciones y demostrar por vía de contraste la superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo. Aunque el texto mismo no explica el significado de la Pascua, un estudio de Exodo 12:1-36 refrescará nuestras mentes en cuanto a los puntos principales del tipo del Antiguo Testamento.

Sugerimos como un bosquejo:

Un nuevo pacto reemplaza al antiguo

1. El Cordero que fue ofrecido
(El cordero de la Pascua y el Cordero de Dios)
2. La liberación que fue prometida
(liberación de servidumbre terrenal y de servidumbre espiritual)
3. La cena que fue celebrada
(el cordero, las hierbas amargas, pan sin levadura y vino; el mismo cuerpo y la sangre del Señor bajo el pan y el vino)

Ya que existe la costumbre en la iglesia luterana celebrar la Santa Comunión el Jueves Santo con una gran asistencia de comulgantes presentándose a la mesa del Señor, uno tal vez querrá predicar un breve sermón preparatorio basado en las palabras de la institución que están en el texto, Lucas 22:19, 20:

En memoria de Cristo

1. Recuerda lo que Cristo dio
2. Recuerda lo que nosotros, luego, recibimos

Haced esto

1. Conforme a la institución de Cristo
2. Confiando en la promesa de Jesús

Viernes Santo

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 52:13 - 53:12
Epístola — Hebreos 4:14 - 5:20
Evangelio — Juan 19:17-30

El Año Eclesiástico

Apenas se puede imaginar mejores lecciones de la Escritura que las arriba mencionadas para guiar nuestros pensamientos en el día apartado como un memorial de la muerte de Cristo en la cruz.

De *Isaías* oímos aquella hermosa profecía de Cristo, el Siervo Sufriente, que fue “herido por nuestras transgresiones” y por cuya “llaga fuimos nosotros curados.”

De *Hebreos* tenemos la exhortación a meditar sobre la obra de aquél que fue tanto el perfecto sacrificio y el gran Sumo Sacerdote y así se hizo “autor de eterna salvación para todos.”

De *Juan* oímos la historia de las últimas horas de nuestro Señor en la cruz hasta el momento en que murió por los pecados del mundo. Repetimos lo que un autor anónimo ha dicho antes: “Este día no fue uno instituido por los hombres, sino fue consagrado por nuestro Señor Jesucristo cuando lo hizo el día de su santísima pasión.”

El Texto — Juan 19:17-30

Juan hace su propia selección de los eventos de la crucifixión. Algunos de los incidentes y palabras que narran los evangelios sinópticos (Mat. 27; Mar. 15; Luc. 23) no están incluidos. Sin embargo el informe de Juan presenta en detalle algunas cosas que agregan mucho a la historia de lo que sucedió en el primer Viernes Santo.

v. 17, 18 — *Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota; y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.*

Juan no menciona el alivio que Jesús recibió de parte de Simón de Cirene cuando llevaba su cruz (véase Lucas 23:26). Tampoco escribe nada acerca de las palabras de Jesús a las mujeres de Jerusalén en el camino al Gólgota (véase Lucas 23:27-31). Gólgota es una

palabra aramea que significa “el lugar de la calavera.” Ha de haber sido un cerro formado como una calavera (kranivon en griego; “Calvario” en latín).

El gran evento mismo de la crucifixión sencillamente es informado en una cláusula dependiente, que literalmente se traduce “en donde le crucificaron” (οὐπου αυτοVn ejstauvrwsan). Juan no informa de ninguno de las crueldades y los insultos de los soldados (véase Mat. 27:26-30; Mar. 15:16-20), solamente el hecho sencillo mismo. Los judíos, no los soldados, son los principales responsables. De las otras historias (véase Juan 20:25) sabemos que Jesús fue clavado en la cruz.

Había dos más que fueron crucificados con Jesús, cumpliendo la profecía de Isaías (53:12). Esto trajo mayor vergüenza a Jesús, porque él siendo inocente fue “contado con los pecadores,” sin duda dos de los criminales más despreciables que había.

v. 19-22 — *Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos; No escribas; Rey de los judíos, sino, que él dijo: Soy rey de los judíos. Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito.*

Fue común poner una inscripción sobre la cruz que daba información sobre la razón por la cual el hombre fue crucificado. La inscripción de Cristo fue colocado después que Jesús había sido clavado en la cruz. Esto cogió con sorpresa a los judíos. Querían que Pilato lo modificara para decir solamente que Jesús reclamaba este título. Pilato, sin embargo, había escuchado bastante ya sus argumentos y dejó seguir la inscripción tal como la había ordenado. Al dar a Jesús este título otra vez proclamó la inocencia de Jesús.

Algunos críticos bíblicos pretenden encontrar aquí una contradicción con lo que informa Mateo. 27:37: “Este es Jesús, el Rey de los Judíos,” Marcos 15:26 “El Rey de los Judíos,” y Lucas 23:38: “Este es el Rey de los Judíos.” Esta supuesta contradicción está basada en una idea distorsionada de lo que significa la inspiración verbal. La inspiración no es informar palabra por palabra lo que sucedió. Significa que el informe se da en las palabras enseñadas por el Espíritu Santo y que el informe es correcto. Los dogmáticos ortodoxos siempre han distinguido entre la “esencia” y la “forma” de la palabra de Dios. Con “esencia” quieren decir los pensamientos comunicados. Con “forma” quieren decir los vocablos. Aunque los cuatro informes difieren en su forma, todos comunican correctamente el pensamiento de que Jesús fue crucificado, según el anuncio de Pilato, porque era “el rey de los judíos” y por tanto como un rebelde. El significado de esta inscripción sigue siendo lo mismo, no importa cuál de los informes es usado. Jesús en verdad era “el rey de los judíos.” Era en todo sentido el Mesías prometido. Fue Dios mismo que quería que se publicara este hecho para que todo el mundo lo viera.

v. 23, 24 — *Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados.*

El informe de Juan sobre la división de la ropa de Cristo de parte de los soldados fue detallado. Sólo él menciona que la túnica (citwvvn) era sin costura. Todas las otras piezas de sus vestidos (taV iJmavtia) — el manto, las sandalias, el turbante, el cinto — fueron divididas en cuatro partes por los cuatro hombres que crucificaron a Jesús. Esta fue la costumbre en aquellos días. Pero la túnica estaba demasiado valiosa para ser incluida en una división entre cuatro. Romperla sería destruir su valor. Así los soldados decidieron echar suertes por la túnica. Exactamente cómo lo hicieron no lo sabemos. Lenski sugiere que los soldados sacaron piezas de papel de un yelmo para decidir quién ganaba. Los juegos de suerte eran un medio común de entrenamiento en esos días, así como ahora.

Lo que es importante en esta acción de los soldados es el hecho de que cumplió la profecía del Salmo 22:18. En este salmo David describe sufrimientos. Estos sufrimientos no pueden ser de él. El salmo es profético, así como Isaías 53 es profético. El salmista deja hablar al Redentor acerca de su agonía tanto como de su victoria. Al describir su agonía, el Salvador señala que echarán suertes por una pieza de ropa después de haber repartido las demás. Mil años más tarde esta profecía, escrita bajo dirección del Espíritu Santo, fue cumplido en cada detalle.

v. 25-27 — *Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.*

Solamente Juan narra en detalle este incidente. Los otros evangelistas informan que las mujeres se paraban lejos (véase Mat. 27:55; Mar. 15:40; Luc. 23:49). Juan informa que se pararon “junto a la cruz” (paraV tw'/ staurw'/). En el momento preciso, estas mujeres y Juan han de haberse acercado a Jesús el crucificado.

Hay discusión entre los comentaristas bíblicos acerca de si había presentes tres o cuatro mujeres. Kretzmann opina que había cuatro (María la madre de Jesús, Salomé la hermana de María, María la esposa de Cleofas y María Magdalena). Lenski insiste que había tres (María de madre de Jesús, María la hermana de María que también era la esposa de Cleofas y María Magdalena). Ya que el incidente está centrado en Jesús, María la madre de Jesús y Juan, no tiene mucha importancia si había tres o cuatro mujeres presentes. El predicador seguramente no querrá discutir esto en detalle en un sermón. Por qué Mateo u Marcos no mencionan a la madre de Jesús en este punto nos es desconocido.

Lo que es importante notar acerca de este incidente por la cruz es la profunda preocupación que Jesús demuestra por su madre entristecida. Está completamente consciente. Sus sufrimientos son agudísimos. Lleva la carga de los pecados de toda la humanidad. Sin embargo, como un verdadero hijo bajo el cuarto mandamiento, cumple su último deber, entregando a su madre al cuidado de su amado discípulo Juan. Este es un ejemplo hermoso del tierno amor de Jesús, verdadero hombre al igual como verdadero Dios.

Juan se refirió a sí mismo como “el discípulo a quien Jesús amaba” — *toVn maqthVn ... o)n hjgavpa* también en Juan 13:23). Juan “estaba presente” (*parestw'ta*) cerca a María. Los dos estaban colmados de dolor. Sin embargo, el fiel discípulo estaba presente para consolar a la madre adolorida, que en ese mismo momento estaba experimentando “la espada que traspasaba su propia alma” que Simeón había profetizado hacía tantos años (Luc. 2:35). Juan también necesitaba ayuda en esta hora de dolor. Jesús entendía esto. Al poner a María bajo su responsabilidad, María aminoró la carga de Juan, dándole a alguien más de quien preocuparse y a quien cuidar.

Las palabras usadas por Jesús son sencillas y hermosas. A María dijo el Señor: “Mujer, he ahí tu hijo” (*gumnai, i[de oJ uiJov" sou=*). No había falta de respeto en la palabra “Mujer” tal como la usó Jesús. Fue una palabra de gran respeto. Sin embargo, Jesús a propósito dijo “mujer” en vez de “madre” para demostrar que su relación con María no era solamente la de un hijo a su madre, sino de un Redentor y Salvador que también se moría en la cruz por ella (véase Juan 2:4).

A Juan Jesús dijo: “He ahí tu madre (*[Ide hJ mhvthr sou*). Este fue el testamento personal de Jesús para Juan y no palabras que se dirigen a todos los cristianos, como alega el catolicismo romano. Desde el punto de vista humano, Juan entre todos los hombres estaba más allegado al corazón de Jesús. Juan también voluntariamente aceptó esta responsabilidad de cuidar a María.

v. 28 — *Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed.*

Esta palabra desde la cruz está escrita para nosotros solamente en el Evangelio de Juan. En el griego la petición de Jesús para algo de beber consiste de una palabra (*Diyw'*). Este incidente sucede tres horas más tarde que las palabras anteriores escritas por Juan. Durante esas horas había oscuridad sobre la tierra, escondiendo la agonía extrema de Cristo al clamar a su Padre: “¿Por qué me has desamparado?” (Mat. 27:46). Jesús ha terminado su terrible sufrimiento por los pecados de toda la humanidad. El precio del pecado ahora está pagado. Jesús ahora sabía que se había cumplido esta parte de su misión (perfecto pasivo de *telavw*).

Una palabra similar (aoristo pasivo subjuntivo de *teleioww*) fue usado para describir el cumplimiento de la meta que fue establecida para él. Antes el Señor había rehusado beber cualquier cosa que apagara sus sentidos. Ahora que había sufrido cabalmente la agonía en

la cruz, Jesús pidió algo que beber. Así se cumplieron las palabras en el Salmo 69:21 acerca del Siervo sufriente de Dios recibiendo una bebida.

v. 29, 30 — *Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.*

Otra vez la frase “Consumado es” es una palabra en el idioma griego (*tetevlestai*). Es la misma palabra que se usó en el versículo 28, en donde se nos dice que Jesús sabía que “ya todo estaba consumado.” Este es el anuncio del Señor mismo de lo que ya fue indicado. Todas las profecías de la Escritura acerca de la obra del Mesías prometido han sido completadas. Su obra está terminada. Esto no significa solamente su sufrimiento sino toda su obra de expiación. El Cordero de Dios ha hecho su sacrificio. Se ha pagado el precio del rescate. Esto es para nosotros y para toda la humanidad. Están en vano todos los esfuerzos de la gente de agregar algo a esta obra perfecta de Cristo. El sacrificio por el pecado es completo (véase Heb. 7:27; 9:26; Rom. 6:10).

Lucas agrega las palabras, “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (23:46). Juan indica el mismo pensamiento cuando dice que Jesús “entregó su espíritu” (*parevdwken toV pneu'ma*). En cada relato de los evangelistas no solamente se nos dice que Jesús murió. Entrega su espíritu, su personalidad viviente, su alma. Lo hace por su propio poder. Se muere porque quiere morir. Nadie le quita su vida, sino la pone de su propia voluntad y bajo su propia autoridad (véase Juan 10:18). Muere voluntariamente. Es un acto final de amor.

La muerte de Cristo es un misterio divino. Nuestro entendimiento humano no puede comprenderla completamente. Humildemente nos arrodillamos ante este misterio. Con las Confesiones Luteranas (F. C., D. S., VIII, 44) decimos con fe sencilla: “Dios murió.” Hizo esto para nosotros y para toda la humanidad. ¿Cómo podemos jamás darle las gracias adecuadamente por este mayor de todos los sacrificios?

Sugerencias Homiléticas

El Viernes Santo, el día apartado para meditar sobre la muerte de Cristo en la cruz, es observado en varias maneras. En algunos lugares las iglesias se unen para tener un culto unido desde las doce del día hasta las tres de la tarde (Culto de Tre Ore), durante cual tiempo varios predicadores presentan una serie de meditaciones sobre el tema de la crucifixión de Cristo, con el cantar de himnos de la Cuaresma. Algunas congregaciones celebran la Santa Cena el Viernes Santo además del Jueves Santo, para que puedan servir a todos los comulgantes que deseen recibir la Santa Cena durante la Semana Santa. En donde se observan estas prácticas, el sermón naturalmente será formado para ser adecuado para la ocasión.

Este texto de Juan provee una base excelente para un sermón de Viernes Santo de regular extensión en un culto normal. Así como en las otras grandes fiestas del año eclesiástico, también en este día de la muerte del Señor el evento habla por sí mismo. No debemos ser negligentes en dar una clara presentación de los hechos tal como sucedieron. Juan presenta suficientes hechos importantes para proclamar la muerte de Cristo como un triunfo sobre el pecado y la muerte, no una derrota a las manos de la muerte. Los eventos del día nos hacen tristes porque sabemos que nosotros también somos responsables de la crucifixión de nuestro Señor. Pero desde el fondo oscuro proceden rayos brillantes de esperanza y victoria. Cristo ha conquistado el pecado, la muerte y Satanás por nosotros.

Así nos ponemos

Al pie de la cruz en el Viernes Santo

1. Un día de oscuridad y tristeza
 - a. Al ver a los judíos discutir (v. 19, 20)
 - b. Al ver a los soldados jugar (v. 23, 24)
 - c. Al ver el dolor de los seguidores de Cristo (v. 25-27)
2. Un día de esperanza y victoria
 - a. Al ver al Señor preocuparse por su madre (v. 25-27)
 - b. Al ver al Señor cumplir las Escrituras (v. 24, 28)
 - c. Al oír al Señor proclamar su victoria aun en la hora de su muerte (v. 30)

Aunque la narración de Juan no nos da todas las palabras de Cristo habladas desde la cruz, nos da tres palabras que ofrecen suficiente material para una meditación de Viernes Santo:

Nuestro Salvador moribundo habla

1. Una palabra de preocupación amorosa para su madre (v. 25-27)
2. Una palabra para cumplir las Escrituras (v. 28, 29)
3. Una palabra para declarar su victoria (v. 30)

Tanto el sufrimiento vergonzoso de Cristo y el propósito salvador de este sufrimiento se reflejan de manera hermosa en este texto de Juan. Las palabras proféticas de Isaías pueden expresar estos dos aspectos del Viernes Santo:

He aquí, el Hombre de Dolores

1. El castigo que nos trajo la paz fue sobre él
(las agonías de la crucifixión, el rechazo por su propio pueblo, la actitud grosera de los soldados, el dolor de sus amigos)
2. Por su llaga somos nosotros sanados
(un Rey en su muerte, un cumplimiento de la profecía mesiánica, un Conquistador declarando que la meta se ha alcanzado)

5. La Estación de la Pascua de la Resurrección

La Pascua de la resurrección fue la primera gran fiesta de la iglesia que se celebró en la iglesia cristiana. De hecho los cristianos celebraron todo el “Pentecostés” de cincuenta días desde la Pascua hasta Pentecostés como un tiempo de regocijo.

La fiesta de la Pascua misma proclama fuertemente la victoria de Cristo sobre la tumba. “El primer día de la semana” llega a ser el día del Señor. El gozoso “aleluya” suena nuevamente. “¡Cristo ha resucitado! ¡ha resucitado de verdad!” Tal como en la perícopa histórica de Marcos, nuestro texto de la Pascua de Lucas (24:1-11) también presenta el anuncio del ángel sobre la resurrección de Cristo. De igual modo no incluye ninguna aparición del Señor resucitado.

Se presentan en el segundo domingo de la Pascua (Juan 20:19-31) las dos apariciones de Cristo a sus discípulos. El tercer domingo de la Pascua nos relata la tercera aparición de Cristo, esta vez a los discípulos al lado del mar de Tiberias (Juan 21:1-14).

El cuarto domingo de la Pascua en esta serie es el domingo del Buen Pastor. El texto presenta las palabras de Jesús, el buen Pastor que habla nuevamente sobre sus ovejas (Juan 10:22-30).

En el quinto domingo de la Pascua las palabras de Jesús (Juan 13:31-35) predicen su partida de esta tierra después de poco tiempo. La glorificación a la que Cristo aquí se refiere incluye su muerte, resurrección, descenso al infierno, ascensión y reino en el cielo.

El sexto domingo de la Pascua nos presenta la promesa de Cristo de enviar al “Consolador”, el Espíritu Santo (Juan 14:23-29). En el día de la Ascensión de nuestro Señor nuestra serie regresa al relato de Lucas sobre este acontecimiento glorioso (Lucas 24:44-53), y el séptimo domingo de la Pascua contiene las últimas palabras de la hermosa oración sumosacerdotal de Cristo (Juan 17:20-26).

Así tal como en la serie de las perícopas históricas de texto empleamos principalmente el Evangelio de Juan en la estación que sigue a la Pascua. Todos estos textos traen palabras ricas en consuelo dichas por el Señor. Su tono es de confianza y de gozo. Qué este tono salga de nuestro púlpito.

La Pascua — La Resurrección de Nuestro Señor

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Salmo 118:14-24

Epístola: 1 Corintios 15:1-11

Evangelio: Lucas 24:1-11

El año Eclesiástico

El *Salmo* del Antiguo Testamento inmediatamente toca el tema de regocijo por “el día que hizo Jehová.” Este gozo se expresa en la esperanza de la victoria de la vida sobre la muerte por medio de “la piedra que desecharon los edificadores”, la cual ya ha venido a ser “cabeza del ángulo.”

La Epístola es de *1 Corintios 15*, el capítulo paulino sobre la resurrección. El menciona las muchas apariciones del Señor resucitado y al final menciona la aparición de Cristo a Pablo mismo como “el más pequeño de los apóstoles,” que por la gracia de Dios “trabajó más que todos ellos.”

El Evangelio de *Lucas* es un simple relato sobre la visita de las mujeres a la tumba “en el primer día de la semana, muy de mañana.” El Evangelio cierra con un tono negativo. Después de haber escuchado el informe de las mujeres sobre el anuncio que habían hecho los ángeles desde la tumba vacía, todos los discípulos se rehusaron a creerlo.

Las celebraciones de la Pascua en los primeros tiempos incluían no sólo el servicio matutino, sino el servicio de la noche y también el del lunes después de la Pascua. En el servicio principal la lección del Evangelio contenía la misma aparición del Señor resucitado frente a los discípulos de Emaús. Aunque nuestro Evangelio no presenta al Señor en persona, hay suficientes testimonios de las apariciones de Cristo en la lección de la Epístola. Para nosotros la piedra que se encontró removida de la tumba, y la tumba vacía misma, son testigos que demuestran la verdad de la victoria de nuestro Redentor sobre la muerte.

El Texto — Lucas 24:1-11

Lucas informa sólo sobre las apariciones que tuvieron lugar en o cerca de Jerusalén. Es en Jerusalén que la historia apostólica comienza (Hechos 1:4). En Jerusalén Dios

permitió que los hombres llegaran a ser testigos de su aparición (Hechos 1:8). Los testigos que Dios escogió eran testigos de los hechos. Y Lucas nos presenta estos hechos.

v. 1 — *El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas.*

La traducción “el primer día de la semana” (th'/ deV mia'/ tw'n sabbavtwn) es muy acertada. Literalmente uno diría “el primer día con referencia al sábado.” Según los otros evangelistas la caminata de las mujeres comienza “siendo aún oscuro” (Juan) y continúa hasta el tiempo en que “ya ha salido el sol” (Marcos). Lucas simplemente informa que las mujeres comenzaron su caminata “al alba”.

Puede ser que haya habido varios grupos de mujeres que llegaron a varios tiempos. Las razones por las que se habían levantado temprano eran las siguientes: Jesús había estado muerto desde el viernes. Las preparaciones preliminares de su cuerpo se hicieron apresuradamente, ya que venía el sábado. Las mujeres querían completar su trabajo de preparación del cuerpo de Jesús lo más pronto posible. Muy temprano el día domingo fueron a la tumba.

v. 2, 3 — *Y hallaron removida la piedra del sepulcro; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.*

La piedra estaba “removida” (ajpokekulismevnon) de la tumba, Lucas informa, como si hubiera sido impulsada por una fuerza poderosa. Sabemos la razón de esto. El terremoto violento y la venida del ángel del Señor del cielo para remover la piedra son narrados por Mateo (28:2). Aun antes de la venida del ángel, el cuerpo glorificado de Cristo, “vivificado por el espíritu,” atravesó las telas en que Jesús había sido sepultado y también la piedra sólida, dejando la tumba vacía. Los cuadros que presentan a Cristo saliendo de la puerta abierta no corresponden a la verdad. La Fórmula de la Concordia habla del cuerpo glorificado de Cristo diciendo que no estaba sujeto a las leyes naturales del espacio y afirma que se levantó de entre los confines de un “sepulcro cerrado.”

v. 4-7 — *Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes; y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os hablé, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día.*

Mateo y Marcos mencionan solamente un ángel, el que habló a las mujeres. Lucas informa que dos ángeles estuvieron presentes tan repentinamente. El habla de ellos como “varones” (a[ndre]). Los ángeles se aparecieron en la forma de hombres. Su ropa resplandeciente reveló de inmediato quiénes eran.

Las mujeres “estaban perplejas” (ajporevw), no estaban seguras sobre lo que había sucedido. El mensaje de los ángeles no era ninguna reprensión. Eran más bien palabras de consuelo: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive (toVn zw'nta)? Todas sus especias, sus temores, sus preparaciones eran innecesarias a la luz de esa sola expresión “el que vive.”

Pero el mensaje continuaba: “No está aquí, sino que ha resucitado”. La palabra para “ha resucitado” es en voz pasiva (hjgevrqh). En la próxima frase el ángel habla del mismo acto con un verbo de voz activa (ajnasth'nai). Las Escrituras intercambian libremente ambas formas. Cristo “fue resucitado” por el Padre (Romanos 6:4; Mateo 16:21). Cristo “resucitará” por su propio poder (Marcos 9:31; Lucas 18:33). Ambos son verdad. En las obras externas de Dios, “opera ad extra”, todas las Personas actúan en común.

Los ángeles les recuerdan a las mujeres que esto tuvo lugar en conformidad con la promesa de Cristo mismo. Tenemos una abundancia de estas promesas hechas por el Señor antes de su muerte (Lucas 9:22, 44; Mateo 16:21; 17:22, 23; Marcos 8:31; 9:31). Son afirmaciones breves sobre la obra redentora de Cristo y fueron profetizadas claramente por el Señor antes que tuvieran lugar.

v. 8-11 — *Entonces ellas se acordaron de su palabra, y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás. Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles. Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas y no las creían.*

Las mujeres se acordaron de las palabras de Jesús. Su mente ya no estaba llena de temor y duda. Cristo había resucitado tal como él había prometido. Con el corazón lleno de confianza se apresuraron a decírselo a los discípulos. En el camino, relata Mateo, vieron al mismo Señor Jesús resucitado. Este informe de las mujeres — tal como sabemos por otros relatos — no llegó a los ojos de todos los discípulos al mismo tiempo, sino dentro de un período de tiempo. Como ya se ha notado, puede ser que hayan llegado a la tumba al mismo tiempo, y puede ser que se tratara de varios grupos de mujeres. Lucas menciona a tres de las mujeres por nombre y agrega que otras estaban con ellas. Sabemos por Marcos 16:1 de la presencia de Salomé.

Los discípulos pensaban que estos informes de las mujeres eran “locuras” (lh'ro"). Aunque las mujeres seguían testificando, los discípulos continuaban desechando su testimonio, como si fueran palabras de ociosas. De esta manera termina el texto con un pensamiento negativo. Todos los discípulos se rehusaron en este tiempo a creer. Aunque debemos reprender su falta de fe, a la luz de los acontecimientos posteriores bien sirve para respaldar la verdad de lo que sucedió. En ese tiempo el corazón de los discípulos estaba lleno de tristeza, pesimismo y desesperación. Necesitaban absoluta y positiva seguridad para quitarse estas dudas. Esta seguridad la recibieron en la persona de Cristo mismo. De hecho, fueron convencidos tan profundamente del hecho de la resurrección de Cristo que su vida entera fue cambiada por completo.

Sugerencias Homiléticas

La hermosa historia de la Pascua misma con su mensaje de victoria sobre la muerte es el mejor sermón de la Pascua. No se necesita ninguna introducción ingeniosa para estimular a los que asisten al culto solamente una vez al año; es decir en el tiempo de la Pascua. ¿Por qué es que debemos preparar un sermón pensando principalmente en los que se vuelven piadosos solamente en los días de las grandes fiestas? Un excesivo énfasis en la ley a fin de tocar la conciencia de los indiferentes no va a lograr mucho. Hay que predicar a los que están trabajados y cargados a causa de su pecado. Hay que predicar a los “pobres en espíritu.” Hay que predicar a los que están sentados a la sombra de muerte. Hay que predicar a los que tienen tristeza. Hay que predicar a los que necesitan el consuelo del evangelio.

Resucitado,
Cristo es aclamado
Señor de tierra y cielo,
Fuente de Consuelo.
Ten piedad Señor.

Una manera de predicar sobre esta historia de la Pascua es describir:

La Primera visita a la tumba en la mañana de la Pascua

1. Los pensamientos oscuros que se presentan en el camino a la tumba (v. 1)
2. La visión de una tumba vacía (v. 2, 3)
3. Un mensaje glorioso sobre un Señor resucitado (v. 4-7)
4. Una promesa Recordada y cumplida (v. 8)
5. Contando la buena nueva (v. 9-10)

Con frecuencia hemos oído este texto dividido de esta manera muy simple:

¡No está aquí; ha resucitado!

1. Oiga la buena nueva (v. 5-7)
2. Crea la buena nueva (v. 8)
3. Comparta la buena nueva (v. 9, 10)

Otra manera de quitarle a la Pascua su mensaje victorioso para los creyentes es centrarse solamente en un esfuerzo de probar a nuestros oyentes que este evento tuvo lugar en verdad. Somos tentados a hacer esto porque hoy muchos predicán sobre “avivamiento,” “renacimiento,” “nueva vida”, etc., mientras niegan los hechos de la resurrección misma de Jesús. Esto resulta en un sermón que dice algo así: “Diez razones que demuestran que Jesús resucitó de la tumba en cuerpo y alma.” ¿No sería mejor comenzar con el hecho mismo? Básese sobre este hecho y lo que significa: victoria sobre el pecado, la muerte y

el infierno. Por otro lado, queremos enfatizar claramente la realidad de la resurrección en contra de la teología neo-ortodoxa que dice que el hecho de la resurrección no es importante. Más bien, sostienen ellos, el significado es importante.

Ya se ha dicho con mucha frecuencia: “la fe cristiana se mantiene de pie y cae con la resurrección de este cuerpo que fue puesto en la tumba de José en el Viernes Santo.” El apóstol Pablo dice lo mismo en 1 Corintios 15:12-20. Pero Pablo no trata de probar lo que ha sido suficientemente testificado por testigos escogidos. Pablo declara el hecho mismo, dando una evidencia clara dada por testigos presenciales. Una resurrección que no es ningún hecho no tiene ningún significado.

Es bueno para nosotros:

Aceptar el testimonio de los testigos de Dios mismo

1. Vaya con ellos a la tumba de Cristo (v. 1)
2. Vea lo que ellos vieron (v.2-4)
3. Oiga lo que ellos oyeron (v. 5-7)
4. Acuérdesse y dígaselo a los demás (v. 8-10)

Segundo Domingo de Pascua

Las Escrituras

De los Hechos: Hechos 8:26-40

Epístola: Apocalipsis 1:9-19

Evangelio: Juan 20:19-31

El Año Eclesiástico

A partir del segundo domingo de Pascua, las lecciones del Antiguo Testamento son reemplazadas por una serie de lecciones de *Hechos*. Hechos, también escrito por Lucas, es una continuación de la historia de Jesús. Su ministerio terrenal ya se ha terminado, pero su palabra sigue triunfando a través de sus testigos, y ella edifica su iglesia a pesar de toda oposición. Hechos demuestra cómo esta palabra de Cristo progresa especialmente entre los gentiles. La lección de este domingo presenta el testimonio de Felipe al eunuco etíope, el que era uno de los primeros cristianos gentiles.

El pasaje de *Apocalipsis* encaja hermosamente con el Evangelio. En el día del Señor, Juan recibe la comisión de escribirles a las siete iglesias. Ve en una visión al Señor de la iglesia que murió pero que resucitó para vivir y gobernar para siempre. Este Señor tiene en su mano las llaves de la muerte y del infierno.

Estas mismas llaves del reino del cielo fueron dadas por el Señor resucitado a sus discípulos en la noche de la Pascua. El Evangelio de *Juan* habla de este acontecimiento importante. Escuchamos cómo Jesús, después de su resurrección triunfante, hizo su primera aparición ante todos sus discípulos, también ante Tomás que dudaba. De esta manera la victoria de la Pascua se proclama fuertemente en este segundo domingo. En este mismo texto vemos las provisiones que se tomaron para la proclamación continua del evangelio.

El Texto — Juan 20:19-31

El trasfondo de nuestro texto es el siguiente: En el día de la Pascua, el Cristo resucitado se les había aparecido a María Magdalena, a las otras mujeres, a Pedro y a los discípulos que estaban en el camino a Emaús. Se había oído informes sobre la tumba vacía, sobre el mensaje de los ángeles y sobre las apariciones del Señor. Los que estaban reunidos en esta noche habían difundido la noticia y ahora estaban hablando de esos acontecimientos.

v. 19,20 — *Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado, y los discípulos se regocijaron viendo al Señor.*

A pesar de que ya era de noche (véase Lucas 24:29-48), Juan habla de esta aparición y dice que tuvo lugar el primer día de la semana. Juan aparentemente tuvo en mente a los lectores gentiles. El día del Señor, el día que se había seleccionado como el día de adoración, tenía mucha importancia para los primeros lectores del Evangelio de San Juan.

Se había echado llave a las puertas con mucho cuidado debido al miedo que tenían los discípulos. Este hecho señala aun más claramente que la aparición de Jesús era de verdad un milagro. Las paredes no fueron ningún obstáculo al Señor resucitado en su estado glorificado. Aunque, según Lucas, los discípulos creían los informes de la resurrección del Señor, tuvieron miedo al verlo tan repentinamente. Por eso los saludó con las palabras, “paz a vosotros” (eijrhvnh uJmi'n). Esta era una salutación común, sin embargo el hecho de que se mencione explícitamente en esta situación es muy significativo. Jesús quería decir lo que decía. Esto se ve en el hecho de que él misericordiosamente se manifestó a los que estaban reunidos allí. Las manos y el costado de Jesús todavía tenían las señales de los clavos y de la lanza. Estas señales eran una evidencia de su obra redentora que había llevado a cabo para la salvación. Y ahora las mantenía en su estado de exaltación gloriosa.

v. 21-23 — *Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.*

El Príncipe de Paz renueva su salutación, y al mismo tiempo comisiona a su iglesia a llevar el evangelio de paz (véase Hechos 10:36; Efesios 2:17; 6:15). Esta comisión pertenece a la iglesia entera (Efesios 4:11; 1 Corintios 12:1-31; Mateo 28:18-20), no sólo a los once.

Con esta comisión viene el otorgamiento del don del Espíritu Santo. “Recibid” (lavbete), Jesús dice. La forma imperativa del verbo indica el otorgamiento mismo de un don. Aunque el Pentecostés todavía esté por llegar, el don del Espíritu Santo se otorga aquí también.

El dar el don del Espíritu tiene lugar al mismo tiempo en que se instituye el ministerio de las llaves. Este acontecimiento importante se encuentra en dos afirmaciones simples: “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.” El verbo griego *ajfei'nai* significa algo más fuerte que “perdonar.” Significa “enviar lejos,” “cancelar.” El verbo que expresa lo contrario *kratei'n* significa “aferrarse a algo fuertemente,” “sostener algo firmemente en la mano.” Por el poder que les fue

otorgado por Jesús, los discípulos pueden declarar el perdón de los pecados a los creyentes penitentes y pueden negar este mismo don a los no creyentes impenitentes (nota: la traducción de la versión NIV “no perdonar” y “no perdonados” no representa fielmente el texto original del griego. El Salvador les da a sus discípulos la autoridad de decirles a los hombres de una manera positiva que los pecados de los pecadores impenitentes permanecerán sobre ellos para causarles dolores y tristeza durante toda la eternidad.)

Todos los cristianos — tal como lo enfatizó Lutero — tienen este poder. Jesús aquí trata con todos los discípulos que están presentes. (Sobre el Oficio de las Llaves véase también Mateo 16:19 y 18:17-20.) Este poder es ejercido públicamente por los ministros llamados por Cristo, pero todo cristiano puede usarlo en privado, tal como Lutero enfatizó repetidas veces. Vale la pena revisar acá la doctrina bíblica sobre la justificación universal. Esta doctrina forma la base de la absolución pronunciada por los mensajeros de Dios hoy en día.

v. 24, 25 — *Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Les dijeron, pues, los otros discípulos: al Señor hemos visto. El les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.*

La expresión “uno de los doce” tiene un tono de reproche. Como “uno de los doce” Tomás debió de haber estado con los otros. Cuando los otros seguían contándole a Tomás sobre su experiencia, éste no aceptó su testimonio. Más bien insistió, inclusive exigió, que debía poner su mano en las heridas de Cristo. Esto fue más que duda. Esto fue incredulidad, una incredulidad que hace exigencias excesivas y que quiere tratar en sus propios términos.

v. 26, 27 — *Ocho días después estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.*

Las palabras que se usan acá indican que el escenario que se describe aquí es el mismo que el de la semana pasada. Esta vez Jesús vino especialmente a causa de Tomás. ¡Cuán grande es el amor con el que Jesús se ha dignado tratar con sus hijos! Jesús hizo exactamente lo que Tomás había exigido aunque Tomás no tenía ningún derecho a exigir nada. Para eliminar toda duda de la mente de Tomás tanto como para fortalecer a los otros discípulos, Jesús invitó a Tomás a hacer lo que él había dicho que quería hacer.

v. 28 — *Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!*

No es especialmente importante si Tomás tocó a Cristo o no antes de hacer su confesión. Algunos comentaristas dicen que lo hizo, otros dicen lo contrario. Lo que es importante es la confesión misma. Es una de las confesiones más claras de que Jesús es el verdadero

Dios (οJ kuvriov" mou kaiV οJ qeov" mou). Tomás creyó y confesó abiertamente. Fue por pura gracia que el Señor hizo que este incrédulo llegara a ser creyente.

v. 29 — *Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.*

Jesús acepta la confesión de Tomás y da a entender claramente que le agrada ser llamado “Dios.” “Creíste,” declara Jesús. Pero luego Jesús añade una palabra importante para el futuro. La fe perfecta, declara Jesús, no depende de nuestros sentimientos ni de nuestros sentidos. Más bien descansa sobre el claro testimonio de la palabra (véase 1 Pedro 1:8). O tal como Lutero lo expresa: “Yo creo lo que la palabra de Dios promete, siéntalo yo o no.” La fe tiene confianza en las cosas no vistas (Hebreos 11:1). Andamos por fe y no por vista (2 Corintios 5:7). ¿Es esta una fe ciega? No, el Señor nos ha dado su palabra sobre la que podemos basar nuestra fe.

v. 30, 31 — *Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.*

(Muchos comentaristas piensan que estos dos versículos son la conclusión al Evangelio según San Juan. Mantienen que el capítulo 21 fue escrito después, tal vez como un “epílogo” por Juan o por uno de sus seguidores. Esta cuestión, sin embargo, no afecta en nada nuestro entendimiento del texto, de modo que no es necesario hablar de esto acá.)

Las “señales” (shmei'a) a las que se refiere Juan son los milagros de Jesús. También incluyen las obras del Señor “en presencia de sus discípulos.” Los seleccionó para que fueran sus testigos escogidos (véase 2 Pedro 1:18; 1 Juan 1:1). Ellos entendieron el propósito que él tuvo al hacerlas. El propósito fue, primero que nada, el de obrar la fe en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, y en segundo lugar que los que creen tengan vida eterna.

El nombre “Jesús” se refiere a la persona de Jesús. El nombre “Cristo” se refiere a su oficio como Mesías en el cual fue ungido por el Espíritu para ser nuestro Profeta, Sacerdote y Rey. La expresión “Hijo de Dios” revela la deidad de Cristo. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre que fue enviado a ser nuestro Salvador — esto es el resumen y la sustancia de la fe cristiana. Creer esto es “tener vida” (zwhVn e[cein) es decir, la vida eterna (véase Juan 3:16). Esta vida eterna se encuentra en el nombre de Jesús. (ejn tw/ ojnovmati aujtou'). “Ese nombre,” declara Kretzmann, “no es simplemente... un sonido, sino el mismo glorioso y hermoso evangelio que les da a los creyentes la vida eterna.” Y Lenski escribe, “Todo el evangelio según San Juan, sí, todo el evangelio, no es otra cosa que su NOMBRE.”

Sugerencias Homiléticas

Este texto contiene tanto que es difícil presentar todas sus verdades en un solo sermón. Contiene en primer lugar dos apariciones importantes del Señor resucitado ante sus discípulos... Presenta la institución de Cristo del ministerio de las llaves para su iglesia. Por esta autoridad la iglesia proclama el evangelio del perdón de los pecados, declarando la absolución y al mismo tiempo reteniendo el perdón de los que no se arrepienten de sus pecados... Además el texto explica en las mismas palabras de Cristo lo que es la esencia de la fe, la que es confiar en la palabra de Dios... Presenta una clara confesión por Tomás de la deidad de Jesucristo... Y finalmente describe en síntesis todo el propósito del Evangelio según San Juan que sirve como un instrumento del Espíritu para crear fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, y por medio de tal fe dar la segura esperanza de la vida eterna.

¿Cómo podemos incluir todas estas verdades importantes en un solo sermón? Si pensamos en el año eclesiástico podemos enfatizar que es el Cristo resucitado el que es el centro de este texto. Estas son las primeras palabras que él habla y las primeras obras que él hace en la presencia de sus discípulos después de su resurrección. Ahora hay varios bosquejos que siguen:

El Señor resucitado instruye a sus discípulos

1. En cuanto a su trabajo (v. 19-23)
2. En cuanto a su fe (v. 24-31)
 - A. Su confesión (v. 28)
 - B. Su esencia (v. 29)
 - C. Su fundamento (v. 31)
 - D. Su contenido (v. 30, 31)

La iglesia recibe poder del Cristo resucitado

1. El poder de perdonar (v. 19-23)
2. El poder de creer y confesar (v. 24-23)
3. El poder de vivir para siempre (v. 30, 31)

Una vez escuchamos un sermón sobre la primera parte de este texto en que se empleó el siguiente bosquejo:

Yo los envió a ustedes

1. Con el mensaje de paz (v. 21)
2. Con el poder del Espíritu (v. 22)
3. Con la autoridad de perdonar (v. 23)

También se ha usado la última parte de este texto (C. F. W. Walther):

¿Exige Jesús una fe ciega?

1. Parece con frecuencia que esto es la verdad (v. 29)
2. Sin embargo esto no fue verdad en el caso de Tomás (v. 24-28).
3. Tampoco se espera esto de nosotros (v. 30, 31)

Tercer Domingo de Pascua

Las Escrituras

De los Hechos: Hechos 5:27-42

Epístola: Apocalipsis 5:11-14

Evangelio: Juan 21:1-14

El Año Eclesiástico

Hechos continúa el relato sobre el audaz testimonio de los discípulos. A pesar de la persecución, “¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!” Su testimonio se centraba en el Señor resucitado.

La Epístola viene otra vez de *Apocalipsis*. Se relata la visión que tuvo Juan sobre el coro celestial que cantaba alabanzas al Cordero que fue inmolado pero que ahora es digno de recibir alabanza, honra, gloria y potestad para siempre jamás.

El *Evangelio* relata “la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos después de haber resucitado de los muertos.” Esta aparición tuvo lugar en Galilea donde Jesús había hecho el milagro de la gran pesca.

Todas las lecciones de las Escrituras testifican al Cristo exaltado y resucitado, el que es el centro de nuestra prédica, el objeto de la alabanza eterna que una vez más demostró por “señales milagrosas” que él es el Cristo, el Hijo de Dios, y que “creyendo tengáis vida en su nombre.” Este Cristo exaltado no vacila en ser compañero de sus discípulos en una comida común.

El Texto — Juan 21:1-14

Este capítulo de Juan puede ser un “epílogo” tal como afirma el Dr. Martín Franzmann, “escrito por Juan mismo o por seguidores de Juan.” Sin embargo, sigue siendo una parte de la palabra inspirada de Dios.

Después que Cristo apareció a los discípulos reunidos en Jerusalén, algunos de ellos fueron a sus hogares en Galilea. Siete de los discípulos se reunieron allí para trabajar nuevamente en su ocupación anterior de pescadores. Esperaban que su Líder les diera

más instrucciones sobre la manera en que debían llevar a cabo el trabajo que él les había encargado.

v. 1-3 — *Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.*

¿Por qué es que se mencionan algunos nombres y no otros? Pedro y Juan desempeñan un papel en la historia que sigue. Tomás es una figura importante en la historia precedente. Natanael también se menciona en el Evangelio según San Juan (1:46). “Los hijos de Zebedeo” son, por supuesto, Jacobo y Juan mismo. Más que esto no sabemos.

Lo que tiene lugar aquí no nos sorprende. ¿En qué otra ocupación deben pasar su tiempo los que antes eran pescadores? Vale la pena notar que de acuerdo con su experiencia escogieron el mejor tiempo para pescar, la noche, pero no pescaron nada.

v. 4-6 — *Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces.*

¿Por qué es que los discípulos no reconocieron a Jesús? ¿Estaba demasiado lejos de ellos? ¿Había todavía mucha oscuridad? ¿Había cambiado la apariencia de Jesús? No sabemos a ciencia cierta. Jesús se dirigió a los discípulos con una salutación común. *Paidiva* en este contexto no necesariamente significa “niños”. Tal vez la mejor traducción sería “amigos” (“muchachos” sería aceptable en castellano.) El pregunta si han pescado algo. Su pregunta asume que no lo han hecho (el uso griego de *mhv*). Aunque les es, hasta este momento, un extraño, ellos sienten su autoridad. Los discípulos hacen de inmediato lo que él dice. El resultado es un milagro, una manifestación del poder divino.

v. 7-9 — *Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan.*

Juan, “aquel discípulo a quien Jesús amaba”, reconoce a Jesús. Se lo dice a Pedro. Pedro, el impetuoso, se echa al agua para llegar apresuradamente a Jesús. Antes de esto se pone su vestimenta exterior (ropa = *eipenduvth*). Esto también es un acto apresurado, un impulso repentino. El quiere ver a Jesús lo más pronto posible.

Los otros discípulos simplemente arrastran la gran pesca a la orilla. Allí ya se encuentra un fuego. Pescado y pan ya están a la mano. Este milagro adicional demuestra el interés que Jesús tiene para las necesidades físicas de sus creyentes.

v. 10-12 — *Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor.*

Los simples detalles de la historia hablan por sí mismos. Se han grabado en la mente de Juan, inclusive el número exacto de los grandes peces que se encontraban en la red. Todos los detalles se suman a un cuadro del poder omnipotente de Jesús. Este milagro reveló tan claramente a Jesús como el “Señor” (kuvrio) que los discípulos ni siquiera preguntaron más sobre su persona o identidad.

v. 13-14 — *Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.*

El Señor Jesús distribuye el pan y el pescado de una manera muy similar a la que empleó para dar a comer a los cinco mil. En verdad toda la historia está llena de recordatorios de otros acontecimientos del ministerio del Señor. El reclamo — de algunos de los críticos — de que la historia de Juan es su propia versión del mismo acontecimiento que se relata en Lucas (5:1-11) es un malentendido lamentable y una negación de la clara verdad de la Escritura. Vemos lo que Jesús hace aquí. El es el Señor de la iglesia. El tiene todo poder. El cuida de los suyos. Es cierto que él cuidará especialmente de los que salen y llevan a cabo el trabajo en su nombre.

El Evangelio de Juan termina esta historia con la afirmación de que “esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos” después de su resurrección. Hubo más apariciones que éstas. Pero esta era la tercera “a sus discípulos”. Por medio de esta aparición Jesús fortaleció a sus discípulos para el trabajo apostólico al que habían sido llamados. “Hagan lo que manda,” declara la historia. “Hagan su voluntad; él dará bendiciones de acuerdo con su poder omnipotente.”

Sugerencias Homiléticas

Esta aparición de Jesús a sus discípulos tiene el mismo propósito que las otras, es decir, fortalecer la fe de los discípulos en Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios. Sin embargo, esta “tercera manifestación” nos lleva un paso más adelante. Esta se aplica especialmente a aquéllos a quienes él enviará a hacer el trabajo de difundir el evangelio. Es un buen texto sobre las misiones que es proclamado por el mismo Señor resucitado.

Ya se le había dado la comisión de predicar el evangelio (véase Juan 20:21-23). Los que han sido escogidos especialmente a llevar a cabo esta comisión — por lo menos siete de ellos — están reunidos en Galilea. ¿De qué manera se debe llevar a cabo esta obra? ¿De qué depende su éxito? El cuadro que pinta este texto es claro. Se puede aplicar fácilmente a la obra de ser “pescadores de hombres.” ¡Que el Señor nos anime en éste su trabajo importante!

Los Pescadores de Jesús

1. El tiene interés en nuestra pesca (v. 5)
2. El nos dice qué hacer (v. 6)
3. El corona con éxito nuestras labores (v. 6, 11)
4. El cuida de nuestras necesidades (v. 9, 12)

Un acercamiento más general pero también más personal sería:

Pon tu Confianza en el Señor Resucitado

1. El tiene cuidado de ti (v. 5)
2. El da el consejo correcto (v. 6)
3. El provee ayuda abundante (v. 11-13)

Las palabras de Juan del texto mismo pueden ofrecer un tema:

Es el Señor

1. El que se revela en su interés en los suyos (v. 4-6)
2. El que se revela en su poder omnipotente (v. 6, 11)
3. El que se revela en su clemente cuidado por los suyos (v. 12, 13)

Se podría dividir el texto de una manera similar al emplear las palabras de un himno familiar como tema y partes.

Yo Sé que mi Redentor Vive

1. El vive para bendecirme con su amor;
El vive para interceder por mí allá arriba,
2. El vive para alimentar mi alma hambrienta,
El vive para ayudar en tiempo de necesidad.

Cuarto Domingo de Pascua

Las Escrituras

De los Hechos: Hechos 13:15, 26-33

Epístola: Apocalipsis 7:9-17

Evangelio: Juan 10:22-30

El Año Eclesiástico

En la lección del libro de *Hechos* escuchamos a Pablo testificar ante judíos y gentiles. El testifica sobre el poder de la muerte y resurrección de Cristo. Las palabras de este testimonio vienen de un sermón que habló en Antioquía de Pisidia durante su primer viaje misionero.

La Epístola de *Apocalipsis* contiene la visión que tuvo Juan del Cordero, Jesucristo, en el trono de Dios. Uno de los ancianos declara que este Cordero es también un Pastor, que conduce a su pueblo a las aguas vivas.

El Evangelio de *Juan* contiene la respuesta que Jesús les dio a los judíos, los que exigieron que él les dijera claramente si él era el Cristo. El Señor les dice “abiertamente” que ellos no le oyen porque no pertenecen a su grey. Sus ovejas oyen su voz y la obedecen, pues él es su Buen Pastor.

Este domingo sigue en el espíritu de la Pascua. El Cordero exaltado es al mismo tiempo el Buen Pastor. Su resurrección nos asegura que el Padre ha aprobado toda su obra. Sólo él puede llevarnos a nosotros, sus ovejas, a las aguas vivas de la vida eterna.

El Texto — Juan 10:22-30

En nuestro texto Jesús les habla a los judíos no creyentes. Este encuentro tiene lugar dos meses después de la historia que se encuentra en los versículos de Juan capítulo 10 que preceden a nuestro texto. Cristo tuvo un encuentro con estos judíos en la ocasión de la Fiesta de la Dedicación en Jerusalén. El templo de Jerusalén, el que había sido restaurado por los judíos después del cautiverio babilonio, había sido profanado por Antíoco Epífanis, un enemigo de los judíos. Un líder judío llamado Judas Macabeo luego reparó y volvió a dedicar este templo en el año 167 a.C. La Fiesta de la Dedicación se celebraba a fin de recordar la obra de Judas Macabeo.

v. 22-24 — *Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la dedicación. Era invierno, y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón. Y le rodearon los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.*

Dos meses antes, cuando Jesús se había referido a sí mismo como el “Buen Pastor,” los judíos lo habían acusado de ser “endemoniado y fuera de sí.” Cuando Jesús regresó a Jerusalén los judíos tenían la clara intención de destruirlo.

Jesús estaba caminando en el pórtico de Salomón, un patio del templo que probablemente fue parte del templo de Zorobabel, el que fue construido después del exilio babilonio. Aquí los líderes judíos se juntaron alrededor de Jesús para que no pudiera andar libremente en el templo. Estaban decididos a ponerle una trampa esta vez para que dijera algo que ellos pudieran usar o para desacreditarlo ante la gente o para acusarlo ante las autoridades romanas. Con una demostración hipócrita de sinceridad y suspenso, exigieron una respuesta clara a la pregunta: “¿Eres tú el Cristo?” (El Mesías prometido de Dios). Trataron de dar la impresión de que la tranquilidad de su mente (yuchv — alma, vida) dependía de la respuesta de Jesucristo.

v. 25, 26 — *Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.*

Con bastante calma Jesús les hace recordar a sus enemigos que ya les ha dado la clara evidencia que serviría como la respuesta a su pregunta, pero ellos no querían creerla. ¿Por qué es que actúan como si nunca les hubiera dicho esto? Además les dice que sus “obras” (taV e[rga) testifican de él. Jesús se refiere, por supuesto, a sus milagros. Pero nuevamente se rehusan a creer. ¿Por qué? Porque no son de sus “ovejas” (provbata). Cuando Jesús les habló anteriormente sobre sí mismo como el “Buen Pastor,” se pusieron muy furiosos (v. 1-21). Nuevamente Jesús emplea esta parábola del pastor y las ovejas.

v. 27, 28 — *Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás ni nadie las arrebatará de mi mano.*

Este cuadro es uno de hermosura y consuelo infinitos para el creyente. Las ovejas “oyen” (ajkouvousin) la voz de su pastor. No sólo escuchan su voz externamente. Oyen obedientemente. El Pastor también “conoce” (ginwvskein) sus propias ovejas. Los reconoce como suyos y entiende sus caminos. Esto es lo que Jesús quiere decir al usar la palabra aquí. Por eso las ovejas “siguen” (ajkolouqou'sin) a su Pastor. Lo hacen obedientemente.

Después de haber dibujado el cuadro Jesús agrega una aplicación: “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” Esta dádiva gratuita de “vida eterna” (zwhVn aijwvniön) es una cosa cierta. Las ovejas de Jesús no (ouj mhv — negativo enfático) “perecerán” (ajpovlwntai). Nadie tiene el poder de arrebatar de la

mano protectora de Jesús a los creyentes. Ellos se descarriarán sólo si rechazan su mano salvadora.

La comparación entre ovejas y creyentes empleada por Jesús acá no necesita de más explicación. Jesús mismo habla sobre sus creyentes como sus “ovejas” en la misma oración, avanzando del cuadro a la aplicación como si el significado fuera autoevidente. Este cuadro incluye el concepto de que los judíos no creyentes no están en el camino de la vida eterna. Se dirigen a la condenación eterna ya que no se encuentran entre las ovejas de Jesús. Algún día él les tendrá que decir, “no los conozco... apártense de mí todos ustedes, hacedores de maldad.” (Lucas 13:27).

v. 29, 30 — *Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos.*

Ahora Jesús emplea el mismo cuadro para mostrar la relación que existe entre él mismo y su Padre. En el trabajo de cuidar por las ovejas ambos el Padre y el Hijo están unidos. El tratar de arrebatar las ovejas de la mano de Jesús es la misma cosa que tratar de arrebatarlas de la mano del Padre. Y el Padre — tal como hasta los judíos admitirían — es más fuerte que todas las demás personas (pavntwn mei'zon), inclusive que Satanás. “Yo y el Padre uno somos” (ejgwV kaiV oJ pathVr e{n ejsmen), declara Jesús.

Agustín empleó este pasaje contra todos aquéllos que trataban de subordinar al Hijo al Padre. Nosotros podemos emplear el pasaje del mismo modo cuando tratamos con maestros falsos tales como los testigos de Jehová. Lutero señaló que se emplea la forma neutro (e{n), no la forma masculina (ei{"), así demostrando que Jesús no se refiere aquí a una persona, sino a un ser. O tal como lo enseña el Credo de Atanasio: Hablamos de la unidad perfecta de sustancia, pero distinguimos entre las distintas personas de la deidad. Los autores del Credo Niceno también confiesan a Jesús como “siendo de una sustancia con el Padre” (o&moousiva). Pablo también afirma, “En Cristo habita toda la plenitud de la deidad corporalmente” (Colosenses 2:9).

¿Podría haber sido que los judíos quisieran una respuesta más clara a sus preguntas directas sobre Jesús? Sus acciones subsecuentes demostraban que ellos entendieron muy claramente. Levantaron piedras para apedrear a Jesús. Entendieron perfectamente su reclamo de ser igual al Padre. Ellos lo consideraban un blasfemo y por lo tanto uno que debió ser apedreado y muerto.

Sugerencias Homiléticas

En este texto Jesús presenta la parábola que es paralela a la del “Buen Pastor” en los versículos 14-18. Tal como es el caso en toda parábola, debemos mantener claridad sobre el punto de comparación, y no debemos ir más allá de éste a menos que el texto mismo lo indique. Teniendo en mente el punto de comparación, podemos presentarlo bajo el siguiente tema:

La bienaventuranza de ser una de las ovejas de Jesús

1. Las ovejas oyen obedientemente la voz del Pastor
2. El Pastor conoce a sus ovejas
(NOTA: El griego *ginwvskein* indica un conocimiento completo, íntimo y personal.)
3. Las ovejas siguen al Pastor
4. Las ovejas están a salvo bajo el cuidado del Pastor

En la parte 4 de este bosquejo Jesús va más allá de los pensamientos expresados en la parábola. Jesús habla de la dádiva de la vida eterna. Se puede agregar esta idea también sin gran dificultad.

En este texto Jesús también enfatiza la íntima relación que existe entre él mismo y el Padre. Al agregar este concepto para tratar el texto entero, uno podría presentar la comparación (ovejas y creyentes) y también la relación que existe entre Jesús y el Padre bajo un tema tal como:

A salvo en los brazos de Jesús

1. A salvo porque él es nuestro buen Pastor (v. 27)
2. A salvo porque él nos da la vida eterna (v. 28)
3. A salvo porque él y el Padre son uno al cuidar de nosotros (v 29, 30)

Todo el texto es la respuesta de Jesús a los judíos no creyentes que querían negar que él es el Cristo. Un acercamiento al texto resultaría en el siguiente bosquejo:

El claro testimonio que Jesús da sobre sí mismo

1. Sus milagros hablan por él (v. 25)
2. Sus obras dan la vida eterna (v. 27, 28)
3. El es uno con el Padre (v. 29, 30)

El testimonio que Jesús da en este texto es de suma importancia. Ya en el tiempo de Cristo los judíos rehusaron aceptar su reclamo de ser el Mesías. Desde una época temprana en la historia de la iglesia, falsos maestros han negado la deidad de Cristo o han tratado de subordinar su persona a la del Padre. Una de las más grandes herejías de los así llamados líderes de la iglesia cristiana de hoy es la de negar los milagros de Cristo, enfatizar solamente el Cristo humano y distorsionar su verdadero propósito redentor por el que vino al mundo como el Salvador de los pecadores. En este texto Jesús nos dice “abiertamente” que él es el Cristo, el Hijo de Dios, y que al creer en él nosotros podemos tener vida en su nombre (véase Juan 20:31).

Quinto Domingo de Pascua

Las Escrituras

De los Hechos: Hechos 13:44-52

Epístola: Apocalipsis 20:1-5

Evangelio: Juan 13:31-35

El Año Eclesiástico

Esta es la continuación del informe de *Hechos* de la manera en que la palabra del Señor crece. Los judíos rechazaron el evangelio. Entonces Pablo y Bernabé, ya en su primer viaje misionero a Asia Menor, se dirigieron a los gentiles. Aquí su prédica experimentó gran éxito.

La visión de Juan en *Apocalipsis* es la conocida profecía sobre el encadenamiento de Satanás al comienzo de la era del Nuevo Testamento (los 1,000 años). Los mártires que permanecen fieles no serán vencidos por la “segunda muerte,” que es la muerte en el infierno.

En el *Evangelio*, Cristo habla a sus discípulos sobre su muerte ya cercana, resurrección, ascensión y reinado en el cielo, todos los cuales son parte de su glorificación. El habla del “nuevo mandamiento” del amor, por medio del que los discípulos mostrarán que son de verdad sus seguidores.

La glorificación de Cristo, su victoria sobre la “segunda muerte” en la era del Nuevo Testamento, el éxito de su evangelio entre los gentiles — todas estas verdades importantes continúan proclamando la victoria de Cristo sobre todos los enemigos de la iglesia cristiana. Estas verdades también se reflejan en la nueva vida de fe de los cristianos, la que es guiada por el “nuevo mandamiento” del amor.

El Texto — Juan 13:31-35

Las palabras de Jesús en nuestro texto fueron habladas poco después de que Judas ya había salido del cuarto en la noche de la institución de la Cena del Señor. Jesús acababa de revelar quién lo traicionaría, y Judas se había salido.

v. 31, 32 — *Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará.*

Estas palabras de Jesús son de gran importancia. Judas había salido para cumplir con su tarea malvada de traición. Sin embargo las palabras de Jesús hablan de glorificación. Como decimos nosotros: “¡Fuera la tristeza! Miremos el lado positivo del asunto.”

Jesús habla de sí mismo como el “Hijo del Hombre.” Esta expresión, que ocurre cincuenticinco veces en los evangelios, es usada exclusivamente por Jesús mismo. La usa solamente en la tercera persona, y con el artículo definido (οἱ υἱοὶ τοῦ ἀνθρώπου). Es evidente que Jesús usa esta expresión para referirse a su naturaleza humana (“del hombre,” hombre en el sentido genérico, es decir humanidad). Pero a este “Hijo del Hombre” se le atribuyen hechos todopoderosos. La eterna “Palabra se hizo carne” (Juan 1:14). Este es tanto el Hijo de Dios como el verdadero hombre en una sola persona (Colosenses 2:9). La naturaleza humana y la divina están perfectamente unidas en él. Jesús es ambos: Rey y Salvador.

La expresión es de Daniel 7:13, 14, donde el “Hijo del Hombre, viniendo en las nubes del cielo,” en la visión de Daniel, recibió gloria y dominio eterno sobre todas las naciones. Jesús toma este título para sí mismo, y se atribuye a sí mismo la gloria y honor divinos a pesar de que él se encontraba en la forma de un siervo.

Aquí Jesús emplea este título en directa relación con su glorificación: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre” (ἐξοξασθή - aoristo pasivo). La acción de Judas ha puesto en marcha una cadena de acontecimientos por medio de los que Jesús es glorificado. Estos incluyen su muerte sacrificial, su descenso al infierno, su resurrección triunfante, ascensión, y su reino de gloria.

La glorificación de Jesús es la glorificación del Padre también (2 Corintios 5:19). Las dos personas de la deidad actúan como una en esta glorificación, también en lo que se refiere al futuro (δοξασεῖ. — “glorificará”). En la exaltación del Hijo ambos Jesús y el Padre son glorificados (véase Filipenses 2:9-11).

v. 33 — *Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir.*

Esta glorificación de Jesús incluiría el quitar su presencia visible de modo que sus discípulos ya no lo verían. Jesús ya se lo había dicho a los judíos (Juan 7:33, 34). Ahora él repite esta información a sus “hijitos” (τεκνίβα), un término de afecto empleado por Jesús al dirigirse a los discípulos. Dentro de unas breves horas comenzaría la separación de su presencia visible de los discípulos. Los discípulos “no pueden ir” — todavía. La muerte de Jesús sería una muerte sacrificial. Esto era algo que sólo él podía sufrir (véase Juan 13:36).

v. 34, 35 — *Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.*

La separación de Jesús de sus discípulos les traería tristeza. Pero el Salvador glorificado les daría a sus discípulos “un nuevo mandamiento” (ejntolhV kainhv). Aprenderían de él el significado del amor fraternal. El mandamiento de amar, por supuesto, no era nada nuevo. Pero este nuevo tipo de amor surgiría cuando las personas conocieran a Jesús y lo que él hizo por ellas. La ley de Dios no podía producir este amor que era un fruto de la fe. Sólo los discípulos de Jesús podrían apreciar este amor. Este “amor” (ajgavph) sería entonces una señal de los verdaderos discípulos. Donde existe este amor, el discipulado también se manifiesta.

Los primeros cristianos tenían una reputación de estar unidos en el amor fraternal (Hechos 4:32, 33). En sus epístolas Juan repetidas veces enfatiza la importancia de este amor fraternal (1 Juan 3:14). En Apocalipsis Juan habla de los efesios que se habían apartado de su “primer amor” (thVn a*gavphn thVn prwvthn). Este es el amor que llena el corazón del cristiano que está agradecido porque Cristo murió por él. Es con frecuencia más visible en los nuevos conversos que en los que han sido cristianos por largo tiempo y cuyo amor se ha enfriado (Apocalipsis 2:4).

Las palabras de Jesús afirman una condición: “Si tuviereis amor los unos con los otros” (ejavn). Constituyen una prueba de la fe. Donde esté presente este amor, allí existe el verdadero discipulado. ¿Y cómo es el caso con nosotros? ¿Salimos aprobados cuando se prueba nuestro amor? Cada uno tiene que examinar su propio corazón.

Sugerencias Homiléticas

Hemos escuchado sermones sobre este texto que han sido muertos e incapaces de inspirar. Eran como la exposición dogmática de alguna fórmula religiosa complicada. ¡Predicador, pon vida en tu sermón! Se debe prestar atención a la importancia dramática de la situación en la que Jesús habla. No se debe tratar de dogmatizar este texto. No se debe tratar de racionalizar la belleza de su revelación. El predicador debe estar maravillado ante este texto. Debe presentarlo tal como es.

Judas acababa de salir para llevar a cabo su despreciable acto de traición. Jesús bien sabe lo que le espera — el sufrimiento que tiene que soportar para llevar a cabo su trabajo como “Hijo del Hombre” (Lucas 19:10). Sin embargo, al hablar con sus discípulos íntimamente por última vez antes de su sufrimiento y muerte, él habla palabras de gloria.

Miren a nuestro Salvador glorioso mientras habla sus palabras de despedida

1. Glorificado en su obra de salvación (v. 31-33)
2. Glorificado en la vida de sus seguidores (v. 34, 35)

O vamos a ver en nuestro texto cómo:

El Hijo del Hombre es glorificado

1. Glorificado en toda su obra de redención (v. 31-33)
2. Glorificado en el amor manifestado por sus discípulos (v. 34, 35)

Podemos acercarnos también a este texto desde el punto de vista de:

El Nuevo Mandamiento de Cristo: ¡Amense el uno al otro!

- I. El amor sobre el que se basa este mandamiento (v. 31-33)
- II. El amor que se manifiesta a otros (v. 34, 35)

En la primera parte podemos mostrar cómo la glorificación del Hijo del Hombre incluye su sufrimiento y la muerte inminentes. Judas acababa de salir. “Estaré con vosotros un poco,” dice Jesús sabiendo lo que va a suceder. “A donde yo voy vosotros no podéis ir.” Habiendo dicho esto, Jesús da su “nuevo mandamiento.” Tiene todo el derecho de decir esto y de esperar que sus discípulos lo sigan. El ha mostrado el camino.

En la segunda parte está el aspecto práctico de este “nuevo mandamiento.” Este amor no es un asunto de palabras vacías y vanas. Este amor se manifiesta. “En esto conocerán todos que sois mis discípulos” Sabrán lo que ven.

Otra forma de hablar del mismo acercamiento sería:

El Mandato de Cristo de Amar

1. Su motivación
2. Su demostración

Sexto Domingo de Pascua

Las Escrituras

De los Hechos: Hechos 15:1, 2, 22-29
Epístola: Apocalipsis 21:10-14, 22, 23
Evangelio: Juan 14:23-29

El Año Eclesiástico

Las lecciones para este domingo son una continuación de los pensamientos presentados el domingo anterior. La santa iglesia cristiana sobre la tierra y la iglesia triunfante en el cielo declaran la victoria de Cristo.

De los *Hechos* escuchamos sobre la manera en que el primer sínodo en Jerusalén trata del problema de si los gentiles están sujetos a las leyes ceremoniales de Moisés o no. No se debe sobreponerles estas leyes, decide el sínodo. Deben abstenerse de tales actos groseros que causarían ofensa a los cristianos judíos (es decir, el comer la carne que se ha ofrecido ante ídolos, la sangre, la fornicación).

En la Epístola de *Apocalipsis* se dibuja la gloria celestial. La iglesia en el cielo es dibujada simbólicamente como la nueva Jerusalén donde la gloria brillante del Cordero victorioso de Dios, Jesucristo, ilumina a todos.

En *Juan* escuchamos la promesa de Cristo sobre el Espíritu Santo, juntamente con su declaración de paz, una paz “no... como el mundo la da.” Esta es una paz de corazón y mente que viene a base del perdón de los pecados. Es una paz que sobrepasa todo entendimiento. Es una paz que sólo Dios puede dar. El Señor habla también en este Evangelio de su “ir al Padre” después de haberse llevado a cabo su obra redentora.

Aunque estas lecturas siguen proclamando la victoria que Cristo ganó para su iglesia por medio de su resurrección en el Evangelio de este domingo, al mirar hacia Pentecostés, comenzamos a escuchar las promesas del Señor sobre el Espíritu Santo. El Señor también habla más claramente sobre su “irse.” Con esto Jesús quiere decir no sólo su muerte, sino también se refiere a la ascensión, la fiesta que celebraremos pronto.

El Texto — Juan 14:23-29

En los versículos que preceden a nuestro texto Jesús ya ha prometido pedirle al Padre para que enviara a “otro Consolador — el Espíritu de verdad.” Les dice a los discípulos que los no creyentes del mundo ya no lo verán más, pero que los discípulos sí lo verán otra vez. Jesús en esta sección habla de los días que vendrán después de su muerte, resurrección y ascensión cuando se les quitará su presencia visible, cuando él vivirá con y en sus discípulos en su Espíritu. Entonces lo verán con los ojos de la fe. Las palabras de nuestro texto son las palabras que habló Jesús en respuesta a la pregunta que hizo el otro Judas (no Judas Iscariote): “Señor ¿Cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?”

v. 23, 24 — *Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.*

Estas palabras se dirigen primero a Judas (Mateo 10:3; Marcos 3:18), el que en otras ocasiones expresó la opinión de que el reino mesiánico debe manifestarse por medio de un gran poder temporal. Otra vez Jesús pacientemente explica que el mundo lo rechaza a causa de su propia incredulidad. Cuando el mundo rechaza su enseñanza, rechaza al Señor mismo. Pero los que lo aman guardarán sus palabras (lovgon mou thrhvsei). Sí, añade Jesús, el Padre y el Hijo harán su morada con los creyentes (monhVn poihsovmeqa — vivir, hacer una morada). En otras palabras, vivirán en el corazón de los creyentes.

El no amar a Jesús, en cambio, es lo mismo que desobedecer su enseñanza. Cuando los no creyentes rechazan a Jesús, rechazan también al Padre que envió a Jesús. Jesús señala que él no fabricó esta palabra. Su palabra es la palabra del Padre.

Nótese la forma en que Jesús se relaciona a sí mismo íntimamente con el Padre, y con la palabra; nótese también que el Padre y el Hijo viven en los creyentes por medio de la palabra de Dios. Dios hace su morada en los creyentes por medio de su palabra. Los creyentes demuestran su amor a Dios al ser fieles a la palabra de Dios (véase Juan 8:21, 32) y al poner esta palabra en práctica en su vida (Santiago 2:18).

v. 25, 26 — *Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.*

Jesús ahora se refiere a su próxima salida. Él ha dicho todas estas cosas mientras estaba todavía con los discípulos. Desde aquí en adelante Jesús seguirá hablándoles a sus seguidores, pero de una manera diferente, es decir, por el Espíritu.

La palabra *paravklhto*" que se usa como título oficial para el Espíritu Santo se ha traducido de diferentes maneras. La versión Reina Valera usa la palabra "Consolador". La Nueva Versión Internacional emplea la palabra "Consejero". La versión Dios Habla Hoy usa la palabra "defensor". Algunas versiones siguen empleando la palabra griega sin hacer ningún esfuerzo de traducir: "paraclete" (Paráclito). El significado original de la palabra es "alguien que viene para ofrecer ayuda." De este significado se deriva el siguiente: "uno que habla en lugar de otro, mediador, intercesor, abogado" (véase 1 Juan 2:1). En su Evangelio el escritor Juan aplica este término oficialmente al Espíritu Santo. La palabra es masculina, indicando a una persona (también se refiere a esta persona como *au*tov*" — "él"). El significado de la palabra es dada por Jesús en el pasaje mismo: (una persona que) "les enseñará todas las cosas y que les hará recordar todo lo que yo les he dicho." También se llama el Espíritu Santo. Se llama santo porque su obra es la de hacernos santos o santificar a los pecadores.

Este pasaje demuestra claramente la Trinidad de Dios. El Padre envía al Espíritu en nombre de Jesús. El Dios trino obra por los creyentes. El Espíritu, enviado por el Padre en el nombre del Hijo, obra mediante la palabra. Pensamos en el derramamiento especial del Espíritu en el día de Pentecostés. También pensamos en la operación continua del Espíritu Santo a través del evangelio por medio de lo que él, al enseñarnos todo lo necesario para la salvación eterna, crea y sostiene la fe en el corazón de todos los creyentes (1 Corintios 12:3; Juan 15:26; Gálatas 4:6; 1 Corintios 6:11; Hechos 2:38; Romanos 8:16; Gálatas 5:22, 23). Estos pasajes, los que prometen ayuda de Dios desde lo alto, son algunos de los pasajes más consoladores de las Sagradas Escrituras. Y a esto Jesús ahora agrega:

v. 27 — La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.

Jesús define esta paz como "mi paz" (*eijrhvnhn thVn ejmhvn*). El solo la tiene y de ésta manera él solo la puede dar. El la ha establecido por medio de su muerte y resurrección a través de las que el hombre pecador es reconciliado con Dios (2 Corintios 5:19; Romanos 5:1).

Esto no es la clase de paz que "el mundo da" (*ouj kaqwV" oJ kovsmo" divdwsin*). La paz que el mundo da consiste en palabras huecas que no tienen ningún valor duradero. Es una paz terrenal que con demasiada frecuencia llega a ser una ilusión, un sueño.

La paz que Jesús ha ganado para toda la humanidad se la da a sus discípulos. Les da a los creyentes un corazón que no tiene que turbarse, una conciencia que puede estar tranquila en la presencia de Dios (Salmo 46).

v. 28, 29 — Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo. Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis.

En estos versículos finales de nuestro texto Jesús sugiere una vez más su próxima salida, su muerte y resurrección. Él habla de esto como un “irse” y un “venir.” Si los discípulos hubieran entendido completamente sus palabras, se hubieran regocijado. Su amor (α*γαπη) no era completo porque había una falla en su entendimiento. Pero debían haber sabido que la salida de Jesús significaba su “irse al Padre.”

Jesús explica el por qué su “ir al Padre” debe hacer que los discípulos se regocijen: “El Padre es mayor que yo.” Jesús aquí habla de sí mismo en su humillación. Su poder es limitado porque él se rehusa a usarlo en este estado de humillación. Tiene que sufrir y morir (véase Filipenses 2:7, 8). Al “ir al Padre” Jesús una vez más asumirá el uso pleno del poder y la majestad que es suya. Y esto sería para el beneficio de los discípulos (véase Filipenses 2:9-11). Haría uso de su poder para fortalecerlos y protegerlos hasta el fin del mundo (Mateo 28:20).

Aquéllos que emplean este pasaje para probar que el Hijo no es igual que el Padre pasan por alto todo el contexto en el que Jesús habla estas palabras. También pasan por alto los muchos pasajes de las Escrituras que afirman claramente que Jesús y el Padre son uno (Juan 10:30; 14:10, 11), iguales en honor (Juan 5:23), e iguales en poder (Juan 1:1sig.).

Sugerencias Homiléticas

Este texto contiene varias afirmaciones de Jesús las que han resultado en explicaciones detalladas de parte de los expertos dogmáticos. Nos referimos a las palabras de Cristo sobre todas las tres personas de la Trinidad, especialmente a su promesa sobre el Espíritu Santo, cuya obra también él describe. Nótese también su afirmación: “el Padre es mayor que yo.” No dudamos de la necesidad de explicaciones dogmáticas. Con seguridad tiene su lugar en ayudarnos a contestar las preguntas difíciles sobre las doctrinas.

Pero sería una lástima ver que el gran amor del Salvador y su interés en los discípulos tal como se expresa en este hermoso texto fueran escondidos debajo de explicaciones dogmáticas teológicamente complejas, aunque sean muy importantes. No nos olvidemos de la pregunta que Judas le hizo a Jesús, “Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?” La respuesta de Jesús es muy clara: “El que me ama, mi palabra guardará.” Jesús se manifestará a aquéllos que por medio de la fe se aferran a su palabra. Nuestro texto les ofrece a los creyentes una seguridad maravillosa. Entonces sugerimos el tema:

La Seguridad que Jesús da a los que aman su Palabra

1. El y el Padre morarán en ellos (v. 23, 24)
2. El Padre enviará al Espíritu Santo en el nombre de Jesús (v. 25, 26)
3. La paz de Dios morará en su corazón (v. 27)

En toda esta exposición notamos que en el texto hay referencias a la importancia de la palabra: “Mi palabra” (v. 23); “La palabra que habéis oído” (v.24); “os he dicho estas cosas” (v. 25). “El (Espíritu Santo) os enseñará... y os recordará todo lo que yo os he dicho” (v. 26); “os lo he dicho... para que cuando suceda, creáis” (v. 29). El énfasis en la palabra presenta otra forma de acercarse al texto:

Permanezcan en la Palabra de Jesús

1. El Padre y el Hijo harán su morada en ustedes (v. 23, 24)
2. El Espíritu Santo les enseñará todas las cosas (v. 25, 26)
3. La paz de Dios será suya para siempre (v. 27)
4. Su gozo será completo (v. 28, 29)

Se puede tratar del mismo contenido empleando otras palabras:

Jesús da una bendición de despedida

- ¡Que sean con ustedes siempre!
1. el amor del Padre
 2. el consuelo del Espíritu
 3. la paz del Salvador

La Ascensión de Nuestro Señor

Las Escrituras

De los Hechos — Hechos 1:1-11

Epístola — Efesios 1:16-23

Evangelio — Lucas 24:44-53

El Año Eclesiástico

La fiesta de la Ascensión fue celebrada ya en los primeros siglos de la iglesia cristiana. Junto con la Navidad y la Pascua fue considerada una de las “tres fiestas de la divinidad de nuestro Señor.”

Hechos nos presenta el informe más completo del evento mismo. Lucas repite la promesa de Cristo de la venida del Espíritu Santo, presenta la comisión del Señor para que sean sus testigos, habla sobre su partida visible al cielo, y presenta el mensaje consolador de los ángeles de que Jesús volverá.

La Epístola de *Efesios* presenta el significado grandioso de la ascensión de Cristo — una gran demostración del poder de Dios, el dominio de Cristo sobre todas las cosas, especialmente sobre la iglesia — y la gloriosa esperanza que esto trae a todo cristiano.

El Evangelio de *Lucas* resume la actividad de Cristo durante los cuarenta días desde la Pascua “hasta el día en que fue llevado arriba al cielo.” Habla del “gran gozo” de los discípulos por este evento y de su adoración al Señor ascendido. Verdaderamente éste es un evento de gran significado para todo cristiano, un día para celebrarse.

El Texto — Lucas 24:44-53

La primera parte del texto es una continuación del informe de Lucas acerca de las apariciones del Señor Jesús a sus discípulos. Algunos comentaristas tienen la opinión de que estas palabras fueron habladas en la tarde de la Pascua (véase Juan 20:19-23). Otros consideran estas palabras un resumen de toda la enseñanza de Jesús desde la Pascua hasta la Ascensión. Otro grupo piensa que estas palabras fueron habladas precisamente en la ocasión de su ascensión. En todo caso, el contenido sigue siendo igual.

v. 44, 45 — *Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras.*

Jesús comienza haciendo referencia a sus propias palabras (Oυ|toi oiJ lovgoi mou) que había hablado antes de su muerte. Resumiendo, sus palabras declaran que todo lo que fue escrito acerca de él en el Antiguo Testamento “tiene que cumplirse” (dei' plhrwqh'nai). Jesús utiliza la conocida división triple de las Escrituras del Antiguo Testamento — “Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos.” Toda la Escritura está incluida (pavnta taV gegrammevna).

Luego Jesús cuidadosa y cabalmente abre (dihvnoixen) las mentes de sus discípulos para que pudieran entender y seguir “entendiendo” (presente infinitivo — sunievnai) “las Escrituras” (taV" grafav"). Notamos la manera en que Jesús fundamenta toda su obra en los escritos del Antiguo Testamento.

v. 46, 47 — *Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.*

Hay los que insisten que los estudiantes del Antiguo Testamento están en el error cuando ven a Cristo profetizado en tantos pasajes. Aquí el Señor mismo nos muestra que ésta es la manera en que tenemos que estudiar el Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento declara la obra redentora del Mesías. Cristo es el cumplimiento absoluto de todas estas profecías del Antiguo Testamento. Y no solamente proclama el Antiguo Testamento la muerte y la resurrección de Cristo. También declara que la salvación así ganada debe ser predicada a “todas las naciones” (eij" pavnta taV e[qnh). Todos deben arrepentirse y recibir el perdón de los pecados.

Este mensaje debe ser proclamado a todas las naciones. Se debe hacer en el nombre de Cristo. Descansa sobre su autoridad. El ha ganado el perdón por su propia obra, de modo que el mensaje se puede declarar abiertamente a todos: “¡El perdón de los pecados es para ti!” El hecho de que el perdón de Cristo es para todas las naciones es enfatizado también, especialmente en Mateo 28:19, y enfatizado repetidamente por el apóstol Pablo, especialmente en Romanos (véase 1:16, 17; 3:29; 10:8-13; 15:7-16).

El orden del Señor es preciso. Jerusalén será el primer punto pero solamente el comienzo (ajrxavmenoi=). El evangelio debe alcanzar todos los lugares del mundo.

v. 48, 49 — *Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.*

Como “testigos” (mavrture") personales de la muerte y la resurrección de Cristo, los discípulos son muy calificados para servir como anunciadores. Además, Jesús enviará sobre ellos la promesa de su Padre (thVn ejpaggelivan tou' patrov" mou ejf· uJma"). Las palabras de Cristo claramente se refieren a la promesa de la venida del Espíritu Santo

(véase el texto para el domingo pasado, Juan 14:25, 26). Por esta razón los discípulos deben quedarse en la ciudad de Jerusalén para recibir este “poder desde lo alto” (véase Is. 44:3; Joel 2:28), es decir, de Dios mismo.

v. 50, 51 — *Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo.*

Lucas da una historia muy breve de la ascensión. Como sabemos, más tarde amplía esta historia en el libro de Hechos (1:4-11). Los cuatro Evangelios alcanzan su clímax en la resurrección de Cristo, haciendo solamente breves referencias a la ascensión (Lucas 24:50, 51; Marcos 16:19, 20; Mateo y Juan no dicen nada).

Los alrededores de Betania (proV" Bħqanivan) son mencionados como el lugar donde sucedió la ascensión de Cristo. Sabemos de Hechos 1:12 que el Monte de los Olivos en el camino a Betania fue el lugar exacto de la ascensión. El Dr. Lenski indica que tanto el Monte de los Olivos y el cerro del Calvario son partes del mismo grupo de montes y agrega la declaración: “Nuestras humillaciones y nuestras exaltaciones frecuentemente son muy cercanas unas de otras.”

En un acto de bendición con los brazos alzados, Jesús se despide. El Dr. Lenski dice: “¡Qué acto tan majestuoso! Qué perfectamente completó y terminó la carrera terrenal de Jesús. Ningún otro modo de partida hubiera dado la misma impresión.” El Dr. Franzmann dice: “La historia del Hijo encarnado termina apropiadamente con su bendición de despedida (y permanente, Hechos 3:26).”

Cristo ascendió visiblemente hasta que una nube le quitó de la vista (Hechos 1:9). Su cuerpo glorificado ahora está en el cielo, el hogar de Dios, en la gloria eterna (véase Juan 14:1-6; Salmo 110:1; Hechos 2:34; Heb. 1:13; Ef. 2:6; Rom. 8:34, tanto como las muchas visiones de Juan en Apocalipsis). La ascensión es parte de su exaltación, su coronación como Rey de reyes. Su naturaleza humana, sin embargo, no está confinada en el cielo, como lo atestiguan otros pasajes de las Escrituras. Aunque su apariencia visible está removida, su real presencia está asegurada (Mat. 18:20; 28:20; 1 Ped. 1:8; también la presencia de Cristo en la Santa Comunión).

v. 52, 53 — *Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios.*

El efecto de la ascensión de Cristo sobre los discípulos fue adorarlo con corazones gozosos. “*Christus est deus*” (Cristo es Dios) es el comentario marginal de Bengel sobre este versículo. Ya no trataban de esconderse tras puertas cerradas. Jesús era su Rey celestial. Así su adoración y alabanza fue un testimonio público en el templo en Jerusalén, de que su Dios estaba vivo y gobernando todas las cosas en el cielo.

Sugerencias Homiléticas

Recordamos que en los primeros días de nuestro ministerio la fiesta de la Ascensión nos dejaba de alguna forma más deprimidos que animados y fortalecidos. Tal vez esto fue porque éramos culpables de poner demasiado énfasis en las cosas externas. La asistencia en la iglesia era baja. La mayoría de la gente — inclusive la mayoría de los miembros de la iglesia — no estaban siquiera conscientes de la existencia de esta fiesta. Se daba muy poca importancia. La gente estaba demasiado ocupada con los asuntos terrenales. Y nosotros también permitimos que estas cosas externas afectaran nuestra propia actitud. Esto sin duda fue reflejado en nuestra manera de predicar. Frecuentemente no logramos apreciar el significado de la ascensión de Cristo, porque subestimamos la importancia del oficio real de Cristo en el cual él reina y gobierna el mundo entero de tal forma que todas las cosas ayuden a bien a los que le aman. La Ascensión es el gran día festivo de Cristo el Rey.

La Ascensión es menos afectada por las observancias y costumbres terrenales que cualquier otra fiesta cristiana. La Ascensión nos dirige hacia el cielo. Alaba a un Rey a quien no podemos ver con los ojos humanos. Trae consuelo a los cristianos que saben que aquí en la tierra no tienen una “ciudad permanente” (Heb. 13:14). Cantan con convicción, “el cielo es mi hogar.” Predica a estos cristianos fieles. No pierdas tu tiempo lamentando el hecho de que haya tanta gente que ya no “busca primero el reino de Dios,” como se nota por su falta de interés en esta antigua fiesta de la iglesia. Da consuelo y seguridad a los que sí la dan importancia. Anímalos a que

Miren su hogar celestial

1. Su lugar está seguro (v. 44, 45)
2. El camino está abierto a todos (v. 46-49)
3. Su Señor ya está allí (v. 50-53)

El efecto de la ascensión de Cristo sobre los discípulos sugiere otra manera de tratar este texto. “Lo adoraron”, se nos dice (v. 52). Este día puede animarnos a hacer lo mismo. Utilizando las palabras de un himno:

Adoren al Rey

1. Ha establecido su autoridad real (v. 44, 45)
2. Ha dado sus órdenes reales (v. 46-49)
3. Ha ascendido a su trono en el cielo (v. 50, 51)

Otro himno ofrece este tema:

El cielo es mi hogar

1. Es lo que dice la Biblia (v. 44-47)
2. Allí es donde Jesús quiere que yo esté (v. 48, 49)
3. Allí es a donde él ha ido primero (v. 50, 51)

Un bosquejo práctico sería:

Mis ojos han visto al Rey (Is. 6:5)

Por tanto:

1. Querré trabajar por la extensión de su reino (v. 47, 48)
2. Querré adorar y alabar su santo nombre (v. 52, 53)

Séptimo Domingo de Pascua

Las Escrituras

De los Hechos: Hechos 7:55-60

Epístola: Apocalipsis 22:12-14, 16, 17, 20

Evangelio: Juan 17:20-26

El Año Eclesiástico

Ya pasó la Ascensión. Se acerca el Pentecostés. La misión de Cristo aquí en la tierra ya se ha cumplido. Él seguirá llevando a cabo esta misión a través de su Espíritu Santo. En este domingo que cae entre las dos fiestas, la Ascensión y el Pentecostés, la estación de la Pascua llega a su fin con visiones y oraciones sobre la gloria celestial que está para venir. Esta gloria le está asegurada al creyente. Su deseo es que ella llegue a ser una realidad en el cielo.

En la lección de *Hechos* notamos que Esteban, a punto de ser apedreado como el primer mártir cristiano, ve a Jesús sentado a la diestra de Dios. Con gran confianza ora que el Señor Jesús reciba su espíritu.

Juan, en *Apocalipsis*, también tiene una visión del cielo y su bienaventuranza. El Señor mismo promete venir pronto, a fin de que sus fieles testigos tengan parte en la vida eterna. Juan termina esta visión y el libro de Apocalipsis con la oración, “Sí, ven, Señor Jesús.”

En el *Evangelio* tenemos las últimas palabras de la oración intercesora de Cristo por sus discípulos. Sabemos que hasta en este momento, a la diestra del Padre, Jesús intercede por nosotros de la misma manera. Él quiere que nosotros estemos con él en gloria para siempre.

¿De qué mejor manera puede llegar a su fin esta estación de la Pascua? Los frutos de la resurrección de Cristo son eternos. Los creyentes pueden estar seguros de ellos.

El Texto — Juan 17:20-26

Nuestro texto es el final de la oración sacerdotal de Cristo. Es parte del último discurso que dirigió a sus discípulos antes de su muerte. Jesús habla esta oración en voz alta a causa de sus discípulos. Él ora primeramente para sí mismo (v. 1-5), luego para beneficio

de sus discípulos que están a su lado (v. 6-19), y finalmente para beneficio de todos los creyentes futuros en todo el mundo (v. 20-26). Esta última parte es nuestro texto.

v. 20, 21 — *Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.*

La oración de Jesús es para toda su iglesia, la que se establecerá mediante la palabra de los apóstoles (δια τῶν ἀποστόλων). Esta es la iglesia de los creyentes (ἐκ τῶν πιστευόντων), la santa iglesia cristiana que confesamos en el Credo Apostólico.

La oración de Cristo es “que todos sean uno.” Cristo habla de “todos” (πάντες). Hay muchos de ellos. Serán recogidos de todas las naciones y todos “serán uno” (ἐν ἑνί). Cristo habla de una unión perfecta en un solo cuerpo. En verdad ésta es una unión tan perfecta como la que existe entre el Padre y el Hijo. “Esta es la más alta clase de unión que se ha conocido jamás,” declara el doctor Lenski. Tal como el Padre y el Hijo están perfectamente unidos en sí mismos, así también están unidos perfectamente en los creyentes.

Algunos de aquéllos que tienen interés en el movimiento ecuménico que se esfuerza en unir a todas las denominaciones cristianas en una gran iglesia en la tierra emplean este pasaje de Cristo para probar que su meta es correcta. “Jesús ora para que haya una iglesia,” dicen; “Debemos también nosotros esforzarnos para lograr esto.”

En primer lugar notamos que Jesús habla de un cuerpo espiritual, uno que consiste solamente en creyentes. Las organizaciones eclesiásticas visibles consisten en creyentes e hipócritas y serán así hasta el fin del tiempo (Mateo 13:47; 13:25). Además Jesús habla de una unión perfecta, que sólo Dios puede efectuar y que el hombre por su propio esfuerzo nunca puede lograr. La unión de la que Cristo habla se basa en una unión perfecta en la palabra. Los movimientos ecuménicos tienen la extraña debilidad de descartar la unión doctrinal y de enfatizar una unión de organización externa sin preocuparse sobre si existe o no la unión en la enseñanza o doctrina.

Pero si una santa iglesia cristiana ya existe, ¿para qué es que Jesús ora? La respuesta obvia es la siguiente: Por supuesto esta iglesia existe. Jesús estuvo presente con sus discípulos cuando hizo esta oración. Pero Jesús quería que esta iglesia de todos los creyentes creciera tanto exterior como interiormente. La fe en la palabra puede crecer. Los creyentes pueden “abundar más y más” (1 Tesalonicenses 4:1) en esto. Su “trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58). Ellos pueden y deben estar ocupados en extender la iglesia de Jesucristo en todo el mundo (Mateo 28:18-20; Marcos 16:15, 16; Lucas 24:47, 48; Hechos 1:8). El Señor pide esta bendición de Dios sobre su iglesia de creyentes.

Este cuerpo espiritual de Cristo — tal como se ha señalado en otro lugar — no es simplemente una idea platónica (algo que existe solamente en la mente). Se encuentra en

la tierra dondequiera que la palabra de Dios se predique (Isaías 55:11; Romanos 10:17). Se manifiesta en el mundo. Jesús afirma esto en este texto “para que el mundo crea que tú me enviaste.” Lutero dice, “Este es el fruto que debe seguir de esta unión, es decir, que la palabra de Cristo debe extenderse más y más y debe ser aceptada en el mundo como la palabra de Dios.”

Hoy en día la organización cristiana protestante más grande del mundo, el Consejo Mundial de Iglesias, da un testimonio muy ambiguo sobre el propósito que tuvo Dios al enviar a Cristo al mundo. El testimonio del CMI no tiene ningún poder. Es muy importante que entendamos nuevamente que solamente un testimonio verdadero, basado en la palabra, puede ser el instrumento efectivo del poder de Dios. Dondequiera que el testimonio de los cristianos es claro y verdadero, el mundo sí escucha.

v. 22, 23 — *La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.*

Jesús quiere que sus creyentes tengan la misma “gloria” (dovxan) que su naturaleza humana recibió. Por medio de la fe, Cristo vive en sus creyentes con su poder divino (Gálatas 2:20). Los creyentes pueden “ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Aquí en la tierra los creyentes tienen esta gloria en parte. Cuando Jesús aparezca en gloria tendrán esta misma gloria en la perfección celestial (1 Juan 3:2). Esta gloria une. Los creyentes la tienen en Cristo. El mora en ellos, tal como Dios mora en Cristo.

Jesús ora para que esta unión llegue a ser “completa” (teteleiwmevnoi — perfecto participio pasivo de televw) en sus creyentes “para que el mundo conozca que tú (el Padre) me (el Hijo) enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.” Cuando los creyentes se unen en su confesión de Cristo, el evangelio (Juan 3:16) será un testimonio poderoso al mundo. El amor de Dios se reflejará en ellos. Nuevamente, cuán importante es que la iglesia dé un testimonio claro de la verdad del evangelio. Cuán triste es cuando las iglesias que llevan el nombre de Cristo se involucran en toda clase de actividad, política, social y reforma económica, etc. — y de esta manera la verdadera visión de Cristo es oscurecida a los ojos del mundo.

v. 24 — *Padre, aquéllos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.*

Cristo se presenta ante el Padre con toda confianza. Expresa su anhelo (qelevw), sabiendo que su voluntad es también la voluntad del Padre. Su oración es que todos los creyentes, todos aquéllos a quienes Dios le ha dado (o} devdwkav" moi), deben estar en el cielo donde él está. Proféticamente hablando, Jesús ya ve su exaltación en el cielo. Jesús quiere que todos los creyentes vean (qewrei'n) su gloria en el cielo. Jesús basa esta oración en el amor que Dios tuvo para con su Hijo desde toda la eternidad, antes de la

creación del mundo. De esta manera la oración de Jesús regresa a la eternidad y anticipa la eternidad, y descansa sobre el amor eterno de Dios. El propósito de la elección divina de gracia es la vida eterna.

v. 25, 26 — *Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.*

En las palabras finales de esta oración, Jesús se dirige al “Padre justo” (pavter divkaie). Tiene la confianza de que el Padre actuará en justicia. Dios es justo, tanto en su juicio sobre el mundo que ha rechazado a Cristo como en su redención final de los que creen en Cristo. Hasta aquí Cristo, en beneficio de sus creyentes, apela a la justicia de Dios. Cristo no ha enseñado en vano; la justicia de Dios aprobará su enseñanza. El gran propósito de Dios al enviar al Hijo y el propósito de Cristo al revelar al Padre es “que el amor con que me has (el Padre) amado esté en ellos, y yo (el Hijo) en ellos.” La unión perfecta con el Padre y el Hijo en amor — este es el gran propósito del evangelio. Esta unión en amor comienza en la tierra por medio de la fe y tendrá su cumplimiento perfecto en el cielo. Con este tono glorioso Cristo termina su oración sacerdotal.

Sugerencias Homiléticas

El predicador debe estar maravillado ante la hermosura de la oración de Cristo. Su reverencia se expresará con la oración de que, por la gracia de Dios, él pueda comunicar su significado a los oyentes. Es cierto que el predicador no va a querer quitarle nada de su grandeza. Una forma de hacer esto sería predicar la verdad del texto agregando pocos adornos:

Cristo Ora por su Iglesia de Creyentes

1. Para que sean fieles a la palabra de los apóstoles (v. 20)
2. Para que crezcan en la unidad de la fe (v. 21, 23)
3. Para que den un claro testimonio al mundo (v. 21, 23)
4. Para que sean glorificados ahora y para siempre (v. 22, 24)

Para simplificar esta división de cuatro partes, se puede usar el mismo tema en dos partes:

1. Para que sea una iglesia unida (v. 20, 21)
2. Para que sea una iglesia gloriosa (v. 22-26)

En esta división doble se puede enfatizar, en la primera parte, que la verdadera unión en la fe — la unión con el Padre, con el Hijo y con los demás creyentes — depende de la palabra. En la segunda parte se puede mencionar lo siguiente: Tal como los creyentes reciben la gloria de Dios, seguramente reflejarán esta gloria ante el mundo, como Cristo

dice. Al reflejar esta gloria harán que el reino de Dios crezca en la tierra (v. 26) hasta que esta misma gloria se vea perfectamente en el cielo.

Otra forma de organizar el tema y las partes es:

Un Salvador Amoroso Ora por los Suyos

1. Para que su fe crezca (v. 20, 21, 23)
2. Para que su gloria llegue a ser perfecto (v. 22, 24)
3. Para que su amor permanezca firme (v. 26)

6. La Estación de Pentecostés

En conexión con la estación de Pentecostés tenemos que acordarnos nuevamente del cambio entre el arreglo de los textos adoptados por la Comisión Inter-Luterana de Adoración, al que estamos siguiendo nosotros, y el arreglo de los textos que se usaba en la iglesia antes que tuviera lugar este cambio.

Según el arreglo que se ha seguido generalmente desde 1300 d.C., se termina la mitad festiva del año eclesiástico con el Domingo de la Santísima Trinidad (el domingo después de Pentecostés) y se comienza la mitad no festiva del año eclesiástico con el Primer Domingo después de Trinidad. Según este arreglo los domingos de la segunda mitad no festiva del año eclesiástico se llamaban domingos después de Trinidad.

Antes de 1300 a.C. los Domingos de la segunda mitad no festiva del año eclesiástico se llamaban domingos después de Pentecostés. En los países del sur de Europa este arreglo original sigue hasta el día de hoy. De esta manera la Comisión Inter-Luterana de Adoración, al llamar ahora los domingos que siguen domingos después de Pentecostés, no ha establecido ningún arreglo nuevo. Más bien ha vuelto a emplear un arreglo de domingos que se seguía originalmente, pero que fue cambiado posteriormente.

Llámense estos domingos “después de Trinidad” o “después de Pentecostés,” hay muy poca diferencia en la línea de pensamiento que se sigue, tal como se refleja en las selecciones de la Escritura de cada domingo.

El Pentecostés enfatiza el derramamiento especial del Espíritu Santo sobre los primeros discípulos, tal como se había prometido ya en el Antiguo Testamento, una promesa que fue repetida varias veces por Cristo mismo.

Al primer domingo después de Pentecostés se le sigue refiriendo como la Santa Trinidad o Domingo de la Trinidad. Las lecciones de las Escrituras y las oraciones de este domingo se refieren a la revelación que Dios hizo de sí mismo como un Dios en tres personas, un misterio para nuestro entendimiento humano, sin embargo el objeto de la alabanza eterna de los creyentes.

Los domingos después de Pentecostés presentan el ministerio de Cristo y lo que ese ministerio significa para la vida de cada cristiano tanto como para la vida de la comunidad de los creyentes, la que se conoce como la iglesia de Jesucristo. El doctor Pablo Strodach dice lo siguiente sobre esta última mitad no festiva del año eclesiástico: “El reino ya está establecido. Esto lo hemos escuchado en la mitad de las fiestas. Ahora — al entrar en esta mitad del año eclesiástico — el reino y el cristiano que está en él serán el centro de nuestra atención.”

En su folleto “La Adoración Contemporánea - 6,” la Comisión Inter-Luterana de la Adoración dice lo siguiente sobre la estación que sigue a Pentecostés: “El estado en que la iglesia vive y ejerce su ministerio es un estado de peregrinaje, y en este estado es el Espíritu de Dios el que la guía y acompaña a la verdad.” Este énfasis en el Espíritu de Dios que fue derramado en el Pentecostés sin duda explica la razón por la que la Comisión Inter-Luterana de Adoración quería regresar a la designación original de los domingos después de Pentecostés.

Pentecostés

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Génesis 11:1-9
Epístola: Hechos 2:1-21
Evangelio: Juan 15:26, 27; 16:4-11

El Año Eclesiástico

La lección del Antiguo Testamento, de *Génesis*, narra la historia de la Torre de Babel. En ese tiempo Dios no quería que la gente se quedara en un solo lugar para “hacer un nombre” para sí misma. Dios los esparció al confundir su lengua a fin de que nadie pudiera entender el idioma del otro. Las muchas diferentes lenguas llegaron a ser un obstáculo a la extensión del evangelio a todo el mundo.

La *Epístola* nos dice cómo el Espíritu Santo, el que fue enviado a los primeros discípulos de Cristo en el día de Pentecostés, les dio el poder de hablar en otros idiomas, de modo que la gente de todas las naciones pudiera escuchar sobre “las maravillas de Dios.” Pedro le explicó a la gente de Jerusalén que este derramamiento del Espíritu Santo era el cumplimiento de la profecía de Joel en el Antiguo Testamento (Joel 2:28-32), y que “todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.”

En el *Evangelio* tenemos la palabra de Jesús en que él promete una vez más enviar especialmente al “Consolador,” el Espíritu Santo (véase también el Evangelio del sexto y séptimo domingo de Pascua, y también el de la Ascensión). Aquí Jesús también explicó cómo el Espíritu Santo le dará a la gente de este mundo un testimonio convincente — sobre el pecado, la justicia y el juicio.

Según las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento la fiesta de Pentecostés tenía lugar exactamente siete semanas después de la celebración de la Pascua. Pentecostés, que significa el día cincuenta, tenía lugar el día cincuenta después de la Pascua. Para los judíos éste servía como un día para recordar el dar de la ley en el Monte Sinaí, la institución de la iglesia del Antiguo Testamento. Pentecostés también era para los judíos una fiesta de acción de gracias por la cosecha, hecho que se evidencia en que le ofrecían al Señor dos moldes de pan preparados de las primicias del trigo.

Para nosotros Pentecostés — también conocido entre los de habla inglesa como el domingo blanco (derivado de la vestidura blanca que llevaban los que iban a bautizarse en este día) — señala el principio de la iglesia neo-testamentaria de Jesucristo. Es una fiesta de acción de gracias por las primicias también, no las primicias de una cosecha terrenal

sino una cosecha de almas. En el primer Pentecostés del Nuevo Testamento 3,000 personas fueron bautizadas y añadidas a la iglesia.

El Texto — Juan 15:26, 27; 16:4-11

Después de haber terminado la cena de la Pascua, Jesús siguió hablándoles a sus discípulos sobre la vida que llevarían en la tierra después de su muerte. Les mostró que vivirían en una asociación íntima con él mismo (Juan 15:1-17), y les dijo también qué clase de trato podrían esperar los creyentes del mundo hostil que les rodeaba (Juan 15:18-25). Aunque el mundo los odiara, se esperaba que los discípulos continuaran testificando audazmente a Jesús y su obra salvadora. Al ofrecer ellos su testimonio personal — Jesús ahora añade en nuestro texto — tendrían la ayuda del Espíritu Santo.

15:26, 27 — Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.

Ya en relación con Juan 14:25 (véase la explicación de este versículo en el texto para el sexto domingo de Pascua), hemos estudiado la palabra “Consolador” (*paravklhto*) como una designación para el Espíritu Santo. En Juan 14:25 Jesús habló diciendo que el Padre enviaría al Espíritu Santo en el nombre de Jesús. Aquí Jesús dice que él mismo enviaría del Padre al Espíritu Santo. No hay ninguna contradicción en estas dos afirmaciones. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están perfectamente unidos en las obras de la salvación. La misma verdad puede afirmarse correctamente en dos formas diferentes. Compare también: “Jesús resucitó de entre los muertos” y “el Padre resucitó a Jesús de entre los muertos.”

El Espíritu Santo es el “Espíritu de verdad” (*toV pneu'ma th" ajlhqeiva*). Lutero comenta sobre el versículo 26: “Cristo dice que nos dará el Espíritu de verdad. El Espíritu nos asegurará y nos dará certeza sobre la verdad, de modo que ya no nos atrevamos a dudar sobre nuestra salvación sino que podemos estar seguros de ella, es decir, que también podemos juzgar toda la doctrina acerca de la salvación.” De esta manera el Espíritu Santo da consejo o nos guía a las verdades de la palabra de Dios.

Este pasaje testimonia sobre la doctrina del Dios Trino. El Padre, el Hijo Jesús y el Espíritu Santo son mencionados como tres personas distintas. Sin embargo, todas las tres están perfectamente unidas en una gran tarea de lograr la salvación eterna para el hombre. Jesús espera también que sus discípulos “den testimonio” (*marturevw*) sobre esta verdad de la salvación. Ellos serán aquéllos a través de los que el Espíritu Santo hace su obra. Como testigos del Espíritu Santo ellos emplean sus medios de gracia, el evangelio en la palabra y en los sacramentos.

Jesús, una vez más en el capítulo 16:1-4a, les hace recordar a los discípulos el odio que pueden esperar del mundo cuando den este testimonio. Nuestro texto continúa con el capítulo 16:4b.

16:4 — *Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros.*

Con estas palabras Jesús se refería a su presencia visible con sus discípulos. Cuando él estuvo aquí en la tierra visiblemente con los discípulos, los enemigos dirigieron su odio contra Cristo. Mientras él recibía estos ataques, los discípulos no los sufrían. Pronto la situación de los discípulos sería diferente.

v. 5-7 — *Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.*

Jesús les había mencionado a sus discípulos anteriormente que él iba a irse (véase Juan 14:28). Iba a regresar al Padre que lo había enviado a este mundo. ¿Cómo reaccionaron los discípulos a este anuncio? Ninguno de los discípulos le habían preguntado a Jesús a dónde iba. No parecían tener ningún interés en saber lo que significaba el regreso de Jesús a su Padre. Los discípulos más bien se llenaron de tristeza (hJ luvph pepihvrwken). Pensaban en sí mismos más bien que en la importancia de las palabras de Jesús.

Su irse al Padre — Jesús dice — sería para el bien de los discípulos. Si Jesús no se fuera, su trabajo no se completaría. Pero al irse, todo el plan de Dios para la salvación se llevaría a cabo. Lutero señaló que el irse de Cristo incluye su muerte, su resurrección y su ascensión, y de esta manera el cumplimiento de todas las Escrituras que hablan acerca del plan de Dios para la salvación de toda la humanidad. Incluido en este plan de salvación fue el envío del Consolador, el Espíritu Santo. Por medio del enviar al Espíritu Santo, el evangelio y su poder salvador se extendería hasta los fines de la tierra.

Al estudiar nuestro texto para el Pentecostés debemos recordar que el versículo 7 se aplica solamente a los discípulos de Cristo. En los versículos finales del texto (v. 8-11), Jesús se refiere a la obra del Espíritu Santo tal como ésta tiene que ver con el mundo en general. Aquí en este versículo Jesús se refiere al gran beneficio que recibirían los discípulos a causa del envío del Espíritu Santo. Jesús no entra en detalles. Sus palabras señalan a la obra del Consolador, como el cumplimiento del plan de Dios para la salvación de todas las personas. Los discípulos desempeñaron un papel importante en esta obra. “Os lo enviaré,” Jesús les dice a sus discípulos. Su tristeza se convertiría en gozo. Habría nuevo significado en su vida. Serían los instrumentos del Espíritu Santo en la extensión del evangelio en todo el mundo.

v. 8-11 — *Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.*

Cuando el Espíritu Santo venga, el demostrará el error o “convencerá” (ejlevgcein) al mundo no-creyente sobre estos tres puntos: el pecado, la justicia y el juicio. Los no

creyentes mismos tal vez no admitirán que están equivocados en su entendimiento de estos tres temas. Sin embargo, están convictos. La evidencia del Espíritu Santo es clara. Su testimonio permanece. Luego Jesús explica en detalle esta afirmación general.

Los no creyentes de este mundo saben ciertas cosas sobre el “pecado” (αἰμαρτία — errar del blanco). Tienen un conocimiento natural sobre la ley de Dios (Romanos 2:14, 15). Saben que es malo mentir o matar o robar, etc. La conciencia que Dios le ha dado a cada uno de ellos le dice esto. Su conciencia, sin embargo, ya no es perfecta. Se ha cegado y corrompido con el pecado (Romanos 1:28-32). Sobre todo, el mundo no-creyente no entiende que su mayor pecado consiste en su propia incredulidad, su falla en no aceptar a Jesucristo como el Salvador del pecado. Sin fe en Cristo es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6). Sin la fe en Cristo la gente sigue en su pecado (1 Corintios 15:17). Solamente el Espíritu Santo puede convencer al mundo no-creyente que el más grande pecado es el no creer. Sólo él tiene el poder de hacer que el corazón del hombre pecador crea en Cristo (1 Corintios 12:3).

Del mismo modo, los no-creyentes de este mundo también saben ciertas cosas sobre la “justicia” (δικαιοσύνη — ser justo o ser declarado justo por un juez). Debido a su incredulidad, sin embargo, el mundo trata de encontrar en sus propias obras la justicia que le hace falta. Pero no es posible encontrarla allá (Romanos 3:20). La propia justicia del hombre es tan imperfecta que no es nada sino un trapo inmundo a los ojos de un santo y justo Dios (Isaías 64:6). El hombre pecador es justificado, es decir, declarado justo, por la sola gracia de Dios por medio de la redención que está en Cristo Jesús (Romanos 3:23, 24). La sangre de Jesucristo sola, derramada en la cruz por los pecados del mundo, puede hacer que seamos justos ante Dios (Juan 1:29; 1 Juan 1:7). En este texto Jesús afirma que toda verdadera justicia está relacionada con él y con su regreso al Padre. Con el término “regresar al Padre” se quiere decir toda la obra redentora de Cristo — su sufrimiento, muerte, resurrección y ascensión — la que Dios el Padre ha aceptado como suficiente de modo que ha declarado esto a todo el mundo (2 Corintios 5:19). Es la obra del Espíritu Santo la de convencer al mundo no-creyente sobre esta verdad claramente proclamada en la palabra de Dios. Algunos la aceptarán por la fe y serán salvos. Otros la rechazarán y serán condenados eternamente (Marcos 16:16).

Finalmente, Jesús declara que el testimonio del Espíritu al mundo también tiene que ver con el juicio. La palabra “juicio” (κρίσις) se refiere a la sentencia de un juez que pronuncia en la corte. Sabemos que Jesús pronunciará públicamente su juicio sobre todas las personas cuando él regrese en gloria en el último día (Mateo 25:31-46). Jesús juzgará de acuerdo con su palabra (Juan 12:48). En verdad, cada persona es juzgada en el momento de su muerte (Hebreos 9:27).

Pero “el príncipe de este mundo” (ὁ ἄρχων τοῦ κόσμου τούτου), Jesús dice, ya está “condenado” (κεκρίται — perfecto pasivo de κρίνω, que significa que “ha sido juzgado”). Jesús entró en este mundo para destruir las obras del diablo (1 Juan 3:8). Jesús completó su obra salvadora por medio de su muerte que hizo expiación por todos los pecados y por medio de su resurrección victoriosa (Juan 19:30; Romanos 4:25). El

aplastó la cabeza de Satanás (Génesis 3:15). Ya no hay ninguna condenación para aquéllos que están en Cristo Jesús (Romanos 8:1). Jesús ya había demostrado su poder sobre Satanás cuando él resistió todas las tentaciones de Satanás y obligó al diablo a apartarse de él (Mateo 4:1-11).

Es la obra del Espíritu Santo convencer al mundo del pecado. El juicio sobre Satanás ya se ha pronunciado. Su causa está destinada a fracasar. El está atado en cuanto a su poder actual (Apocalipsis 20:1-3). Ya no puede haber ninguna esperanza en el juicio final en el último día para él ni para sus secuaces (Apocalipsis 20:10). El mundo no-creyente puede ridiculizar la idea de que el destino de Satanás ya está sellado. Con frecuencia hasta niega que Satanás exista. A veces parece que los caminos malvados del hombre pecador influenciados por Satanás están en control de todo. Satanás, tal como sabemos, anda por este mundo como un león rugiente buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8). Pero para el cristiano es un consuelo saber que él, “el príncipe de este mundo”, ya ha sido juzgado. “Condenado es ya por la palabra santa,” como dice Lutero.

Sugerencias Homiléticas

El Pentecostés conmemora la venida del Espíritu Santo sobre los discípulos. Se ha llamado a esta fiesta el cumpleaños de la iglesia del Nuevo Testamento. Aunque el texto del Evangelio de Juan claramente se refiere a la promesa de Cristo sobre el Espíritu Santo, los acontecimientos espectaculares del día mismo — el sonido de un viento recio, llamas de fuego, la capacidad de hombres que tenían poca educación de hablar en varias lenguas, el sermón de Pedro, el bautismo de 3,000 personas — están registrados para nosotros en la Epístola de Pentecostés de Hechos 2. Uno querrá referirse a estas demostraciones visibles del poder del Espíritu Santo como una prueba del cumplimiento de la promesa del Señor. Tal vez el mejor lugar para esto se encuentra en la introducción al sermón.

Parece de alguna manera que la obra del Espíritu Santo, aunque sea muy importante, no recibe en nuestra prédica y enseñanza el mismo énfasis que recibe la obra del Padre y la del Hijo. Este día y este texto le ofrecen al predicador una oportunidad de corregir esta situación. Por medio de la obra del Espíritu Santo la obra del Padre y del Hijo se acercan al corazón del creyente. El Espíritu hace esto a través de la palabra de Dios. Nos revela las palabras importantes que no podríamos saber de ninguna manera por medio de nuestra razón o fuerza. ¡Qué el predicador saque provecho de este día de Pentecostés!

Un bosquejo general de un sermón sobre este texto sería:

Cristo promete enviar al Espíritu Santo

1. ¿Quién es el Espíritu Santo? (15:26)
2. ¿Qué es lo que el Espíritu Santo testificará a los discípulos? (16:26, 27; 16:5-7)

3. ¿Qué es lo que el Espíritu Santo le testificará a un mundo no-creyente a través de los discípulos? (16:8-11)

Los pensamientos de la parte 1 pueden ser mencionados en la introducción al sermón mismo, y de esta manera se puede simplificar el bosquejo de la siguiente manera:

El Testimonio del Espíritu Santo

1. A los discípulos (15:26, 27; 16:5-7)
2. Al mundo (16:8-11)

Un acercamiento más personal podría formularse en una oración de Pentecostés:

¡Ven Santo Espíritu, Ven!

1. Testifícanos sobre Cristo (15:26; 16:5-7)
2. Testifica al mundo a través de nosotros (15:27; 16:8-11)

El testimonio que el Espíritu Santo de Dios — a través de los discípulos de Cristo — lleva al mundo no creyente ofrece suficiente material para un sermón:

Ayúdanos, Espíritu de Dios, a Convencer al Mundo

1. Del pecado (16:9)
2. De la justicia (16:10)
3. Del juicio (16:11)

Hoy en día hay mucha confusión en muchas iglesias sobre la obra del Espíritu Santo. Estas iglesias enfatizan la supuesta manifestación externa del poder del Espíritu (por ejemplo, el hablar en lenguas, las visiones, el poder de curaciones, etc.). Nuestro texto nos demuestra claramente que el centro de la actividad del Espíritu Santo está en el corazón del hombre pecador. Es hacia allí que su obra debe ser dirigida en primer lugar. Solamente cuando el corazón pecaminoso es cambiado por completo puede suceder que la nueva vida santificada de un cristiano comience. Un acercamiento al texto que sigue estas últimas sugerencias puede producir un sermón que sea muy apropiado para estos días.

La Santísima Trinidad

(El Primer Domingo después de Pentecostés)

Las Escrituras

Antiguo Testamento: Números 6:22-27

Epístola: Romanos 5:1-5

Evangelio: Juan 16:12-15

El Año Eclesiástico

En el Domingo de Trinidad el énfasis de las lecturas de las Escrituras cae en la obra del Dios Trino. En la lección del Antiguo Testamento, *Números*, leemos la bendición Aarónica que Dios mandó que se usara al bendecir a su pueblo. Aunque esta bendición no menciona a cada una de las tres personas de la Deidad por su nombre, su división en tres partes sí nos hace pensar en la Trinidad — la continua providencia y protección del Padre, una disposición clemente de Dios por medio de la obra del Hijo, y esa paz que el pecador experimenta solamente por medio de la obra que el Espíritu hace en su corazón al asegurarle el perdón.

Asimismo, en la Epístola de *Romanos* el apóstol Pablo se refiere a todas las tres personas de la Trinidad. Tenemos paz con Dios el Padre por medio de la obra salvadora de Jesucristo, y porque Dios ha enviado al Espíritu Santo a nuestro corazón para que aceptemos este mensaje de la justificación por la fe.

En el Evangelio de *Juan*, Jesús habla de la venida del Espíritu de verdad, que hará conocer a todos los creyentes todo lo que pertenece al Padre y todo lo que pertenece al Hijo. Toda gloria sea al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo — el Dios Trino de nuestra salvación.

El Texto — Juan 16:12-15

El texto sigue inmediatamente después del texto del último domingo. En el texto del domingo pasado Jesús habló de la manera en que el Espíritu Santo llevaría su testimonio al mundo no creyente a través de la prédica y la enseñanza de los discípulos. En el texto para este domingo Jesús habla sobre la guía que el Espíritu Santo les daría a los

discípulos en este trabajo de predicar y enseñar, y sobre la manera en que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están unidos en esta importante tarea.

v. 12, 13 — *Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.*

Jesús tiene en cuenta el estado de ánimo en que los discípulos se encuentran en este momento. Su corazón está cargado de tristeza porque Jesús les ha dicho que él ya se va. Todavía no entienden completamente que el sufrimiento y la muerte de Jesús son necesarios a fin de que se logre el plan de salvación que Dios ha preparado. Aunque Jesús tiene “muchas cosas” (pollav) que hablarles, él sabe que su fe no es suficientemente fuerte para apreciar (bastavzw — llevar como una carga) la importancia y el pleno significado de esta información en este momento.

Cuando el “Espíritu de verdad” (toV pneu'ma th" ajlhqeiva") venga, los guiará a toda la verdad. (Nota: el texto griego tiene dos versiones, ei*" th'/ ajlhqeiva/ pavsh/ /— a toda la verdad, y ejn th'/ ajlhqeiva/ pavsh/ — en toda la verdad. Ambas expresiones significan una instrucción cuidadosa a fin de que los discípulos conozcan y aprecien la plena verdad de estas cosas que Dios quiere que sepan.) La verdad a la que Cristo se refiere aquí es toda la verdad sobre Dios tal como ésta es revelada por él a fin de que el hombre pecador conozca cómo puede ser salvado eternamente.

Cuando el Espíritu Santo venga y guíe a los discípulos a toda verdad, Jesús declara, él no actuará “por su propia cuenta” o independientemente (ajf. eJautou' — literalmente, de sí mismo). La enseñanza del Espíritu será la misma que ya ha sido establecida en el consejo del Dios Trino desde toda la eternidad. “Hablará todo lo que oyere” (o{sa ajkouvsei). Lutero comenta sobre toda la afirmación de Jesús: “Aquí (Jesús) habla del Espíritu Santo como un predicador, para que nadie se quede parado boquiabierto mirando hacia el cielo (tal como hacen los entusiastas) y lo separan de la palabra oral o del ministerio de la prédica.” Kretzmann añade: “La garantía de la enseñanza del Espíritu es que él hablará las palabras del Dios Trino mismo.”

Incluida en lo que el Espíritu enseñará a los discípulos habrá información sobre “las cosas que habrán de venir” (taV ejrcovmena). Aquí pensamos en los asuntos relacionados con el desarrollo futuro de la iglesia, la segunda venida de Cristo, el juicio final, el reino de gloria en el cielo, etc. (Véase 1 Corintios 15; 2 Tesalonicenses 2; Apocalipsis).

v. 14 — *El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.*

El texto griego enfatiza la palabra “me” (ejmev). Jesús se refiere a sí mismo. Jesús será glorificado por la obra del Espíritu. La persona de Jesús recibirá la gloria que le pertenece. Una gloria que es igual a la del Padre y a la del Espíritu Santo. El Espíritu glorificará a Cristo al tomar “de lo mío” (ejk tou' ejmou'), lo que pertenece a Jesús, y al

hacer conocer esto a los discípulos — su doctrina, su verdad, sus obras, en fin todo lo que la Biblia nos revela sobre la persona, la enseñanza y la obra de Jesucristo.

En este tiempo los discípulos todavía no comprendían plenamente la gloria de Jesucristo. Tampoco apreciaban el pleno significado de su obra de redención. Los escritos posteriores de los apóstoles — los que glorifican a la persona y la obra del Hijo y que le atribuyen una persona de igual estado con el del Padre y con el Espíritu Santo — son un poderoso testimonio sobre el hecho de que el Espíritu Santo guía a toda la verdad referente a la deidad.

v. 15 — *Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.*

Jesús agrega esta afirmación para enfatizar también que su gloria no es algo que exista por sí sola y que tampoco es algo que le pertenezca exclusivamente a él. Lo que le pertenece a Jesús le pertenece también al Padre. De una manera similar lo que le pertenece al Padre pertenece también a Jesús. Y el Espíritu Santo toma este tesoro de verdad, la verdad sobre el Dios que es misericordioso para con un mundo pecador, que ha manifestado esta gracia al salvar a toda la humanidad y que la hace conocer ante los hombres.

Los antiguos maestros latinos tenían un dicho: “*Opera ad extra sunt indivisa*” (traducción: “las obras [de Dios tal como se manifiestan en sí mismas en sus actos salvadores] son indivisibles.”) Todas las personas de la Trinidad son igualmente activas en las grandes obras hechas para la salvación de los hombres. Al Dios Trino — Padre, Hijo y Espíritu Santo — sea toda la gloria para siempre.

Sugerencias Homiléticas

En el domingo de Trinidad nos paramos ante el ministerio de la revelación de Dios sobre sí mismo y decimos con el apóstol Pablo, “¿Quién entendió la mente del Señor?” (Romanos 11:34). La doctrina de la Santísima Trinidad en especial — tres personas distintas en una sola deidad — es incomprensible al entendimiento limitado del hombre.

Tal vez el predicador tendrá la tendencia de titubear en predicar sobre una doctrina que va más allá de la comprensión de la mente humana. ¿Cómo es que podemos esperar entender alguna de estas doctrinas? Y si es que ni podemos entenderla, ¿cuál es el beneficio práctico que se encuentra en predicar sobre ella?

Debemos recordar que hay muchas doctrinas que Dios nos ha revelado en su palabra que con nuestra mente limitada no entendemos completamente. ¿Podemos entender el misterio de que Dios nació de una madre humana? ¿O cómo Dios y hombre están perfectamente unidos en una sola persona? ¿O que Dios yace en un pesebre? ¿O que

Dios muere en la cruz? (Fórmula de la Concordia, Declaración Sólida, VIII, 44.) Aunque no comprendamos estas cosas, las creemos. Las aceptamos como verdaderas. Confiamos en ellas para nuestra eterna salvación. Sólo Dios pudo salvarnos. Y sólo un Dios que tomó el lugar del hombre pecador pudo ser nuestro Sustituto. Dios nos ha declarado estas verdades en su palabra. Por medio de estas eternas verdades, Dios santifica a sus creyentes (Juan 27:17). El los fortalece y los guarda en la verdadera fe para la vida eterna.

Sin duda es más fácil predicar sobre un texto que contiene una historia interesante que proclamar la doctrina de la Santísima Trinidad. Estos textos doctrinales del Evangelio según San Juan requieren en verdad un estudio más intensivo que los textos que se basan sobre una narración, un conjunto de acontecimientos. Sin embargo la proclamación de la doctrina sana es necesaria e importante para hacernos sabios para la salvación que es por medio de la fe que es en Cristo Jesús. El hecho de que todas las tres personas de la Deidad están igualmente involucradas en la obra de la eterna salvación del hombre es ciertamente un gran consuelo para los creyentes.

En el texto Jesús no trata de explicar el misterio de la Trinidad a fin de satisfacer las exigencias de la razón humana. Tampoco entra el texto en detalles cuando presenta la obra distinta de cada persona de la Deidad. Sin embargo, en este texto hay una referencia directa a cada persona. El mensaje de nuestro texto, en lo que se refiere a la Trinidad, es que todas las tres personas trabajan igualmente para hacer que el tesoro de la salvación llegue a ser una bendición para el hombre.

Cada persona de la Deidad — tal como el Credo de Atanasio nos hace recordar — debe ser confesada como Dios y Señor. Sin embargo, hay ciertas obras que tienen lugar dentro de la Deidad misma. El Padre no fue hecho por nadie. El Hijo es engendrado del Padre, no hecho ni creado. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. “Y sin embargo no son tres dioses sino un Dios.” “En todas las cosas,” afirma el Credo de Atanasio, “la Unidad en Trinidad y la Trinidad en Unidad debe ser adorada. Por lo tanto, el que quiera ser salvo debe pensar de esta manera de la Trinidad.”

Nuestros dogmáticos luteranos dirigen la atención a la enseñanza de las Escrituras de “que no hay ninguna división ni limitación de los atributos divinos, de las obras o de la adoración entre las tres personas”, F. Pieper. Todas las tres personas tienen los mismos atributos, todas toman parte en las mismas obras (*opera ad extra*), todos reciben el mismo honor. La creación, redención y santificación del hombre son atribuidas a todas las tres. Lutero cita el mismo pasaje de nuestro texto, Juan 16:15, como demostración de que las obras de Dios en beneficio de la eterna salvación del hombre “son comunes a las tres personas.” Chemnitz señala que estas formulaciones doctrinales no son simplemente “sutilezas académicas y distinciones de los eruditos.” Dios quiere ser conocido y proclamado solamente tal como él se ha revelado a sí mismo. Pieper escribe: “Las Escrituras no revelan las doctrinas de la Trinidad como una especulación metafísica ni como un problema académico, sino un artículo de fe muy práctico y necesario para nuestra salvación.”

El problema que tenemos con la preparación del sermón es tener un bosquejo que proclame estas importantes verdades y al mismo tiempo permanezca fiel al texto. Una división triple de este texto en la que cada parte trata con una persona de la Deidad trina es muy difícil de formular. En este texto Jesús nos habla sobre lo que le pertenece al Padre y lo que le pertenece al Hijo y dice que el Espíritu tomará de lo que le pertenece al Hijo, y lo hará saber a todos los hombres. Jesús también enfatiza que “lo que es mío” no es ninguna posesión independiente. Todas las tres comparten igualmente en esta posesión. El Señor no se expresa aquí con las distinciones doctrinales y con las formulaciones dogmáticas que han llegado a usarse en años posteriores en la iglesia para proteger del error la verdad de las Escrituras.

Es claro que en este texto el Señor Jesús habla de todo el plan que Dios ha preparado para la salvación de la humanidad, de la manera en que este tesoro de la salvación de la humanidad es la obra de toda la Deidad, y de cómo cada persona de la Trinidad comparte igualmente el llevar a cabo esta obra. ¿Cómo podemos expresar esto en la forma de un bosquejo y al mismo tiempo emplear las palabras de Cristo en nuestro texto? Lo siguiente es una sugerencia:

Nuestra Salvación está en las Manos del Dios Trino

1. Todo lo que le pertenece al Padre le pertenece al Hijo (v. 15)
2. Todo lo que le pertenece al Hijo le pertenece al Espíritu (v. 15)
3. El Espíritu glorificará al Padre y al Hijo al hacer conocer todo esto a la humanidad (v. 13-15)

En la primera parte proclamaríamos que desde la eternidad la voluntad del Padre ha sido la de salvar a toda la humanidad por medio del regalo de su unigénito Hijo. En la segunda parte intentaríamos demostrar cómo el Hijo, en obediencia a la voluntad del Padre, ha logrado la salvación de toda la humanidad por medio de su obra de redención. En la tercera parte testificaríamos sobre la obra del Espíritu Santo que lleva esta verdad de salvación a la humanidad por medio del Evangelio, y de esta manera glorifica tanto al Padre como al Hijo.

Una forma más definida de expresar la misma triple división del tema sería:

Nuestra salvación — Una Obra del Dios Trino

1. Decretada por el Padre que nos amó desde la eternidad
2. Lograda por el Hijo que nos redimió por medio de su sangre
3. Dada a conocer por el Espíritu que nos lleva a toda la verdad por medio del evangelio

Si empleamos este bosquejo en la prédica tendríamos que desarrollar nuestras partes por medio de inferencias, verdades a las que se refiere el texto pero las que no están expresadas en estas palabras exactas. Uno tendría que depender mucho de otros pasajes de las Escrituras.

Si parece muy extraña dividir el tema en tres partes de acuerdo con las tres personas de la Deidad, uno podría acercarse al texto, siguiendo el siguiente bosquejo:

Alaben al Dios Trino de nuestro Salvación

1. Ella descansa sobre la base del consejo eterno del Dios Trino (v. 13)
2. La verdad sobre ésta nos es traída por el Espíritu de Dios (v. 13-15)
3. El Padre, el Hijo y el Espíritu cooperan plena y completamente en hacer que esta verdad sea nuestra (v. 13-15).

Segundo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: 1 Reyes 8:41-43

Epístola: Gálatas 1:1-10

Evangelio: Lucas 7:1-10

El Año Eclesiástico

Con el Segundo Domingo después de Pentecostés entramos en la porción no festiva del año eclesiástico. Los textos de esta estación no festiva nos darán ejemplos de la vida del que cree en Cristo, y del poder del Espíritu Santo mientras él lleva a personas a la fe, las fortalece en su fe, y así edifica la santa iglesia cristiana.

La lección del Antiguo Testamento de *1 Reyes* es una porción de la oración que Salomón habló durante la dedicación del templo en Jerusalén. Salomón ora que “el extranjero” que no pertenece a Israel también pueda encontrar una respuesta a su oración cuando invoque a Dios en su casa.

La lección de la Epístola es la primera en una serie de lecciones de *Gálatas*. Las lecturas de Gálatas se extienden sobre un periodo de seis domingos. El propósito de estas lecciones de la Epístola para estos domingos — tal como el de las lecciones posteriores durante la estación de Pentecostés — es el de darle a la congregación la oportunidad de escuchar la lectura continua de porciones seleccionadas de varias de las cartas del Nuevo Testamento. De esta manera sobre un período de varias semanas la congregación puede escuchar importantes selecciones de una carta y obtener un conocimiento extenso de esta carta. Después de Gálatas leeremos porciones de Colosenses, Hebreos, 1 y 2 Timoteo, y 1 y 2 Tesalonicenses. En la mayor parte de los casos no habrá ninguna relación especial entre la Epístola y el Evangelio para el domingo. Entonces simplemente citaremos la referencia de la Epístola y no haremos ningún comentario a menos que la lección de la Epístola esté específicamente relacionada con el Evangelio del domingo.

La lección del Antiguo Testamento está relacionada con el *Evangelio* en el que oímos sobre un “extranjero,” un centurión romano cuyo siervo está enfermo, y que ha venido a Jesús en busca de ayuda. La forma en que el centurión actúa tanto como el mensaje que envía a Cristo en su momento de necesidad motivan a Jesús a elogiar la fe del centurión y decir que ésta era mayor que cualquiera que había encontrado en Israel. El Señor también sana al siervo del centurión. De esta manera vemos cómo el Evangelio para este domingo y la lección del Antiguo Testamento que está relacionada con él siguen el hilo del tema general de la parte no festiva del año eclesiástico tal como se ha expresado anteriormente.

El Texto — Lucas 7:1-10

Nuestros textos durante esta parte no festiva del año eclesiástico son del Evangelio según San Lucas comenzando con el capítulo 7. Lucas comienza su Evangelio al hablar del nacimiento de Juan el Bautista y del nacimiento y temprana niñez de Jesús. Siguiendo la genealogía de Jesús (genealogía que sigue la línea genealógica a través de María), Lucas presenta el ministerio de Cristo en Galilea donde Jesús también reúne a sus doce discípulos. Después de algunos de los discursos que Jesús dirige a sus discípulos y a muchas otras personas viene la historia de nuestro texto que tiene lugar cerca del final del ministerio galileo de Cristo.

Los textos para los domingos después de Pentecostés en esta serie son todos de Lucas. Siguen en orden. Las historias importantes del ministerio de Cristo son seleccionadas para estos textos que demuestran especialmente la respuesta de la gente a las llamadas del Salvador que vino a buscar y a salvar a todos los que estaban perdidos.

v. 1-6 — *Después que hubo terminado todas sus palabras al pueblo que le oía, entró en Capernaum. Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo. Y ellos vinieron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto; porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga. Y Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa; el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo.*

Capernaum, donde tiene lugar la historia de nuestro texto, era una ciudad en la orilla oeste del mar de Galilea. Jesús se quedó en esta ciudad durante mucho de su ministerio galileo (Mar. 2:1). Varios de los discípulos de Jesús eran de Capernaum — Santiago, Juan, Simón Pedro, Andrés (Mar. 1:29) y Mateo (Mat. 9:9). Una guarnición de soldados romanos estaba estacionada en Capernaum, sin duda debido a que Capernaum estaba situada en una importante ruta comercial que unía Jerusalén con Damasco.

Un centurión romano (comandante de cien hombres) estaba a cargo de esta guarnición. Ciertos hechos de este relato de Lucas indican que este centurión era un prosélito convertido a la religión judía. Los gentiles, no-judíos, que se convertían al judaísmo, podían ser de dos clases: 1) Prosélitos de la puerta — los que aceptaban muchas de las enseñanzas del judaísmo pero que no estaban circuncidados, y por lo tanto no se les permitía entrar más allá de las puertas del templo de Jerusalén que al atrio de los gentiles. 2) Prosélitos de justicia — los que aceptaban toda la ley mosaica incluyendo la circuncisión.

En primer lugar notamos la profunda preocupación de este centurión por su siervo que estaba “a punto de morir” (h[mellen teleuta'n]). Como resultado de esta preocupación el centurión buscó la ayuda de Dios. Lo hizo por medio de un pedido urgente (ejrwtw'n) a algunos de los ancianos de la sinagoga para que fueran a Jesús y le pidieran ayuda. El

centurión debe haber llegado a la conclusión de que Jesús era el Mesías prometido por Dios en el Antiguo Testamento ya que solamente alguien con poder divino podría obrar un milagro de curación.

Además, el hecho de que estos ancianos judíos tenían la voluntad de interceder por este gentil muestra que lo tenían en alta estima. No es probable que hubieran hecho esto por un no - creyente o infiel. Finalmente se nos dice que el centurión amaba al pueblo judío y les había edificado una sinagoga en la ciudad donde los miembros de la fe judía podían reunirse para estudiar las Escrituras y para orar. El centurión hizo esto para los judíos de su propio peculio (aujtov"). Esto ciertamente muestra un fuerte deseo de agradar a Dios.

Jesús no titubeó en contestar a la petición de los ancianos. Se desvió de su camino (ejporeueto) para poder ayudar.

v. 7-8 — Por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero di la palabra, y mi siervo será sano. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.

Cuando el centurión oyó que Jesús iba de camino a su casa, mandó a unos amigos para que le dijeran a Jesús que no viniera. El Doctor Lenski es de la opinión de que el centurión hizo esto porque Jesús era judío, mientras que él mismo era gentil. Para un judío era contrario a la ley de Moisés entrar en la casa de un inmundo gentil.

El texto enfatiza una razón más importante para decirle a Jesús que no viniera a su casa, una razón dada por el centurión mismo: “No soy digno” (ouj gaVr iJkanov" eijmi) ... “Ni aun me tuve por digno” (oujdeV ejmautoVn hjxivwsa). Estas palabras mostraron una gran humildad. El centurión se consideraba a sí mismo un simple hombre. Su pedido fue dirigido a Dios. ¿Cómo podía él, un pecador, recibir al Señor mismo en su casa?

El centurión añadió a ésta una razón aún más convincente: “Pero di la palabra (ajllaV eijpeV lovgw/), y mi siervo será sano.” Por medio de una palabra el Señor podía sanar al siervo que estaba a punto de morir. El centurión confiaba en el omnipotente poder de Jesús, un Señor que tenía tal autoridad que simplemente hablaba y se hacía lo que él dijera.

El centurión se puso a sí mismo como un ejemplo de autoridad. Tenía soldados bajo su mando. Les daba órdenes a estos soldados, y éstas eran obedecidas. Cuanto mayor era la autoridad de este Jesús que tenía poder divino a su disposición. Su palabra ciertamente podría obrar este milagro de sanamiento.

v. 9-10 — Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.

Hasta Jesús “se maravilló” (ejqauvmasen) cuando oyó al centurión hablar tales palabras de fe. En dos ocasiones Jesús alabó la fe diciendo que era grande — aquí en esta historia y también en el caso de la mujer de Canaán que suplicaba por su hija (Mat. 15:28). En ambos casos Jesús dijo esto sobre un gentil y no sobre un judío. Ambos se acercaron a Jesús con súplicas por otra persona y no para ellos mismos. Ambos mostraron gran humildad y ambos confiaron implícitamente en la verdad de la palabra de Cristo. Ante toda la gente — incluyendo a sus discípulos y los ancianos judíos que habían venido a verlo — Jesús abiertamente confesó que se maravillaba con la fe del centurión. (Véase Mateo 10:32).

La historia termina con la información de que “al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.” Una fe que confía en la palabra de Jesús no se verá desilusionada.

Sugerencias Homiléticas

Este es un hermoso texto para comenzar la parte no festiva del año de la iglesia, especialmente cuando pensamos en la vida de fe del cristiano, la que resulta como fruto de la obra de santificación (sentido amplio) del Espíritu Santo. Sería difícil encontrar un mejor ejemplo de tal vida llena de fe por obra del Espíritu que la del centurión de Capernaum. Hasta el Señor alabó la fe de este hombre. Esto nos lleva a nuestro tema:

¿Cuál es el Tipo de Fe que Jesús Considera Grande?

1. Una fe que no es egoísta (v. 2, 4)
2. Una fe centrada en Cristo (v. 3)
3. Una fe humilde (v. 6, 7)
4. Una fe que confía completamente en la palabra de Dios (v. 7-8)

En parte 1 hay que señalar que el centurión no estaba pidiendo nada para sí mismo. Estaba profundamente preocupado por su siervo. También mostró su naturaleza no egoísta con respecto a los que no eran de su misma nacionalidad. Los judíos podrían decir de este gentil, éste “ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga.”

La parte 2 nos muestra a aquél en quien debe estar centrada nuestra fe. “El centurión oyó hablar de Jesús.” Envió a los ancianos a pedirle a Jesús que fuera a sanar a su siervo. El profundo respeto que el centurión tuvo para con Jesús y su confianza en el poder omnipotente de Cristo se manifiestan en su actitud hacia Cristo en todo el texto. Para el centurión Jesús es Dios. Esta fe podría surgir solamente de la convicción que tuvo el centurión de que Cristo era el Mesías, el cumplimiento de todas las promesas del Antiguo Testamento sobre el Salvador.

La humildad del centurión, parte 3, es también un fruto de su fe. El centurión no hace ninguna exigencia. No pone ninguna condición. Titubea en venir a Jesús él mismo. No se considera digno tampoco de tener bajo su techo al Señor. Cristo es Dios. El centurión no es nada ante este Señor. Una fe humilde espera la gracia de Dios. No basa su petición en ningún mérito personal.

Parte 4 viene de la confesión que el centurión mismo le hizo a Cristo: “Pero di la palabra...” El hace una hermosa ilustración sobre la palabra de cualquier persona de autoridad. Ciertamente uno puede confiar completamente en la autoridad de la palabra de Dios.

Otras palabras para la misma división serían:

La Fe que Jesús Considera Grande

1. Piensa primero en otros y no en uno mismo (v. 2, 4)
2. Mira a Cristo como a Dios (v.3)
3. Depende de la gracia de Dios y no de mérito propio (v. 6,7)
4. Confía completamente en la palabra de Dios (v. 7, 8)

Hay una variación pequeña en la sugerencia que sigue:

La Fe dice, Di la Palabra

Porque:

1. Es la palabra de Jesús, el Salvador (v. 3)
2. Es la palabra de gracia (v. 6, 7)
3. Es la palabra de autoridad (v. 7, 8)
4. Es la palabra que sana (v. 9, 10)

Parte 4 en este último tema añade el pensamiento que está implícito en los bosquejos anteriores — el poder curativo de la palabra de Cristo. Jesús oye el clamor de fe. El sabe cuando la fe es sincera. El contesta la oración con toda sabiduría y poder según su promesa. Esta es la razón porque en fe le decimos, “Dí la palabra.”

Tercer Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: 1 Reyes 17:17-24

Epístola: Gálatas 1:11-24

Evangelio: Lucas 7:11-17

El Año Eclesiástico

Tal como fue el caso también el domingo pasado, la lección del Antiguo Testamento de hoy de *1 Reyes* y la del Evangelio de *Lucas* encajan. Ambos hablan de la muerte del único hijo de una viuda. En un caso Elías, como el instrumento de Dios, vivifica al niño. En el otro Jesús, por medio de su poder omnipotente, levanta de la muerte al hijo de la viuda.

Todos los milagros de Cristo demuestran que él es verdadero Dios. Durante la estación de Epifanía, los milagros demuestran cómo Jesús se manifestó como el verdadero Dios y como el Salvador prometido del mundo. Durante esta estación no festiva los milagros de Jesús presentan diferentes aspectos del Salvador. Al considerar especialmente la vida de fe de los creyentes vemos a esta viuda de Naín en el momento de una fuerte prueba. En su momento de aflicción el Salvador se le acerca con su palabra de vida y esperanza. Él manifiesta su poder sobre la muerte al resucitar a su hijo. Él también ha conquistado la muerte por nosotros. Por medio de la fe acudimos a él por ayuda y en su palabra podemos encontrar la segura esperanza de la vida eterna.

El Texto — Lucas 7:11-17

“Aconteció después,” comienza el texto para este domingo. Este texto sigue a la historia que trata de cómo Cristo sanó al siervo del centurión, el texto del domingo pasado. Este segundo milagro registrado en Lucas 7 podría haber tenido lugar el día siguiente. La Nueva Versión Internacional (NVI) traduce *ejn tw/ eJxh* “poco después.”

v. 11-12 — *Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad.*

Al sur de Capernaum en Galilea, en la falda de una montaña y cerca de un valle, estaba ubicada la aldea de Naín. Su nombre, que significa “valle de hermosura,” nos describe Naín.

El escenario de nuestro texto es dramático. Dos procesiones largas se acercan lentamente. Una procesión tiene a Jesús a la cabeza seguido no sólo por sus discípulos sino también por una multitud de gente (o[clō" poluv"). La otra procesión fue encabezada por el féretro de un “difunto” (teqnhkwv"), el único hijo de su madre que era una viuda que seguía con una multitud de personas del mismo pueblo o[clō" th" povlew" iJkanov").

Estaba a punto de tener lugar un acontecimiento muy importante. Las dos procesiones se reunieron en la puerta de la ciudad. En aquellos días las ciudades eran cercadas frecuentemente por un muro, y la gente tenía que entrar y salir por una puerta grande. ¿Fue una casualidad que las dos procesiones se reunieran en ese lugar y en ese tiempo? Jesús sabía que esta reunión iba a tener lugar justo de esta manera.

No es de ninguna manera necesario dedicar mucho tiempo a los detalles de la situación de esta viuda. Los mismos hechos hablan por sí mismos. Este era su “hijo único” (monogenhv" uiJov"), y ella era una “viuda” (aujthv h'n chvra).

v. 13 — *Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores.*

Según la costumbre de esos días los que estaban de luto seguían al féretro que era llevado por amigos. En este caso hay una enlutada principal, la madre viuda. Jesús se dirige a ella primero. Lucas se refiere a Jesús como “Señor” (oJ kuvrio"). Desde el mismo principio Jesús es Señor de la entera situación. El toma las riendas. Más tarde él demuestra su poder como Señor.

Aún como Señor sobre la situación Jesús fue movido por un profundo sentimiento de simpatía, el cual se refleja en toda su manera de acercarse a la viuda. Para describir a Jesús, Lucas emplea una palabra que indica que todo su ser interior sentía compasión por la viuda (splagcniVzomai). Fue movido por la compasión hacia ella.

Las palabras que Jesús le dirigió a la madre estaban en la forma de un mandato, “no llores” o “deja de llorar” (MhV klai'e). Este mandato no se habló con severidad ni como ninguna palabra de reprensión. Estas palabras se expresaron con un tono de simpatía, un anuncio misericordioso dirigido a la mujer para que se secaran las lágrimas, hablado por el que iba a quitar la causa de estas lágrimas. Luego estas palabras fueron seguidas de inmediato con una acción de ayuda de parte de Jesús.

v. 14, 15 — *Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate.*

La acción sigue, rápida, dramática y decisivamente. El Señor actúa con tal autoridad que nadie hace ninguna pregunta sobre lo que él está haciendo. Los que ayudaban a cargar el féretro paran tan pronto como él lo toca. El mandato del Señor es claro y directo. Le habla al difunto como si estuviera durmiendo (véase Lucas 8:52). La reacción del difunto

es inmediata. Se sienta y habla. Y Jesús, el Señor de la vida y la muerte devuelve al hombre a su madre. (Nota: Esta es una cita literal de 1 Reyes 17:23, LXX, La lección del Antiguo Testamento).

La palabra griega de “féretro” (σοροφ) se debe entender de acuerdo con las costumbres del entierro de esos días. Al cuerpo de la persona que se iba a enterrar no se ponía en un cajón de madera o de metal. Era bañado, ungido con especias de olor agradable, envuelto en tela y luego cargado sobre un armazón de palos antes de ser puesto en una tumba cavada en la piedra. En este caso nadie tenía que abrir un cajón primero. El joven pudo sentarse de inmediato. (La versión Dios Habla Hoy traduce “camilla”.)

v. 16, 17 — *Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo. Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor.*

El milagro que hizo Jesús tuvo un efecto tan grande en la gente que se llenó de pavor y reverencia. “Un gran profeta (profhvth" mevga") se ha levantado entre nosotros,” dijo. “Dios (oJ qeov") ha venido a ayudar (jEpeskeyvato — literalmente, ha mirado sobre) su pueblo.” El doctor Lenski comenta, “es una lástima que ellos (la gente) no llegue a pensar más altamente de Jesús que como en ‘un simple gran profeta.’” Además, él interpreta la siguiente afirmación de la gente en el sentido de que “un profeta es enviado antes del Mesías y que de esta manera Dios una vez más ha visitado a su pueblo.” Lenski concluye: “¡El milagro es muy grande — el efecto muy inútil!”

El doctor Kretzmann declara de manera similar, “Ellos (la gente) sintieron la presencia de Dios en este hombre de Nazaret. Pero no lo confesaron como el Mesías... Lo aclamaron solamente como un gran profeta; pensaban en su venida solamente como una visitación de la gracia de Dios.”

El doctor Franzmann, en cambio, relaciona el “gran profeta” del versículo 16 a pasajes tales como Deuteronomio 18:15, y Hechos 2:22, 23, y de esta manera indica que la gente aplicaba las profecías mesiánicas sobre este título directamente a Cristo. Estamos de acuerdo con el Doctor Franzmann. La conclusión más simple que se puede sacar de los comentarios de la gente es que se impresionó tanto con este milagro que no solamente vio el poder de Dios en él, sino también el cumplimiento de la profecía mesiánica de Moisés. La gente se quedó tan impresionada con lo que había visto que el relato (oJ lovgo") sobre este milagro se extendió no solamente en la vecina Galilea sino también en toda Judea (ejn o{lh/ th'/ jloudaiva/).

Sugerencias Homiléticas

El relato de este milagro se encuentra solamente en Lucas. Una perícopa diferente incluye este texto para el tercer domingo después de Epifanía y enfatiza que Cristo a

través de este milagro manifestó su poder divino. En esta estación no festiva, con el énfasis en la vida de fe de los creyentes, dirigimos la atención del oyente tanto al hecho de que Cristo tiene poder divino sobre la muerte como al hecho de que Jesús es el único consuelo y esperanza del creyente en la hora de aflicción y de la muerte:

Dirige Tu Atención a Jesús en el Tiempo de Aflicción

1. El viene cuando tú lo necesitas más (v. 11,12)
2. El te dirige su palabra de simpatía (v. 13)
3. El te asegura victoria sobre la muerte (v.14,15)

Otra forma de predicar este texto es enfatizar el drama de la historia misma.

Dos Procesiones se Reúnen

1. Una es la procesión de vida y de esperanza (v. 11)
2. Otra es una procesión de muerte y tristeza (v. 12, 13)
3. La vida prevalece sobre la muerte por medio del poder de Jesús (v. 14, 15)

El siguiente acercamiento se basa en las palabras de Jesús que se encuentran en el texto mismo:

¡No Llores!

1. ¿Quién habla estas palabras? (v. 11)
2. ¿Cuándo las habla? (v. 12)
3. ¿En qué sentido las habla? (v. 13)
4. ¿Por qué es que él puede hablar de esta manera? (v. 14, 15)

Cuarto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: 2 Samuel 12:1-10, 13

Epístola: Gálatas 2:11-21

Evangelio: Lucas 7:36-50

El Año Eclesiástico

Un Dios clemente perdona el pecado. El pecador que acepta por medio de la fe el regalo del perdón que proviene de Dios, demuestra su aprecio de esto por medio de obras hechas por su amor a Dios. Este es el mensaje que viene a nosotros el cuarto domingo después de Pentecostés.

La lección del Antiguo Testamento de 2 *Samuel* relata cómo Dios envió a Natán a exponerle a David su pecado. Luego David se arrepintió de este pecado y recibió del profeta la seguridad de que el Señor le había perdonado.

Pablo en *Gálatas* relata cómo él tenía que oponerse a Pedro cara a cara ya que Pedro obligó a los gentiles a seguir las costumbres judías. Con sus acciones Pedro se mostró culpable de dejar de lado la gracia de Dios y de enseñar que la justicia podía ser ganada por medio de la ley. Si esto fuera el caso, Pablo declara, entonces Cristo murió en vano.

El Evangelio de *Lucas* relata la historia de cómo Jesús fue ungido por una mujer pecadora mientras que él comía en la casa de Simón, el fariseo. Jesús demostró la diferencia entre la obra de amor hecha por la mujer y la falta de hospitalidad de parte de Simón. La mujer amó mucho ya que tenía en mucho el hecho de que sus muchos pecados le habían sido perdonados. Jesús alabó su fe que era activa en obras de amor.

El círculo ya está completo. Dios le declara al pecador penitente (Antiguo Testamento) el perdón de los pecados. El pecador no depende de sí mismo ni de su propia justicia, sino sólo de Cristo (Epístola). El pecador redimido expresa su fe en acciones de amor agradecido (Evangelio).

El Texto — Lucas 7:36-50

En la primera parte del capítulo 7 Lucas informa sobre dos milagros de Cristo. Jesús sana al siervo del centurión en Capernaum; también resucita al hijo de la viuda en Naín.

Ambos milagros tienen lugar en Galilea. Lucas no indica que haya ninguna conexión entre estos acontecimientos y nuestro texto.

En este texto Jesús demuestra cómo él acepta tanto la invitación de un fariseo como la dádiva de un pecador. Una vez más sus enemigos aprovechan la oportunidad para criticarlo. Al juzgar falsamente a Jesús demuestran cuán mal han entendido el verdadero propósito de su venida a este mundo.

v. 36 — *Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa.*

Los fariseos eran miembros de una secta judía que tuvo su inicio después que los judíos regresaron de su cautiverio en Babilonia. La secta agregó sus propias leyes a la de Moisés. Ellos creían en obedecer sus propias leyes externamente y no amaban a Dios de corazón.

No sabemos nada más sobre este fariseo sino sólo aquello que se narra aquí. Jesús lo llamó “Simón” (v. 40). No sabemos el por qué Simón invitó a Jesús. El hecho de que Jesús aceptara esta invitación muestra que él se preocupa sobre las necesidades de todas las personas, también aquellos santurrones como Simón.

Según la costumbre de ese tiempo los que participaban en una cena “se reclinaban” (kateklivqh de kataklivnw) (la persona se echaba sobre su estómago y se apoyaba sobre sus codos) en un tipo de sofá mientras comían, más bien que sentarse sobre sillas tal como lo hacemos nosotros. Esto nos ayuda a entender cómo la mujer podía alcanzar a los pies de Jesús fácilmente sin tener que meterse debajo de la mesa. Ella podía pararse detrás de Jesús y sus lágrimas caerían sobre sus pies mientras él estaba echado sobre el sofá.

v. 37, 38 — *Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los unguía con el perfume.*

El texto griego describe la apariencia de la mujer de esta manera: ijdouV gunhv (“He aquí, una mujer.”) Su presencia en la cena era una sorpresa. No se menciona su nombre. No había sido invitada a venir. Algunos intérpretes de la Biblia dicen que esta mujer era María Magdalena. Esto no se puede probar. La mujer “era pecadora” (h{ti" h\n aJmartwlov"). Tenía una mala reputación en toda la ciudad (ejn th'/ povlei) donde vivía.

Las acciones de la mujer eran extrañas y sorprendentes. En su mano ella cargaba “un frasco de alabastro con perfume” (ajlavbastron muvrou). El recipiente era hecho de alabastro, una piedra transparente algo semejante a esteatita. Los artesanos la usaban para confeccionar pequeños recipientes para aceites o perfumes. En este recipiente se

encontraba un perfume muy costoso. Antes de entrar en el cuarto, sabía lo que quería hacer. Parada detrás de Jesús ella lloró. Empapó los pies de Jesús con sus lágrimas. Los limpió con su cabello. Seguía besando los pies (*katefivlei* — el imperfecto del griego “seguía cubriendo con besos”) demostrando así su gran amor a Jesús. Finalmente derramó el precioso perfume sobre los pies de Jesús para demostrarle honor y gracias.

Jesús no se mueve mientras ella hace todo esto. Guardando silencio, él acepta su ofrenda de amor y gratitud, y también sus lágrimas de arrepentimiento. Nuevamente el Salvador muestra su compasivo amor y entendimiento de los que tienen una reputación de ser grandes pecadores.

v. 39 — *Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora.*

El fariseo juzga muy severamente a Jesús. El llama a Jesús “éste” (*ou|to*). Concluye que Jesús ni sabe que la mujer que le toca es una pecadora muy mala. Entonces ¿cómo puede ser un gran profeta? Para el fariseo todo este acontecimiento es repugnante y desagradable. Pero Jesús, que conoce nuestros pensamientos (véase Juan 1:47-49), le demuestra pronto a este fariseo cuan hipócrita es este juicio que él ha hecho sin haber hablado ni una palabra.

v. 40 — *Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Dí, Maestro.*

Hasta ahora ni una palabra se ha hablado en alta voz desde que esta mujer derramó perfume sobre los pies de Jesús. ¿Qué hará Jesús ahora? Los ojos de todos los huéspedes se fijan en él. Con voz baja él llama a Simón por su nombre. Tiene algo que decirle. De una manera cortés, sin embargo altanera, Simón consiente en escuchar. Se dirige a Jesús como “Maestro” (*didavskale*), no “Señor”.

v. 41, 42 — *Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más?*

Es fácil entender la parábola que Jesús le relata a Simón. Luego Jesús le hace una pregunta: “¿cuál de estos dos deudores amará (*ajgaphvsei*) al acreedor, es decir, cuál tendrá un mayor sentido de aprecio por el regalo?”

v. 43 — *Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquél a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado.*

La respuesta a la pregunta de Jesús es tan obvia que Simón no puede evitar darle a Jesús las palabras que él espera escuchar. Sin embargo Simón espera algún tipo de trampa. Por eso agrega las palabras “pienso” (*u&polambavnw*), como si dijera, “me imagino que esto es lo que quieras que diga. Es tan obvio; debe haber alguna trampa en tus palabras.”

Pero Jesús no le hace ninguna trampa a Simón sino más bien le dice la verdad que él oye amargamente.

v. 44-47 — *Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquél a quien se le perdona poco, poco ama.*

Jesús hace una comparación entre el comportamiento de Simón y el de la mujer a fin de mostrar lo que la respuesta de Simón tiene que ver con el presente caso. Simón ni siquiera había cumplido con las cortesías comunes que, según la costumbre de ese tiempo, el anfitrión debía haberle mostrado a un huésped. Lo que Simón había omitido hacer, esta mujer lo hizo de todo corazón y a su manera.

Luego Jesús hace la aplicación: “Amó mucho” (hgvphsen poluv) ya que apreció el perdón que ella había recibido de “sus muchos pecados” (aiJ aJmartivai aiJ pollaiv). Ella es como el deudor que debía quinientos denarios. Jesús no le pronuncia ninguna condenación a Simón por no haberle mostrado ningún amor. El simplemente añade, “Aquel a quien se le perdona poco (ojlivgon) ama poco (ojlivgon).” Simón puede hacer la aplicación apropiada.

Lutero nos hace recordar aquí que el amor que manifestó la mujer no fue la causa del perdón, como “dicen los papistas.” Luego Lutero añade, “La parábola demuestra claramente que el amor sigue a la fe.” Primero la deuda se cancela. Luego sigue la apreciación amorosa. La palabra “porque” con frecuencia indica la base sobre la que se saca una conclusión, por ejemplo: “llovió anoche porque el suelo está mojado.” A fin de hacer que esta mujer tenga una doble seguridad sobre el perdón, Jesús pronuncia las palabras de absolución:

v. 48-50 — *Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vé en paz.*

Una traducción más exacta de las palabras de absolución que habló Jesús sería “tus pecados han sido perdonados” (a*fevwntai — perfecto pasivo de a*fivhmi). El perdón ya ha sido declarado en el cielo y se aplicará a la mujer. La dádiva gratuita del perdón está allá. Ella la recibe por medio de la fe. La palabra de absolución que habla Jesús le da esta seguridad.

Los invitados ahora comienzan a ver que Jesús es aquél a quien la parábola del acreedor se refiere. Jesús cancela la deuda del pecado. ¿Puede ser posible esto? Pero los invitados no ponen esto en tela de juicio abiertamente. Ellos dicen esto “entre sí” (ejn eJautoi”).

En esta ocasión no le acusan a Jesús de ser culpable de blasfemia. Pero sí reconocen el hecho de que él actúa como si fuera Dios, ya que sólo Dios puede perdonar pecados.

Jesús no les dice más a los invitados. El tiene un interés especial en esta mujer. Le da a ella confianza al decirle, “Tu fe te ha salvado” (sevswkevn se — otra vez se emplea el tiempo perfecto del verbo). Salvar significa rescatar de un gran peligro. La “fe” (pivsti) de la mujer la ha salvado. Su fe ha aceptado a Jesús como aquél que salva del pecado. Su salvación es un hecho ya logrado. Ella ya puede “ir en paz” (poreuvou eij" eijrhvnhn). Esta paz es la condición en que se encuentran los pecadores que saben que su pecado ya no los separa de Dios. Su corazón descansa en él. Ciertamente no puede haber palabras que den una seguridad tan grande como estas palabras dichas por Jesús a esta mujer.

Sugerencias Homiléticas

Nuestro texto termina con palabras de gran certeza. Esta certeza también debe ser el pensamiento más importante que un sermón sobre este texto deja en la mente de los oyentes.

Esta seguridad positiva se destaca aún más claramente cuando se ve contra el fondo oscuro de aquéllos que a causa de un concepto equivocadamente elevado de su propia justicia se privan del amor de Cristo. Fallan en reconocer la magnitud de su pecado ante Dios. Entonces no pueden apreciar lo que significa el que Dios en su gracia haya cancelado esta deuda del pecado.

Sugerimos este bosquejo para enfatizar estos pensamientos:

¿Quién Puede Estar Seguro de Tener la Fe Salvadora? (v. 50)

1. El que sabe que su deuda de pecado es grande (v. 40-43)
2. El que acepta la palabra de perdón que habla Cristo (v. 48-50)
3. El que da evidencia de esta fe por medio de obras de amor y acción de gracias (v. 36-38, 44-47)

El bosquejo anterior requiere que comencemos con un pensamiento expresado en el último versículo del texto, y por eso las partes no siguen el orden del texto mismo (bosquejo sintético). Empleando un bosquejo analítico del texto (un bosquejo que sí emplea el mismo orden que se encuentra en el texto) sugerimos este bosquejo:

Una Fe que Obra por el Amor

1. Esta fe se manifiesta en acciones de las que uno no tiene que avergonzarse (v. 36-38)
2. Esta fe procede de un corazón agradecido (v. 40-47)
3. Esta fe tiene la certeza de perdón y paz dada por Cristo mismo (v. 48-50)

En la parábola Cristo hace una comparación entre los que aman mucho y los que aman poco. Esta comparación se aplica al amor en el corazón de la mujer y el del corazón de Simón. Esta misma comparación se puede hacer hoy:

¿Quién Tiene un Amor Mayor?

1. Tal como se juzga de acuerdo con la fe
 - A. Simón (v. 39)
 - B. La mujer (v. 48-50)
2. Tal como se juzga de acuerdo con las acciones que son un resultado de tal fe.
 - A. Simón (v. 44-47)
 - B. La mujer (v. 37, 38)

O, compare la deuda:

Los Dos Deudores en la Casa de Simón

1. La deuda del pecado que ambos debían
2. Lo que cada uno pensaba sobre esta deuda
3. La liberación de la deuda que Cristo les había ofrecido
4. La forma en que cada uno reaccionó con respecto a esta oferta

Debemos recordar que el personaje principal en el texto es Cristo. Un sermón se puede construir alrededor de él y de su amor para con nosotros. No se debe omitir, por supuesto, el amor que él espera que manifestemos nosotros como respuesta:

El Amor de Dios Revelado en Cristo

1. Jesús nos da su amor gratuitamente
2. Jesús nos inspira para que le devolvamos este amor

Enfatizando los versículos 48-50 podemos usar este tema:

Las Palabras del Salvador le Hablan a un Pecador Penitente

1. Tus pecados te son perdonados
2. Tu fe te ha salvado
3. Ve en paz

Quinto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Zacarías 12:7-10

Epístola: Gálatas 3:26-29

Evangelio: Lucas 9:18-24

El Año Eclesiástico

La lección del Antiguo Testamento de *Zacarías* predice el sufrimiento y la muerte del Mesías en la ciudad de Jerusalén. Las palabras de Zacarías encuentran su significado a la luz de su cumplimiento en Jesús.

Pablo, en la Epístola de *Gálatas*, explica que el llegar a ser un discípulo de Cristo por medio de la fe significa que hemos sido revestidos de Cristo. El vive en nosotros y nosotros vivimos por él. Le pertenecemos por completo ahora y para siempre.

El Evangelio de *Lucas* explica, en las palabras de Cristo mismo, el significado de las dos lecciones ya mencionadas arriba. Por primera vez durante su ministerio en la tierra Jesús les dice claramente a sus discípulos que él tiene que sufrir, ser muerto y resucitar al tercer día para poder cumplir su misión como “el Cristo de Dios.” También les dice a sus discípulos que por medio de su fe en él toda su vida cambiará. Ellos también tendrán que cargar con una cruz en pos de él para heredar la corona de la vida eterna (véase Apocalipsis 2:10). De esta manera las Escrituras para este quinto domingo después de Pentecostés proclaman claramente quién es Cristo, cuál es su obra principal y qué es lo que esto significa para la vida de los que le siguen.

El Texto — Lucas 9:18-24

El capítulo en que se encuentra nuestro texto comienza relatando que Jesús envió a sus doce discípulos en su primera misión independiente a las aldeas y ciudades de Palestina (v. 2-6). Después del regreso de los doce, Lucas informa de que Cristo alimenta a los cinco mil (v. 10-17). A base del Evangelio según San Mateo que también habla sobre la misión de los doce (Mateo 10:1-11:1), concluimos que Jesús estaba en Galilea en ese tiempo. Juan, que también habla de la alimentación de los cinco mil (Juan 6:1-15), informa que Jesús estaba pasando por un período de ministerio cuando “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Juan 6:66). Esto explica por qué

Jesús, en nuestro texto, explícitamente les pide a sus discípulos que den su opinión sobre él.

v. 18, 19 — *Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado.*

Notamos que Jesús “oraba” (proseucovmenon eĩnai — una construcción parifrástica de proseuvcomai). Los discípulos solos están con él. Es un momento serio. Jesús quiere escuchar lo que sus discípulos confesarán acerca de él. Pero primero pregunta sobre lo que los demás dicen sobre él. Los discípulos informan de varios rumores sobre Cristo los que están circulando entre la gente. Pero Jesús no parece atribuir gran importancia a estos rumores. Ni siquiera los discute más. Estos simplemente revelan que a la gente le falta conocimiento y entendimiento. También demuestran que es posible tener una alta opinión sobre Cristo y sin embargo fallar en tener un entendimiento correcto sobre él y su trabajo.

v. 20 — *El les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios.*

Ahora Jesús hace la pregunta de suma importancia. Esta es una prueba: Y vosotros (u&mei" dev), “¿quién decís que soy?” Jesús quiere escuchar su confesión que salga de sus propios labios.

Como es usual, es Pedro quien contesta primero. El confiesa “(tú eres) el Cristo de Dios” (toVn CristoVn tou' qeou'). El Cristo significa el Mesías o el Ungido. Esto se refiere al título que Jesús recibió cuando Dios lo ungió en su bautismo (Mateo 3:16; Marcos 1:11; Lucas 3:22). Pedro responde rápida y claramente. Aunque la gente por lo general todavía rehusaba aceptar a Cristo como su Mesías prometido, no hay ninguna duda en la mente de Pedro. Ya que Pedro actuaba como el portavoz por los otros discípulos, sabemos que todos ellos compartían esta opinión sobre el Cristo. Mateo da un informe más completo de la confesión de Pedro, incluyendo el mandato que Cristo dio al mismo tiempo sobre el Ministerio de las Llaves (Mateo 16:13-19).

v. 21, 22 — *Pero él les mandó que a nadie dijese esto, encargándoselo rigurosamente, y diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.*

Lucas une la confesión de Pedro inmediatamente con el anuncio de Cristo sobre su próxima muerte y resurrección. Los dos van juntos: la persona de Cristo y su obra redentora. Antes de este tiempo Jesús habló sobre su obra de una manera indirecta (Mateo 12:40; Juan 2:19; 3:14). Pero ahora, después de esta confesión clara, los discípulos están listos para escuchar en palabras claras e inequívocas la verdad sobre la misión de Cristo. Todas las falsas esperanzas basadas en la idea de que la obra del

Mesías era la de establecer un reino político aquí en la tierra tenían que ser desechadas por completo.

Sin embargo, ya que todavía había mucho mal entendimiento entre la gente sobre la obra del Mesías, Jesús “encargó rigurosamente” (ejpitimhvsa) a sus discípulos que no hicieran saber entre la gente que él era el Mesías. Era posible que la gente, al escuchar los reclamos mesiánicos de Jesús, hiciera algún acto político de violencia ya que no comprendían la verdadera misión del Cristo.

La profecía de Cristo sobre su próxima muerte y resurrección fue clara y enfática. Jesús sabía con exactitud la clase de amargo sufrimiento que tendría que aguantar. Estos habían sido profetizados en detalle (Salmo 22; Isaías 53). También sabía quiénes fueron los enemigos que causarían su sufrimiento y rechazo, es decir los ancianos judíos, y los sacerdotes y maestros de la ley. No había en absoluto ninguna forma de escape, ninguna cuestión sobre si este acontecimiento terrible debía tener lugar. “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado ... y que sea muerto” (dei' ... pollaV paqei'n ... ajpodokimasqh'nai ... ajpoktanqh'nai — los infinitivos del aoristo con dei' señalan hechos ineludibles). Pero no todo era tristeza y pesimismo. La gloriosa resurrección en el tercer día (th'/ trivth/ hJmevra/ ejgerqh'nai) también fue profetizada claramente por Cristo como un acontecimiento necesario que ciertamente tendría lugar.

Mateo informa que Pedro trató de disuadir a Cristo para que no siguiera en el camino de sufrimiento y muerte; este evangelista también demuestra cuan enfáticamente Jesús reprendió a Pedro por esto (Mateo 16:22, 23).

v. 23, 24 — *Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará.*

El discipulado cristiano involucra sacrificio. Estas palabras fueron dichas “a todos” (proV pavnta). Mientras que Cristo les habló de su sufrimiento, muerte y resurrección solamente a los doce, Marcos declara que “todos” aquí no significa sólo “todos los discípulos” sino “toda la gente” (véase Marcos 8:34).

“Alguien” (ti") que decida (qevlei) seguir a Cristo tiene que “negarse a sí mismo” (ajrnhsavsqw eJautoVn — aoristo imperfecto de ajrnevomai). Jesús quiere decir que tenemos que negar nuestra naturaleza natural y pecadora, esa naturaleza mala que está dentro de nosotros, que está muerta en el pecado, que sigue a Satán y que está bajo la ira de Dios (Efesios 2:1-13). Este “viejo hombre”, como lo llama Pablo (Romanos 6:6), es el esclavo del pecado y debe ser crucificado. No se le debe permitir gobernar sobre nosotros. Esta es la manera en que debe actuar uno que ha llegado a la fe en Cristo y que desea ser su discípulo.

Además un seguidor de Cristo debe “tomar su cruz” (ajravtw toVn stauroVn aujtou'). Jesús murió en una cruz. Esta era la manera en que los romanos ejecutaban a los

criminales. Llevar la cruz significa, por lo tanto, tener la voluntad de sufrir. Aún así todo sufrimiento no es necesariamente una cruz cristiana. El sufrimiento de los malvados no es lo mismo que cargar con su cruz cuando uno sigue a Cristo. Aquí Jesús se refiere a todo sufrimiento que se tiene a causa de él y por ser su discípulo. Debemos negarnos a nosotros mismos el gozo de los placeres pecaminosos porque seguimos a Cristo, pero esto no es cargar la cruz. Con frecuencia debemos sufrir que los demás se burlen de nosotros y nos ridiculicen porque somos cristianos — esto sí es cargar con la cruz. Sí, y aún puede ser necesario que seamos perseguidos debido a nuestra fe en Cristo, esto es llevar la cruz. No tenemos que buscar estas cruces de la vida cristiana. Ellas vendrán a nosotros como parte de nuestra vida cristiana. Cuando lleguen a nosotros no debemos sentirnos sorprendidos.

La última oración de nuestro texto hablada por Jesús parece ser una contradicción: “Todo el que quiera salvar su vida, la perderá.” Debemos entender sus palabras en relación con lo que acababa de decir. El que quiera salvar “su vida” (yuchv) al no negarse a sí mismo ni tomar su cruz, esa persona “la perderá” (ajpolevsei — futuro de ajpovllumi). Tal persona está en camino a la destrucción. En cambio todo el que pierda su vida por causa de Cristo la salvará. Ni la muerte puede separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús nuestro Salvador (Romanos 8:38, 39).

Esta opinión de Jesús sobre el valor de las cosas terrenales temporales en relación con las cosas celestiales eternas es una opinión que mucha gente de hoy contradice. Inclusive los así llamados seguidores de Cristo enfatizan la importancia de las cosas aquí en esta vida más bien que las de la vida venidera en el cielo. A los cristianos que esperan las cosas celestiales eternas se les ridiculiza como soñadores, personas que no tienen la voluntad de enfrentar los problemas de esta vida. Se les critica por tratar de escaparse de la realidad. Pero el cristiano sabe que la única vida verdadera es la vida que se lleva en comunión con Cristo (Filipenses 1:21), y que al morir como un creyente en Cristo es ganancia, no ninguna pérdida. Tendrá la vida eterna con Cristo en el cielo como una dádiva de la gracia de Dios (Juan 11:25, 26; 2 Timoteo 4:18; Tito 2:13).

Sugerencias Homiléticas

El pensamiento principal de este texto es la confesión que hace el cristiano sobre Cristo. Había llegado el tiempo en el ministerio de Cristo (véase la introducción al texto) cuando Jesús quería escuchar a sus discípulos hacer esta confesión. Quería que hablaran claramente sobre quién pensaban ellos que él era.

Después que Jesús oyó a Pedro hablar en lugar de todos los discípulos y dar una confesión clara que Jesús era “el Cristo de Dios,” les habló claramente a todos explicando que su misión era la de sufrir y resucitar al tercer día. Confesar la fe en esta clase de Salvador tendría un significado especial para toda la vida de un seguidor de Jesús. Vivir

como cristiano también sería una confesión, tanto por medio de los actos como por medio de las palabras. Jesús explica esto claramente en nuestro texto.

Entonces se sugieren los siguientes bosquejos:

¿Qué Clase de Confesión Espera Jesús?

1. Una de palabras que tratan de su persona y su obra (v. 18-22)
2. Una de acciones mientras vivimos por él y no para nosotros mismos (v. 23, 24)

Confesemos a Jesús como el Cristo (v. 20)

1. Sabemos lo que esto significaba para Cristo (v. 21, 22)
2. Sabemos lo que esto significa para nosotros (v. 23, 24)

Jesús también habla claramente en este texto sobre:

La Necesidad de la Cruz

1. Para sí mismo (v. 22)
2. Para todos sus seguidores (v. 23, 24)

Sexto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: 1 Reyes 19:14-21
Epístola: Gálatas 5:1, 13-25
Evangelio: Lucas 9:51-62

El Año Eclesiástico

En la lección del Antiguo Testamento de *1 Reyes* se nos dice cómo Dios tomó a Eliseo a seguir a Elías como profeta. Cuando Elías puso su manto sobre Eliseo, este último dejó a sus bueyes y siguió a Elías.

La Epístola de *Gálatas* explica que el vivir por el Espíritu de Dios significa que ya no somos dominados por los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa, sino que nosotros los cristianos mostramos los frutos del Espíritu de Dios en una vida de buenas obras.

En el Evangelio de *Lucas* escuchamos que Jesús les manifestó a varias personas que querían seguirle la clase de sacrificios que se les requeriría en su servicio.

Todas las Escrituras para este domingo señalan el hecho de que la vida de un seguidor de Cristo es una de autonegación. Nuestro servicio al Señor debe ocupar el primer lugar en nuestra vida. Cualquier cosa terrenal que obstaculice este servicio tiene que ser puesto de lado.

El Texto — Lucas 9:51-62

Este texto comienza un nuevo período en el ministerio terrenal de Cristo. El primer versículo menciona dos cosas: 1. El tiempo del ministerio de Cristo en Galilea ha llegado a su fin, y ahora él va a Jerusalén donde será muerto. 2. El tiempo de su ascensión al cielo se acerca. No queda mucho tiempo de su ministerio en la tierra. Los acontecimientos que registra Lucas desde aquí en adelante demuestran la forma en que los enemigos de Cristo se ponen más audaces en oponerse a él y a su obra entre la gente.

v. 51 — *Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.*

El tiempo del ministerio de Cristo en la tierra estaba llegando a su fin (sumplhrou'sqai — infinito pasivo de sumplhrovw, que significa llegar a cumplirse). Dios fijó el tiempo. El planeó su salvación de acuerdo con su horario. La obra de Cristo encajó en este plan.

El texto griego dice aquí: “sea recibido arriba” (ajnavlhmyi" de ajnalambavnw). Esto se refiere claramente al tiempo cuando Jesús sería recibido al cielo en su ascensión.

Al acercarse este tiempo, Jesús “afirmó su rostro” (toV provswpon ejsthvrisen) para hacer un viaje a Jerusalén. El Señor había decidido resueltamente ir allá y no se le podía desviar de este camino. Jesús sabía lo que le iba a suceder allá. Justamente poco tiempo antes les había dicho a sus discípulos que “es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas... y que sea muerto, y resucite al tercer día” (Lucas 9:22).

v. 52, 53 — *Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén.*

En su camino a Jerusalén Jesús viajó por la tierra de los samaritanos. Jesús envió a mensajeros que lo adelantaron para hacer arreglos para alojamiento. La gente de una aldea samaritana rehusó permitir que Jesús y sus seguidores se alojaran con ellos. Los judíos y los samaritanos no vivían en términos de amistad los unos con los otros. Cuando los samaritanos oyeron que Jesús estaba en camino a Jerusalén, manifestaron su desagrado al rehusarle su hospitalidad.

v. 54-56 — *Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.*

Santiago y Juan sin duda eran los mensajeros que Jesús había enviado adelante. Vieron con sus propios ojos la actitud poco amistosa de los samaritanos. Sabían que Elías le había pedido a Dios que enviara fuego del cielo para consumir a los soldados del hostil rey Ocozías (2 Reyes 1). Querían saber si debían seguir el ejemplo de Elías y mandar que fuego bajara del cielo para destruir a estos pocos amistosos samaritanos.

Jesús rehusó hacer esto. “Les reprendió” (ejpetivmhsen aujtoi"). Uno de los manuscritos griegos añade las palabras que Jesús les habló a Santiago y a Juan: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.” Podría ser que este manuscrito es correcto y que Jesús de verdad habló estas palabras. Al decirles esto, sin embargo, no estaba condenando la acción de Elías. La situación de Elías era muy diferente. En su caso él actuó en contra de un rey que había endurecido su corazón contra el verdadero Dios durante largo tiempo y a pesar de muchas advertencias. En esta ocasión Jesús vino a llamar a la gente al arrepentimiento y a rescatarla del pecado y de la condenación (véase

Lucas 19:10). El tiempo en que él iba a juzgar a todos quedaba aún en el futuro. En vez de castigar a estos samaritanos por su ofensivo comportamiento, Jesús y sus seguidores se fueron a otra aldea. En Marcos 3:17 estos dos discípulos, Santiago y Juan, son llamados “hijos del trueno” (Boanhrgev", o{ ejstin UijoiV Bronth"). Esto puede deberse a las fuertes amenazas que expresaron en esta ocasión.

v. 57, 58 — *Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré a dondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.*

Este versículo informa sobre el primero de tres casos en que ciertos hombres querían seguir a Jesús. Este hombre, a quien Mateo llama “escriba” (maestro de la ley — Mateo 8:19), dijo que estaba listo a seguir a Jesús como discípulo “a dondequiera” (o{pou ejaVn ajpevrch/) que fuera. El afirmó que ningún sacrificio sería demasiado grande. Ninguna dificultad sería demasiado difícil. La respuesta de Jesús se dio en la forma de una advertencia. Seguir a Jesús significaría vivir sin un alojamiento permanente aquí en la tierra, algo que hasta las zorras y las aves tenían. Requeriría trasladarse constantemente de un lugar a otro ya que la obra de Jesús tenía más que ver con las cosas celestiales que con los tesoros terrenales. Algunos piensan que con su respuesta Jesús le estaba reprendiendo al hombre que ansiosamente quería seguir a Jesús en su trabajo. Según ellos, Jesús le estaba diciendo al hombre que él todavía no estaba preparado para hacer los sacrificios necesarios para seguir a Jesús. Nuestro texto en realidad no dice esto. Sí dice que Jesús quería que este hombre supiera exactamente lo que significaba seguirle. Tal persona no podría preocuparse sobre conseguir una hermosa casa, un sueldo importante y las comodidades terrenales. Aun el Hijo del Hombre, mientras trabajaba para buscar y salvar a los pecadores perdidos, no tenía ningún lugar aquí en la tierra que podía llamarse su propio domicilio o lugar de descanso.

v. 59, 60 — *Y dijo a otro: Sígueme. El le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de Dios.*

En este segundo caso Jesús le extiende a un hombre la invitación de seguirle. Pero a diferencia del primer caso, este hombre no parece ser tan ansioso para seguir de inmediato. Ofrece un pretexto. Primero quiere enterrar a su padre que puede no haber estado muerto todavía en ese tiempo. Esto no nos parece ser una petición impropia si es que el padre acababa de morir. Mostrar respeto por nuestros padres que acaban de morir es ciertamente apropiado. Al mismo tiempo ciertamente no debemos permitir que consideraciones familiares obstaculicen la prédica del evangelio.

La respuesta de Jesús: “Deja que los muertos entierren a sus muertos,” tiene varias interpretaciones. Lenski escribe, “Lo que Jesús dice es que el hombre debe dejar que los que están muertos espiritualmente entierren a los suyos que están muertos físicamente.” La interpretación de Lenski se aplicaría a la muerte de un pariente no cristiano. El está muerto espiritualmente. Su entierro no tiene ningún otro propósito que poner un cadáver

en una tumba. Un hombre que puede “anunciar el reino de Dios” a los vivientes debe considerar que tal trabajo es más importante que el de participar en un entierro de un no cristiano.

Kretzmann escribe sobre este pasaje: “Jesús le dice al hombre que su deber (el de enterrar a los muertos) se puede cumplir satisfactoriamente por medio de aquéllos que tienen la ocupación de enterrar a los muertos, pero que él debe ir y seguir a Jesús proclamando en todas partes el reino de Dios.” Esta interpretación es difícil de entender.

Jesús, como sabemos, pudo juzgar el corazón de la gente. El sabía cosas que nosotros no podemos saber de ninguna manera sobre tales personas que podrían ser trabajadores en su reino. El sabía muy bien si el hombre era sincero en su deseo de seguirle o si él sólo buscaba pretextos. También sabía cuándo un llamamiento a servir era tan urgente que se tenía que aceptar de inmediato. En este caso el hombre a quien Jesús invitó tuvo que hacer una elección. O debe seguir a Jesús de inmediato, o no tendría otra oportunidad de proclamar “el reino de Dios”. En tal caso la necesidad espiritual de proclamarles a otros el reino de Cristo era ciertamente más grande que cualquier otra consideración terrenal humana, no importa cuan importante pareciera ser la necesidad terrenal. Al aplicar esta palabra de Jesús debemos mirar a nuestro propio corazón. Debemos preguntarnos a nosotros mismos, “¿Quiero yo servir a Cristo en su reino? ¿Soy tentado a dejar que relaciones humanas y necesidades terrenales hagan que no sirva al Señor con todo mi corazón? ¿Si tengo que decidir entre el llamamiento de servir a Cristo de inmediato o alguna tarea terrenal que necesita mi atención, ¿qué tiene prioridad?” El servicio a Cristo requiere nuestra completa y entera atención.

v. 61, 62 — *Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.*

Este tercer hombre parecía estar listo a servir a Cristo. Había un asunto personal, sin embargo, que él tenía que disponer primero. Quería despedirse de su familia. ¿Podría mantener su deseo de servir a Cristo después que veía a sus parientes? ¿Intentarían persuadirle para que se quedara en casa? Otra vez Jesús pudo mirar al corazón del hombre. El sabía que este hombre le estaba ofreciendo un pretexto por no haberle seguido de inmediato. Su deseo de ver a su familia era más fuerte que su deseo de servir al Señor.

Tal persona no es apto para servir en el reino de Dios, Jesús declara. El es como un hombre que ara en el campo con un yugo de bueyes. Si él no mira hacia adelante a donde va sino sigue mirando hacia atrás de donde ha venido, no podrá arar un surco derecho.

Cuando le servimos a Cristo como trabajadores en su reino, siempre debemos poner este servicio en primer lugar en nuestro corazón. A veces esto requiere que dejemos nuestra patria, nuestros amigos y parientes cercanos. No es siempre fácil hacer esto. A veces ellos exigen nuestra atención. Nos acusan de no amarlos. El Señor no espera que seamos

descorteses y poco amistosos con los miembros de nuestra familia. Pero debemos recordar que el trabajo de su reino debe ser nuestro primero y más importante servicio. Las exigencias de otros, aun las de nuestros parientes cercanos, no deben interferir con el cumplimiento de los deberes de nuestro llamamiento de servir al Señor.

Sugerencias Homiléticas

Este texto trata de dos situaciones. En la primera parte (v. 51-56) Jesús les enseña a sus discípulos que debemos ser pacientes para llevar el evangelio a la gente. Nuestro propósito no es destruir sino salvar. El empleo de la fuerza no llevará a personas al reino de Dios. El Señor “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” para sufrir y morir por los pecados del mundo. Al seguir en su camino y proclamar su evangelio, puede ser que nosotros también tengamos que sufrir burla, vergüenza y hasta persecución de parte de los no creyentes. Especialmente entonces necesitamos orar para que el espíritu de amor domine nuestro corazón más bien que el espíritu de venganza. Si llega a ser claro que la gente de cierto lugar rechaza nuestro mensaje, debemos ir a otro lugar. Pero debemos dejar el juicio final con las manos de Dios.

En la segunda parte de este texto (v. 57-62) Jesús les enseña a sus discípulos que debemos tener la voluntad de sacrificar la comodidad personal, ventaja y hasta lazos terrenales con familia y amigos para poder servirle con todo nuestro corazón cuando él nos llama a proclamar su evangelio. Debemos entender en primer lugar que con frecuencia las comodidades y ventajas terrenales tienen que ser sacrificadas cuando uno hace el trabajo del Señor (v. 57, 58). Los que tienen ganas de entrar en el servicio del Señor deben ser advertidos sobre esto de antemano. Además los lazos terrenales y las obligaciones familiares no deben ser ofrecidos como pretexto cuando el Señor nos llama a servirle (v. 59, 60). Es más importante cuidar de las cosas espirituales que de nuestras necesidades terrenales. Finalmente debemos servir al Señor con un propósito principal en mente — esto es de hacer su obra fielmente. No podemos dejar que asuntos personales nos desvíen de este propósito (v. 61, 62).

Los siguientes bosquejos son sugeridos para sermones que tratan de todo el texto:

¿Qué es lo que se Requiere de los que Trabajan por el Señor?

1. Se debe considerar las necesidades de la gente a quien uno sirve (v. 51-66)
2. Se debe considerar los requisitos de los que sirven (v. 57-62)

Seguir a Jesús Requiere un Amor no Egoísta

1. Cuando uno se enfrenta a la oposición de los no creyentes (v. 50-56)
2. Cuando uno se enfrenta a las exigencias que surgen de las necesidades terrenales (v. 57-62)

Ya que la segunda parte de este texto puede ser empleada como una unidad en sí misma, se ofrece la siguiente sugerencia para un sermón que se basa en los versículos 57-62:

Sirve al Señor con Todo tu Corazón

1. Considera de antemano los sacrificios que se te van a requerir (v. 57, 58)
2. Entiende que el trabajo de proclamar el reino de Dios siempre debe ocupar el primer lugar (v. 59, 60)
3. No permitas que te desvíen del camino del servicio al Señor (v. 61, 62)

Al aplicar el texto a los oyentes podemos mostrar que cada cristiano es llamado a seguir a Jesús y que los requisitos del discipulado a los que Jesús se refiere se aplican también a cada cristiano. Cada cristiano que sigue a Jesús es llamado a servir a Jesús. No hay tal cosa como una vida cristiana sin servicio cristiano. Esto requiere que cada cristiano haga sacrificios, que dé el primer lugar en su corazón al reino de Dios y que no sea desviado del servicio por toda clase de consideraciones terrenales. En un sentido especial este texto se aplica a los que deciden a hacer que el trabajo del Señor sea la vocación de su vida, tales como pastores, maestros y misioneros.

Dos sugerencias finales:

El Consejo que el Señor le da a los que trabajan por El

1. Entender lo que esto costará (v. 57, 58)
2. Saber lo que debe venir en primer lugar (v. 59, 60)
3. Siempre mirar hacia adelante (v. 61, 62)

Sigamos a Jesús

1. Aun cuando el camino es difícil
2. Aun cuando el tiempo es inoportuno
3. Siempre mirando hacia adelante

Séptimo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Isaías 66:10-14

Epístola: Gálatas 6:1-10, 14-16

Evangelio: Lucas 10:1-9, 16

El Año Eclesiástico

El énfasis de las Escrituras de este domingo cae en la gloria de la iglesia de Jesucristo del Nuevo Testamento. *Isaías* profetiza que Dios bendecirá abundantemente a esta “Jerusalén”, que es la iglesia de todos los verdaderos creyentes. Cuando las “naciones”, es decir las naciones paganas, sean añadidas a esta iglesia en grandes números, esta iglesia será una iglesia gloriosa. La profecía de Isaías, por supuesto, se está cumpliendo en el tiempo del Nuevo Testamento.

Pablo, en nuestra Epístola de *Gálatas*, urge a los creyentes a que nunca se cansen de usar las oportunidades que se presentan para compartir con otros la paz que tienen con Dios por medio de la cruz de Jesucristo. Pablo pudo ver la profecía de Isaías en sus vías de cumplimiento. La iglesia de Cristo del Nuevo Testamento era de verdad una iglesia gloriosa en la que los creyentes de todas las naciones eran rescatados del pecado para que pudieran participar en la paz que proviene de Dios.

Jesús, en el Evangelio de *Lucas*, también mira hacia adelante a la abundante cosecha de gente que está siendo llevada a su reino a través de la prédica de su palabra. Él envía a setenta y dos obreros y los instruye sobre cómo ayudar a recoger esta cosecha.

El Texto — Lucas 10:1-9, 16

El texto para este domingo sigue al texto del domingo pasado que fue tomado de Lucas. Recordamos que Jesús estaba en camino a Jerusalén donde iba a sufrir, morir y resucitar. Recordaremos cómo Jesús, en el texto del domingo pasado, invitó a varias personas a seguirle para “anunciar el reino de Dios” (Lucas 9:60). En el texto de hoy vemos que el Señor tuvo éxito en reunir a setenta y dos obreros para su reino.

v. 1 — *Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir.*

(Nota: Hay una variante textual acá. El texto griego de Nestle-Aland tiene “setenta y dos,” pero su decisión no se basa sobre la evidencia textual, sino sobre la opinión de

redactores modernos. La versión Reina Valera tiene “setenta.” En los siguientes comentarios seguiremos el texto que lee “setenta y dos.”)

Los “otros” (eJtevrrou) setenta y dos que el Señor “designó” (ajnevdeixen — aoristo de ajnadeivknumi — nombrar públicamente a un oficio) y envió “dos en dos” (ajnaV duvo) no incluyen a los doce apóstoles. Estos hombres fueron escogidos de entre la gente que acompañaba a Jesús. Fueron escogidos para cumplir con una tarea específica, es decir, ir delante del Señor y preparar a la gente para su venida. Salían de dos en dos para poder ayudarse mutuamente en este trabajo.

Podemos comparar el trabajo de estos hombres al de la gente de nuestras congregaciones en el trabajo de la evangelización. Antes que salgan a invitar a nuevas personas a nuestras iglesias, les instruimos tal como lo hizo Jesús. Su consejo al enviar a estas personas en pareja es un buen consejo que debemos seguir. De esta manera pueden animarse y fortalecerse el uno al otro.

v. 2 — Y les decía: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

Con frecuencia Jesús usa este cuadro del mundo como un campo listo para la cosecha (véase Mateo 9:37; Marcos 4:29; Lucas 13:30; Juan 4:35). La “mies” (qerismov) significa todos aquéllos que por medio de la prédica del evangelio llegarán a creer en Jesús como su Salvador. Esta cosecha (mies) es “mucha” (poluv), les promete Jesús a sus obreros. Pero los obreros son “pocos” (ojlivgoi). Desgraciadamente esto siempre es la verdad. Cuando consideramos que hay millones de personas que todavía no reciben el mensaje del evangelio, entendemos aun hasta el día de hoy cuán grande es la necesidad de obreros.

¿Pero qué es lo que debemos hacer sobre esta situación? Cada cristiano, inclusive los obreros mismos, “deben pedir” (devomai — suplicar, rogar). Siempre debemos recordar que sólo Dios puede bendecir el trabajo que hacemos en su nombre. Cada vez que oramos el Padrenuestro, le pedimos que el reino de la gracia de Dios, su iglesia, venga a nosotros mismos y a otros por medio de la prédica de Dios. Dios también nos asegura que tales oraciones serán escuchadas y contestadas (Salmo 50:15; Mateo 7:7, 11; Juan 16:23; Hebreos 4:16; 1 Juan 5:14)

Con frecuencia nos olvidamos de orar de la manera que Jesús nos exhorta. Tal vez pensamos que si estamos trabajando para el Señor, él sabe lo que estamos haciendo y no tenemos que decirle esto ni tampoco pedir su ayuda. Sin embargo, por medio de nuestras oraciones mostramos que entendemos que nuestra fuerza tiene que venir de Dios (Juan 15:5) y que su poder bendecirá a nuestro trabajo (Isaías 55:11; Santiago 1:17).

v. 3, 4 — Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino.

En Mateo 10:16 Jesús les dice lo mismo a sus doce discípulos. “¡Id!” (uJpavgete), Jesús les manda a sus obreros. Hacen esto en su nombre. Entonces pueden ir “como corderos” (wJ" a[rna"). No confían en su propia fuerza aun cuando están entre gente que es como “lobos” (luvkoí). Por naturaleza los no creyentes, a los que ellos irán, son enemigos que los quieren destruir, sí, como animales salvajes que los quieren devorar. La gente de este mundo no ama a Cristo ni su evangelio. Muchos consideran que el mensaje de la cruz de Cristo es “locura” y “una piedra de tropiezo” (1 Corintios 1:18-23). A causa de Jesús sus mensajeros pueden esperar ser odiados por los no creyentes (Mateo 10:22; 24:9). Pero Jesús, el que envía, promete estar con ellos siempre. (Mateo 18:20).

Estos obreros del Señor también deben confiar completamente en el Señor para que provea sus necesidades terrenales. No deben llevar plata ni provisiones ni ropa extras. El Señor arreglaría las cosas a fin de que ellos recibieran apoyo de otros. Ya que las saluciones que hacían en el camino podrían demorar el trabajo, el Señor quiere que eviten esta costumbre y que se apresuren a visitar las casas.

v. 5-7 — En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa. Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, se volverá a vosotros. Y posad en aquella misma casa; comiendo y bebiendo lo que os den; porque el obrero es digno de su salario. No os paséis de casa en casa.

El trabajo de los mensajeros de Cristo se debía llevar a cabo en las casas (e*n oijkivai") de la gente, lo que nosotros hoy llamamos una “iglesia en casa.” Debían entrar en cada casa con una salutación de paz (eijrhvnh tw/ oi[kw/ touvtw/). Esto incluía más que solamente un saludo de cortesía. Ella ofrecía especialmente esa paz que fue establecida por la obra del Mesías prometido. Si esta salutación fue aceptada por “algún hijo de paz” (uiJoV" eijrhvnh" — una expresión griega que significa una persona de paz), esa persona recibiría verdaderamente la bendición de paz que proviene de Dios. Si fuera rehusada, la bendición regresaría al que la dio.

El Señor no quería que estos mensajeros de paz fueran de prisa de una casa a otra. Deberían quedarse en la casa en la que fueron recibidos de una manera amistosa, comer y beber lo que la gente les ofrecía y hacer todo lo posible para preparar el camino para la llegada de Cristo a esta aldea.

En relación con esto, el Señor habló desde un principio sobre el apoyo que debía prestarse a sus trabajadores. El dijo que merecían ser apoyados por la gente a quienes servían con la palabra. No deben exigir este apoyo. Pero tenían todo derecho de recibir (véase 1 Corintios 9:11-14; 1 Timoteo 5:18; Gálatas 6). El trabajador merece su salario.

v. 8, 9 — En cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios.

Lo que era aplicable a las casas individuales se aplicaba también a la aldea entera. Aquí también los mensajeros del Señor debían trabajar y debían comer lo que les fuera ofrecido. Una parte de su trabajo era “sanar a los enfermos” (qerapeuvete touV" ajsqenei"). El Señor les dio este poder especial de hacer milagros de curación a fin de ayudar a establecerse como mensajeros de Dios.

Su mensaje se sintetizaba en las palabras: “Se ha acercado a vosotros el reino de Dios” (h!ggiken ejf· uJma" hJ basileiva tou' qeou'). El reino de Dios es un gobierno de gracia que trae salvación a los creyentes en Jesucristo. Este mismo mensaje fue proclamado por Juan el Bautista, el precursor de Cristo (véase Mateo 3:2; 4:17). Ese reino ahora estaba cerca en la persona de Jesucristo. El griego emplea el tiempo perfecto del verbo que implica que este gobierno clemente ya se había establecido y era una realidad presente. Los que aceptarían a Cristo por medio de la fe como Señor y Salvador entrarían en el reino de la gracia de Dios con la certeza de la salvación eterna.

v. 16 — *El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió.*

Con esto Jesús puso fin a sus palabras que dirigió a los setenta y dos que habían sido escogidos como mensajeros. Los mensajeros de Cristo llevarían su palabra. Aceptar esta palabra era lo mismo que aceptar a Jesús. Rechazar esta palabra era lo mismo que rechazar a Jesús. Y ya que el Padre envió a su Hijo, estarían rechazando al Padre también. Lo mismo se aplica a la palabra de Cristo hoy.

Sugerencias Homiléticas

En el texto del último domingo, el Señor extendió una invitación a ciertas personas a seguirle y a trabajar para él en su reino. El texto de este domingo comienza donde el texto anterior terminó. Setenta y dos hombres aceptaron la invitación de Cristo. Los comisionó, es decir, los envió a hacer el trabajo de su reino.

Su asignación es para un tiempo específico y para un propósito específico — preparar a la gente en esos lugares donde el Señor mismo iría. Podemos comparar esta situación, entonces, al nombramiento de obreros para un programa de evangelización en una congregación cristiana.

El texto está arreglado de tal manera que los siguientes bosquejos siguen el mismo orden de los versículos del texto:

El Señor Nombra a Sus Obreros

1. Les dice por qué los necesita (v. 1, 2)
2. Les explica la forma en que deben llevar a cabo su tarea (v. 3-9)
3. Les da la autoridad de hacer su trabajo (v. 16)

Cuando el Señor dice “Vé”

1. Vé con una oración (v. 2)
2. Vé con su fuerza sola (v. 3, 4)
3. Vé con un mensaje de paz (v. 5-9)
4. Vé con su autoridad (v. 16)

Octavo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Deuteronomio 30:9-14

Epístola: Colosenses 1:1-14

Evangelio: Lucas 10:25-37

El Año Eclesiástico

En la lección del Antiguo Testamento de *Deuteronomio* Dios le instruye a Moisés una vez más a mandar leer toda la ley a toda la gente por lo menos una vez cada siete años.

La Epístola de este domingo comienza una serie de lecturas para varios domingos consecutivos de la carta de Pablo a los *Colosenses*. El apóstol elogia a sus compañeros en la fe en Colosas por haber dado evidencias de los frutos de la fe al mostrar obras de amor. Pablo les asegura de sus oraciones continuas por ellos, a fin de que puedan compartir la herencia eterna en el cielo, que Cristo ha ganado por ellos al derramar su sangre.

El Evangelio de *Lucas* habla sobre un “experto en la ley” (un intérprete de la ley) que pregunta qué es lo que debe hacer para heredar la vida eterna. Jesús responde al pedirle una explicación de la ley. El intérprete de la ley sintetiza la ley según las palabras que se encuentran en las Escrituras del Antiguo Testamento. El “experto en la ley” le confiesa a Jesús que él necesita más explicación sobre quien es de verdad su prójimo. Jesús cuenta la muy bien conocida parábola del buen samaritano en la que él señala claramente que nuestro prójimo es cualquier persona cuya necesidad nos es evidente y a quien podemos ser de ayuda.

“El amor es el cumplimiento de la ley” es una síntesis de las lecciones de las Escrituras para este domingo.

El Texto — Lucas 10:25-37

Este texto cae entre dos afirmaciones significativas de Cristo. Antes de las palabras de nuestro texto Jesús les dijo a los setenta y dos discípulos que ellos fueron bendecidos, ya que el Padre les había revelado el evangelio por medio de su Hijo (v. 21-23). En la sección que sigue a nuestro texto, Jesús visitó la casa de María y Marta. Allí enfatizó que su palabra es la “sola cosa necesaria” para llevar salvación a su pueblo. Estos dos relatos, tal como veremos, dan el trasfondo necesario para entender la parábola del buen samaritano.

v. 25-28 — *Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás.*

Una traducción exacta de las primeras palabras de nuestro texto es: “Y he aquí” (kaiV ijdouv). Jesús había hablado sobre la bienaventuranza (makavrioi) de sus discípulos (v. 23, 24). El experto en la ley (nomikov") habló sobre el heredar la vida eterna (zwhVn aijwvniou klhronomhvsu). Ambos Jesús y el intérprete de la ley estaban hablando de la misma cosa. Sólo Jesús había demostrado que tal bienaventuranza viene por la gracia. El intérprete de la ley estaba hablando sobre el hacer algo (tiv poihsa") para ganar la vida eterna.

El intérprete de la ley era de una clase de los judíos que estudiaban las Escrituras del Antiguo Testamento (“la ley”) con énfasis especial en los libros de Moisés. Generalmente se pensaba que estos hombres eran autoridades en interpretar y enseñar la ley de Moisés. Pero en el tiempo de Jesús habían perdido de vista el evangelio que también fue proclamado por Moisés y por los profetas. Pensaban que Moisés enseñaba la salvación por medio de las obras de la ley. Entonces fue natural que el intérprete de la ley pensara que podría hacer algo para ganar la vida eterna. Por naturaleza todos somos como este intérprete de la ley. A nuestra naturaleza pecaminosa le gusta pensar que podemos ganar la salvación al hacer algo.

Jesús dirigió al abogado a las Escrituras en las que él debía ser un experto. Jesús le preguntó, “¿Cómo lees [la ley]?” (ajnaginwvskw — leer con entendimiento). La respuesta del intérprete de la ley mostraba su manera de leer lo que estaba escrito, la forma en que él entendía las Escrituras. Jesús aceptó la respuesta del hombre como una afirmación correcta de Deuteronomio 6:5 y Levíticos 19:18. Al agregar “haz esto y vivirás” (tou'to poivei kaiV zhvsh/), Jesús trataba de lograr que el hombre entendiera lo que significaba aplicar a su vida diaria las palabras que él había hablado.

Debe ser bien obvio a cualquier pecador que él no puede amar a Dios con todo su ser — ni a su prójimo como a sí mismo. Esta palabra sobre este amor que sale del corazón debe convencer a cualquier hombre sobre sus pecados y hacer que se desespere de hacer por sí mismo cualquier cosa que lo lleve a la vida eterna.

El experto no vio su incapacidad de hacer lo que la ley le dijo que hiciera. No quería admitir que él no había cumplido con las exigencias de la ley. Entonces hizo otra pregunta.

v. 29 — *Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?*

El conocimiento experto que el hombre tenía de las palabras de la ley no era suficiente. Este no le había mostrado a quién debía amar como su prójimo.

Si es que el hombre espera dar la apariencia de que es un hombre recto (divkaio") según la ley, él tiene que poner límites a la ley de Dios. El debe permitir excepciones a las reglas a fin de poder moldear la ley de Dios a su gusto. Nuestra naturaleza pecaminosa no quiere mostrar amor a los que según nuestra forma de pensar no lo merecen. La pregunta: “¿Y quién es mi prójimo?” (tiv" ejstivn mou plhsivon) revela una actitud que quiere evitar responsabilidad plena. La ignorancia de la ley no se acepta como pretexto en ninguna corte, ni humana ni divina. Jesús ahora cuenta la parábola del buen samaritano para revelar la falsa actitud del hombre.

v. 30-35 — *Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, lo vio cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese.*

Esta parábola no necesita ninguna llave. Es una ilustración que no necesita ninguna interpretación especial. Su significado es claro. Mi prójimo es cualquier persona cuya necesidad me es evidente a quien yo pueda servir de ayuda. Jesús de esta manera voltea la pregunta del intérprete de la ley para que ya no lea “¿Quién es mi prójimo?” sino “¿A quién puedo servir de prójimo?”

El “sacerdote” (iJereuv") y el “levita” (Leuivth") en la parábola de Cristo eran líderes religiosos tal como el intérprete de la ley. Conocían bien las Escrituras. Pero ellos tenían la tendencia de hacer la misma pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” Sin duda ellos razonaban que no estaban obligados a ayudar al hombre que estaba medio muerto porque él no merecía su ayuda. En su opinión no era ningún pariente ni amigo íntimo ni nadie a quien le debían un favor. Concluyeron que el hombre no era ningún prójimo suyo a quien tenían la obligación de ayudar — por lo menos no en su manera de entender la ley.

El “samaritano” (Samarivth") pertenecía a una raza mixta a la que los judíos odiaban. Los judíos consideraban que los samaritanos eran paganos, gente que estaba fuera del alcance de la gracia y favor de Dios, aunque sí profesaban seguir los cinco libros de Moisés. Los judíos no querían tener nada que ver con esa raza mixta que vivía en Samaria, el territorio que estaba ubicado entre las provincias de Judea y Galilea. Ordinariamente los samaritanos tampoco tenían nada que ver con los judíos. El odio entre los judíos y los samaritanos era mutuo.

El samaritano también podría haber pensado, “Este hombre herido nunca me podría ayudar. ¿Por qué es que debo ayudarlo? No creo que él sea mi prójimo.” Pero el samaritano actuaba de acuerdo con la actitud de uno que pregunta, “¿A quién puedo considerar yo mi prójimo?” Fue movido a compasión con uno que desesperadamente

necesitaba la ayuda que él le podía dar. Su corazón no guardaba nada en reserva en cuanto a este hombre necesitado, y entonces le prestó una mano de auxilio. Después que le dio al hombre los primeros auxilios, cuidó de él personalmente. Además pagó una ayuda posterior en el mesón. Hasta tenía la voluntad de pagar el costo adicional del cuidado que posiblemente se necesitara. Los “dos denarios” (duvo dhnavía) eran el sueldo de dos días.

v. 36, 37 — *¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? El dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Vé, y haz tú lo mismo.*

Jesús dejó que el intérprete de la ley mismo pronunciara la lección de la parábola. Al voltear la pregunta del intérprete de la ley, Jesús lo obligó a dar una respuesta que él no podía evitar. Cuando Jesús le dijo al intérprete de la ley que hiciera lo mismo que hizo el samaritano, Jesús quería que él se diera cuenta que la disposición de su corazón no estaba bien y de aquí que su pensamiento estaba mal. De esta manera tierna pero firme Jesús le predicó la ley a este hombre a fin de guiarlo a reconocer su pecaminosidad.

Sugerencias Homiléticas

La ley debe predicarse a todos aquéllos que piensan que pueden ganar la vida eterna por medio de sus propios esfuerzos. Deben ser convencidos de su pecaminosidad antes de que estén listos para oír el perdón de los pecados en el evangelio.

Aunque el evangelio no se podía predicar al intérprete impenitente, hay sin embargo indicaciones de la buena nueva en este texto. El texto muestra que Jesús no aceptaría el pensamiento del intérprete de que la vida eterna se puede ganar por medio de hacer algo. Esto nos hace recordar que la salvación es ganada aparte de las obras de la ley y sin ellas. El ejemplo del samaritano demuestra que la disposición del corazón de una persona — su ser interior — debe estar bien antes que él pueda hacer lo bueno. Sabemos que solamente el evangelio puede convertir el egocentrismo natural del corazón en verdadero amor y compasión.

Conocer, creer y recibir el amor y la compasión del Padre en Cristo Jesús es la única manera de conseguir un corazón que se dedique a amar y servir a otros más bien que a uno mismo. Solamente cuando una persona ha sido tocada por la buena nueva del perdón es posible que comience a amar al Señor su Dios con todo su corazón — y a su prójimo como a sí mismo.

Podemos comparar el amor del samaritano con el amor y la compasión que el Hijo de Dios, nuestro Salvador, nos ha mostrado a nosotros. No guardó nada en reserva, sino que entregó todo para ayudarnos en nuestra desesperada condición. Puso su vida para rescatarnos de la muerte eterna, para darnos la vida eterna — un regalo de pura gracia.

A continuación se encuentran algunas sugerencias para bosquejos:

¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?

1. ¿Qué es lo que dice la ley?
2. ¿Qué es lo que dice el evangelio?

En la parte 1 hay que dirigir la atención de los oyentes a la pregunta que hizo el intérprete de la ley sobre lo que él debía hacer para heredar la vida eterna (v.25). Note cómo Jesús contestó esta pregunta al señalar las estrictas exigencias de la ley de Dios (v. 26-28). Cuente la historia del buen samaritano para mostrar hasta qué punto los seres humanos pueden cumplir verdaderamente las exigencias de la ley (v. 30-37).

Habiendo demostrado claramente por medio de la enseñanza de Cristo que no podemos esperar ganar nuestra salvación por medio del cumplimiento de la ley, presente Ud. en parte 2 la verdad que somos salvados sólo por la gracia por medio de la fe en la promesa de Dios en el evangelio. Use otros pasajes claros de las Escrituras (Juan 3:16; Romanos 1:16; 3:23, 24; 3:18; Efesios 1:7). Aquí la historia del samaritano también puede servir como una ilustración del amor de Cristo para con nosotros que estábamos perdidos en el pecado.

Jesús dice, “Ve, haz tú lo mismo”

1. ¿A quién debemos ir?
2. ¿Qué es lo que debemos hacer?

Cuando enseñamos la verdad de la exhortación del Señor que se encuentra al final de la parábola (v. 37), debemos estar seguros de hacerle recordar a los oyentes que solamente los que han aprendido el amor de Dios en Cristo tendrán la motivación correcta para “ir y hacer lo mismo.”

Al usar solamente la parábola del buen samaritano como un texto (v. 29-37), podemos usar la pregunta del intérprete de la ley como un tema:

¿Quién es mi prójimo (v. 29)

1. La respuesta del sacerdote y del levita (v. 30-32)
2. La respuesta del samaritano (v. 33-35)

Noveno Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Proverbios 8:22-35

Epístola: Colosenses 1:21-28

Evangelio: Lucas 10:38-42

El Año Eclesiástico

En la lección del Antiguo Testamento de *Proverbios* Salomón alaba al Señor que lo “poseía”, lo escogió y cuidó de él ya antes que comenzara el mundo. Es de verdad una parte de la sabiduría, entonces, prestar atención a la instrucción que Dios les da a sus hijos en su palabra.

La Epístola es una continuación de las lecturas de *Colosenses*. Pablo glorifica a Cristo, la cabeza de la Iglesia que es su cuerpo. Y por causa de Jesús Pablo hace su labor de acuerdo con el poder que el Señor le da.

El evangelio de *Lucas* es la historia familiar de María y Marta. María, que escucha la palabra de Cristo, “ha escogido la buena parte” en su servicio al Señor. La lección del Antiguo Testamento y el Evangelio de este domingo señalan a esa “una cosa necesaria,” que es la instrucción de la palabra de Dios. La Epístola señala a Cristo que es el centro de toda la enseñanza de las Escrituras.

El Texto — Lucas 10:38-42

Es muy probable que Jesús estuviera en camino a la Fiesta de la Dedicación (véase Juan 10:22). Al acercarse a Jerusalén se detuvo en la aldea de Betania (Casa de Dátiles) a unos tres kilómetros al este de Jerusalén en la falda sudeste del monte de los Olivos.

v. 38 — *Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa.*

No sabemos quién era esta Marta, salvo que era la hermana de María y de Lázaro de Betania. Algunos han sugerido que ella era una mujer adinerada, ya que leemos que ella le recibió a Jesús en su casa (εἰς τὸν οἶκόν αὐτῆς). Pero esto puede significar simplemente que ella recibió a Jesús en la casa donde ella vivía, y no necesariamente en la casa de la que ella era dueña. Lo recibió en su casa (ὑπέδειξε τὸν οἶκόν αὐτῆς — le abrió su casa). Le dio la bienvenida y estaba contenta de tenerlo como su huésped. Esta era una casa en la que Jesús siempre era bienvenido, y sabemos que él estuvo allá más de una vez durante

sus viajes, ya fuera entrando o saliendo de Jerusalén. No se sabe cuál fue el propósito de su visita en esta ocasión, pero esta visita de Jesús en la casa de Marta, María y Lázaro nos ha dado una lección muy valiosa sobre el respeto apropiado hacia la palabra de Dios.

v. 39 — *Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra.*

María, la hermana de Marta, se sentó a los pies de Jesús y escuchaba su palabra (h[kouen toVn lovgon aujtou']). Esto significa que ella escuchaba con bastante atención lo que Jesús decía. Estaba más interesada en lo que Jesús tenía que decirle que en ocuparse en servirle comida y bebida. La mejor bienvenida que María podía darle era escuchar con atención devota cada palabra que él le decía.

v. 40 — *Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.*

Marta, la que le había dado a Jesús la bienvenida a su casa, sintió que era su deber preparar una comida deliciosa para el Señor y hacer que su estadía en su casa fuera la más cómoda posible. No se le ocurrió que el Señor tenía algo que decirle. Estaba “preocupada” (perispavw) con todo lo que pensaba que tenía que hacer. Había tantas cosas que alistar para el Señor, tantos detalles para la preparación de la comida que había planeado para su Señor, que se preocupó mucho sobre los quehaceres. Sintió que necesitaba la ayuda de María en la cocina para preparar todo a tiempo.

Con todo esto en su mente, se le acercó al Señor y le pidió que le enviara a María a ayudarlo en la cocina y a compartir la labor de preparar la comida. Algunos piensan que al hacer esto estaba echándole la culpa a Jesús por haber detenido a María y por haber obstaculizado que ésta ayudara a Marta en la cocina. No hay nada en el texto que indique que ésta era su intención. Marta sintió que María no tenía tanto interés en servirle al Señor como la tenía ella y que María debía ayudar primero en la cocina antes de escuchar lo que Jesús tenía que decir.

v. 41, 42 — *Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.*

A Marta se le había olvidado que Jesús no había venido al mundo a ser servido sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos. Ella pensaba en el Señor como alguien que esperaba recibir bastante atención más bien que en el Señor que le daría la seguridad de la vida eterna.

Jesús no estaba desagradecido por lo que Marta estaba haciendo por él, pero él sentía que lo que María estaba haciendo era mucho mejor, mucho más importante que lo que Marta estaba haciendo. Jesús no reprende a Marta por haberle servido, sino dice que su tipo de servicio le ocasiona mucha preocupación y cuidado a ella. Aunque su servicio puede

haber hecho que la visita de Jesús en su casa fuera más cómoda y agradable para él, no es de ningún beneficio para Marta. Lo que María hace, sin embargo, es de beneficio para ella misma.

Jesús luego señala que “solo una cosa es necesaria” (eJnoV" dev ejstin creiva). No dice específicamente lo que esa cosa es. Algunos han dicho que la “cosa necesaria” de la que Jesús habla es la gracia de Dios, o Jesucristo, o el cuidado del alma por medio de prestarle atención a la palabra de Dios, o el escuchar la palabra de Dios, o la fe. De lo que se ha dicho sobre María, lo que es la “cosa necesaria” es claro. Nos dice que María se sentó a sus pies y escuchaba su palabra (h[kouen toVn lovgon aujtou'). Su palabra es esa “cosa necesaria”.

Sí, María escogió “la buena parte” (thVn ajgaqhVn merivda), y lo que ella había escogido hacer no le será “quitado” ni negado. Al escoger escuchar la palabra de Jesús, María evitó todo el cuidado y la preocupación que Marta estaba experimentando en su forma de responder a la presencia de Jesús en su casa. Marta sólo podía pensar en dedicar bastante trabajo y esfuerzo a la preparación de una comida deliciosa para el Señor, mientras el Señor estaba ansioso de que ella escuchara las palabras maravillosas que él tenía que decirle sobre la vida y la salvación eterna.

Sugerencias Homiléticas

Al predicar sobre este texto debemos tener cuidado en no poner mucho énfasis en lo que Marta hizo y en lo que María hizo, sino más bien en lo que Jesús dijo. El punto importante de este texto es que “sólo una cosa es necesaria,” la palabra de Dios. Esto es lo que se debe enfatizar en el sermón.

Aquí hay algunas sugerencias de bosquejos para sermones:

Ven y Siéntate a los Pies de Jesús

1. Deja atrás el cuidado y la preocupación que distrae (Marta)
2. Escucha la bendita palabra salvadora del Señor (María)
3. Obtén calma y fuerza, luz y paz para tu alma.

El Huésped que se Convirtió en Anfitrión en Betania

1. Jesús vino trayendo sus dádivas salvadoras
2. Marta trató con Jesús como a un huésped
3. María aceptó a Jesús como al anfitrión al escuchar su palabra y al escoger “la buena parte”

Una Cosa es Necesaria

1. Conócela plenamente (v. 39)
2. Busca solamente esto (v. 40, 41)
3. Guárdala firmemente (v. 42)

¿Qué es la Unica Cosa Necesaria?

1. La palabra y los actos salvadores de Dios — No nuestra obra.
2. La palabra y la gracia salvadora de Dios — No nuestro mérito.
3. La palabra y las dádivas salvadoras de Dios — No ninguna cosa que traemos nosotros.

Décimo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Génesis 18:20-32
Epístola: Colosenses 2:6-15
Evangelio: Lucas 11:1-13

El Año Eclesiástico

La vida de un cristiano es una vida de oración. La lección del Antiguo Testamento de *Génesis* y el Evangelio del Nuevo Testamento de *Lucas* nos muestran cuán importante es que un creyente exprese su fe mediante la oración a su Padre Celestial. Vemos a Abraham suplicar por las ciudades malvadas de Sodoma y Gomorra. Tenemos un ejemplo sobresaliente de Cristo cuando enseñaba a sus discípulos a orar.

La Epístola de *Colosenses*, una continuación de nuestras lecciones de esta carta de San Pablo, proclama a Cristo como el verdadero Dios, que vencerá completamente a todos nuestros enemigos.

El Texto — Lucas 11:1-13

El texto le presenta al pueblo de Dios una lección sobre la oración. Una lectura rápida del texto indica que Lucas está pensando en dos cosas en esta lección sobre la oración. En la parte del texto (v. 1-4) que presenta la oración del Señor (véase Mateo 6:9-13), el énfasis cae en lo que los hijos de Dios deben pedir en la oración. En la parte del texto que contiene la parábola (v. 5-13) el énfasis cae en la forma en que los hijos de Dios deben orar (véase Mateo 7:7-12). La parábola del juez injusto en Lucas 18:1-8 enseña una verdad similar a la que Jesús enseña aquí.

v. 1 — *Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.*

El día y el lugar (“un lugar”) no eran importantes. El que Jesús ore sí era importante. Lucas menciona frecuentemente que Jesús oró (3:21; 5:16; 6:12 [toda la noche]; 9:18, 28, 29). Los discípulos tuvieron muchas oportunidades en las que pudieron observar a Jesús orar. Bien sabían que Juan el Bautista les había enseñado a sus discípulos a orar. (Lucas 5:33). Los discípulos del Señor querían que Jesús les enseñara a orar tal como Juan les había enseñado a sus discípulos a orar. Probablemente cuando oyeron a Jesús orar se

dieron cuenta de cuán débiles eran sus propias oraciones en comparación. Entonces su deseo de esta lección en la oración fue natural.

Su súplica nos hace recordar que el orar bien es algo que tenemos que aprender. Necesitamos la ayuda de Dios para aprender a orar correctamente. Y toma práctica el perfeccionarlo.

v. 2-4 — *Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.*

Nótese en Mateo 6:9-13 que esta oración tiene siete peticiones. La forma registrada por Lucas en el texto griego omite dos de las siete (“hágase tu voluntad, como en el cielo,” y “mas líbranos del mal”). El Espíritu Santo inspiró los dos relatos. La diferencia entre las dos formas indica que Jesús tenía el propósito de proveer a sus discípulos un patrón de oración más bien que una forma fija para la memorización y la recitación. La oración contiene (a) súplicas de bendiciones espirituales para todos los hombres (“santificado sea tu nombre” “venga tu reino”); (b) súplicas de bendiciones materiales para todos los hombres (“pan de cada día”); y (c) súplicas de bendiciones espirituales para el pueblo de Dios (“perdónanos nuestros pecados,” “no nos metas en tentación”).

Para una breve explicación del significado de cada una de las peticiones, repase usted la explicación del Doctor Lutero de estas peticiones que se encuentra en su Catecismo Mayor. Un estudio más completo de este texto debe en verdad incluir un estudio del significado del “nombre” de Dios, “su reino”, “el pan de cada día,” etc. Es casi imposible tratar adecuadamente con el Padre Nuestro y también, en el mismo sermón, tratar del resto del material que se ofrece en este texto. Entonces preferimos en este sermón referirnos al Padre Nuestro solamente de una manera general. En realidad cada parte del Padre Nuestro merece un sermón completo.

El Padre Nuestro contiene solamente una petición para las bendiciones materiales, y seis peticiones para las bendiciones espirituales (seis en el relato de Mateo, cuatro en el de Lucas). Esta oración contiene peticiones que buscan la bendición de Dios para todos los hombres y peticiones que buscan sus bendiciones para todos los cristianos. Ninguna de las peticiones pide solamente por mí o por los míos. Esto es parte del patrón que Jesús quiere enseñarnos en nuestra vida de oración.

El Padre Nuestro comienza con la palabra “Padre” (Pavter). Cuando Jesús habló las palabras de la oración en su lengua materna, él probablemente usó la palabra familiar “Abba” (véase Marcos 14:36; Romanos 8:15). Después de la lección en qué se debe pedir, Jesús continúa la lección enseñándoles a sus discípulos cómo orar.

v. 5, 6 — *Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante.*

Esta parábola breve (v. 5-9) ayuda a los hijos de Dios a entender lo que significa el poder llamar a Dios “Abba” o “Padre.” Podemos acercárnosle y hablarle de la manera en que un niño lo hace con su padre amoroso. Un niño no titubea en molestar a su padre cuando él quiere algo. Y él persiste en su petición hasta conseguir lo que desea. La parábola les enseña a los hijos de Dios a hacer lo mismo con su Padre celestial. Esto es la única lección de la parábola. Sea persistente en la oración. Continúe pidiéndole a Dios lo que Ud. quiere.

Un hombre le pide a un amigo que le preste algo de pan. El quiere dar de comer a un huésped que pasó por su casa muy de noche. Es media noche, no una hora muy conveniente para pedirle un favor aun a un amigo. Los viajeros de Palestina a veces viajan de noche para escaparse del calor del día durante el verano. El hecho de que él pida “tres panes” no es importante.

v. 7 — *Y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos.*

Todos los de la familia ya están durmiendo. Ya que todos duermen en el mismo cuarto (met· ejmou' eij" thVn koivthn — “están conmigo en cama”), todos se despertarían si el padre de la familia se levantara para cumplir con el pedido del amigo. Entonces al principio se rehúsa a la petición. Jesús no quiere decir que Dios es como el hombre de la casa, que él considera una molestia cuando la gente viene a él de día y de noche con súplicas. ¡El sí quiere decir que Dios contestará cuando él sabe que el tiempo es propicio!

v. 8 — *Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite.*

La palabra griega por “persistencia” aquí (ajnaivdeia) sugiere una audacia o atrevimiento que no tiene vergüenza. Si uno sigue tocando la puerta uno puede conseguir resultados. El hombre ayuda a su amigo necesitado no debido a su amistad, sino porque su amigo es persistente hasta el punto de ser descortés. No se da por vencido. Al final él consigue más que solamente un bocado o dos de pan. El recibe “todo lo que necesita”. La persistencia ante Dios da resultados. Dios sí contesta la oración. Dios nos es más que un amigo. El es un Padre amoroso. Recuerde, Dios no es como el vecino que tenía poca voluntad de ayudar. Tampoco es el caso que él contesta por razones egoístas, solamente para deshacerse de alguien que le moleste.

v. 9, 10 — *Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.*

Jesús agrega su propia explicación de la historia y su lección. “Pedid” (aijtei'te), “buscad” (zhte'i'te), “llamad” (krouvete) son metáforas para la oración. Los verbos se encuentran en el tiempo presente. Sugieren una acción continua. Continuar pidiendo, buscando, llamando. Jesús quiere que oremos frecuente, persistente y fielmente.

Jesús añade una promesa a cada mandato. “Se os dará... y hallaréis... y se os abrirá.” El enfatiza la promesa al repetirla en el versículo 10. Cada oración que ora un cristiano siempre recibe una respuesta. No siempre es la respuesta que buscamos, y no siempre viene cuando la esperamos. La respuesta que Dios da es siempre la respuesta de un Padre sabio y amoroso. El no da su respuesta en el momento que nos parezca apropiada a nosotros sino en el momento que él sabe que es mejor. La promesa de Dios de contestar la oración anima a la confianza tanto como a la persistencia.

v. 11, 12 — *¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?*

Mateo 7:7-11 habla de pan y piedra, pescado y serpiente. Las palabras no son importantes. Algunos comentaristas insisten en que hay una similitud entre la apariencia de un huevo y un escorpión blanco. Así sugieren que un padre tal vez se burlaría de su hijo que le pide un huevo, y en vez de darle un huevo le da un escorpión. Jesús sugiere aquí que los padres no les hacen trampas a sus hijos cuando éstos se les acercan con una simple petición. Cuando les piden algo bueno, necesario (pescado y huevo), los padres no les dan algo dañino (serpiente, escorpión).

v. 13 — *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?*

Jesús emplea la lógica de un argumento del menor al mayor. El hace un contraste entre un padre humano y el Padre celestial, entre buenas dádivas y la mejor dádiva de todas. “Malos” (ponhroiv) aquí significa débiles y pecaminosos. De esta manera Jesús está diciendo: Si los padres humanos, a pesar de que son débiles y pecaminosos, tienen la voluntad de darles buenas dádivas a sus hijos, es cierto que el Padre celestial tendrá mayor voluntad de darles a sus hijos la dádiva perfecta. La dádiva perfecta es el Espíritu Santo. Ella incluye todas las dádivas del Espíritu que Lutero menciona en el Tercer Artículo. Dios les da el Espíritu gratuitamente “a los que se lo pidan” (toi' aijtousin aujtovn).

Sugerencias Homiléticas

La meta de un sermón sobre este texto será motivar al pueblo de Dios a cultivar una vida de oración que sea más fiel y más fructífera. El sermón pondrá ante los oyentes el espejo de la ley para revelarles la frecuencia con la que nuestras oraciones fallan en conformarse al patrón que Jesús nos provee, y para mostrar que a nuestras oraciones les falta con

frecuencia la audacia y confianza que deben ser características que los hijos de Dios tengan cuando oran.

El tratamiento homilético del texto está simplificado por la división obvia del texto. Los cuatro primeros versículos presentan una verdad, los restantes presentan otra. Primero Jesús nos enseña qué es lo que debemos pedir en oración, luego nos enseña cómo pedirlos. El contenido de la oración y la actitud del que ora son los puntos que reciben el énfasis.

Los versículos 5-13 emplean dos parábolas para enseñar una verdad importante. El predicador querrá recordar que las parábolas presentan un solo punto de comparación importante. Los esfuerzos de sacar varios puntos de los detalles de las parábolas pueden oscurecer la lección que Jesús quiere enseñar. La primera parábola enfatiza que es correcto orar persistentemente debido a la relación que tenemos con nuestro Padre. La segunda parábola enfatiza que es correcto orar con confianza debido a la promesa que el Padre nos hace. ¡El les dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan! El último versículo del texto puede usarse como la base para presentar la verdad del evangelio en el sermón.

Algunos bosquejos para este texto se sugieren abajo:

Jesús les Enseña a Sus Discípulos a Orar

1. Lo que deben pedir (v. 1-4)
2. La manera en que deben orar (v. 5-13)

Señor, Enséñanos a Orar

1. Por las cosas apropiadas (v. 1-4)
2. De la manera correcta (v. 5-13)
 - a. Con persistencia debido a nuestra relación con el Padre (v. 5-10)
 - b. Con confianza debido a la promesa que él nos da (v. 11-13)

La Importancia de Conocer a Dios Como a Nuestro Padre

1. Podemos orar por cualquier cosa (v. 1-4)
2. Podemos orar con persistencia (v. 5-10)
3. Podemos orar con confianza (v. 11-13)

Undécimo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Eclesiastés 1:2,18-26

Epístola: Colosenses 3:1-11

Evangelio: Lucas 12:13-21

El Año Eclesiástico

El pasaje del Antiguo Testamento de *Eclesiastés* declara que los que buscan paz y felicidad duraderas en las cosas terrenales serán desilusionadas. Todas las cosas terrenales pasarán. Sólo en Dios podemos encontrar lo que es bueno y duradero.

En *Colosenses* el Apóstol Pablo nos muestra la manera en que esta verdad también se aplica a los que han encontrado su nueva vida en Cristo. Deben fijar su mente en las cosas de arriba donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, y no en las cosas terrenales.

El evangelio de *Lucas* presenta la advertencia que Cristo da contra la avaricia. El Señor ilustra esta verdad al contar esta parábola sobre el rico necio. Este piensa que él puede encontrar una vida fácil al guardar tesoros terrenales a fin de poder “comer, beber y regocijarse.” En esa misma noche Dios le quita la vida a ese hombre. De esta manera vemos que las tres lecciones de la Escritura nos animan a poner nuestra esperanza en las cosas celestiales más bien que en las terrenales.

El Texto — Lucas 12:13-21

En Lucas 12:1 Jesús le estaba hablando a una multitud de muchos miles que se habían juntado para escucharlo. Jesús primero les habló a sus discípulos. Les advirtió sobre la hipocresía. También les animó a que lo confesaran a él audazmente. Luego uno de la multitud le pidió que Jesús le hiciera algo.

v. 13 — *Le dijo uno de la multitud: Maestro, dí a mi hermano que parta conmigo la herencia.*

Este hombre sabía que Jesús era un “Maestro” (didavskalo) respetado. El quería que Jesús usara su influencia para hacer que su hermano le diera su parte de “la herencia” (klhronomiva — la propiedad que les quedaba después de la muerte de su padre). Si hubiera sido el caso que había solamente estos dos hermanos, entonces el hermano mayor recibiría dos terceras partes de la herencia y el hermano menor la tercera parte. Pero Jesús rehusó hacer lo que esta persona le pedía.

v. 14 — *Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?*

Jesús le puso bien en claro al “hombre” (a!nqrwpe, — una forma severa de dirigirse a uno) que su trabajo no consistía en ser un “juez” (krithv). No había sido designado a tal posición entre la gente. El no era ningún oficial gubernamental a quien la gente se le podía acercar a fin de que él arreglara para ellos sus disputas (meristhv), “un partidor.” El había venido a enseñar la palabra de Dios a fin de que los hombres lo conocieran como su Salvador. Luego Jesús usó la petición de este hombre como una oportunidad para advertirle a él, a la multitud y a sus discípulos contra el pecado de la avaricia.

v. 15 — *Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.*

El cristiano tiene que guardarse constantemente a fin de que la “avaricia” (pleonexiva — un deseo de tener más, especialmente más posesiones terrenales) no se poseione de su corazón. Un hombre puede poseer toda clase de bienes terrenales, pero éstos no garantizarán que se salvará la vida. Entonces es necio poner las riquezas y la vida al mismo nivel. Esto es lo que Jesús demuestra claramente mediante una parábola.

v. 16-19 — *También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate.*

El hombre rico había sido bendecido con una cosecha tan grande que tuvo que construir graneros más grandes para almacenar sus granos y todas sus otras posesiones. Mientras pensaba (dielogivzeto ejn eJautw'/ — considerar algo en la mente) sobre todas las posesiones que él tenía, este rico estaba seguro de que tenía guardada una cantidad suficiente que duraría muchos años. El soñaba con su vida futura. Estaba seguro que podía descansar. Estaba seguro de que sus posesiones le garantizaban comodidad y placer. Pero era un necio. Había pasado por alto completamente a Dios al hacer todos estos planes para su vida.

v. 20 — *Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?*

El punto de vista de Dios era muy distinto. Dios lo llamó “un necio” (a!frwn,) uno que ignora lo que es la verdadera condición de las cosas. El pensaba que sus posesiones le habían garantizado una vida de comodidad y placer por largos años. Sin embargo esto no iba a suceder. “Esta misma noche” (tauvth/ th'/ nuktiv) en la que él había hecho todos sus planes para el futuro, su vida llegaría a su fin. Dios había determinado que esta noche sería el límite de su vida. Todas las preparaciones que él había hecho para su vida futura eran inútiles. Todas las riquezas terrenales que él pensaba que con seguridad lo

sostendrían durante muchos años ahora serían usadas por otro. Lo que es peor, ya que éstas eran las únicas riquezas que le habían interesado, su muerte lo dejó como un mendigo que no tenía absolutamente nada. Las únicas riquezas que él tenía se apartarían de él. Pero él tenía que presentarse ante el juicio de Dios sin recursos espirituales. De verdad, ¡qué necio!

v. 21 — *Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.*

Jesús nos advierte que este rico necio no estará solo en el infierno. El suyo es el mismo error que lleva a muchos a la destrucción de su alma. Cualquiera cuyo corazón desea más y más de las posesiones terrenales (véase el versículo 15, “avaricia”) comenzará a guardar dinero o posesiones para los años de su vida en el futuro. El comienza a considerar más y más que sus posesiones son la cosa más importante que hay en su vida. Dios es olvidado en todos estos planes. El “hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.” Entonces Dios demanda su vida en medio de todos sus planes. Descubrirá que él tiene que dejar todas sus riquezas atrás. El se presenta ante Dios como un mendigo espiritual al que Dios tiene que enviar al castigo eterno. ¡Qué necesidad!

Cuán diferente es la vida de uno que es “rico para con Dios” (eij" qeoVn ploutw'n). El trabaja duro para proveer comida y vestido para sí mismo y para su familia. Pero no se preocupa ni se inquieta pensando que no ha guardado lo suficiente para su vida en el futuro. El deja en las manos de Dios el futuro y todo lo que necesita para él (véase Mateo 12:22-31). Ya que él hace todos sus planes para la vida confiando en Dios, él sabe que hay riquezas que son más importantes que las posesiones terrenales. Por la fe él sabe que el tesoro más grande que él tiene es el perdón de los pecados, vida y salvación. Estas son las únicas riquezas que garantizan la vida eterna. No son riquezas que dejamos atrás para otros cuando muramos. Son las riquezas que Dios nos ha dado gratuitamente en Cristo y que son nuestras para siempre.

En estos versículos Jesús nos advierte. El no quiere que dejemos que la avaricia eche raíz en nuestro corazón. Si lo hacemos, también comenzaremos a poner la abundancia de las posesiones terrenales y la vida al mismo nivel. Esto sería una necesidad absoluta ya que la muerte nos robará de todas las posesiones terrenales. Entonces la vida no depende de la abundancia de nuestras posesiones terrenales, sino en ser rico para con Dios.

Sugerencias Homiléticas

Este texto contiene una de las advertencias más fuertes que Cristo hizo contra la codicia o la avaricia. Muchos de los incrédulos de este mundo consideran que el ganar los tesoros terrenales es el propósito principal de esta vida. Cristo califica este deseo de las riquezas terrenales como necesidad, vacío de todo verdadero entendimiento.

Los siguientes bosquejos enfatizan la advertencia de Cristo:

Esté a la Alerta contra la Codicia

1. Porque lleva a uno a un falso punto de vista sobre la vida (v. 16-19)
2. Porque lleva a la muerte de un necio (v. 20, 21)

El Plan Que Un Necio Tiene Para Su Vida

1. Sus planes se concentran en guardar tesoros (v. 16-18)
2. Sus esperanzas tienen su centro en una vida de comodidad y placer (v. 19)
3. En sus planes pasa por alto a Dios (v. 20, 21)

Una palabra clave en este texto es “riquezas.” El contraste, por supuesto, es entre las riquezas terrenales y las riquezas celestiales. Se puede indicar esta diferencia en un bosquejo como el siguiente:

Dos Clases de Riquezas

1. Las riquezas de uno que depende de las cosas terrenales
 - A. El falla en protegerse contra la avaricia (v. 13, 15)
 - B. El se esfuerza en guardar posesiones terrenales (v. 16-18)
 - C. El se imagina que de esta manera su futuro está asegurado (v. 19)
 - D. El falla en reconocer que los días de su vida están en las manos de Dios (v. 20)
2. Las riquezas de uno que depende de Dios
 - A. El sabe que su vida no consiste en la abundancia de sus posesiones terrenales (v. 15)
 - B. El es rico para con Dios — es decir, él busca primero el reino de Dios y su justicia (v. 21)
 - C. Su bienestar eterno está asegurado

Hay una sugerencia final que sigue el mismo patrón:

¿En Qué Consiste La Vida?

1. El necio piensa que ella consiste en la abundancia de sus posesiones.
2. El cristiano sabe que ella consiste en ser rico para con Dios.

Duodécimo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Génesis 15:1-6

Epístola: Hebreos 11:1-3, 8-16

Evangelio: Lucas 12:32-40

El Año Eclesiástico

Los hijos de Dios viven por la fe. Esta fe se aferra a la promesa de Dios sobre mejores cosas venideras. Todas las Escrituras de este domingo enfatizan esta esperanza cristiana.

En la lección del Antiguo Testamento de *Génesis* vemos que Abraham, el padre de los creyentes, confiaba en la promesa de Dios de que sus descendientes serían tantos como las estrellas del cielo. Abraham creía esto pese a que él y Sara, su esposa, eran ya viejos y todavía no tenían hijos. Abraham también creía que a través de sus descendientes todas las familias de la tierra tendrían una bendición.

En la Epístola de *Hebreos* Abraham está incluido entre los véterotestamentarios ejemplos de fe. Estas eran personas que “anhelaban una mejor patria — una celestial.”

Lo mismo es verdad de los hijos de Dios de hoy. En el Evangelio de hoy de *Lucas*, Jesús nos dirige al reino que el Padre le ha prometido a su “pequeña grey,” y los anima a estar listos en todo tiempo para recibir esta herencia eterna.

El Texto — Lucas 12:32-40

El capítulo 12 del Evangelio de Lucas es una parte de una sección más larga que trata de las advertencias dadas por nuestro Señor Jesucristo. Primero les advirtió a sus enemigos sobre la ceguera de la incredulidad (capítulo 11). Luego dirigió la atención a los discípulos. Les advirtió contra la hipocresía, contra el intentar ocultar su fe a fin de evitar la persecución (12:1-12). Les advirtió sobre el fijar su corazón en las riquezas y placeres terrenales (v. 13-21) Les advirtió contra el preocuparse sobre las necesidades terrenales. Concluyó la serie de advertencias que preceden a nuestro texto con el ánimo: “Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.” (v.31). Ahora en nuestro texto Jesús continúa sus advertencias solemnes y al mismo tiempo les da nuevo ánimo a sus discípulos.

v. 32 — *No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino*

Los discípulos sólo eran una “manada pequeña” (mikrovn poivmnion) en comparación con los judíos no creyentes y las muchas naciones gentiles que estaban en su alrededor. En cualquier momento determinado los discípulos de Cristo no constituyen más que una “manada pequeña.” Pese a que son pocos en número e insignificantes a los ojos del mundo, el pueblo de Dios son personas a las que él ama de una manera especial. Son su grey que él ha comprado con la sangre de su Hijo, y los ha puesto bajo el cuidado de su Hijo, el Buen Pastor. Los miembros de la grey de Dios no tienen que temer ni hambruna ni enemigos. Mucho menos todavía tienen que temer que perderán el reino de Dios.

En su eterno plan de salvación el Padre determinó darle el reino a su grey, a los que se sentarán a la derecha del Salvador (Mat. 25:31-34). Esta elección del Padre es un hecho ya logrado (nótense las formas aoristo eujdovkhsen y dou'nai — “le ha placido daros” o determinó y eligió dar). Esta acción comenzó con la buena voluntad y placer de Dios. Su elección de darle el reino a su pequeña grey fue un acto de pura gracia. No merecían esto de ninguna manera. Asimismo, debido a su gran amor por los pecadores, Dios llevó a cabo su buena y clemente voluntad mediante la vida, muerte y resurrección de su único Hijo.

v. 33, 34 — *Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.*

Las bendiciones más allá del alimento y vestimenta no deben ser guardados para uno mismo. El Padre y su Hijo, el Buen Pastor, han prometido cuidar de la grey. “Vended y dad” (Pwlhvsate ... kaiV dovte, ambos imperativos de aoristo) describen la actitud de una persona que no demuestra ningún temor de que le falten las necesidades terrenales sino que más bien espera con ansiedad el tesoro celestial. De hecho, el deshacerse de los tesoros terrenales es una forma de comenzar a hacer “bolsas que no se envejezcan” (ballavntia mhV palaiouvmena) y guardar tesoros para el cielo. Una eterna corona de justicia (1 Cor. 9:25; 2 Tim. 4:8) espera a la persona cuyo corazón está fijado en el tesoro celestial.

“Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” se aplica a todo. Si tu “tesoro” (oJ qhsaurov) son los bienes terrenales, entonces tus deseos, tus planes y tus acciones se dirigirán a conseguir riquezas terrenales. Si tu tesoro es el poder humano, tu corazón buscará formas de conseguirlo. Del mismo modo, si tu tesoro está en el cielo, tu corazón buscará formas de usar tu tiempo, tus habilidades y tus tesoros terrenales al fin de conseguir y obtener las cosas celestiales — tales como el extender las buenas nuevas del perdón en Cristo Jesús. Al hacer esto tu corazón será fortalecido en los tesoros que recibimos por medio de la seguridad que se da en el evangelio. Este pasaje se aplica mal cuando algunos sugieren que podemos aumentar el interés que algunos tienen en el trabajo de la iglesia si es que los persuadimos a dar más dinero para el trabajo de la iglesia. En especial los que tienen como profesión el recaudar fondos han empleado mal este versículo de las Escrituras.

v. 35-38 — *Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran enseguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos.*

Jesús empleó la figura de una boda judía contemporánea. El novio iría a recoger a la novia para llevarla a su casa. El novio esperaría que sus siervos estuvieran en casa listos para su regreso, aun si regresara a medianoche. (La segunda vigilia tuvo lugar durante las horas antes de la medianoche, la tercera vigilia durante las horas después de la medianoche. Era la hora cuando la mayoría estaría durmiendo.) Los siervos tendrían sus lámparas encendidas para que su amo y su novia no tuvieran que entrar en una casa a oscuras. Estarían listos para servir a su amo o a lavar sus pies o servirle una comida después de su viaje.

De esta manera Jesús anima a sus discípulos a estar listos para su regreso cualquiera sea la hora en que ocurra. Los discípulos deben estar “preparados para servicio” mientras esperan y velan por el regreso esperado del Señor. No se puede predecir la hora de su regreso. Entonces, para animarlos a que estén alertos a su regreso repentino, Jesús les da un anuncio sorprendente. El amo mismo invitará a que los siervos se sienten a un banquete y él les servirá a ellos. Esto no es la forma en que trabajan los hombres; es la manera de nuestro Señor clemente. Imagínese — el Rey del cielo y de la tierra sirviéndoles a sus indignos siervos.

Los discípulos de Jesús deben ser activos (vestidos para servicio — *aiJ ojsfuve" periezwsmevnai* y con “lámparas encendidas” - *lucnoi kaiovmenoi*), haciendo que “alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat. 5:16). En otras palabras, los discípulos de Jesús son simplemente sus siervos — sus testigos, sus embajadores, su boca y sus manos — justo hasta el tiempo cuando “venga para llamarlos a su banquete celestial.

No hay ninguna pérdida ni peligro en servir al Señor. Las riquezas eternas y la seguridad eterna — la eterna bienaventuranza — son nuestras por medio de la segura promesa del Padre y del Hijo.

v. 39, 40 — *Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá.*

Aquí Jesús enfatiza que no se esperará su venida. Tal como un sabio dueño de casa nunca deja de estar alerta contra el ladrón que vendrá tarde o temprano, así los discípulos de Jesús deben estar listos cuando él venga. Al estar activos en la obra del Señor, los

discípulos no se encontrarán sorprendidos. El estar “preparados” (ετοιμοι) significa servir al Señor aquí en esta vida estando preparado para y esperando la vida de la eternidad con Dios en el cielo. La actitud del discípulo será la de escuchar a Jesús decir, “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20), y de contestarle diciendo, “Amén, ven pronto Señor Jesús.” Esta actitud de anticipación gozosa guardará el corazón para que no se apegue a las cosas terrenales.

Sugerencias Homiléticas

Podemos estar seguros de que Jesús vendrá otra vez. Pero no podemos estar seguros sobre la hora de su venida. El estar preparados en todo momento es lo que Jesús nos anima a hacer en este texto.

Jesús Anima a sus Discípulos a que Sean Siervos Vigilantes

1. Nos muestra la actitud de los siervos vigilantes (v. 32-34)
2. Nos habla de las circunstancias que requieren siervos vigilantes (v. 35-36, 39-40)
3. Manifiesta el futuro bienaventurado de los siervos vigilantes (v. 37-38)

En realidad Cristo emplea tres figuras en este texto a fin de animar a la preparación y de ofrecer ánimo.

Los Cristianos Esperan Ansiosamente la Segunda Venida de Cristo

1. Como personas cuyo tesoro está en el cielo (v. 32-34)
2. Como siervos que se preparan para la fiesta de bodas de su amo (v. 35-38)
3. Como guardianes que siempre vigilan (v. 39-40)

Cristianos, Estén Alertas

1. Sepan dónde está su tesoro (v. 32-34)
2. Vigilen en todo momento (v. 35-40)
 - A. Como siervos que se preparan para una fiesta de bodas (v. 35-38)
 - B. Como guardianes de una casa (v. 39-40)

Décimo Tercer Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Jeremías 23:23-29

Epístola: Hebreos 12:1-13

Evangelio: Lucas 12:49-53

El Año Eclesiástico

La lección del Antiguo Testamento de *Jeremías* trae una advertencia severa de parte de Dios contra todos los que profetizan mentiras. El Dios que está presente en todas partes los destruirá como con fuego y los aplastará como un martillo.

La Epístola de *Hebreos* se refiere a la “nube de testigos” mencionada en la Epístola del domingo anterior. Estos ejemplos veterotestamentarios de fe nos deben animar a perseverar en nuestra vida como cristianos. También debemos fijar la mirada en Jesús que sufrió vergüenza y muerte por nosotros para que su ejemplo nos pueda fortalecer en cualquier tribulación que Dios emplee para disciplinarnos y entrenarnos.

En el Evangelio de *Lucas* Jesús les advierte a sus creyentes que ellos también experimentarán pruebas severas. Su fe será probada aun hasta el punto en que tendrán que escoger entre someterse a las falsas creencias de los miembros de su propia familia o escoger seguir el camino verdadero tal como éste es enseñado por Cristo.

El Texto — Lucas 12:49-53

v. 49 — *Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido?*

Existen ideas diferentes entre los comentaristas sobre lo que “fuego” (pu'r) significa aquí. Algunos piensan en las llamas de fuego que aparecieron sobre las cabezas de los apóstoles en el día de Pentecostés. Otros piensan en los propios sufrimientos de Jesús, mientras otros piensan en los sufrimientos de los creyentes. El contexto parece indicar que Jesús está hablando de los sufrimientos que les sobrevendrían a los creyentes. 1 Pedro 4:12 habla del “fuego de prueba” (puvrwsi") que los creyentes a los que él escribe estaban sufriendo y en el versículo siguiente (v. 13) dice: “Sois participantes de los padecimientos de Cristo.” Aquí la palabra griega de “fuego de pruebas” realmente significa el quemar algo, lo que sucede por razones de prueba. Ellos no debían sorprenderse de que algo semejante les sucediera a ellos. Se deberían esperar. Podemos pensar también en Isaías 48:10 donde el Señor habla del “horno de aflicción.” En el

versículo 50 de nuestro texto Jesús menciona lo que tenía que sucederle antes que el fuego se pudiera prender. Luego en los versículos 51-53 él habla de lo que sucedería después, es decir, de las divisiones. Estas divisiones pueden ser uno de los sufrimientos más difíciles que los cristianos tienen que aguantar. Todos los cristianos en su camino al cielo sufrirán pruebas que les causarán dolor físico o emocional (véase Hechos 14:22).

Jesús sabía que su obra resultaría en esta clase de fuego. Su propósito principal era el de salvar a los pecadores al morir por ellos y al llevarlos a la fe. Pero no todos creerían. Algunos en vez de creer odiarían a los creyentes (véase Mateo 24:9). Pero era mucho mejor que Jesús llevara a cabo su obra salvadora, pese a que tendría este efecto secundario. Los discípulos ya habían experimentado algo de este fuego. Pero todavía no estaba quemando en el mundo tal como lo haría después de la ascensión de Jesús y después del día de Pentecostés. Entonces, cuando gente de todas partes del mundo llegaran a ser creyentes, el fuego de aflicción se encendería también para ellos en todas las partes del mundo.

Luego Jesús agregó las palabras: “¿Y qué quiero si ya se ha encendido?” Jesús no estaba ansioso de ver que la gente se volviera contra él en incredulidad. El no quería que sus discípulos sufrieran. Pero ya que estos resultados tenían que seguir cuando su evangelio se predicara en todo el mundo, él estaba ansioso de ver el comienzo de este período de la historia. La salvación era demasiado preciosa y por lo tanto nada debe obstaculizar que llegue a la gente del mundo. Pero algo tenía que suceder antes de que ese período de la historia pudiera comenzar.

v. 50 — *De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!*

Primero Jesús tenía que experimentar un “bautismo” (bavptisma). El ya había sido bautizado por Juan el Bautista (Mateo 3:13-17; Marcos 1:9-11; Lucas 3:21, 22). Ese era un bautismo real, literal. Aquí la palabra bautismo se usa en un sentido figurado. ¿De qué es un cuadro? En Marcos 10:35-39 Jesús usó el mismo cuadro. Jacobo y Juan habían pedido los lugares más altos de honor en su reino, en el que ellos suponían sería un reino terrenal. Jesús les hizo saber que ellos no entendían aquello de que estaban hablando. Había de verdad lugares de honor en su reino, los que su Padre les daría a aquéllos a quienes él había elegido dar. Pero los lugares de honor no serían dados necesariamente a aquéllos que vinieron primero. Jacobo y Juan habían supuesto esto cuando ellos trataron de pedírselo a Jesús antes que los otros discípulos. Tampoco es el caso que esos lugares de honor puedan obtenerse como un favor que un gobernante le daría a alguien que le gustaba.

Más bien el camino a la gloria en el reino de Jesús pasa por el sufrimiento. ¿Es el caso que Jacobo y Juan tendrían la voluntad de sufrir tal como Jesús tendría que sufrir antes de entrar en su gloria? Ellos contestan que sí, y Jesús les hace saber que en verdad tendrían que sufrir.

Jacobo fue “muerto a espada” (Hechos 12:2). Juan fue exiliado porque predicó a Cristo (Apocalipsis 1:9). A fin de describir estos sufrimientos, Jesús en esa ocasión dijo “a la verdad, del vaso que yo beberé y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados” (Marcos 10:39). De esta manera Jesús empleó el bautismo como un cuadro de los sufrimientos que serían derramados sobre él. Eso es lo que “bautismo” dibuja también en nuestro texto.

Jesús sabía lo que le esperaba. En Lucas 9:22 él dijo, “es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y que resucite al tercer día.” Este es el bautismo del que él habló en nuestro texto. Anticipándolo, él dice: “¡Cómo me angustio hasta que se cumpla!” La palabra griega que se traduce “me angustio” (*sunevcomai*) significa unir, unir con fuerza, urgir, empujar.

Encontramos la misma palabra en Filipenses 1:23 donde se traduce “estoy puesto en estrecho” — y en 2 Corintios 5:14 donde se traduce “constrñe”. El cuadro que vemos en esta palabra es el de no poder voltearse en ninguna otra dirección sino tener que seguir adelante. En el pasaje de Filipenses Pablo dice que hay una presión igual sobre él de ambos lados: quisiera morir e ir a estar con Cristo, y quisiera seguir viviendo y continuar sirviendo al pueblo de Dios. En el pasaje de 2 Corintios él dice que él no puede ir en ninguna otra dirección sino en la que el amor de Cristo le señala. Entonces en nuestro texto Jesús está diciendo que él no puede hacer otra cosa sino ir a su bautismo. Su amor para su Padre y su amor para con los pecadores perdidos no lo dejarán hacer otra cosa.

Ciertamente Jesús se sintió angustiado y profundamente atribulado al pensar en este bautismo. Piense usted en lo que él dijo en Getsemaní cuando estaba para comenzar este bautismo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mateo 26:38). También vemos una combinación de este horror y al mismo tiempo de su impulso interior de avanzar en Juan 12:27, 28: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre.”

Entonces cuando predicamos este texto debemos señalar de verdad que sus sufrimientos eran aterradores, pero también que Jesús no pensaba ni siquiera por un momento en tratar de escaparse de ellos. Nuestra condición de perdidos bajo el pecado, el hecho de que podríamos ser salvos sólo si él llevara nuestros pecados sobre sí mismo y sufriera su pleno castigo, la voluntad del Padre en todo esto y su amor incondicional para su Padre y para con nosotros lo motivó a avanzar. Y Jesús fue adelante, hacia su bautismo. Y luego el fuego del que él ya había hablado se encendería.

v. 51 — *Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión.*

En un sentido Jesús de verdad había venido a traer “paz” (*eijrhvnh*). Isaías había llamado al Salvador venidero el “Príncipe de Paz” (9:6). Cuando Jesús nació, los ángeles cantaron, “en la tierra paz” (Lucas 2:14) En la noche del bautismo de sufrimiento de Jesús, él les había dicho a sus discípulos, “La paz os dejo; mi paz os doy” (Juan 14:27).

En la noche de la Pascua de la resurrección Jesús les saludó a sus discípulos, “Paz con vosotros” (Juan 20:19, 21). Pablo se regocijó, “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). Esta es la paz que tenemos en el corazón, la que viene de tener los pecados perdonados.

Lo que Jesús quiere decir aquí es que en su relación con otras personas sus seguidores no deben esperar una paz y amistad terrenales. Habrá, “disensión” (diamerismov). Así sucederán las cosas. Tal como se mencionó en relación con el versículo 9, la división entre la gente será un resultado secundario mientras Jesús lleva a cabo su obra salvadora.

Los creyentes tienen convicciones muy fuertes sobre el pecado, la gracia, la santidad, y deben hablar de ellas. Los que no aceptan la obra salvadora de Jesús tienen sus propias convicciones fuertes sobre cuán buenos son, sobre cómo ganar entrada en el cielo o sobre cómo vivir como les da la gana. Ellos hablan de sus convicciones. Entonces habrá confrontaciones y divisiones. Jesús sigue hablando de cómo habrá divisiones aun en las familias.

v. 52, 53 — Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.

Las familias no creen como un grupo. Cada persona tiene que creer por sí mismo. Encontramos a hombres que no demuestran ningún interés en la religión. Nos dicen: “Mi esposa e hijos van a la iglesia siempre,” y ellos parecen pensar que la religión de los demás miembros de la familia es suficiente para ellos también. Encontramos a personas que dicen: “No asisto a la iglesia, pero mi mamá nunca faltaba al culto.” Ambos tienen la misma idea.

Debemos darle gracias de corazón si es que todos los de nuestra familia son cristianos sinceros. Animamos a los jóvenes cristianos a casarse con cristianos a fin de que puedan tener una familia sin divisiones. Pero cuando esto no suceda hay división y tristeza. Los no creyentes de una familia pueden hacer que las cosas sean muy difíciles para los creyentes.

En África a veces sucede que solamente una persona de la familia es cristiano. Todos los demás siguen siendo no creyentes. Se enojan cuando el cristiano ya no quiere tomar parte en las fiestas de la familia donde hay borrachera o en costumbres que son contrarias a la voluntad de Dios. Acusan a los cristianos de deshonorar a la familia, a sus ancianos, a sus antepasados, a su tribu. De esta manera la familia se divide — ya que uno o dos de la familia han escogido seguir a Cristo. Fuera de la casa también habrá divisiones, tal como sabemos bien — divisiones en la comunidad, divisiones entre iglesias, odio, insultos, hasta persecución. Pero no debemos dejar que esto nos perturbe. Jesús nos dice que debemos esperararlo. No debemos permitir que seamos tentados a abandonar nuestra fe sólo para evitar esta triste situación. Tenemos demasiado que perder — nuestro amado

Salvador, el perdón, la vida eterna. Si tenemos que sufrir división, si tenemos que sufrir en el fuego que se ha encendido, aprenderemos a decir con Pablo, “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

Jesús predijo fuego y división. En la noche de Jueves Santo también hizo una predicción similar. Dijo que vendría el tiempo en que cualquiera que matara a los seguidores de Jesús pensara que estaría haciendo un servicio a Dios (Juan 16:2). Luego Jesús agregó, “Mas os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora os acordéis de que ya os lo había dicho” (Juan 16:4). Entonces cuando vemos el fuego y la división que Jesús predijo, éstos deben servir como pruebas de que Jesús habló la verdad. Eso también nos dará más certidumbre sobre el hecho de que sus enseñanzas y promesas también son la verdad.

Sugerencias Homiléticas

Ya que el versículo 50 trae un pensamiento principal y los versículos 49 y 51-53 otro, parece aconsejable mantener esta agrupación en el bosquejo del sermón. Aquí hay una sugerencia:

No Todo es Fácil en el Reino de Cristo

1. No fue fácil para Jesús (v. 50)
2. No será fácil para nosotros (v. 49, 51-53)

La misma agrupación de pensamientos aparecen en los siguientes bosquejos que tratan de emplear más ampliamente el lenguaje figurado del texto:

Los Cristianos Pueden Esperar Problemas

1. Esto se ve por el bautismo que experimentó Jesús (v. 50)
2. Esto se ve por el fuego que Jesús encendió (v. 49, 51-53)

Un Bautismo que Prendió el Fuego

1. El bautismo
2. El fuego resultante

El Otro Bautismo de Cristo

1. Lo que le significaba para él
2. Lo que significa para nosotros

Aquí, por supuesto, el primer bautismo es el que se encuentra registrado en Mateo 3:13-17; Marcos 1:9-11 y Lucas 3:21, 22.

Décimo Cuarto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Isaías 66:18-23

Epístola: Hebreos 12:18-24

Evangelio: Lucas 13:22-30

El Año Eclesiástico

Las Escrituras para este domingo profetizan cosas que tienen que suceder. *Isaías*, en su capítulo final, señala la gloria de la iglesia del Nuevo Testamento. Esta iglesia será reunida de todas las naciones. En la iglesia los creyentes serán como sacerdotes ante el Dios de su salvación.

El escritor de *Hebreos* hace un contraste entre el Monte Sinaí donde Moisés recibió la ley, y el Monte Sión (Jerusalén) que es un cuadro de la iglesia del Nuevo Testamento de todos los creyentes tanto como de la Jerusalén celestial, la ciudad del Dios viviente.

El Evangelio de *Lucas* da una advertencia sobre el juicio final, cuando “muchos procurarán entrar, y no podrán.” Sólo los que entran por “la puerta angosta” serán admitidos.

El Texto — Lucas 13:22-30

Esta porción de las Escrituras enfoca en Jesús, en su ministerio y en su palabra. El es el mismísimo centro de este mensaje del Evangelio.

v. 22 — *Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, y encaminándose a Jerusalén.*

La enseñanza fue la obra que ocupó el tiempo de Jesús. Siempre enseñaba. La obra de la enseñanza y la prédica lo llevó a las ciudades y aldeas, a los lugares donde había mucha gente tanto como a los lugares donde había poca gente. Él deseaba alcanzar a todos ellos dondequiera que estuvieran.

¿Qué era lo que Jesús enseñaba? El enseñaba el evangelio — que hay perdón y salvación en él, que el amor de Dios se les había manifestado a todos en Cristo Jesús. Eso fue su mensaje y su misión mientras él se encaminaba a Jerusalén. Allí Jesús pondría su vida para ganar este perdón y paz con Dios para todos. Aunque él sabía todo lo que sucedería allá, él avanzaba con el deseo de llevar a cabo la voluntad de Dios.

En esta actividad vemos a Jesús como un ejemplo maravilloso. Con celo y devoción incansables nosotros debemos proclamar el evangelio. Este trabajo nos llevará a dondequiera que la gente se encuentre — en las ciudades grandes, en las aldeas y en el campo. Y la actividad central de nuestro trabajo debe ser la de enseñar el evangelio de Jesucristo, preparar hombres para el último día, animarlos a “entrar por la puerta angosta” del cielo.

v. 23 — *Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan?*

Mientras Jesús hacía su trabajo surgió una pregunta que le motivó a hablar la advertencia y el ánimo de este texto. ¿Quién hizo la pregunta? Era alguien (ti) cuyo nombre no conocemos. Preguntó si habría pocos que se salvarían. Fue una pregunta más bien extraña. Demostró un interés en cuántos serían salvos, más bien que en cómo serían salvos. Pero esta persona con su pregunta extraña se le acercó a la persona apropiada.

Cuando tenemos preguntas en cuanto a la salvación, debemos llevar nuestras preguntas a Jesús y encontrar las respuestas en su palabra. El tiene todas las respuestas. El es el Señor. Jesús usa esta ocasión no sólo para contestar la pregunta del hombre sino también para dirigirse a las multitudes que le siguen.

v. 24 — *Y él les dijo: Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán.*

La palabra griega *α*gwnivzesqe* es una segunda persona plural, presente imperativo. Esto implica un esfuerzo continuo. La raíz de la palabra (*α*gwvn*) significa una competencia o lucha. El Señor advierte que estamos en una lucha personal que requiere mayor esfuerzo ya que hay tanta oposición del diablo, del mundo y de nuestros deseos pecaminosos.

Aquí Jesús dibuja el reino de los cielos como una casa. La entrada a esa casa es por medio de una puerta angosta. La puerta está abierta, pero solamente por un tiempo. No hay nada que deba obstaculizarnos entrar por medio de esa puerta mientras esté abierta. Pero ¿cómo entraremos cuando es tan difícil que muchos pasen? Hay una sola forma y esto es por medio de Jesucristo. El dijo, “Yo soy la puerta” (Juan 10:9). La única forma de entrar es por medio de Jesucristo. La fe en él como nuestro Salvador nos hace pasar por la puerta al cielo.

Cualquier otro esfuerzo seguramente fallará. Hay muchos que buscan otras formas de pasar por esa puerta angosta al cielo. Se rehusan a aceptar a Jesucristo y tratan de entrar al cielo por medio de sus propios esfuerzos. Parecen hacer un buen esfuerzo, pero todos estos esfuerzos son en vano. Los esfuerzos de entrar por cuenta propia son inútiles. Eso es lo que el Señor quería decir realmente cuando dijo que la entrada es “por la puerta angosta” (*diaV th" stenh" quvra*).

Es necesario notar la forma en que Jesús apoya esta verdad con su palabra, “os digo” (levgw uJmi'n). Aquí entonces es la admonición de arrepentirnos y el ánimo de creer en Cristo, que es la puerta angosta al cielo. En todo esto hay una urgencia, pues el tiempo de la gracia es limitado.

v. 25 — *Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de donde sois.*

La puerta se cerrará, pero no sabemos cuando. “El día y la hora nadie sabe” (Mateo 24:36). A la hora designada por Dios, él como el juez del cielo y de la tierra cerrará la puerta. (ajpokleivw — se implica que se echa llave a la puerta). Esa puerta se cerrará para siempre en el último día. Se cierra también cuando la paciencia de Dios llega a su fin en cuanto a un pecador impenitente. La puerta es cerrada cuando Dios les quita el evangelio a los que lo han menospreciado.

Ya que el tiempo de la gracia llegará a su fin, se nos urge a usarlo. “Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado.” (Salmo 32:6). “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado” (Isaías 55:6). Una vez que el juez del cielo y de la tierra ha cerrado la puerta, el tiempo de la gracia ha llegado a su fin. Será para siempre demasiado tarde para entrar por la puerta angosta al cielo. Entonces los que han rechazado a Cristo serán dejados fuera. Estarán afuera, excluidos para siempre de la casa y de la familia de Dios.

Pero no se rendirán fácilmente. Tocarán, suplicarán y harán todo esfuerzo para cambiar el juicio y escapar de su destino. Pese a todas sus apelaciones, Dios no reconocerá a los incrédulos como suyos. Los que lo rechazaron en la vida serán rechazados por él en la eternidad. Dirá: “No os conozco” (Oujk oi'lda uJma"). A los suyos los conoce bien. Podemos estar seguros de eso porque él dice, “Yo soy el buen pastor; conozco mis ovejas” (Juan 10:14). Pero los no creyentes no serán reconocidos por Dios como su pueblo, porque también conoce bien su falta de fe. El dirá que ni sabe “de dónde sois” (povqen ejstev). ¿Dónde estaban todos ellos mientras que la puerta estaba abierta? En otro lugar. Sin embargo seguirán protestando.

v. 26 — *Entonces comenzareis a decir: delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste.*

En el juicio admitirán que conocían a Cristo, que lo habían visto, que habían tenido mucha oportunidad para conocerlo y creer en él. Comer y beber implican una relación íntima personal, pero en este contexto es una relación externa y no una de fe. Estas personas reconocerán que Jesús enseñó en su comunidad. Las personas que son cristianos solamente en nombre pueden ofrecer pretextos similares. Tal vez dirán que han escuchado la palabra en una iglesia que enseña la verdad. Tal vez dirán que fueron bautizadas e instruidas y que eran miembros de una familia cristiana. Sin embargo el juicio de Cristo sobre su incredulidad quedará de pié.

v. 27 — *Pero os dirá: Os digo que no sé de donde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad.*

En la presencia de Dios hay gozo y placeres para siempre (Salmo 16:11). No podría haber nada peor que ser echado de la presencia de Dios. Nótese el texto griego con su repetición de ἀποῦ en las palabras ἀποῦσθητε ἀποῦ. Los que rechazan a Cristo serán quitados por completo de la presencia de Dios. Ese es el horror de este juicio.

¿Y por qué sucederá este juicio tan terrible? Esto les es hablado a los “hacedores de maldad” (παῦντε ἐργαῖται ἀδικία), a los que son hacedores de lo malo, a los que no son justos. No tienen la justicia porque no están revestidos de la justicia de Jesucristo. “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tito 1:16).

¿Cómo será ser separado de Dios para la eternidad? Jesús también describe esa separación.

v. 28 — *Así será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos.*

Lo que se describe aquí es un lugar específico (ἐκεῖ — “allí”. Ese lugar se llama el infierno. Y en ese lugar habrá “llanto” (ὀκλαυμῶν). Habrá una causa de lágrimas eternas. No habrá felicidad. Habrá tristeza para siempre. En el cielo será exactamente lo contrario, pues allí “Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 7:17).

Y esto no es todo. Habrá “el crujir de dientes” (ὀκbrugmῶν τῶν οἰδοῦντων). “El crujir de dientes” puede indicar ira (véase Hechos 7:54). También puede indicar sufrimiento. Habrá un dolor horrible que continuará porque los pecadores condenados no serán destruidos y quemados por completo. Y el dolor y la tristeza del infierno se tornará peor cuando los no creyentes ven a Abraham, a Isaac y a Jacob y a todos los creyentes. Se enterarán sobre la paz de aquéllos que Dios ha bendecido y eso hará que su sufrimiento se haga peor. Tendrán que decir, “Qué necios fuimos de no seguir en la fe.” Aquí vemos la verdad de la palabra de Jesús, “El que no creyere será condenado” (Marcos 16:16). ¡Qué advertencia para nuestra carne pecaminosa!

Pero en el texto Jesús también quiere animar a los que serán salvos, los que entrarán por la puerta angosta. ¿Qué son? “El que creyere y fuere bautizado será salvo” (Marcos 16:16).

v. 29 — *Porque vendrán del oriente y occidente, del norte y del sur y se sentarán a la mesa del reino de Dios.*

Vendrán de los cuatro rincones de la tierra. Esto nos hace recordar que debemos predicar el evangelio de Cristo a todos los hombres en todo lugar a fin de que por medio de su

evangelio puedan ser salvos. Es la voluntad de Dios que los creyentes vengan de todo lugar y que tomen su lugar en la fiesta de su reino, que conozcan la paz bienaventurada del cielo, que disfruten de su salvación y que conozcan la felicidad ante el trono de Dios para siempre.

Aquí vemos cómo algunos que tienen la bendición de la palabra la rechazan por medio del descuido y se perderán. También aprendemos cómo otros por medio del poder de la palabra serán llamados de los cuatro rincones de la tierra para disfrutar de la fiesta de salvación.

v. 30 — *Y he aquí, hay postreros que serán primeros, primeros que serán postreros.*

Estas son las palabras finales de Jesús. Hay aquéllos que todavía pueden estar lejos de los medios de gracia, la palabra y los sacramentos. Sin embargo, por la gracia de Dios el evangelio llegará a ellos y ellos serán los primeros. Por la gracia entrarán en su gozo eterno. Eso nos motiva a trabajar, a llevarles el evangelio.

Por otro lado las personas que tienen los medios de salvación pero que los rechazan se perderán. Debemos advertirles. Esto también nos debe servir de advertencia a nosotros. Las mismas ventajas que gozamos son una advertencia. Cuando se menosprecian estas bendiciones, cuando se desprecia la gracia de Dios, no se conocerán las riquezas de su misericordia en la eternidad. La puerta queda abierta. Está abierta hoy. Está abierta para nosotros. Mañana puede ser que esté cerrada. Mañana puede ser demasiado tarde.

Sugerencias Homiléticas

Todas las lecciones de las Escrituras para este domingo nos dirigen a la meta final del cristiano que es la vida eterna en el cielo. En el texto del sermón Jesús les advierte a sus oyentes al dibujar el cielo como un lugar con una “puerta angosta” (v.24). Muchos tratarán de entrar por esta puerta “y no lo procurarán” (v.24). El Señor nos muestra por medio de un contraste a aquéllos a quienes esta puerta será abierta, y a aquéllos a quienes será cerrada.

Es importante establecer desde el mismo principio que Jesús mismo es la “puerta” al cielo. Entre sus muchas afirmaciones “yo soy” se encuentra en Juan 8:12 — “luz del mundo”; Juan 10:11 — “el buen pastor”; Juan 10:9 — “la puerta.” En la introducción de nuestro sermón debemos enfatizar esto al pasar al tema donde vemos en Jesús:

La Puerta Angosta del Cielo

1. A quienes les será abierta esta puerta
 - A. Para los que son “delgados” porque no dependen de su propia justicia, sino que reconocen a Cristo como la única puerta al cielo (véase Filipenses 3:9; Tito 3:5)

- B. Para los que Dios reconoce como los suyos (Abraham, Isaac, Jacob v. 28, también véase Isaías 43:1)
 - C. Para los creyentes que vendrán de todos los rincones de la tierra (v. 29)
 - D. Para aquéllos la puerta angosta será una puerta abierta a la gloria (véase Isaías 66:22 y Hebreos 12:22, 23 que vienen de las lecciones de las Escrituras para el día)
2. Aquellos para quienes la puerta será cerrada
- A. Para los que son “gordos” en su propia justicia, y que fallan en aceptar la justicia de Cristo por medio de la fe. (véase Mateo 5:20)
 - B. Para aquéllos quienes Dios no reconoce como suyos a causa de su falta de fe (v. 25, 26)
 - C. Para aquéllos la puerta angosta se quedará cerrada a pesar de sus súplicas (v. 25, 26)
 - D. Esta puerta les será cerrada para siempre, y los separará de Dios eternamente (v. 28)

En la conclusión el predicador animará a los oyentes a prestar atención a la advertencia que hace Cristo en el versículo 30 del texto y a emplear sabiamente el tiempo de la gracia.

Décimo Quinto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Proverbios 25:6-22
Epístola: Romanos 12:14-21
Evangelio: Lucas 14:1, 7-14

El Año Eclesiástico

Las tres lecciones para este domingo hablan de la relación que el cristiano tiene con otros cristianos y de la que tiene con otros en general. El pensamiento que es común a las tres lecciones es que el cristiano es humilde de espíritu. Este espíritu se manifiesta negativamente en la ausencia del orgullo, presunción y venganza. Se manifiesta positivamente en amabilidad y en preocupación desinteresada por otros.

La lección del Antiguo Testamento de *Proverbios* contiene breves dichos que usan cuadros para ilustrar la manera en que uno les manifiesta a otros sabiduría y humildad en palabra y en acciones. Posiblemente el más familiar de todos éstos es el que el apóstol cita en la Epístola.

La Epístola de *Romanos* es similar a la lección del Antiguo Testamento. También contiene una serie de breves dichos que se aplican a la relación que el cristiano tiene con otros. Estos demuestran que el amor se expresará no solamente con respecto a los amigos sino especialmente con respecto a los que persiguen y maldicen al cristiano, es decir, los enemigos contra los que uno tal vez estaría inclinado a buscar venganza, y devolver mal por mal.

El Evangelio de *San Lucas* relata sobre la ocasión en que Jesús habló algunas de las verdades expresadas en la lección del Antiguo Testamento así como en la lección de la Epístola. Como huésped de la casa de un fariseo prominente Jesús llama la atención a la manera en que los huéspedes escogen los lugares de honor en la mesa. Él emplea la oportunidad para relatar la parábola, que enseña la humildad. Después de ésta, le habla palabras de instrucciones a su anfitrión.

El Texto — Lucas 14:1, 7-14

En la parte final del ministerio de Jesús los fariseos y los maestros de la ley se le oponían ferozmente. Estaban “acechándole y procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarle” (Lucas 11:54). Jesús continuó empleando muchas palabras. Salió de Galilea y

estaba en camino a Jerusalén (Lucas 13:22). Se detuvo en Perea donde Herodes Antipas, que era el gobernador de Galilea, también gobernaba. Algunos fariseos se acercaron a Jesús. Le informaron que Herodes quería matarlo y entonces le urgieron a que fuera a otra parte. Esperaban que Jesús saliera para Jerusalén. Jesús les indicó que él saldría de Perea en camino a Jerusalén después de que había completado el trabajo que todavía tenía que hacer por la gente donde estaba (Lucas 13:31-33).

Como parte del esfuerzo de los fariseos de hacerle trampa, Jesús fue invitado a comer en la casa de un fariseo. Nuestro texto no incluye el milagro que Jesús hizo en la casa del fariseo. Más bien nuestro texto trata de la instrucción que Jesús dio en la casa del fariseo.

v. 1 — *Aconteció un día de reposo, que habiendo entrado para comer en casa de un gobernante, que era fariseo, éstos le acechaban.*

El hombre que invitó a Jesús es llamado “un gobernante”, literalmente, uno de los fariseos que gobernaba (tino" tw'n ajrcovntwn tw'n Farisaivwn). Como uno de los fariseos gobernantes podría haber sido un miembro del Sanedrín, el grupo gobernante más importante de los judíos. Esta invitación se le extendía a Jesús no como un acto de amabilidad, aunque el fariseo tal vez podría haber dado esta impresión. A Jesús “le acechaban.” Los fariseos y los expertos de la ley que habían sido invitados estaban mirando muy de cerca lo que Jesús decía y hacía (parathrouvmenoi de parathrevw — mirar cuidadosamente).

v. 7 — *Observando cómo escogían los primeros asientos a la mesa, refirió a los convidados una parábola, diciéndoles:*

Jesús no podía dejar de notar la manera en que los fariseos y los expertos de la ley estaban esforzándose de conseguir un lugar de prominencia y honor en la mesa al lado del jefe de la casa. Esta clase de acción de su parte no era inusual. Jesús repetidas veces mencionó que “los escribas y los fariseos ... aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas” (Mateo 23:6; Marcos 12:39; Lucas 20:46).

v. 8, 9 — *Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar.*

Muchos huéspedes están invitados a una fiesta de bodas. El que presume que debe tener un lugar más alto de honor es presuntuoso y orgulloso. Si él es el huésped más distinguido, él puede esperar que el anfitrión lo va a dirigir a su lugar de honor. Pero asumir este honor y esforzarse de tomar el lugar más alto puede resultar en vergüenza (aijscuvnh). No es ninguna vergüenza sentarse en el último lugar en una fiesta de bodas. Es de verdad un honor estar en la fiesta. Lo que sirve de causa de una vergüenza es que el invitado orgullosamente busque un lugar de honor que luego tiene que desocupar frente a

los demás invitados para cedérselo a otro. Su orgullo se ha puesto de manifiesto y él sale avergonzado.

v. 10 — *Mas cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar para que cuando venga el que te convidó, te diga, amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria de los que se sientan contigo a la mesa.*

La persona de corazón humilde ocupa el último asiento. El no piensa que es mejor que los invitados. El anfitrión no fallará en pedirle que avance al lugar de honor que le es designado. Y aunque él puede ser dirigido a “subir más arriba” (ajnwvteron) a un lugar que tal vez no sea el más alto, sin embargo esta persona tiene honra en la presencia de los otros invitados. No importa su lugar, él es honrado y no avergonzado.

v. 11 — *Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.*

Ahora Jesús saca una conclusión general de su parábola. Ella asume que la humildad es genuina, no hipócrita. Esta misma verdad se expresa muchas veces en las Escrituras (véase Proverbios 3:24; 29:23; 1 Pedro 5:5; Santiago 4:6; Lucas 18:14). Este proverbio es verdadero no solamente con respecto a la relación entre los seres humanos. También leemos que Dios “se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes” (Proverbios 3:34; Santiago 4:6). Lo que esto significa llega a ser evidente en Lucas 18:9-14, donde Jesús dibuja un cuadro de un fariseo santurrón que orgullosamente trata de justificarse a sí mismo pero que no fue justificado por Dios. El cobrador de impuestos humilde y sinceramente confiesa sus pecados con las palabras: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Este fue a su casa justificado. La humildad no merece la gracia de Dios. Pero ella sí se acerca a Dios con las palabras de un muy conocido himno que dice en su oración: “No llevo nada en mis manos, simplemente me aferro a su cruz.”

v. 12 — *Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado.*

Jesús también tiene una palabra de instrucción para su anfitrión. Con sus palabras Jesús no quiere desanimar ni prohibir la hospitalidad que uno les demuestra a amigos, parientes y vecinos. Pero sí él advierte contra el mal de dar solamente cuando uno tiene la esperanza de recibir algo en recompensa. Cuando uno invita a un vecino rico uno tal vez tendrá el motivo equivocado de esperar recibir en recompensa más de lo que uno ha dado.

v. 13, 14 — *Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.*

El que invita a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos no puede esperar que a su vez ellos le van a extender otra invitación. No tienen nada con que volver a pagar.

Pero el resultado es una bendición. La forma en que esto tendrá lugar “en la resurrección de los justos” aprendemos de Jesús en Mateo 25:34-40. En su regreso nuestro rey dirá que estos actos de amabilidad que le fueron hechos a “alguno de estos mis hermanos más pequeños” le fueron hechos a él. Se debe tener cuidado de no pensar que estas obras de amabilidad merecen justicia y salvación en el día del regreso de Jesús. La “resurrección de los justos” no es ninguna resurrección distinta que tiene lugar mil años antes del fin del mundo. Los milenaristas usan este pasaje como una prueba de su doctrina de dos resurrecciones distintas, una de los creyentes y otra de los no creyentes. Jesús, sin embargo, dice claramente que los creyentes también serán resucitados en el último día (véase Juan 6:54; 5:28, 29).

Los “justos” (*divkaioi*) son los que han recibido el lavamiento perfecto por medio de la fe en la muerte y la resurrección de Jesús. Es “la sangre de Jesús, su Hijo” que “nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). El Señor reconocerá los frutos de la fe y recompensará en misericordia y gracia. Aunque puede ser que no haya ninguna recompensa durante esta vida, tales obras de amor y de amabilidad no serán olvidadas en el día del regreso del Señor.

Sugerencias Homiléticas

Al predicar sobre este texto el predicador debe guardarse contra el peligro de usar este texto simplemente como una lección en la humildad y el desinterés. También no debe dar la idea de que merezcamos una recompensa o premio por lo que hacemos. La humildad no gana la exaltación; la recompensa en la resurrección no se gana por desinterés. La humildad y el desinterés son partes de la vida cristiana que son los frutos de la fe.

El predicador no debe fallar en proveer la motivación de la humildad y del desinterés. Lo que Jesús ganó para los cristianos por humillarse a sí mismo motivará al cristiano a ser humilde. Se debe estudiar en esta conexión Filipenses 2:3-11. Esta es la clave de evitar moralismos cuando uno predica sobre este texto.

Cuando el cristiano reconoce su pecado y reconoce quién es y lo que es por naturaleza, él tiene bastante motivo para ser humilde. Esto no hace que él pierda todo sentido de valor o dignidad personal. Su valor y dignidad consisten en lo que Dios por la gracia le ha dado y hecho.

Hay mucha oportunidad para la aplicación aquí. ¿Es que nos preocupamos de que nadie se dé cuenta de nuestros dones y nuestras buenas obras? ¿Pensamos que no recibiremos lo que pensamos que merecemos por nuestras buenas obras? ¿Mostramos parcialidad en cuanto a los pudientes? ¿Ayudamos solamente a aquéllos que nos pueden ayudar a nosotros en el futuro? El cristiano es humilde porque él sabe que su verdadera gloria se encuentra en Cristo. El puede actuar de una manera desinteresada porque Cristo lo ha enriquecido más allá del tesoro terrenal.

Las dos partes naturales del texto se emplean en el siguiente bosquejo:

La Manera en Que el Cristiano se Comporta entre La Gente de Este Mundo

1. Con una actitud humilde (v. 7-11)
2. Con actos desinteresados (v. 12-14)

Con un pensamiento similar en el tema, el siguiente bosquejo emplea las dos secciones del texto en cada parte del sermón. Sería bueno que el pastor notara los tres puntos en los que las dos partes proveen un contraste: “Buscar” en contraste con “recibir”, “ventaja” en contraste con “bendiciones”; “el suyo” en contraste con el “Señor.”

La Forma en que el Cristiano Anda en Este Mundo

1. No busca su propia ventaja
2. Recibe bendiciones del Señor

Se puede usar también otro pensamiento, es decir que la humildad del cristiano no hace que él sea una persona sin valor o sin dignidad. Justamente lo contrario es la verdad. Esto se expresa en el tema:

El Cristiano Humilde — Una persona de valor y dignidad

1. Es exaltado por Dios
2. Es bendecido en la resurrección

El concepto de abnegación es prominente en cada una de las dos partes del texto. El cristiano no debe pensar en sí mismo y en lo que le conviene a él. Nos hace pensar en las palabras de Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23.)

Siga a Cristo en Abnegación

1. En humildad genuina
2. En caridad desinteresada

En cada uno de los temas sugeridos se emplea el término “cristiano” o “Cristo”. El predicador que se acuerda de esto encontrará una ayuda para evitar los moralismos.

El Decimosexto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Proverbios 9:8-12
Epístola: Filemón 1:7-17
Evangelio: Lucas 14:25-33

El Año Eclesiástico

El énfasis de las lecciones de las Escrituras para este domingo cae en la preparación cuidadosa. ¡Sea sabio! Evalúe cuidadosamente su vida como un cristiano. Sepa dónde está su fuerza a fin de que pueda luchar con éxito y alcanzar su objetivo que es la vida eterna con Dios. Toda verdadera sabiduría, tal como la lección de *Proverbios* nos hace recordar, comienza con el “temor del Señor.” Cuando le damos toda la gloria a Dios por su poder y bondad, estamos encaminados bien.

En la lección de la Epístola Pablo hace un llamamiento que solamente un cristiano puede hacer al pedirle a *Filemón* que reciba nuevamente a Onésimo, un esclavo fugitivo, en su servicio. Esta petición se basa en el amor cristiano, y por lo tanto Pablo está seguro de recibir una respuesta favorable.

En el Evangelio de *Lucas* Jesús anima a todos sus seguidores a fijarse sólo en él para que puedan encontrar la fuerza que necesitan para poder perseverar hasta el fin. Hacer esto requiere sabiduría. Deben entender sobre todo que sus propios recursos no son suficientes. Deben vaciarse de toda confianza que tienen en sus propias capacidades.

El Texto — Lucas 14:25-33

Este texto sirve para animarnos a confiar en el Señor que capacita al cristiano para aguantar y perseverar. Este no se dirige a los que critican la fe cristiana, los que son mencionados al principio del capítulo, ni tampoco sirve para los que encuentran cualquier excusa para no ser discípulos, los que se mencionan en el versículo 18. Las palabras de Jesús se les dirigen a los que tienen la intención de ser sus discípulos y a los que ya han comenzado a serlo.

Con la primera lectura, puede parecer que los versículos tengan un efecto desalentador que podría disminuir las filas de los seguidores de Jesús. Poner énfasis excesivo en lo que el constructor de la torre y el rey que va a la guerra ya tienen en su posesión puede dar la idea de que nuestra salvación depende en parte de nuestros propios esfuerzos. La

verdad central de los ejemplos que da Jesús, sin embargo, señala el verdadero incentivo por el que el creyente construye y lucha, y le anima a depender de su Señor que suple todos los recursos necesarios. El texto se ha empleado con eficacia como un texto para el día de la confirmación. El ánimo que éste da es algo que todos los seguidores de Cristo necesitan en su camino al cielo.

v. 25-27 — *Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.*

El lugar se indica en Lucas 13:22 con las palabras, “encaminándose a Jerusalén”. Los peregrinos que iban a la celebración de la Pascua constituían las grandes multitudes que viajaban con Jesús. Algunos de éstos querían ser discípulos de Jesús. Esto sirvió de ocasión para la conversación que siguió.

La cláusula “si” en el versículo 26 es la forma de una condición real (ei[más el indicativo del presente). Ella tiene que ver con los que realmente quieren ser discípulos de Cristo. El “aborrecer” (misei') es real también, no en el sentido de un odio malévolo o maligno sino en el sentido de renunciar los afectos naturales por causa de Cristo. Todo lo que contradiga o obstaculice que uno sea discípulo es algo que se debe odiar y no simplemente desaprobar o desinclinarse. Esto es la verdad aun cuando tienen que ver con la familia inmediata. Puede ser que una persona ame a su madre en cuanto sea su madre, pero que al mismo tiempo aborrezca a su madre en cuanto sea una persona que es un obstáculo en el camino del discipulado. Jesús nos da un ejemplo cuando llama “Satanás” a su discípulo Pedro en Mateo 16:23. El clímax de esta exhortación se ve en las palabras: “y aun también su propia vida” (e[ti te kaiV thVn yuchVn eJautou'). Véase también Mateo 10:37; 19:29; Lucas 18:29.

Es mejor interpretar la expresión figurativa “llevar su cruz” en el sentido amplio, es decir, en el sentido que incluye toda la vida de humildad que el discípulo lleva aquí en la tierra hasta que se le dé la corona de gloria que le es reservada en el cielo. Esta “cruz” incluye la oposición de los de afuera, la debilidad en el propio corazón, la persecución, la disciplina, la mofa del mundo y el aguijón en la carne. Cada discípulo tiene su propia porción de prueba mientras sigue a Cristo que llevó su cruz.

v. 28-30 — *Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.*

Esta ilustración, tal como la siguiente, tiene el propósito de mostrar que la entrega a Cristo debe ser real y sincero. Se emprende un proyecto grande, la construcción de una “torre” (puvrgo). Toda la vida de un discípulo debe ser un gran y alto monumento a la

gloria de Dios. Qué lástima sería si éste quedara sin terminar, un monumento a la necesidad y ruina del pecador y una piedra de tropiezo en el camino al cielo. Una decisión firme y una devoción completa son necesarias de parte del constructor. Del mismo modo un discipulado a medias fallará en glorificar a Dios tal como debe. ¿De dónde viene todo el dinero para la construcción de este edificio? Es claro a base del versículo 33 que los recursos y fuerzas del hombre no son suficientes. Pero aquél a quien el discípulo se le acerca, Cristo, es aquél que da todo misericordiosamente.

v. 31-32 — *¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz.*

Ser discípulo significa luchar contra los tres grandes enemigos: el diablo, el mundo no creyente y nuestra propia naturaleza pecaminosa. Estos son dibujados por los 20,000 hombres. Los 10,000 hombres señalan la incapacidad del hombre de enfrentar y conquistar a sus enemigos mientras depende de sus propios recursos y poder.

El punto no es que tenemos que entregarnos al enemigo o que debemos tratar de librarnos de la lucha desde el mismo principio. Esto es imposible para la persona que quiere seguir a Jesús. El punto sí es que luchemos la buena batalla de fe tal como Pablo lo hizo al vestirse de la armadura de Dios (Efesios 6:10-17).

v. 33 — *Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.*

Las palabras “así, pues” (οὕτως οὖν) demuestran que lo que sigue es la conclusión inevitable que se debe sacar de las dos ilustraciones. Esto también sirve como el clímax de toda la sección.

Si una persona sabe el costo del edificio, si entiende la fuerza del enemigo y si reconoce su propia pobreza y debilidad como un pecador, hay sólo dos cosas que puede hacer — desesperarse de su propia fuerza y fijarse en Jesús, el Autor y Consumador de su fe. Jesús puede proveer recursos y fuerzas al seguidor que se ha vaciado de toda confianza en su propio mérito o habilidad. El énfasis cae en renunciar “todo” (πα'σιν) por causa de Jesús.

Sugerencias Homiléticas

El propósito del sermón debe ser el de animar y no el de desanimar. El cuadro de las dificultades relacionadas con el discipulado no debe desanimar a la gente a fin de que se aparte, sino que debe hacer que se desespere de sus propios recursos y que dependa del Salvador. El proveerá todo lo que es necesario para construir la torre de la vida y ganar la corona de la vida.

Acuérdese de pegarse al punto de las dos ilustraciones — es decir, que en nosotros mismos no somos suficientemente fuertes para llegar al discipulado ni al cielo. Emplear mal el “cimiento” o los “diez mil” podría llevar al error doctrinal.

Un sermón sobre este texto debe proclamar la ley. El pecado de los hombres, aunque no se menciona explícitamente, se enfatiza abundantemente. Por otro lado, los méritos y la gracia de Cristo están presentes en abundancia aunque no se mencionan explícitamente. Mientras el sermón expone estas verdades y tesoros, los oyentes serán dirigidos no a sí mismos sino a Cristo y encontrarán en él la fuerza para perseverar en el discipulado. El sermón también debe proclamar el evangelio.

Algunas sugerencias para el bosquejo siguen:

Considere El Costo de Ser Cristiano

1. Sume los costos, que son tremendos (v. 25-27)
2. Averigüe sobre los recursos disponibles (v. 28-32)
3. Aprecie la valiosa dádiva (v. 33)

Los Discípulos de Cristo Consideran el Costo

1. Están conscientes del gran costo del discipulado.
2. Están convencidos de que el discipulado vale el gran costo.

Mire Antes De Saltar

1. Mire las dificultades del discipulado (v. 25-27)
2. No se concentre en sus propios recursos v. 28-32)
3. Fíjese en Jesús para encontrar la ayuda necesaria (v. 33)

La directiva positiva del texto, fijarse en Jesús para encontrar la ayuda necesaria, se puede incorporar en el tema para que se enfatice en todo el sermón, tal como en este bosquejo:

Los Verdaderos Discípulos Se Fijan En Jesús

1. Cuando los problemas personales amenazan (v. 25-27)
2. Cuando el esfuerzo necesario parece demasiado grande (v. 28-30)
3. Cuando el enemigo parece ser demasiado poderoso (v. 31-33)

El Decimoséptimo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Exodo 32:7-14
Epístola: 1 Timoteo 1:12-17
Evangelio: Lucas 15:1-10

El Año Eclesiástico

Las lecciones de las Escrituras para este domingo hablan de la preocupación que el Señor tiene para con los pecadores la que se debe expresar en nuestra vida mediante nuestra preocupación por los demás pecadores. En *Exodo*, Moisés expresa esa preocupación por sus pecaminosos hermanos israelitas al interceder por ellos cuando cayeron en la idolatría. El apela exitosamente a las promesas del pacto del Señor que Dios hizo con sus padres (Génesis 12-50).

La primera carta del apóstol Pablo a *Timoteo* fue dirigida por un ministro veterano del evangelio a un pastor joven. El que proclama la misericordia de Dios en Cristo a los pecadores es el que ha recibido esa misma misericordia en su propia vida. Cuando uno que reconoce que él es el peor de los pecadores es llamado a la fe en Cristo Jesús, él tendrá la preocupación de compartir el amor salvador con otros pecadores.

En el Evangelio de hoy *Lucas* relata la crítica que hicieron los enemigos de Jesús. Su crítica resulta ser una síntesis maravillosa del evangelio: “Este a los pecadores recibe.” Las parábolas de la oveja perdida y la moneda perdida dibujan la preocupación que Jesús tiene en buscar a los perdidos. Su preocupación por los pecadores en la tierra está relacionada con el gozar que tiene lugar en el cielo cuando un pecador se arrepiente.

Estas tres lecciones de las Escrituras nos mueven a tener una preocupación que intercede por los pecadores (Moisés) que comparte con ellos el amor del Salvador (Pablo) y que busca a los que están perdidos en el pecado (Cristo).

El Texto — Lucas 15:1-10

Jesús habló las palabras de nuestro texto mientras estaba en camino a Jerusalén por última vez. Mucha de la enseñanza que él hizo en las ciudades y aldeas a lo largo del camino fue hecha por medio de parábolas — historias de la vida común usadas para enseñar una verdad espiritual. Su enseñanza, curaciones y todas sus acciones fueron examinados muy de cerca por los líderes religiosos del pueblo. Criticaron el hecho de que él hizo una

curación en el día sábado (Lucas 13:14sig.). Cuando se dieron cuenta de que los miembros menos deseables y más menospreciados de la sociedad fueron atraídos a él, murmuraron y se quejaron.

v. 1 — *Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle.*

Uno de los “cobradores de impuestos” (telwvnh"), Mateo, había llegado a ser un miembro del círculo de los doce discípulos de Jesús (Mateo 9:9-11). En esa ocasión Mateo invitó a sus amigos cobradores de impuestos para conocer a Jesús en un banquete (Mateo 9:10). Entonces no era de sorprenderse de que los “cobradores de impuestos y pecadores” se reunieran alrededor de aquél que había venido para buscar y salvar a los perdidos. Ya que los cobradores de impuestos trabajaban para el gobierno romano y ya que tenían una reputación de ser deshonestos, solamente los miembros de la clase más baja del pueblo de Israel tenían trato con ellos. Ellos eran parte de la clase que todo el mundo llamaba “pecadores” (ajmartwloiv). Se debe notar que estos parias de la sociedad estaban allí “para oírle (a Jesús)” (ajkouvein aujtou'), mientras que los líderes religiosos estaban allí para criticarlo.

v. 2 — *Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.*

De verdad había una acusación en las palabras de estos separatistas santurriones (fariseos) y los estudiantes profesionales de las Escrituras (grammatei" — “maestros de la ley”). Ellos están diciendo que un hombre que tiene trato con personas tales como los publicanos pecadores y que atrae a tales personas no puede ser un líder religioso digno de confianza. Con su crítica esperan condenar y silenciar a Jesús. Lucas informa que “murmuraban.” El tiempo imperfecto de la palabra griega que se usa acá (diegoggvzw) significa que seguían quejándose y murmurando en alta voz para mostrarle abiertamente al pueblo su desagrado.

Los fariseos no tenían ninguna buena nueva para los pecadores. Simplemente les decían que debían reformarse o deben ser condenados. En verdad enseñaban (según Alfredo Edersheim en “*La Vida y Los Tiempos de Jesús el Mesías*” que “hay gozo ante Dios cuando los que lo provocan desaparecen del mundo.” Con su crítica los fariseos y los maestros de la ley estaban dándole la espalda a Jesús y lo estaban rechazando como un maestro enviado de Dios.

v. 3-6 — *Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.*

Sucede ocasionalmente que una “oveja” (provbaton) se descarría de los ojos cuidadosos del pastor. Se desvía del cuidado y control de la persona que tiene mayor interés en su

salud y seguridad. En una grey grande, no se echaría de menos simplemente a una oveja — a menos que hubiera alguien que de verdad se preocupara de ella. El pastor de verdad se preocupa, y él deja el resto de la grey, las noventa y nueve, para buscar la perdida aunque sea solamente una. Lo hace solamente por una razón: El es un pastor y es su trabajo preocuparse y hacer algo. Sabe que el animal tendrá hambre, sufrirá y finalmente morirá miserablemente si él no la busca y la encuentra. Cuando la haya encontrado, no le pega debido a su enojo, sino gozosamente la lleva a casa. Y cuando llega a casa, él comparte su gozo con sus amigos y vecinos.

v. 7 — Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

La actitud del Padre en los cielos es como la actitud del pastor. Dios tiene todo y no necesita de nada. No puede ser que él llegue a ser menos de lo que ya es a causa de lo que las personas hacen o que se empobrezca cuando una se pierda. Sin embargo, él se preocupa cuando un ser humano va por su propio camino y se descarría. Dios tiene miles de millones de personas que viven sobre la faz de la tierra, no solamente cien ovejas. El no quiere que ni siquiera una de ellas permanezca perdida. El Salvador hace su mejor esfuerzo para buscar a todas y a cada una de ellas (véase Lucas 19:10).

Dios se regocija sobre cada uno que “se arrepiente” (metanoeww). Si los fariseos y los maestros de la ley piensan que no necesitan arrepentirse, Jesús quiere que sepan que hay más gozo en el cielo sobre los cobradores y pecadores penitentes que hay sobre ellos. De hecho no hay ningún gozo sobre los santurrones. Dios no tiene ninguna razón para gozarse de la gente que no piensa que necesita su perdón misericordioso. Todo lo que la así llamada gente respetable y religiosa aprueba y alaba no causa tanto gozo en el cielo como lo hace el regreso de un pecador perdido.

v. 8, 9 — ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido.

La mujer en la segunda parábola que contó Cristo no ha perdido todo, pero sí ha perdido una parte importante de sus posesiones. Ella no simplemente va a olvidarse de la moneda y permitir que permanezca perdida. Con una lámpara para iluminar cada rincón oscuro y con una escoba para barrer la tierra, ella busca cuidadosamente hasta que encuentre la moneda. No se da por vencida hasta tener éxito, y entonces, como el pastor, ella comparte su gozo con amigos y vecinos.

v. 10 — Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

Esto no significa que Dios aprueba el pecado o lo pasa por alto. Sí significa que él y sus ángeles se regocijan cuando un pecador perdido y condenado ve su condición perdida, se desespera de encontrar el camino por sí mismo y confía en Aquel que es el camino — Jesús.

Es por esta razón que Jesús recibió a los pecadores y comió con ellos. El les mostró sus pecados y les mostró el lugar a dónde éstos los llevaba. El les mostró su salvación, el perdón de los pecados. El les dijo, “Vengan a mí todos los que están trabajados y cargados, y yo les haré descansar.” (Mateo 11:28). Sentarse a comer con los pecadores significaba cumplir con lo que decía en esa invitación y promesa.

Sugerencias Homiléticas

Al contestarle a sus críticos con estas dos parábolas, Jesús estaba diciendo que la actitud del pastor y de la mujer es como la actitud del Padre y del Hijo. Sus parábolas confirman lo que sus críticos decían, “Este recibe a los pecadores.” Y esto es lo que el sermón enfatizará: El amor de Jesús que se preocupa, busca y da la bienvenida a los pecadores.

No solamente a base de este texto, sino de toda la historia del evangelio sabemos que Jesús no escatimó ningún esfuerzo para salvar a los pecadores. No solamente se preocupaba, sino también hizo algo. Se humilló a sí mismo. Cumplió con toda justicia. El hizo más que buscar las ovejas. El Buen Pastor puso su vida por las ovejas. Dios lo levantó de los muertos.

Ahora él invita a personas como nosotros, personas negligentes, faltos de amor, inconsideradas, a comer en su mesa. El nos encuentra y hace que seamos miembros de su familia, con él en su reino, y celebraremos para siempre la boda del Cordero (véase Apocalipsis 19:7).

Buscar y dar la bienvenida a los perdidos es el trabajo de la iglesia de Cristo en la tierra. La razón por la que él permite que nos quedemos acá después de habernos hecho ciudadanos del cielo es que él quiere que le contemos a otros, “Jesús recibe a los pecadores.” El no escatima ningún esfuerzo para rescatar a nosotros los pecadores. Entonces nosotros no debemos escatimar ningún esfuerzo, oración o sacrificio para invitar a los pecadores a su gran cena.

Al mismo tiempo debemos estar conscientes del fariseo que vive dentro de nosotros. Seguramente pensamos que no somos orgullosos ni santurriones. ¿Pero no es el caso que estamos tentados a tratar con algunas personas como si fueran inferiores, no importantes o innecesarias en el mundo de Dios simplemente porque no son personas como nosotros? Por cierto, en tal actitud hay más espíritu del fariseo que espíritu de Cristo. Que nuestro gozo sobre un pecador que se arrepiente sea mayor que el disgusto que tenemos sobre el pecado en otros.

A continuación se encuentran sugerencias para el bosquejo:

Jesús Recibe a Pecadores

1. Ellos son preciosos a sus ojos
2. No escatimó ningún esfuerzo para rescatarlos

En la parte 1 del bosquejo anterior el predicador, al referirse a la conducta de Jesús (“recibe a pecadores”), y a las parábolas que él contó a los fariseos que murmuraban, debe mostrar el sentido en que los pecadores son preciosos a Jesús. Vale la pena buscar una oveja, vale la pena buscar una moneda también. Cuando se encuentra una oveja o una moneda, hay gran regocijo en el cielo.

En la parte 2 vemos, a base de las parábolas de Cristo, que no se escatima ningún esfuerzo para buscar lo que estaba perdido (véase los versículos 4 y 8).

Jesús Recibe a Pecadores

1. Esta es una invitación a confiar en él
2. Esta es una exhortación a predicar de él

Este bosquejo enfatiza la aplicación que se debe hacer en relación con cada parte. Cada parte, por supuesto, sacará esta aplicación del texto. Jesús, el que se describe a sí mismo como un pastor que no abandonará ni siquiera a una oveja perdida o como una mujer que no escatima ningún esfuerzo para buscar una moneda que está perdida, es un Salvador en quien uno puede confiar. No nos dejará ni nos abandonará aunque somos seres humanos pecaminosos. Además, un Salvador que demuestra tal amor y preocupación para todos y cada uno de los pecadores es sin duda un Salvador sobre el que se debe predicar en un mundo pecador. El pensamiento expresado en la segunda parte del bosquejo anterior puede ser ampliado en un bosquejo en que se enfatiza el ejemplo de Cristo como uno que su pueblo debe seguir.

El Pueblo de Cristo Recibe a los Pecadores

1. Su pueblo comparte su preocupación amorosa
2. Su pueblo imita su manera incansable de buscar a los pecadores.
3. Su pueblo experimenta su gran gozo

A continuación hay otras sugerencias:

Hay Gozo sobre un Pecador que se Arrepiente

1. En el cielo entre los ángeles
2. En la tierra entre los santos

El Salvador dice, “Regocíjense Conmigo”

1. Los he buscado y he encontrado a ustedes
2. Por medio de ustedes busco y encuentro a otros

El Décimo Octavo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Amós 8:4-7
Epístola: 1 Timoteo 2:1-18
Evangelio: Lucas 16:1-13

El Año Eclesiástico

El énfasis de este domingo es la mayordomía — el uso correcto de las dádivas de Dios, especialmente sus dádivas terrenales. En la lección del Antiguo Testamento de *Amós* el propósito clama contra los que adquieren dinero por medios deshonestos y de esta manera les quita a los pobres y a los necesitados su alimento. Con certeza Dios juzgará a tales personas y los castigará.

En la Epístola de *1 Timoteo* el apóstol exhorta que se hagan oraciones por todos, incluyendo a los que están en autoridad. Gobernadores terrenales rectos son dádivas de Dios. Los usa para conservar la paz en este mundo, a fin de que el evangelio se pueda llevar a todos los hombres. Todas las dádivas terrenales, también los gobiernos terrenales, existen para servir al propósito salvador que Dios tiene para toda la humanidad.

El Evangelio de *Lucas* contiene una presentación única de la enseñanza de Cristo sobre la mayordomía, y especialmente en cuanto a ésta tiene que ver con el uso correcto del dinero. Los cristianos deben ser prudentes tanto como fieles en su uso, sin embargo deben entender en todo momento que el dinero no es ningún fin en sí mismo, sino un medio que sirve para la edificación del reino de Dios.

El Texto — Lucas 16:1-13

Los capítulos 15 y 16 de Lucas son capítulos que contienen grandes parábolas. El texto del domingo pasado del capítulo 15 consistió en las bien conocidas parábolas de la oveja perdida y la moneda perdida. Después de estas parábolas se encuentra en la última parte del capítulo 13 la parábola del hijo pródigo. El capítulo 16 continúa con la parábola que Cristo contó sobre el mayordomo astuto.

v. 1, 2 — *Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes. Entonces le llamó*

y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mi mayordomo.

El cuadro que Jesús dibuja aquí es claro. “Un hombre rico” (α*νqrwpov" ti" plouvsio") había confiado el manejo de su gran negocio a un mayordomo (oijkonovmo"). Este mayordomo fue deshonesto. Le informaron al hombre rico sobre la deshonestidad del mayordomo. La acusación que llevaron en contra del mayordomo tenía fundamento. Entonces el hombre rico llamó al mayordomo y le dijo que rindiera cuentas y al mismo tiempo le anunció que ya se había acabado su trabajo como mayordomo. El mayordomo no negó los cargos. Toda la evidencia mostró su culpabilidad.

El mayordomo sabía que su trabajo se había acabado. Rápidamente hizo planes para ver qué podía hacer para remediar esta situación.

v. 3, 4 — Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que haré para que cuando se me quite la mayordomía, me reciban en sus casas.

El mayordomo no malgastó ni un minuto. De inmediato él analizó cuidadosamente su situación. Decidió que no quería ganarse la vida mendigando ni haciendo trabajo manual muy duro, tal como cavar zanjas. No pensaba que era apto para tal clase de trabajo. Pensó en un plan que iba a hacer que algunas personas le dieran la bienvenida en su casa, es decir, que le ayudarían después que él hubiera perdido su trabajo.

Lo que Jesús quiere enfatizar aquí con esta historia es mostrarles a los oyentes cuán astuto era este hombre. Tiene un problema. Reconoce su problema. Y hace planes cuidadosos para resolver su problema. El es un hombre decidido. “¡Ya sé lo que haré!” él declara (el griego con su aoristo e[gnwn sugiere que él tiene una idea y toma una decisión firme). De inmediato él pone en práctica su plan.

v. 5-7 — Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? El dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta. Después dijo a otro: Y tú ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. El le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta.

Se dan dos ejemplos del plan astuto del mayordomo que él lleva a cabo mientras aún tiene su empleo. El hombre rico le ha dado suficiente tiempo para preparar su última relación de gastos. Entonces él emplea este tiempo para reducir las deudas inmensas que varios comerciantes le debían a su amo. Con esta acción el mayordomo trata de convertir a estos deudores en sus propios amigos. El les hace un favor. De esta manera él los pone bajo obligación, confiando en que más tarde, cuando ya no tenga empleo, él va a poder acudir a ellos por ayuda.

Otra vez vemos que la acción de este mayordomo es rápida y decisiva. Como mayordomo él sigue mandando, hace su trabajo de una manera muy eficiente. Lo que

tiene que hacer lo hace rápidamente (véase *tacevw*" v. 6). Habiendo formulado su plan, él lo lleva a cabo sin titubear.

v. 8, 9 — *Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de la luz. Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.*

Hasta el hombre rico, pese a que sufrió el engaño, tenía que “alabar” (*e*painevw* — alabar, elogiar) al mayordomo. Al mayordomo se le llama “malo” (*th" ajdikiva*). El sigue siendo un canalla, un mayordomo de injusticia. No es su deshonestidad lo que se alaba. Más bien lo elogia “por haber hecho sagazmente” (*o{ti fronivmw" ejpoivhsen*). La palabra griega que se emplea acá (*fronivmw"* de *fronevw*) se aplica a una persona que actúa de una manera inteligente, que emplea su poder para pensar cuidadosamente en las cosas.

Desde este punto — que es el punto de comparación de la parábola — el Señor ahora añade su interpretación. La astucia del mayordomo se puede comparar con la prudencia, con la astucia de “los hijos de este siglo” (*oiJ uiJoiV tou' aijw'no" touvtou*). Los no creyentes con su mente que piensa solamente en las cosas de este mundo bien saben cómo hacer negocios, cómo actuar decididamente en una crisis, cómo aprovecharse de una situación, cómo tratar con las cosas de tal manera que todo salga a su beneficio. En este aspecto con frecuencia son “más sagaces” (*fronimwvteroi*) que “los hijos de luz” (*oi{ uiJouV" tou' fwtoV*) o los cristianos. Esto se aplica, tal como Jesús señala, a los tiempos de este mundo y a la vida aquí en la tierra. En cuanto a los asuntos de negocios, la gente de este mundo sin duda sabe cómo usar su dinero lo mejor que pueda para su propia ventaja.

Luego Jesús hace su propia aplicación (*kaiV ejgwV uJmi'n levgw* — “y yo os digo”). El anima a sus discípulos a ganar amigos por medio de “las riquezas injustas” a fin de que cuando éstas se acaben, ellos “sean recibidos en las moradas eternas”.

Aunque hay muchas interpretaciones confusas de estos versículos, su significado es muy claro. Los hijos de este mundo son astutos cuando se trata de asuntos de negocios. Están preocupados sobre su futuro terrenal, y ellos actúan para poder proveer para este futuro, pero ¿qué hay de los hijos de Dios? ¿Muestran ellos la misma preocupación por un futuro que creen que será eterno? ¿Hacen planes y actúan sabiamente a fin de que todos sus esfuerzos se dirijan a esta meta celestial? ¿No es el caso que con frecuencia se olvidan de ser enérgicos en llevar a cabo el trabajo del reino de Dios?

Sí, el dinero o “las riquezas injustas” (*ejk tou' mamwna' th" ajdikiva* — literalmente el mamón de injusticia). La preposición *ejk* puede tener el significado “por medio de”. La Nueva Versión Internacional traduce correctamente, “la riqueza mundana.” El dinero, que en otro lugar se describe en la Biblia como una raíz de todos los males cuando la gente lo ama más que a Dios (1 Timoteo 6:10), es algo que los cristianos pueden emplear con

buenos fines. Pueden usarlo a fin de ganar amigos (poihvsate fivlou"), es decir para ganar otros para Cristo. Pueden usarlo para establecer y extender el reino de Cristo en todo el mundo. Cuando este dinero repentinamente "falte" (ejklivph/), cuando esta vida terrenal llegue a su fin, entonces todos sabremos el gran beneficio que se ha logrado cuando se emplea nuestro dinero en el trabajo del reino de Dios. Entonces esos cristianos que por medio de la fe han invertido en las cosas celestiales "serán recibidos en las moradas eternas." Aquéllos a quienes hemos ayudado al contribuir con nuestros bienes a la obra del Señor, nos darán la bienvenida en el cielo. Lutero tanto como otros comentaristas apoyan este punto de vista. Otros están en desacuerdo diciendo que es Dios mismo que nos dará la bienvenida. Podemos estar seguros, sin embargo, de que Jesús dirá a los de su derecha en el último día, "lo que hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

v. 10-12 — *El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y él que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?*

Estos versículos expresan otra conclusión de Jesús que se relaciona a la parábola que él acababa de contar. El que "es fiel" (pistov") en lo muy poco será fiel en cosas mayores. El que es "deshonesto" (a[diko") en lo muy poco no será fiel en las cosas mayores.

Aplica estos principios generales al uso de las "riquezas injustas" (ejn tw'/ ajdivkw/ mamwna'/). Los seguidores de Cristo consideran que las riquezas mundanas son mucho menos importantes que las riquezas espirituales. En su opinión el dinero es "poco" (ejlavcisto"). Sin embargo deben ser concienzudos y fieles en su uso de él. Deben aprender cómo administrarlo correctamente. No se le puede confiar "lo verdadero" (toV ajlhqinovn — lo que es verdadero y genuino) al que no sabe usar el dinero correctamente como una dádiva de Dios. El que no maneja sus asuntos terrenales de una manera ordenada también será descuidado en su vida espiritual. Así tener dinero involucra responsabilidad. Los que han sido bendecidos con las riquezas deben saber que Dios espera que ellos empleen estas riquezas correctamente en el interés de su reino. Deben estimar sus bienes terrenales como dádivas de la gracia de Dios las que se deben usar en obras del amor cristiano. Pues, como Cristo nos hace recordar, este dinero es en verdad "de otro" (ejn tw'/ ajllotrivw/). Le pertenece a Dios. El nos lo da como una responsabilidad. En el día del juicio rendiremos cuenta de la forma en que hemos empleado las dádivas de Dios.

v. 13 — *Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.*

Nuestro texto termina con esta afirmación de Jesús sobre lo imposible que es que un siervo sirva a dos amos (véase Mateo 6:24, donde la afirmación es más general: oujdeiv" en vez de oujdeiv" oijkevth"). Sólo uno de los maestros puede recibir el pleno amor y

respeto del siervo. Si uno trata de servir a dos amos al mismo tiempo, el resultado será confusión y hasta inclusive el odio hacia uno de ellos.

Aplica esta verdad a “Dios” (θεοῦ) y “las riquezas” (μαμωνᾶν). Si es imposible en sí servir a dos amos, entonces cuanto más difícil será servir a dos amos que son tan opuestos como lo son Dios y las riquezas. Uno tiene el poder verdadero. El otro tiene un poder ilusorio. Servir a Dios es un privilegio bienaventurado. Servir al dinero es una esclavitud que no lleva a ninguna esperanza.

Usamos las riquezas terrenales de acuerdo con la forma en que estimamos su valor. Para los cristianos el dinero es un medio para un fin, algo que se puede usar en el servicio de Dios y de su reino. Para los no creyentes el dinero es un fin en sí mismo. Para ellos el adquirir las riquezas debe ser el propósito principal en la vida. De verdad, el dinero llega a ser para ellos un dios.

Sugerencias Homiléticas

La parábola del mayordomo infiel tanto como las exhortaciones de Cristo que siguen tienen que ver con el mismo asunto, es decir con el uso correcto del dinero o de las posesiones terrenales en el servicio del reino de Dios. Las Escrituras advierten con frecuencia contra la codicia (1 Timoteo 6:6-10; Hebreos 13:5). Cristo advierte de la manera más enérgica contra el guardar tesoros en la tierra y preocuparse en demasía con las cosas de esta vida (Mateo 6:19-34). Los cristianos también, debido a su naturaleza pecaminosa, tienen la tentación de idolatrar el dinero. Reciben constantes advertencias en la Escritura contra este gran peligro. Ya que el uso del dinero es usualmente considerado de una manera negativa, el peligro existe por otro lado de que el cristiano falle en pensar positivamente en el dinero como una dádiva de Dios que se debe emplear para extender la obra de su reino, para animar a sus seguidores a evaluar el dinero en su uso propio en el reino de Dios. El Salvador nos da la parábola que se encuentra en nuestro texto y también las palabras de nuestro texto que siguen a esta parábola. La parábola misma (v. 1-8) enseña a los cristianos a ser prudentes y sabios en el uso del dinero. Las exhortaciones de Cristo que siguen (v. 9-13) les dicen que sean fieles en su uso.

El mayordomo infiel era prudente. El sabía que llegaba el día en que él tendría que rendir cuentas. El pensaba en su futuro a la luz de este día y actuó de acuerdo con esto. Del mismo modo los cristianos deben reconocer que este tiempo de gracia tiene su límite. Al final de los tiempos llegará un día en que se tendrá que rendir cuentas. Debemos notar esto cuidadosamente. Debemos preocuparnos sobre el hecho de que todavía hay trabajo que hacer, a fin de que aquéllos que están sin Cristo puedan oír el llamamiento del evangelio. Debemos usar nuestras dádivas materiales a fin de establecer y extender el reino de gracia de Dios. Con un manejo sabio y prudente debemos hacer el trabajo del Señor mientras que haya tiempo.

El uso correcto del dinero, en las palabras de exhortación de Jesús, significa ser fiel en su uso. No se debe menospreciar el dinero. Puede parecer que el uso cuidadoso del dinero es poca cosa en comparación de otras cosas que hacemos para el Señor (el trabajo de predicar, enseñar, usar las dádivas espirituales, etc.). Sin embargo Dios quiere que seamos fieles en su uso, reconociéndolo como una dádiva de su gracia, no malgastándolo ni usándolo de una manera descuidada. El último versículo de nuestro texto (v. 13) es una advertencia final — mientras que está hablando del tema de dinero y su uso — de nunca dejar que el amor al dinero domine nuestro corazón.

Sugerimos el bosquejo siguiente:

Sean Buenos Mayordomos de las Dádivas Terrenales de Dios

1. Sean prudentes (sabios) en el uso del dinero (v. 1-9)
2. Sean fieles en el uso del dinero
 - A. Reconozcan su valor (v. 10-12)
 - B. No sobrestimen su valor (v. 13)

Si uno quiere predicar solamente sobre la parábola misma (v. 1-8) sugerimos este bosquejo:

Lo que los Cristianos Pueden Aprender de los No Creyentes

1. Se debe preocupar sobre el día en que se tiene que rendir cuentas (v. 1-3)
2. Prepárese para ese día en que se tiene que rendir cuentas (v. 5-9)

El Décimo Noveno Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Amós 6:1-7
Epístola: 1 Timoteo 6:11-16
Evangelio: Lucas 16:19-31

El Año Eclesiástico

El poner nuestra confianza en las cosas de esta vida y el buscar nuestro placer en ellas pueden hacer que nos olvidemos de Dios y luego suframos el castigo eterno en la vida venidera. Esto es el mensaje severo de las lecciones para las Escrituras para este domingo.

El profeta *Amós*, en la lección del Antiguo Testamento, advierte contra aquéllos que están en reposo entre el pueblo de Dios, que pasan su tiempo en fiestas, pero que no se afligen “por el quebrantamiento de José.” Una traducción más apropiada sería la brecha de José, es decir, la división del reino de Israel que Dios amenazaba traer sobre su pueblo si seguía apartándose de su camino.

En la Epístola el consejo que Pablo da a *Timoteo* es “huir” del deseo de las riquezas terrenales, pues el amor al dinero es una raíz de toda clase de males. Más bien, Timoteo debe “pelear la buena batalla de la fe” y “echar mano a la vida eterna” a la que Dios lo había llamado.

El Evangelio de *Lucas* es la bien conocida historia del rico y Lázaro. Uno era rico en este mundo y pobre en la eternidad. El otro era pobre en la tierra y bienaventurado para siempre al lado de Abraham en el cielo.

Sabemos que el mundo presta poca atención a las advertencias de este tipo. Por esta razón los cristianos deben “pelear la buena batalla de la fe.”

El Texto — Lucas 16:19-31

El contexto será de gran ayuda en entender el relato sobre el rico y el pobre Lázaro. Antes en este capítulo se encuentra el relato de la enseñanza del Señor sobre la importancia de ser fiel en el manejo de las riquezas mundanas (v. 11). Jesús enfatiza que no podemos servir a Dios y al dinero (v. 12). Entre aquéllos que oyen sus comentarios son los fariseos, “que eran avaros” (v. 14). Ellos se burlaron de Jesús cuando él advirtió contra la

avaricia. Ahora los versículos 19-31 enfatizan la manera en que una actitud impropia hacia el dinero afectará la actitud que el hombre tiene hacia Dios tanto como su actitud hacia sus semejantes, y como todo esto tendrá horribles consecuencias en la vida venidera.

v. 19-21 — *Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado en la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aún los perros venían y le lamían las llagas.*

Con unas pocas palabras Jesús describe para nosotros a los dos hombres. Primero habla del rico. Es interesante notar que no se le da su nombre, mientras que sí se da el nombre del pobre. El rico se vestía de púrpura, un color asociado con la realeza, y en lino fino, la tela más cara de esos días. “Vivía lujosamente” (participio presente de *eujfraivnw*) enfatiza que ésta era la forma en que él se acostumbraba a vivir. El hombre rico no es lo que nosotros llamaríamos un hombre malo. Es probable que fuera un hombre respetado en su comunidad. Pero había fijado muy baja la meta de su vida. Sinceramente creía que lo importante de la vida era disfrutar de las cosas buenas que la vida tiene para ofrecer.

El cuadro de Lázaro es exactamente lo contrario. El era pobre y vivía de los restos que caían de la mesa del rico. Estaba enfermo; sufría de llagas dolorosas. Ya que no podía ayudarse a sí mismo, otros lo llevaban y lo dejaban a la puerta del rico como si fuera un cargo despreciado. La vida activa del rico y su búsqueda constante de diversión no le permitieron en ningún momento tener interés en el necesitado que estaba a su puerta.

Podemos reconocer tres errores que hizo el rico. Hizo el error de tratar de su cuerpo como si fuera más importante que su alma. Hizo el error de pensar que él era el gobernante de su propio destino y no Dios, y se atrevió a discrepar con Dios sobre lo que es verdaderamente importante en la vida. Hizo el error de pensar que la vida terrenal era más importante que la vida eterna. Hacer que su vida terrenal fuera lo más cómoda posible llegó a ser su meta. Mientras hacía sus planes, se le olvidó contar con el hecho de que los días de su vida constituye un tiempo muy corto en comparación con la vida eterna venidera.

v. 22 — *Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico y fue sepultado.*

Debilitado por su enfermedad, por falta de la nutrición apropiada y el cuidado médico, Lázaro murió. No había mucha gente que tuviera interés en él durante su vida, y no se dice nada que indique que era diferente en el momento de su muerte. Aunque no había mucha gente que le servía durante su vida, los ángeles, los siervos de Dios, sirvieron a Lázaro en su muerte. Fue recibido en el descanso y consuelo y compañerismo y el amor del cielo. Las palabras “al seno de Abraham” (*eij" toVn kovlpon jAbraavm*) nos dicen que Lázaro fue al cielo. A Abraham se le considera el padre de todos los verdaderos creyentes (véase Gálatas 3:6-9).

Esto nos dice algo sobre lo que le era importante para Lázaro en la tierra. No sólo sufrió, sino que también era paciente en el sufrimiento y se sometió a la voluntad de Dios a quien había aprendido a conocer como su Padre celestial. Lázaro sabía cómo vivir sin lo que comúnmente se llaman las buenas cosas de la vida. Pero disfrutó de la seguridad que el Padre le dio sobre el perdón y sobre la paz de la conciencia. En esta fe él se durmió, y en esta fe se despertó en el cielo, en la presencia del Salvador en el que había confiado.

Más tarde el rico también murió, y sin duda sus riquezas le proveyeron un funeral muy elegante. ¿Pero cuál fue el beneficio de todo esto para él cuando estaba en la tumba?

v. 23, 24 — Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.

Jesús emplea una forma muy simple para hablar de la vida del futuro más allá de la tumba. Sólo hay dos posibilidades. O una persona, como Lázaro, está para siempre con el Señor y con los santos y es hecho perfecto, o como el rico está separado para siempre del Señor.

Durante su vida terrenal el hombre se había preocupado demasiado sobre los asuntos del día para poder dedicar mucho pensamiento a la vida más allá de la tumba. Pero ahora él conoció lo horrible que era una eternidad sin Dios. Estaba experimentando el castigo de fuego del que la Biblia habla. El rico también estaba experimentando la horrible soledad del “infierno” (αἰδης). Los burladores se han mofado diciendo, “si es que hay un infierno no me preocupo mucho, porque voy a tener bastante compañía allá.” Pero el infierno no es ningún lugar para celebrar fiestas alegres; es un lugar de una horrible separación. San Pablo explica que los condenados en el infierno estarán eternamente “excluidos de la presencia del Señor” (2 Tesalonicenses 1:9).

El rico estaba dolorosamente consciente de la bienaventuranza eterna que él hubiera podido tener, la bienaventuranza que Lázaro ahora disfrutaba. Pero la había perdido porque rechazó lo que Dios quiso que tuviera cuando él amaba las cosas terrenales sobre todo. Todo esto solamente aumentó su sufrimiento.

Aunque muchos hoy en día rehusan creer que hay un infierno, sin embargo las páginas del Antiguo y Nuevo Testamentos ofrecen suficiente evidencia para mostrar que Dios castiga el pecado con la condenación eterna. A los ojos de Dios el pecado es rebelión, y Dios no puede cerrar sus ojos cuando sus criaturas se rebelan contra él.

El rico esperaba que el hecho de que era descendiente de “Padre Abraham” (πατερ Ἀβραάμ) tal vez le ayudaría en su sufrimiento, pero Abraham negó su petición. Juan el Bautista dijo algo similar a los líderes judíos que vinieron a oírle predicar y ser bautizados por él: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de

vosotros mismos: tenemos a Abraham por padre” (Lucas 3:8). Abraham era el padre de los creyentes. El confiaba en el Salvador que Dios había prometido enviar, y su vida se basaba en esta verdad. Lázaro compartió la fe de Abraham, era un hijo espiritual de Abraham. El rico no lo era. Su vida había estado llena del fruto de la incredulidad.

“Envía a Lázaro,” suplicó el rico, “para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.” Pidió alivio de su intenso dolor físico. Si es que no se podía escapar de este lugar de tormento, tal vez podía hacerse más tolerable.

v. 25, 26 — *Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí y tú atormentado. Además de todo esto, una gran cima está puesta entre nosotros y vosotros de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá.*

Una de las consecuencias que sigue al pecado es que el hombre es juzgado y su estado no puede cambiarse. Una gran “cima” (*cavsuma*) separa el cielo del infierno, y en el mundo venidero esa cima no puede ser llenada. El dolor y sufrimiento del infierno es permanente. La persona que está en el infierno es más allá de toda ayuda y amor.

Las cosas que el rico consideraba buenas y valiosas eran las cosas que él ya había recibido y disfrutado. Su vida estaba llena de las dádivas terrenales. Y ahora no podía pedir más de estas.

v. 27, 28 — *Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento.*

Los cinco hermanos del rico aparentemente vivían la misma clase de vida que él mismo había llevado mientras vivía — egocéntrica, en rebelión contra Dios y dedicada a los placeres terrenales en vez de ser dedicada a Dios. El rico sabía que sus hermanos se dirigían al mismo castigo eterno que él ya estaba experimentando. Una vez más demostró su incredulidad e intentó inventar un nuevo medio de gracia para sus hermanos — la aparición de uno regresado de entre los muertos.

v. 29 — *Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; oíganlos.*

“Moisés y los profetas” eran los libros del Antiguo Testamento. En estos sagrados escritos, Dios les dio a todo el mundo el mensaje sobre el cielo en un lenguaje terrenal. Al hablar de las Escrituras del Antiguo Testamento Jesús dijo: “Ellas dan testimonio de mí” (Juan 5:39). San Pablo describió el Antiguo Testamento diciendo que pueden “hacerte sabio para la salvación que es por medio de la fe en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15). Todo lo que era necesario para que los hermanos se escaparan de la agonía del infierno era escuchar y prestar atención al mensaje solemne sobre el pecado y la gracia, sobre la ley y el evangelio escrito tan claramente en las páginas del Antiguo Testamento.

v. 30, 31 — *El entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: So no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.*

Durante su vida terrenal el rico tenía en muy poca estima la palabra de Dios, y él trajo consigo al infierno esta poca estima. El argumentó: “Mis hermanos están acostumbrados a escuchar a los seres humanos predicar la palabra de Dios. Yo sé que esto solo no los va a mover al arrepentimiento y a la fe a fin de que puedan escapar del dolor del infierno. Pero si algo extraordinario sucediera, tal como la aparición de una persona que hubiera regresado de los muertos, esto sí tocaría su corazón.” Pero Abraham simplemente volvió a afirmar que los pecadores son salvos no por apariciones sobrenaturales de los muertos, sino al escuchar y creer la palabra de Dios. Pero enfatizó: “El Espíritu Santo no quiere trabajar en nosotros de ninguna otra manera que por medio de la palabra y los sacramentos.”

Sugerencias Homiléticas

Este texto nos presenta un cuadro del uso equivocado de las riquezas terrenales, y también la forma en que este abuso egoísta, si no es corregido, termina en el castigo del infierno. Se refieren tanto al cielo como al infierno como lugares reales. De aquí hay dos lugares en la vida después de la muerte. El cielo es la morada de Dios, los ángeles y los creyentes que han muerto en la fe. El infierno es un lugar de sufrimiento, el lugar de los condenados que durante su vida en la tierra rechazaron las enseñanzas de la palabra de Dios. No hay ningún lugar intermedio. Los dos lugares están separados por una cima que nunca se puede llenar. Después de la muerte el juicio de Dios es final.

Esta historia también nos muestra algo sobre el medio de salvación que es completamente suficiente. Este medio es la palabra de Dios. Jesús dice, “tienen a Moisés y a los profetas.” Aquí se refiere a las Escrituras del Antiguo Testamento que señalan al Salvador del pecado que Dios enviaría. No hay ningún otro medio además del evangelio que pone a Cristo ante nosotros.

Se ha interpretado mal este texto para probar toda clase de nociones e ideas equivocadas. Es importante, por lo tanto, que el predicador se pegue a las verdades claras tal como Cristo las presenta. No debe dejar que sus pensamientos se desvíen por algunas interpretaciones propias.

Aquí hay algunos bosquejos sugeridos:

Considera las Consecuencias

1. Tal como crees, así vivirás
 - A. La vida del rico reveló su fe en sí mismo. Su dios era el dios de este mundo.

- B. Aunque se dice muy poco de la vida de Lázaro, su nombre, que significa “confianza en Dios”, nos dice algo sobre su fe y también sobre su vida.
- 2. Tal como vives, así también morirás.
 - A. La clase de vida que llevamos determinará la fe en nuestro corazón cuando muramos.
 - B. Hay, por supuesto, casos de conversiones en la última hora. Pero estas son las excepciones raras.
- 3. Tal como mueres así serás juzgado.
 - A. Dios juzga inmediatamente al que ha muerto
 - B. Solamente hay dos posibilidades en el juicio: “Al seno de Abraham” (v. 22) o “en el infierno” (v. 23).
- 4. Tal como eres juzgado, así permanecerás.
 - A. Aquí las palabras sobre “la gran cima” (v. 26)
 - B. También se aplican las palabras “si no oyen a Moisés y a los profetas” (v. 31)

A continuación se encuentra otra sugerencia que sigue las mismas líneas:

¿Eres tú rico o pobre?

- 1. En la vida
- 2. En la muerte
- 3. En la eternidad

En cada parte mencionada arriba el predicador puede hacer un contraste entre las riquezas del rico y la pobreza de Lázaro. En la primera parte especialmente se debe mostrar que nuestros valores no siempre están de acuerdo con los valores de Dios.

Una forma un poco más difícil, pero efectiva de predicar este texto sería:

¿Tiene Dios el primer lugar en nuestras vidas?

- 1. Lo que nuestra actitud hacia nuestras posesiones indica
- 2. Lo que nuestro interés en nuestro semejante indica
- 3. Lo que nuestro amor a la palabra indica.

Una vez escuchamos un sermón sobre este texto predicado con motivo de un culto para promover las misiones. El tema y las partes vienen como siguen:

¿Por qué es que debemos hacer la obra misionera?

- 1. A fin de salvar a la gente para que no haga un infierno en la tierra.
- 2. A fin de salvar a la gente para que no sufra en el infierno para siempre.

Finalmente, este texto se presta muy bien a usarse en un sermón expositivo. Simplemente sigue la historia de Cristo con una explicación versículo por versículo siguiendo el tema: **¿Dónde pasarás tú la eternidad?** Sin embargo advertimos que

solamente el predicador experimentado puede predicar bien un sermón expositivo de este tipo.

El Vigésimo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Habacuc 1:2, 3; 2:2-4

Epístola: 2 Timoteo 1:3-14

Evangelio: Lucas 17:1-10

El Año Eclesiástico

Este domingo enfatiza la importancia de tener una fe fuerte, a fin de que el creyente pueda permanecer firme en la prueba. En la lección del Antiguo Testamento de *Habacuc* escuchamos el bien conocido pasaje citado por Pablo en Romanos 1:17 y Gálatas 3:11: “El justo por la fe vivirá”. Este es el pasaje que frecuentemente fue usado por Lutero para sintetizar la esencia de la vida cristiana. La Epístola de *2 Timoteo* señala las Sagradas Escrituras como el fundamento de una fe que puede permanecer firme contra los muchos males que surgirán en los últimos días.

Cuando Jesús en el Evangelio de *Lucas* menciona ciertas cualidades que el cristiano manifestará en su vida de fe, los discípulos le piden que aumenten su fe. Jesús entonces les demuestra que deben depender más y más de la gracia sola para experimentar este aumento de fe.

El Texto — Lucas 17:1-10

v. 1 — *Dijo Jesús a sus discípulos: Imposible es que no vengan tropiezos; mas ¡ay de aquel por quien vienen!*

La palabra que es traducida “tropiezos” (*skavndalon*) es una palabra griega que significa trampa. Un animal entra en la trampa y ya no puede escapar o es muerto.

Jesús dice que tropiezos tienen que venir. “Imposible es que no vengan tropiezos” (*a*nevndektovn ejstin ... mhV ejlqe'i'n*). Ya que los seres humanos son pecadores, a veces causarán estorbos en la fe de otros o los guiarán mal a pecar. Su ejemplo, sea de palabras o acciones, puede hacer que otros se metan en una trampa de la incredulidad o del pecado. Pero Jesús no quiere que sus discípulos ni los creyentes de la actualidad sean descuidados en dar ofensa simplemente porque todo el mundo lo está haciendo. Más bien él advierte severamente: “¡Ay (*oujaiv*) de aquel por quien vienen!” Juzgará severamente a cualquiera que es culpable de ofensa o tropiezo.

v. 2, 3a — *Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos. Mirad por vosotros mismos.*

Jesús no dice exactamente lo que es que Dios les hará a los que causan ofensas o tropiezos. El emplea un cuadro para mostrar que con seguridad les hará algo horrible. Imagínese. Se saca a alguien de su bote, se ata una piedra de molino (livqo" mulikov") a su cuello, y luego lo tira al mar. Si un hombre cae al agua sin tener un peso atado a su cuello tal vez podría nadar y salir a salvo. Pero con una piedra de molino atada a su cuello él se hundirá pronto y se ahogará. Sin embargo, esto no es de ninguna manera tan horrible como lo que Dios le hará a una persona que da ofensa. Sí, ay de aquella persona.

Ya que el dar ofensa y causar tropiezo tiene una consecuencia tan seria, Jesús dice: "Mirad por vosotros mismos." (prosevcete eJautoi"). No hagan nada que causara que una persona peque o algo que causara disturbios en su fe. El menciona a "estos pequeñitos" (tw'n mikrw'n touvtwn) en especial. Jesús habló palabras similares de advertencia cuando él llamó a un niño y lo puso en medio de ellos (Mateo 18:2). Los niños como regla general confían en los mayores y esperan que sean más sabios que ellos. Si un niño dijera, "Creo que Jesús es el Hijo de Dios y mi Salvador," y una persona mayor se riera y le dijera que lo que él cree es tontería, el niño se confundiría y se preguntaría si es que tiene razón al creer estas cosas sobre Jesús. Se ofende. O si un niño escuchara a su tío usar palabras malas, lisuras, tal vez sería tentado a hacer lo mismo. El mal ejemplo de su tío hace que un niño peque. Pero no solamente son los niños los que pueden ser desviados. Puede sucederle a cualquier creyente y especialmente a los creyentes que recién están comenzando su vida como cristianos y por lo tanto son como los niños. Jesús quiere que tengamos bastante cuidado para no hacer que nadie peque. Pero es difícil hacer esto.

v. 3b — *Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale.*

Jesús ahora habla de otra cosa que es difícil de hacer. El da un ejemplo de un hermano, un hermano en la fe. Este hermano peca. No necesariamente peca directamente contra nosotros, por ejemplo al pegarnos o hacernos otras cosas semejantes. Puede ser que su pecado no nos afecte directamente. Puede ser que se emborrache o que le robe algo a otra persona. Pero esto no importa. El es mi hermano y su pecado hace que su alma esté en peligro. Yo quiero que se arrepienta y busque la salvación en el Señor. Entonces Jesús le dice, "repréndele" (ejpitivmhson — aoristo imperativo de ejpitimavw). La palabra griega para reprender (ejpitimavw) viene de una palabra que significa precio, valor (timhv). Cuando reprendemos a alguien le estamos diciendo a la otra persona que lo que ha hecho es malo. Le hacemos saber que ha pecado contra Dios y que Dios tiene que castigar el pecado. Si él acepta nuestra reprensión y se arrepiente, debemos perdonarle y hacerle saber que estamos haciendo únicamente lo que el Señor ha hecho primero. Nosotros perdonamos porque Dios primero nos perdonó a nosotros. (1 Juan 2:9).

v. 4 — *Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale.*

Si el pecado de alguien nos preocupa, nunca es fácil perdonar. Pero Jesús quiere que perdonemos aun cuando es difícil hacerlo. Esto es lo que Jesús dijo en el versículo 3. Pero ahora en el versículo 4 él habla de un hermano que peca directamente contra nosotros. Hemos sido lastimados, pero debemos estar listos para perdonarle si él se arrepiente. Diremos, “¿Una vez es suficiente?” Jesús menciona lo que podría hacer el caso más difícil de todos. Un hermano peca contra mí no solamente una vez ni solamente dos veces, sino siete veces y hace todo esto en el mismo día. “No importa,” Jesús dice: “Si él regresa cada vez después de haber pecado y dice, ‘Lo siento. Por favor perdóname,’ perdónale.” Esto no quiere decir que Jesús quiere que mantengamos un registro de pecados. El quiere que estemos listos para perdonar no importa cuántas veces nuestro hermano peque contra nosotros. Para saber por qué debemos estar prontos para perdonar lea Mateo 18:21-35.

v. 5 — *Dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe.*

Jesús había señalado dos deberes. Un deber era el de cuidar cada paso a fin de nunca dar ofensa a un hermano cristiano. El otro deber era el de estar listo de perdonar inclusive a los que pecan contra nosotros, no importa con qué frecuencia lo hagan. Los apóstoles querían hacer lo que Jesús les había dicho. Pero no estaban seguros de que podían hacer esto. Sintieron que su fe era demasiado débil. Entonces le pidieron a Jesús, “Auméntanos la fe” (provsqe" hJmi'n pivstin). ¿De qué manera respondió Jesús a su pedido?

v. 6 — *Entonces el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecería.*

Existe tal cosa como una fe fuerte. Hay que recordar lo que Jesús dijo sobre la fe del centurión (Mateo 8:10) y de la mujer cananea (Mateo 15:28). Alabó a los dos porque su fe era grande. Por otro lado hay que recordar el grito del padre del endemoniado (Marcos 9:24). El dijo que creía, pero que Jesús lo ayudara en su incredulidad. Pablo anima a los creyentes a probar la fuerza de su fe (2 Corintios 13:5).

Pero sería un error pasar demasiado tiempo mirando a nuestro corazón para ver cuánta fe tenemos. Si es que hay fe — y los apóstoles sí hablaron de “nuestra fe” — lo que se debe hacer es seguir adelante y actuar en fe. Actuar en fe significa mirar al Señor, escuchar sus mandamientos o promesas o enseñanza y luego obedecer, confiando o aceptando. Las personas que pasan demasiado tiempo considerando la magnitud de su fe pueden salir desilusionadas con lo que ven. Luego cuando el Señor pone un mandamiento o enseñanza delante de ellos, tratan de disculparse y no hacer lo que el Señor les pide al decir, “Mi fe es demasiado débil.”

En el momento de la gran pesca, la fe de Pedro tal vez no era especialmente fuerte. El pensaba en razones que argüían que él no iba a tener éxito. Sin embargo dirigió sus pensamientos a Jesús, al que confesaba como Señor. Escuchó el mandamiento y la promesa de Jesús y actuó de acuerdo con este mandamiento y promesa (Lucas 5:1-7).

Entonces Jesús aquí le dice a sus apóstoles, “Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro (sivnapi): Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecería.”

El pastor no tiene que pasar tiempo explicando lo que es un sicómoro. El punto de las palabras de Jesús se puede aclarar al referirse a cualquier árbol grande que crece en el lugar donde él vive. Lo que Jesús dice aquí es difícil de creer. Pero si tenemos fe, podemos hacer que algo suceda aun cuando esto no le parece posible a nuestra razón humana. La fe no es algo que nosotros sacamos dentro de nosotros mismos. Es creada por un mandato o promesa de nuestro Señor.

Esto es lo que nosotros llamamos una afirmación heroica de Jesús. El habla de tal manera que nosotros tenemos que prestar atención y recordar lo que él dice, ya que es tan insólito (véase Mateo 18:22; 19:24). En nuestro texto Jesús no nos da un mandato de trasplantar un árbol. El enfatiza cuánto la fe, aunque sea pequeña, puede lograr. Entonces aquí nos dice: “No te preocupes sobre el tamaño de su fe, usa la fe que tienes.” En este caso si recordamos lo que el Señor ha dicho guardaremos contra el dar ofensa, y también perdonaremos a nuestro hermano pecador incontables veces. Haremos esto por amor a Jesús como un fruto de la fe en él.

v. 7-9 — *¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírve me hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no.*

Los detalles de esta parábola son claros. Tal vez nos parece que el amo es un poco exigente con el “siervo” (dou'lo" — esclavo). Pero tenemos que ver todo esto desde el punto de vista de un amo que vivía en los días cuando la esclavitud era una parte de la vida de la gente. Si un hombre pagaba una gran cantidad de dinero para comprar a un esclavo, éste esperaba que el esclavo trabajara por él. Mientras que había trabajo que hacer, sea en el campo o en la casa, era el deber del esclavo hacerlo. El esclavo debía servir a su amo, y no el amo a su esclavo. El amo no le debía nada, ni siquiera agradecimiento, y el esclavo lo sabía.

v. 10 — *Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos.*

Ahora Jesús afirma la verdad que él quería aclarar al contar la parábola del esclavo. Somos los esclavos de Dios. El nos creó, nos redimió. Nos llevó a la fe. Entonces le pertenecemos a él. El tiene el derecho de decirnos lo que debemos hacer. Sus instrucciones, sus mandatos, cubren cada pensamiento y palabra, cada acción de cada minuto, cada hora y cada día de toda nuestra vida (véase Mat. 22:37-39). Sin embargo, aunque hiciéramos todo lo que Dios espera de nosotros en sus mandamientos, nunca

podríamos decir, “ahora me debes algo.” El nos diría “Solamente has hecho lo que te he mandado. Por esta razón te compré. No te debo nada.” Ya que es nuestro Dios, que es tan bueno con nosotros, desearíamos hacer algo para él que es aún más grande de lo que él nos ha mandado explícitamente. Pero esto es imposible. Por esta razón Jesús nos enseña a decir, “Somos siervos inútiles; sólo hemos hecho lo que es nuestro deber.”

¿De qué manera es que esta enseñanza de Jesús fortalece nuestra fe? Cuando la gente trata de hacer algo para ganar un premio de Dios y especialmente para ganar un lugar en el cielo, entonces tiene la tentación de fijarse en sí misma y ver si ha sido lo suficientemente buena o si ha hecho lo suficientemente bueno para ganar este premio. Nunca pueden estar seguros de que han hecho lo suficiente. Pero la fe es certeza. Lutero dijo una vez que si fuera necesario para entrar en el cielo que nosotros oráramos el Padrenuestro sin dejar que nuestros pensamientos se divagaran ni una sola vez, nunca podríamos estar seguros de que lo hubiéramos hecho. Pero cuando admitimos, “Dios no me debe nada; de hecho, yo pecco con frecuencia y merezco solamente su castigo,” entonces reconocemos que si vamos a ser salvos, Dios debe darnos la salvación como un regalo inmerecido. Entonces la gracia llega a ser para nosotros una palabra preciosa, porque nos dice que Dios nos ama y nos salva únicamente a causa de su amor, no a causa de lo que nosotros hayamos merecido para ser salvos. Cuando dejamos de fijarnos en nosotros mismos, ya que no hay nada en nosotros que pueda darnos esperanza, cuando nos fijamos únicamente en Dios y en lo que él ha hecho, entonces vemos algo que es seguro y cierto.

El amor de Dios es seguro (Romanos 5:8). Jesús completó la obra de salvarnos (Juan 19:30). Cuando nos fijamos en esta verdad: “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Timoteo 1:15) y decimos, “yo soy un pecador, Cristo me ha salvado,” estas palabras crean y fortalecen la fe. Cuando creemos que somos salvos debido a lo que Jesús hizo por nosotros, entonces cuando este Salvador nos dice que debemos tener cuidado de no dar ofensa y de estar siempre listos para perdonar, estaremos felices de hacer lo que él nos dice. La fe funciona de esta manera.

Sugerencias Homiléticas

Usted se habrá dado cuenta de que al tratar de explicar este texto tan difícil, ya hemos señalado la manera en que se debe aplicar a los oyentes. Cuanto más el predicador tiene éxito en hacer que sus oyentes tengan la certeza que su salvación depende enteramente de Dios solo, tanto más podrá él fortalecer su fe. Jesús no dice esto directamente, pero lo implica claramente. No podemos hacer nada para pagarle a Dios por la salvación. Entonces el perdón y la salvación dependen enteramente de la gracia de Jesús y del Padre. Una fe que descansa sobre esta base puede tener fuerza, porque Dios es su fuerza.

Algunos bosquejos que sugerimos para el uso del texto entero son:

Auméntanos la Fe

1. Por qué los discípulos hicieron este pedido (v. 1-4)
2. La forma en que Jesús respondió a este pedido (v. 5-10)

Encontramos Fuerzas para las Tareas Difíciles

1. Cuáles son estas tareas (v. 1-4)
2. La forma en que se provee esta fuerza (v. 5-10)

Si es que el predicador quiere pasar más tiempo al hablar sobre nuestra indignidad y sobre el significado de la gracia y lo que la gracia ha hecho, puede usar únicamente los versículos 5-10:

¿Cómo Podemos Tener Una Fe Más Fuerte?

1. No al fijarse en nosotros mismos (v. 5, 6)
2. Sino al fijarnos en nuestro Dios clemente (v. 7-10)

El Vigésimo Primer Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Ruth 1:1-19
Epístola: 2 Timoteo 1:8-13
Evangelio: Lucas 17:11-19

El Año Eclesiástico

Las lecciones de las Escrituras de este domingo dan ejemplos de fidelidad. La lección del Antiguo Testamento de *Ruth* es el bien conocido relato de la fidelidad de Ruth para con su suegra y de su regreso a Belén donde esta moabita llega a ser una de los antepasados de Cristo.

En la Epístola tenemos una continuación de nuestras lecturas de *2 Timoteo*. Pablo le hace recordar a Timoteo que sus sufrimientos en la cárcel no lo llevan a la desesperación. Más bien éstos sirven para fortalecer su esperanza de una herencia eterna que el Señor resucitado le ha prometido. Tal como Pablo permaneció fiel a Jesús, así nos anima a serlo también.

El Evangelio de *Lucas* nos presenta la historia de los diez leprosos que fueron sanados por Jesús. Al único fiel que regresó a darle gracias, Jesús le dice, “Tu fe te ha salvado”. De esta manera todas las Escrituras para este domingo nos dan ejemplos maravillosos de la vida que es motivada por una fe viviente en el Salvador Dios.

El texto — Lucas 17:11-19

Este texto presenta a Jesús en camino a Jerusalén. Este iba a ser su último viaje antes de su sufrimiento y muerte. Estaba bien consciente de esto, tal como se ve de las mismas palabras que él les habló a sus doce discípulos: “He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre” (Lucas 18:31).

Jesús no titubeaba en ir a la cruz, pues antes Lucas nos dice en su Evangelio que cuando “se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51). La ruta que él siguió según nuestro texto lo llevó por la frontera entre Samaria y Galilea, posiblemente para unirse a un grupo de amigos en camino a la fiesta de la Pascua en Jerusalén.

v. 11, 12 — *Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos.*

Jesús no identifica la aldea donde tuvo lugar el acontecimiento mencionado en nuestro texto. Tampoco podemos aprender esto de los otros Evangelios, ya que no mencionan este milagro. Sin embargo esto es de poca importancia. El punto importante es esto, que al entrar a esta aldea diez hombres leprosos salieron a su encuentro.

Esta enfermedad, que en ese tiempo se consideraba incurable, resultó en la formación de bultos, llagas y otras deformaciones de la piel y de los miembros de una persona. Una persona afligida con la “lepra” (ο& leprov") se consideraba inmunda y no permitían que tomara parte de las ceremonias del culto judío. Por esta razón los leprosos fueron aislados de la sociedad. Los diez leprosos de nuestro texto “se pararon de lejos” (οι} e[sthsan povrrwqen). Aunque salieron de su aislamiento, sin embargo guardaron las reglas al no acercarse mucho a Jesús.

v. 13 — *Y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!*

Ya que generalmente la voz se debilitaba con la lepra, su gritar parece implicar con los leprosos unieron su voz al gritar para asegurarse de que Jesús los oyera. Su petición fue una oración de fe. Es más probable que hubieran llegado a creer por medio de lo que habían escuchado sobre Jesús — sus milagros y su mensaje. Exactamente cuánto sabían sobre Jesús es imposible afirmar. Sin embargo, obviamente creían que Jesús tenía el poder de ayudarlos. Al mismo tiempo, no le exigieron nada a Jesús sino simplemente apelaron a su misericordia y compasión, presentándose como personas que no merecían ni eran dignos de su ayuda (ejlevhson hJma" — “ten piedad de nosotros”).

En esto nos dan un buen ejemplo. Nosotros conocemos a Jesús a base de la completa revelación sobre él que tenemos en las Escrituras. Lo conocemos como el Mesías e Hijo de Dios prometido, que vino al mundo en cumplimiento de la profecía divina. Sabemos que se hizo hombre a fin de que pudiera, por medio de su cumplimiento de la ley de Dios y por su muerte en la cruz, hacer expiación por nuestros pecados y por los de todo el mundo. Sabemos que “fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). Sabemos que ahora está a la diestra de Dios para hacer intercesión por nosotros (Romanos 8:34; 1 Juan 2:1). Sabemos que él dijo, “Al que a mí viene no le echo fuera.” (Juan 6:37). Sabemos también que él no sólo tiene el poder de perdonar pecados sino también el de ayudarnos en todos nuestros problemas, no importa cuan grandes sean. ¿Será avergonzada alguna vez nuestra fe en él?

v. 14 — *Cuando él los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados.*

Otros habían pasado por alto el grito de estos desafortunados ya que eran inmundos. Pero no fue así con Jesús. Nótese el informe de Lucas: “Los vio” (ijdwvn). Jesús vio el cuadro triste que presentaban. Estaba bien consciente de su miserable condición. Pero

más de esto, también, como el omnisciente Dios, vio su fe. Y puso su fe a la prueba. Podría haber dicho, como lo hizo en otras situaciones, “Que sea contigo como has creído.” “Sé limpio.” En vez de esto les dijo que fueran a mostrarse al sacerdote.

Aquí otra vez Jesús siguió la ley de Moisés con respecto a los leprosos. Las personas que pensaban que se habían curado de la lepra tenían que presentarse ante el sacerdote para que él confirmara la curación (Lev. 13:2; 14:2). Aparentemente estos leprosos todavía no se habían curado de la lepra cuando Jesús les dijo que fueran a los sacerdotes, pues leemos que fueron sanados “mientras iban” (ejn tw'/ uJpavgein). De aquí, requirió fe de su parte para obedecer lo que Jesús les dijo, fe de que de alguna manera la curación tendría lugar antes que llegaran a los sacerdotes. Obviamente su fe no fue mal puesta, pues “fueron limpiados” (ejkaqarivsqhsan).

¿Es el caso que nosotros siempre creemos la palabra de Cristo, aun cuando parece que no nos oye o que no está prestando atención a una necesidad especial que tenemos? Acuérdate de lo que dijo a Tomás: “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Juan 20:29). El relato sobre los diez leprosos se nos cuenta porque presenta a Jesús mientras hace otro milagro. De esta manera se suma a las muchas otras pruebas de que él es el Hijo de Dios y el Salvador prometido. Esta historia también demuestra la respuesta apropiada de parte de aquéllos que han experimentado esta ayuda poderosa.

v. 15, 16 — *Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano.*

Fueron diez leprosos que habían sido sanados por Jesús en respuesta a su grito de fe. Pero sólo uno de ellos fue movido a regresar y darle gracias a Jesús. De hecho, al leer el relato de Lucas, parece que éste regresó en el momento en que se dio cuenta de la curación, aun antes de seguir en su camino a mostrarse a los sacerdotes. Mientras iba seguía alabando a Dios “a gran voz” (metaV fwnh" megavlh"), la que, sin duda, había regresado a su estado normal a causa de la curación. Le dio a Jesús todo el crédito de su curación tal como se pone en evidencia cuando “se postró en tierra a sus pies, dándole gracias.”

“Y este era samaritano” (aujtoV" h\n Samarivth"). ¿Por qué era tan significativo este hecho? Los samaritanos eran menospreciados por los judíos. Sin embargo, ni siquiera uno de los otros nueve, que posiblemente eran judíos, apreciaron suficientemente lo que habían experimentado de modo que regresaran a agradecerse al Salvador misericordioso.

v. 17-19 — *Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado.*

Jesús no pudo ocultar su desilusión sobre la ingratitud de los nueve. Podría haberse esperado que regresaran para agradecerle. Es verdad que el Señor estuvo muy desilusionado con los nueve. Pero cuánto le plació el samaritano. Así como expresó su desagrado con los nueve, expresó abiertamente su complacencia sobre “este extranjero” (ajllogenhv”).

Pidiéndole al hombre que se levantara, Jesús lo despidió con palabras alentadoras: “Tu fe te ha salvado.” ¿Se refirió Jesús sólo a la curación física? Podría haber dicho estas palabras también con respecto a los otros nueve, porque ellos también se habían ido sin dudar de que el mandato de mostrarse a los sacerdotes les aseguraba la curación. La fe del samaritano fue profundamente enraizada, llena de verdadero aprecio por la misericordia que el Señor le había mostrado. También creó en el perdón misericordioso que Jesús proclamó y distribuyó gratuitamente.

Cuán grande es el ejemplo que tenemos en el samaritano. ¿Es que él nos avergüenza también? Al contestar esto no debes pensar, “No hemos experimentado nada tan maravilloso como lo que él experimentó.” Si esto es nuestra respuesta, debemos sentarnos y contar nuestras bendiciones. Si tenemos mucho o poco de los bienes de este mundo, si disfrutamos de buena salud o si sufrimos de alguna enfermedad, el hecho de que estamos vivos y tenemos lo que tenemos se debe enteramente a la misericordia y amor de nuestro Señor, el que no nos debe nada sino que debe castigarnos por los muchos pecados que cometemos a diario. Con el profeta de antaño debemos confesar: “por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias.”

Mejor todavía es el hecho de que a través de los medios de gracia, el evangelio en palabra y sacramento, recibimos continuamente la seguridad de que nuestros pecados nos son perdonados por causa del santo, inocente, amargo sufrimiento y muerte del amoroso Salvador. De esta manera disfrutamos de la curación constante de la lepra del pecado, una lepra cuyo dolor y consecuencia son mucho peores que lo que los diez hombres del texto experimentaron. Esta curación afecta no sólo nuestra vida aquí en la tierra, sino que sus beneficios incluyen también el gozo de la vida eterna en el cielo con el Salvador.

Sugerencias Homiléticas

En el tema del sermón sobre este texto, el predicador puede enfatizar o la curación milagrosa hecha por el Salvador o la reacción a esta curación de parte de los que fueron curados. En cualquier caso debe señalar la gran misericordia y poder del Salvador. El predicador, bajo cualquier circunstancia, debe evitar un tratamiento que trata del texto como un mero símbolo, como si solamente tratara de nuestra lepra del pecado. Se puede señalar la lepra del pecado, pero esto no es el punto principal del texto.

A continuación se encuentran dos ejemplos de cada uno de los dos acercamientos al texto.

La Misericordia de Jesús Nunca Falla

1. Búscala con confianza (v. 11-14)
2. Recíbala con gratitud (v. 15-19)

Jesús, Nuestro Sanador Celestial

1. Sus oídos están abiertos a nuestro grito por la misericordia (v. 11-14)
2. Sus manos son fuertes para ayudarnos (v. 14)
3. Sus actos merecen nuestra gratitud. (v. 15-19)

Dad Gracias al Señor

1. El merece nuestro agradecimiento (v. 11-15)
2. El busca nuestro agradecimiento (v. 17-19)

¿Dónde Están Los Nueve?

1. Gozaron de una curación milagrosa.
2. Se olvidaron del Señor que los sanó

El Vigésimo Segundo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Génesis 32:22-30
Epístola: 2 Timoteo 3:14 - 4:5
Evangelio: Lucas 18:1-8

El Año Eclesiástico

En la lección del Antiguo Testamento de *Génesis* Jacob luchó con un hombre desconocido durante la noche hasta el amanecer. Este hombre era el Señor en una forma humana. Jacob no le dejaba ir hasta recibir una bendición. Su nombre fue cambiado a Israel.

La lucha de Jacob con el Señor dibuja la forma en que el cristiano lucha espiritualmente en la oración. Dios quiere que sigamos orando y que no nos rindamos. Tanto la lección del Antiguo Testamento como la del Evangelio enfatizan la importancia de la oración persistente.

La Epístola nos presenta una continuación de las lecturas seleccionadas de *2 Timoteo*.

El Evangelio de *Lucas* presenta una parábola de Jesús que trata de la misma lección de hoy sobre la oración. Un juez injusto otorga lo debido de una viuda simplemente porque ella “lo molesta”. Con muchas más ganas Dios otorgará justicia a sus elegidos que claman a él de día y de noche.

El texto — Lucas 18:1-8

En Lucas 11:1-12, el texto para el décimo domingo de Pentecostés, notamos el énfasis que Lucas pone en la oración. Hicimos una lista de varias referencias que se encuentran en el Evangelio según san Lucas en las cuales se ve algo sobre la forma en que Jesús oraba. La parábola que tratamos en este estudio, tanto como en la parábola de Lucas 11:5-8 del estudio anterior, fueron registrados por Lucas solamente. Ambos animan al pueblo de Dios a orar.

El Evangelio de Lucas sigue el bosquejo del Evangelio según San Marcos. Ambos escritores dedican los capítulos intermedios al ministerio de Jesús en Galilea y a su ministerio durante sus viajes (Lucas 3-18). La parábola narrada en nuestro texto se encuentra en la conclusión del relato de Lucas sobre el ministerio del Señor durante sus

viajes. Un discurso sobre la venida del reino de Dios precede a la parábola (Lucas 17:20-37). La parábola del fariseo y el publicano la sigue.

Parece que éste es el pensamiento que corre por el contexto. En Lucas 17:20 los fariseos le preguntan a Jesús sobre la venida del reino. Jesús agrega a su respuesta algunas palabras serias dirigidas a sus discípulos sobre su sufrimiento y muerte venideros. El futuro es muy oscuro. Pero sus discípulos pueden tener esperanza mientras que esperan el día del Hijo del Hombre (Lucas 17:24).

Inmediatamente después Jesús agrega las palabras de nuestro texto, la parábola de la viuda persistente. Esta parábola también les da esperanza a sus discípulos. Les anima a orar y a no rendirse. ¿Por qué no? Porque la voluntad de Dios siempre seguirá fiel, promete Jesús (v. 7, 8). Luego Jesús hace una pregunta penetrante. Cuando regresa, “¿hallará fe en la tierra?” Sí, lo hará. La encontrará en personas como el “publicano” (v. 10), humilde y contrito, y en personas cuya fe es como la de un niño (v. 15-17). Entonces, declara Jesús, sigue esperando, y mantén la fe en Dios que siempre te es fiel.

v. 1 — *También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar.*

Jesús tuvo un propósito especial (proV" tov) en mente cuando contó esta parábola. Al acercarse el fin del mundo, el pueblo de Dios tiene una necesidad especial, un deber (dei'n), de orar. Jesús dice: “Tienen la necesidad de orar siempre.” Es una necesidad. El enfatiza la importancia de orar continuamente (pavntote) al agregar el negativo, “y no desmayar.” El verbo (ejgkakei'n) sugiere que alguien se cansa debido al desánimo o debido a que no hay una respuesta pronta a la oración. (Véase Gálatas 6:9; 2 Tes. 3:13 donde se emplea la misma palabra.)

Es fácil que el pueblo de Dios se cansa en su vida de oración cuando comienza a pensar que Dios no tiene preocupación de ellos y que sus oraciones no consiguen nada. Al aumentar la maldad en los últimos días (Lucas 17:26-30), parecerá que los oídos de Dios están sordos a la oración de su pueblo. Pero pese a que las cosas parecen de esta manera, el Señor nos hace recordar que él viene de regreso (Lucas 17:24). Esa promesa debe animarnos a estar conscientes siempre de la necesidad de “orar siempre, y no desmayar.”

v. 2 — *Diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre.*

Los registros antiguos nos dicen muy poco sobre la forma en que se administraba la justicia en las aldeas en los tiempos de Jesús. Esta parábola sugiere que se hacían las decisiones por medio de un juez y que no intervenían abogados y no había el proceso debido de ley tal como se encuentra en las cortes de hoy. Uno esperaría que tal oficial fuera un hombre justo, un hombre que los otros ciudadanos tendrían en alta estima. Este juez era exactamente lo contrario. El era un hombre que no tenía principios, ni sentido de

justicia, ni conciencia. El era un juez malo en dos sentidos: “Ni temía a Dios, ni respetaba a hombre.”

Dios reprendía severamente a los jueces injustos del Antiguo Testamento (véase Isaías 1:21-24; Jeremías 5:28, 29; Zacarías 7:8-10). Sin embargo este juez actuaba como si Dios no existiera. Las advertencias de Dios no significaban nada para él. Tampoco fue el caso que las opiniones de sus conciudadanos significaban algo para él. No le importaba lo que ellos pensaban sobre sus decisiones como juez. Sus derechos no significaban nada para él.

El hecho de que Dios también es un juez no significa que uno debe comparar a Dios con este juez injusto. Tal como Jesús pone en claro en los versículos 6-8, el trato de Dios con su pueblo es exactamente lo contrario de la forma en que este juez trataba con sus conciudadanos. Tal como es el caso en otras parábolas, debemos buscar solamente un punto de comparación aquí. No debemos hacer el error de buscar paralelos en todos los detalles de la historia.

v. 3 — *Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario.*

Hay que notar el contraste que Jesús presenta: Por un lado un orgulloso, autosuficiente, independiente juez; por otro lado una humilde, desamparada, dependiente viuda. La Biblia con frecuencia habla de las viudas como representantes de la gente desamparada de la que otros tratan de aprovecharse. En ese entonces, tal como es el caso ahora, las viudas frecuentemente son las víctimas de engañadores. “Adversario” (ajntivdiko) sugiere que su oponente estaba involucrado en una demanda contra ella, o por lo menos estaba amenazando con enjuiciarla o quitarle su propiedad.

La viuda apeló su caso al juez injusto para recibir justicia, es decir, para ampararse en la ley. El imperfecto (h[rceto — “venía”) indica que ella buscaba ayuda repetidas veces. Podemos asumir con certeza que su causa era justa. Su oponente legal era el que estaba tratando de torcer la ley para su propia ventaja. El juez era el único que podía ayudar a la desamparada viuda.

v. 4, 5 — *Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia.*

Este juez era duro de corazón, simplemente rehusó ayudar a la viuda. No tenía ninguna compasión de su problema. La miseria humana no tuvo ningún efecto en su corazón. Pero la viuda tuvo una cosa a su favor que el juez no había tomado en cuenta. Ella era persistente. No iba a dejar de buscar ayuda. Ella sabía que el juez no tuvo ningún interés en la justicia de Dios ni en la justicia entre los hombres. Pero también sabía que a nadie le gusta ser molestado continuamente con apelaciones sobre algo.

Tenía razón. Su persistencia consiguió resultados. El juez comenzó a debatir el asunto en su mente. Por un lado, él disfrutó de su reputación como un hombre que hacía lo que le daba la gana sin tomar en cuenta la justicia divina ni humana. Sabía que el temor de Dios y el respeto al hombre hubiera requerido que protegiera a la viuda. Sin embargo, por otro lado le era una molestia que esta mujer le fastidiara con tanta frecuencia. Entonces decidió emitir un juicio solamente para deshacerse de ella.

El versículo 5 da la causa (diaV tov) de la decisión del juez de hacer algo. La cláusula dependiente con i{na mhv que sigue expresa su propósito en decidir actuar. Lucas aquí usa una palabra que es más fuerte que la traducción “molestar.” La palabra (uJpwpiavzh/) literalmente significa golpear con los puños y de esta manera dar a alguien un ojo negro (véase 1 Cor. 9:27). El significado de la historia de Cristo es claro. La viuda tiene la persistencia, y el juez finalmente la ayuda. La ayuda no porque quiere ayudarla a ella, sino porque quiere ayudarse a sí mismo. Su único interés es en su propia paz y comodidad y no en la de la viuda.

v. 6 — *Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto.*

Jesús da su propia aplicación de la parábola. El tiempo presente se emplea para referirse a lo que el “juez dice” (levgei). Lo que el juez dice es la clave para entender el punto de la parábola. Jesús también da especial énfasis al carácter malvado del juez al llamarle el “juez injusto” (oJ krithV" th" ajdikiva"). El es un juez cuya característica sobresaliente es la injusticia.

v. 7 — *¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles?*

El propósito de Jesús es mostrar el contraste que existe entre el juez injusto y el Dios de justicia. En el griego, “Dios” (oJ deV qeov") aparece al principio de la oración. Es seguido por un negativo doble (ouj mhv) que introduce una pregunta que exige la respuesta “sí”.

El contraste entre el juez de injusticia y el Dios de justicia se puede aplicar también a los detalles de la parábola. En la parábola Jesús habla de la viuda en la que el juez no tiene ningún interés. En la aplicación Jesús habla de “los escogidos” (tw'n ejklektw'n) en los que Dios sí tiene un interés genuino.

No hay ninguna relación entre el juez y la viuda. Sí hay una comunión maravillosa entre Dios y sus elegidos. En la parábola, la viuda presenta su petición al juez en esta ocasión y en otra ocasión. En la aplicación los elegidos claman a Dios continuamente, “día y noche” (hJmevra" kaiV nuktoV"). En la parábola, la viuda recibe una respuesta después de un período de tiempo relativamente corto. En la aplicación Jesús sugiere que Dios en su trato sabio con sus elegidos a veces “tardará” (makroumei'). Parece que a veces actúa de una manera lenta al contestar las oraciones de sus escogidos. Pero siempre tiene su propio propósito al hacer esto.

El contraste en la parábola y en su aplicación hace que sea efectiva. Jesús pregunta, “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?” Con certeza lo hará. Es necesario recordar todas las promesas que Dios hace a sus elegidos (Efesios 1:3 sig.; Romanos 8:28-30). En tiempos de aflicción, puede parecer que Dios se ha olvidado, que está muy lejos o que él se tarda innecesariamente. Pero en verdad nunca nos abandonará ni nos desamparará (Hebreos 13:5). Nuestro Dios es de verdad un Dios lleno de compasión, cuyas misericordias son nuevas cada mañana, cuya fidelidad es grande (Lamentaciones 3:22, 23). Cuando Dios tarda es siempre para nuestro bien. A veces él tarda para quitar el egoísmo de nuestras peticiones. A veces él tarda para que nuestro anhelo se aumente. A veces él tarda porque él sabe que una respuesta rápida y fácil no fortalecerá nuestra fe. El sabe que sus hijos, tal como los hijos ordinarios, aprecian sus regalos mucho más cuando tienen que esperar antes de recibirlos. Puede ser que Dios decida demorar en contestar nuestra oración. Pero tarde o temprano y siempre en el momento oportuno vendrá su ayuda. El nos ha prometido esto.

v. 8 — *Os digo que pronto les hará justicia.*

Sí, “pronto” (עַיִן תַּוְּעֵי — con velocidad). Dios siempre actúa a tiempo para lograr su clemente propósito. Mientras esperamos su ayuda, tenemos que recordar que su reloj no siempre avanza con la misma velocidad del nuestro. Mientras tanto, “no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

Sugerencias Homiléticas

Lucas sugiere lo que debe ser el tratamiento homilético correcto de esta parábola. Esto se ve en las palabras con las que él presenta la parábola (v. 1) y en las palabras con las que el Señor la interpreta (v. 6-8). El texto se divide naturalmente en dos partes: La parábola misma y la interpretación de la parábola. El tema debe reflejar lo que Lucas dice en el versículo 1 sobre el propósito del Señor. Un cristiano ora persistentemente sin rendirse. El ora “con valor y plena confianza... como hijos amados a su amoroso padre” (Lutero — introducción al Padrenuestro; véase también Hebreos 4:16).

Normalmente no dividimos el texto que contiene una parábola en dos partes: Una, la parábola misma, y la otra, la interpretación de la parábola. Sin embargo, en este caso hay buena razón para hacer esto. Note especialmente que la parábola enfoca en la acción de la mujer mientras que la interpretación enfatiza la promesa del Señor. De esta manera los siguientes bosquejos ofrecen un tratamiento natural y simple del texto.

El Pueblo de Dios Ora Persistentemente

1. La acción de la viuda demuestra persistencia (v. 1-5)
2. La promesa del Señor anima a la persistencia (v. 6-8)

La Oración Efectiva es La Oración Persistente

1. Esta oración tiene como patrón el ejemplo de la viuda (v. 1-5)
2. Esta oración es animada por la promesa del Señor (v. 6-8)

La Forma Apropiada en la que el Cristiano Debe Orar

1. Persistentemente (v. 1-5)
2. Con confianza (v. 6-8)

El Vigésimo Tercer Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Deuteronomio 10:12-22

Epístola: 2 Timoteo 4:6-8, 16-18

Evangelio: Lucas 18:9-14

El Año Eclesiástico

¿De qué manera podemos nosotros pobres pecadores presentarnos absueltos ante un Dios justo y santo? ¿Quién es verdaderamente justo ante los ojos de Dios? En la lección del Antiguo Testamento de *Deuteronomio*, Moisés nos muestra los requisitos de la santa ley de Dios. Dios exige una justicia perfecta. La explicación de Lutero del Primer Mandamiento repite los pensamientos y hasta las palabras de Moisés: “Debemos temer, amar y confiar en Dios sobre todas las cosas” (Catecismo Menor). ¿Quién puede perfectamente guardar esta ley de Dios? ¿Quién puede presentarse ante Dios confiando en sí mismo?

Nuestra confianza debe descansar sobre la misericordia y gracia de Dios solamente si es que esperamos presentarnos ante él en su reino celestial. Pablo tuvo tal confianza al escribir la Epístola de 2 *Timoteo*. Con esa confianza podía enfrentarse a la muerte. Creó en su Salvador Jesucristo. Estaba seguro de que el Señor lo llevaría a salvo al cielo.

El Evangelio de *Lucas* presenta la respuesta de Cristo sobre qué clase de persona es justificado ante los ojos de Dios. No es el fariseo —explica Jesús— que confía en su propia justicia que él puede lograr por medio de sus propias buenas obras. Más bien es el cobrador de impuestos el que humildemente confía en la misericordia que Dios tiene para con los pecadores. El publicano confesó que él era uno de éstos, y él fue a su casa justificado ante Dios.

El texto — Lucas 18:9-14

Jesús subía a Jerusalén por última vez. Grandes multitudes viajaban con él (Lucas 14:25). En las multitudes se encontraban con frecuencia fariseos, los que lo miraban y esperaban encontrar alguna culpa en él (Lucas 14:1; 15:2). Había allí también un número de cobradores de impuestos y otras personas de reputación mala que se acercaban a oírle (Lucas 15:1). Pero la parábola de nuestro texto no sólo se dirigió a los fariseos ni se contó sólo a causa de los cobradores de impuestos. Los fariseos no eran los únicos santurriones entre aquéllos que escucharon la enseñanza de Jesús. Además, esta parábola no fue registrada en las Escrituras sólo para la gente de ese tiempo de la historia.

Ella dice algo importante para toda clase de gente de nuestros días también. Pese a que ya no existe una secta de los fariseos, sin embargo sí hay santurrones. Nosotros los cristianos también somos tentados de esta manera.

v. 9 — *A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola:*

La gente que confía en su propia justicia (literalmente: confían en sí mismos que son *divkaioi* — justos) espera disfrutar del favor de Dios debido a lo que ha hecho y no ha hecho. Ellos ponen su confianza no en la misericordia de Dios, sino en su propia excelencia moral. Con miras de hacer que ellos luzcan bien, comparan su vida con la de la gente que es obviamente pecadora. No le dan la honra a Dios, y ellos “menosprecian” a todos los demás (*eixouqenevw*— menospreciar, considerar como una nada).

v. 10 — *Dos hombres subieron al templo a orar: Uno era fariseo, y el otro era publicano.*

Estos dos hombres representaban el contraste más agudo posible dentro de la sociedad judía. Los “fariseos” (*Farisai'oi*) tomaban muy en serio el servir a Dios. No constituían una clase oficial entre los judíos, pero eran laicos y sacerdotes pietistas, personas que realmente intentaban practicar su religión. La gente común nunca pensarían de acusarlos de ser inmorales o de ser deshonestos. Jesús, en cambio, los juzgó como hipócritas (Mat 23:28; Lucas 16:15).

Muchos “publicanos” (*telwvnai*— cobradores de impuestos) eran ladrones que defraudaban a sus propios conciudadanos mientras cobraban impuestos para el gobierno romano. Tener un publicano en la familia era una vergüenza terrible. Hasta los mendigos que estaban conscientes de su dignidad personal no aceptaban limosnas de ellos, y los fariseos creían que las promesas hechas a los cobradores de impuestos no tenían que cumplirse.

Reconózcanlo o no, estos dos hombres, que eran de extremos opuestos de la sociedad, tenían algo en común. Ambos eran pecadores.

v. 11, 12 — *El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano.*

El fariseo no oró que Dios lo perdonara. El “oraba consigo mismo” (*proV" eJautovn*). Su oración era de verdad auto alabanza y jactancia. El pensaba que no era como los demás de la raza humana, de la que él mencionó el menos respetado miembro. No solamente se abstenía de sus pecados groseros, sino que también era muy diligente en hacer lo que él consideraba buenas obras excepcionales.

La ley exigía el diezmo de los frutos del campo y de los árboles y de la cría de los greyes y los rebaños (Levítico 27:30, 32; Deuteronomio 14:22). Pero el fariseo daba el diezmo de todos sus ingresos de todas las fuentes. La ley exigió que los israelitas ayunaran una vez al año en el Gran Día de la Expiación (Levítico 23:27; compare Salmo 35:13). Pero este hombre, como todos los fariseos, ayunaba cada lunes y jueves. El hombre estaba seguro de que estaba haciendo más de lo que Dios requería. Entonces no le pidió nada a Dios. ¿Qué es lo que un hombre perfecto como él mismo necesitaba de Dios?

v. 13 — *Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador.*

El cobrador de impuestos se mantuvo lejos del fariseo y de la demás gente respetable que estaba adorando allí. Tal vez no quería recibir más insultos de los que ya había recibido. Tal vez no quería molestar a otros en su tiempo de oración.

Ni siquiera miraba “al cielo” (eij" toVn oujranovn), ya que él sabía que no estaba apto para hablar con Dios. Como una persona que está de luto o en miseria, él “se golpeaba el pecho” (e[rupten toV sth'qo" aujtou'). El se fijó en la clase de persona que él era y no podía justificarse y disculparse. No se comparó con ningún otro ni mencionó a nadie que fuera peor que él mismo.

Hizo la única cosa que le quedaba por hacer. Le suplicó a Dios que tuviera misericordia de él, un pecador (JO qeov", iJlavsqhtiv moi tw'/ aJmartwlv/'). El verbo griego iJlavskomai, que se traduce aquí “sé propicio,” es la forma pasiva de una palabra que en el griego clásico significa propiciar, quitar la ira, hacer que uno estuviera favorablemente dispuesto. Podemos traducir, “no estés enojado conmigo, un pecador.” Ya que la ira de Dios se dirige contra el pecado, es evidente que el publicano estaba pidiendo el perdón (véase Salmo 85:2, 3).

v. 14 — *Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.*

Dos hombres subieron al templo a orar. Los dos hombres oraron. Pero solamente uno fue a su casa “justificado” (dedikaiwmevno" — participio perfecto pasivo de dikaioww — absolver, declarar justo). Sólo un hombre fue a su casa justo, inocente ante Dios. Dios humilló al hombre que se había exaltado a sí mismo y exaltó al hombre que se había humillado. “Justificado” indica que Dios escuchó la oración para el perdón hablada por el publicano. A pesar de toda su excelencia externa y pese a que el fariseo se sentía bien en cuanto a sí mismo, no fue justificado. Al contrario, él estaba bajo el juicio de Dios (véase Proverbios 30:12). Su auto exaltación no permitió que él confiara en la gracia de Dios. Y eso era incredulidad. Eso lo destituyó de la salvación de Dios. Lutero preguntó: “¿Cómo puede Dios poner algo en un recipiente que ya está lleno?”

Lutero siguió, “Pero el recipiente que su ley vacía, él (Dios) puede llenar y de verdad lo llena.” La ley de Dios le demostró al cobrador de impuestos su desamparada y

desesperada condición. La ley lo había vaciado de toda confianza en su propia justicia. La ley lo había humillado y él se había humillado ante Dios. Dios oyó su oración y le perdonó su pecado. Dios lo justificó y lo exaltó.

El hombre que pensaba que era bueno no fue justificado porque no confiaba en Dios, el único que puede justificar, es decir, pronunciar justo al pecador. El hombre humilde no fue justificado debido a su humildad, sino fue justificado por medio de la fe en Dios que por causa de Cristo justifica al impío (Romanos 4:5).

Sugerencias Homiléticas

Hay varios aspectos de esta parábola que sugieren una advertencia práctica y también un ánimo para los oyentes cristianos. Pese a lo que la gente piensa de nosotros, y pese a lo que nosotros pensamos de nosotros mismos, somos pecadores. No importa lo que nos haya traído a la casa de Dios, somos todos pecadores.

Los cristianos que asisten regularmente en los cultos y contribuyen generosamente a la obra de la iglesia pueden ser tentados a pensar que brillan en comparación con la oscuridad de los pecados de sus semejantes. ¿Alabamos a nosotros mismos cuando comparamos nuestra vida con la de los otros? ¿Somos culpables de destruir el carácter de nuestro prójimo al juzgarlo? Que cada uno que menosprecia la santurronería de otros mire para que no se ponga a sí mismo a un nivel más alto que el del fariseo de la parábola o sobre el de sus semejantes.

Por otro lado, una humildad falsa es igualmente equivocada que un orgullo pecaminoso. Esta parábola no se debe entender como si fuera una invitación a orar, “Dios, te doy gracias que soy tan humilde.” El Señor nos invita y nos urge a confiar en el Dios que es misericordioso a todos los pecadores por causa de Cristo. Sólo de esta manera podemos ser justificados ante Dios.

A continuación se encuentran algunos bosquejos sugeridos:

Señor Miembro de la Iglesia ¿Quién es Usted?

1. Cuando entra en la casa de Dios (v. 10)
2. Mientras que está en la casa de Dios (v. 11-13)
3. Cuando sale de la casa de Dios (v. 14)

¿Cuáles son los Requisitos de La Verdadera Adoración?

1. Una confesión humilde de nuestro pecado
2. Una verdadera fe en aquél que nos salvó del pecado

La Forma en que Dios Juzga a la Gente

1. El humilla a los orgullosos que confían en su propia justicia (v. 9-12)
2. El levanta a los humildes que confían en su misericordia (v. 13, 14)

Dos Clases de Adoradores

1. Los santurriones hipócritas a los que Dios juzga (v. 11, 12)
2. Los pecadores que confían en Cristo, a los que Dios justifica (v. 13, 14)

El Vigésimo Cuarto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

El Antiguo Testamento: Exodo 34:5-9

Epístola: 2 Tesalonicenses 1:1-5, 11-12

Evangelio: Lucas 19:1-10

El Año Eclesiástico

Las lecciones de las Escrituras del domingo pasado enfatizaron la enseñanza de que uno es justificado por la gracia. Esta justificación viene a uno por medio de la fe aunque no haya cumplido la ley. Las lecciones de hoy señalan el perdón que hay para cualquiera que se arrepienta de su pecado. En la lección del Antiguo Testamento de *Exodo* se nos relata que Moisés le suplicó al Señor que perdonara los pecados del pueblo de Israel. Ellos habían adorado un becerro de oro. Sin embargo, Dios renovó su pacto de gracia con ellos. Les perdonó sus pecados pese a que éstos eran muy grandes.

En la Epístola de *2 Tesalonicenses* Pablo le agradece a Dios especialmente la gracia que reveló en el regalo de su Hijo, Jesucristo.

En el Evangelio de *Lucas* se demuestra cómo Jesús buscó y salvó a Zaqueo, un principal entre los cobradores de impuestos. Zaqueo se arrepintió de su pecado. Jesús le aseguró de que, como un verdadero hijo creyente de Abraham, él podía tener la certeza de su salvación.

El texto — Lucas 19:1-10

Durante esta última semana antes de la Semana Santa, Jesús hizo su último viaje a Jerusalén. Jericó estaba a como catorce millas al noreste de Jerusalén en el valle del Río Jordán, a unos 300 metros bajo el nivel del mar. Fue el único viaje (según lo que los Evangelios relatan) que Jesús hizo a esta ciudad. Nos acordamos de él especialmente debido a la curación del ciego (Luc. 18:35sig.; Mar. 10:46sig.; Mat. 20:29sig.) y debido al llamamiento de Zaqueo. Un número considerable de discípulos de Jesús lo estaba acompañando a la celebración de la Pascua. Otra gente a lo largo del camino expresó un interés en él debido a sus milagros y enseñanzas. Esta historia sobre Jesús nos interesa porque fue durante esta Pascua a la que viajaba que él, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, fue muerto como sacrificio. Vino, tal como dijo, “para buscar y salvar a lo que se había perdido.” (v.10)

v. 1, 2 — *Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad, y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico...*

A los cobradores de impuestos se les conocía por su deshonestidad. Se les consideraba traidores debido a su conexión con el gobierno romano. En especial al jefe de los cobradores de impuestos se le consideraba gente mala. Las palabras del mismo Zaqueo (v. 8) afirmaban que él realmente había sido deshonesto. Se había enriquecido. Era uno de aquéllos que entrarían en el reino del cielo con mayor dificultad que la de pasar un camello por el ojo de una aguja (Mat. 19:24). En Hebreo su nombre significa “puro” o “inocente”, pero él no lo era.

v. 3 — *Procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura.*

Abandonó por un momento sus esfuerzos de ganar dinero a fin de ver a Jesús de Nazaret. ¿Fue simplemente la curiosidad? Un hombre de su profesión sabía lo que estaba sucediendo en su alrededor, ya que los cobradores tenían trato con los viajeros mercantes todos los días. Seguramente había escuchado de Jesús, de sus milagros y de su enseñanza. Tal vez había escuchado que uno de los doce, Mateo, había sido un cobrador de impuestos y que Jesús recibía a pecadores (Luc. 15:1, 2). Qué frustración, en un tiempo como éste, no poder ver porque “era pequeño de estatura” (οἶτι th'/ hJlikiva/ mikroV" h'n).

v. 4 — *Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí.*

Hay ocasiones en que el temor de ser ridiculizado o nuestra propia noción de lo decoroso no debe obstaculizar que hagamos cosas importantes. Sin duda ninguna noción de tal índole debe prevenir que tratemos de ver a Jesús.

v. 5 — *Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, descende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.*

Jesús “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” Zaqueo estaba perdido, entonces Jesús vino a salvarlo. Al principio el cobrador no se le acercó a Jesús ni le dirigió la palabra. Pero Jesús se acercó al pie del árbol donde el hombre bajito se encontraba, lo llamó por nombre y se invitó a sí mismo a la casa del hombre para una visita urgente. Jesús conocía al hombre, su nombre, dónde estaba, qué era y lo que necesitaba. Buscó a Zaqueo para salvarlo.

Del mismo modo Jesús nos conoce, nos busca, nos invita y nos salva a nosotros en nuestros problemas espirituales. El sabe cuando estamos en aprietos, cuando tenemos dificultades y cuando lo necesitamos pero no sabemos cómo acercarnos a él.

v. 6 — *Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso.*

No hubo temor, ni cohibición, ni esfuerzo de parte de Zaqueo de esconderse ni de ocultar su pasado. No ofrece ninguna excusa y no demuestra ninguna falsa humildad. Se llena de gozo y le da la bienvenida al poderoso y sabio Jesús que se preocupa por él y tiene la voluntad de ir a su casa a visitarlo.

v. 7 — *Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador.*

¿Cómo era posible que un maestro religioso fuera a comer con un hombre que no era religioso? ¿Cómo era posible que el Mesías de Israel fuera tan descuidado? Esta queja contra Cristo de parte de “todos” (pavnte) o de parte de los que “murmuran” (diagoggvzw) cosas de esta naturaleza siempre es evidencia de que no han comenzado a apreciar a Jesucristo ni a entender sus caminos. Fallan en entender que aunque Jesús condena el pecado, busca y quiere salvar a los pecadores.

v. 8 — *Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.*

Zaqueo es un pecador, pero es un pecador que ha sido salvo por Cristo. Estas palabras y promesas son habladas por un hombre cuyo corazón ha sido cambiado por la gracia de Jesucristo que busca y salva. Zaqueo no hace nada más de lo que la ley de Moisés requería. La ley dijo, “compensará enteramente el daño, y añadirá sobre ello la quinta parte, y lo dará a aquél contra quien pecó” (Num. 5:7). Esto significa que el que hace trampa debe devolver lo que ha llevado y debe agregar a esto la quinta parte cuando devuelve el dinero robado. Pero Zaqueo tiene la voluntad de darles a los pobres la mitad de todo lo que posee y compensar cuadruplicada la cantidad que ha robado. Su voluntad de enmendarse de una forma tan generosa demuestra que su corazón fue cambiado completamente por el amor que Jesús le mostró. Este fue el mismo juicio que Jesús también pronunció.

v. 9 — *Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham.*

Anteriormente Zaqueo había sido un descendiente físico de Abraham, pero no vivía de acuerdo con la fe de Abraham. Ahora su promesa de compensar la deshonestidad pasada era evidencia de su fe. Tal como Abraham, Zaqueo recibió esa gran salvación por medio de la fe. La salvación llegó a su casa en la persona de Jesús. Jesús quería que los otros que estaban presentes entendieran esto también, y por eso se refiere a “él” (aujtov) tanto como decir “le” (proV" aujtovn) algo.

v. 10 — *Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.*

Jesús se llama a sí mismo “el Hijo del Hombre” (οJ uiJoV" tou' ajnqrwvpou). El es un verdadero hombre. Tiene una naturaleza humana. Pero él es “el Hijo del hombre.” El tiene esta naturaleza de una manera especial. El es también verdadero Dios.

Daniel usó este mismo título cuando profetizó al Mesías (Dan. 7:13, 14), al Salvador venidero. El, el prometido, verdaderamente “vino” (h\lqen). Vino a “buscar” (zhth'sai) y también “a salvar” (sw'sai) “lo que se había perdido” (toV ajpolwlov" — participio perfecto de ajpovllumi). El pecado destruyó a todas las personas. Pero Dios envió a su Hijo a salvarlos de esta condición perdida. Ellos no lo buscaron a él. El los buscó a ellos para salvarlos del pecado, de la muerte y del poder de Satanás.

Con estas palabras Jesús explicó por qué se preocupaba de un cobrador de impuestos. Al mismo tiempo demostró que quería salvar a los que murmuraban sobre su preocupación. Estos eran personas que también estaban perdidas, perdidas a causa de sus pecados. Tenían que ser salvos. Jesús nunca dejó de tratar de salvarlos. Por supuesto, la forma en que él trató con Zaqueo y las palabras que él les dirigió a los otros pecadores de Jericó fueron registradas para nosotros. Con estas palabras Jesús también nos estaba buscando a nosotros los pecadores para poder salvarnos.

Sugerencias Homiléticas

A veces la gente se queja diciendo que no puede encontrar a Dios. El problema no es que Dios esté perdido sino que ellos están perdidos.

Nosotros también estábamos perdidos. Pero Dios vino a salvarnos cuando Jesús, la palabra eterna, se hizo carne (Juan 1:14). Nos salvó por medio de su perfecta vida de justicia y por medio de su muerte inocente en la cruz (1 Pedro 1:18, 19). Dios lo levantó de entre los muertos para declarar y garantizar que Cristo nos ha salvado para la resurrección a la vida eterna (1 Cor. 15). Dios nos salvó por su gracia por medio de la fe (Ef. 2:8). Su evangelio sigue siendo el poder de salvación.

Cuando seamos tentados a pensar que los demás son peores pecadores que nosotros, acordémonos de que el pecado es pecado, no importa que sea pequeño o grande. No somos salvos por ser mejores que otros. Somos salvos por el Salvador que vino a buscarnos y a salvarnos. Acordémonos también de que el que vino a buscarnos y a salvarnos nos dice que vayamos y busquemos a otros con el mensaje de su gracia salvadora.

Jesús Busca y Salva a los que Están Perdidos

1. Jesús le declara esto a Zaqueo (v. 5, 9, 10)
2. Zaqueo da evidencia de esto por medio de las palabras que le habla a Jesús (v. 8)

El Peor de los Pecadores Puede Llegar a la Salvación

1. Algunos pecadores tal vez critiquen a Jesús por esto (v. 7)
2. Jesús quiere que todos los pecadores sepan esto (v. 9, 10)

La Salvación ha Llegado a Esta Casa

1. No como ningún resultado de los esfuerzos del hombre
2. Sino como el resultado de la búsqueda de Jesús

Jesús Busca y Salva a los que están Perdidos

1. Esto es un mensaje grato para nosotros los pecadores perdidos
2. Esto nos da una gran responsabilidad a los que somos salvos

Que sigamos el Ejemplo de Nuestro Salvador que Busca a los que están Perdidos

1. Mientras busca al pecador individuo (v. 1-6)
2. Mientras busca a pesar de los que critican su forma de actuar (v. 7)
3. Mientras busca con un propósito salvador (v. 8-10)

El Vigésimo Quinto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

Antiguo Testamento — 1 Crónicas 29:10-13

La Epístola — 2 Tesalonicenses 2:16 - 3:5

El Evangelio — Lucas 20:27-38

El Año Eclesiástico

A medida que el año eclesiástico se acerca a su fin, las lecturas bíblicas nos señalan situaciones que nos recuerdan que esta vida tendrá su fin. En la lectura del Antiguo Testamento tomado de *1 Crónicas*, el rey David termina su reinado sobre el pueblo de Dios recordándoles de las bendiciones de Dios e incitándolos a alabar su nombre.

En la Epístola de *2 Tesalonicenses*, Pablo en una exhortación final a esa congregación le pide fortaleza a Dios para extender su mensaje de salvación. También pide que Dios proteja a su pueblo de todo mal.

El Evangelio de *Lucas* da la respuesta de Cristo a los saduceos incrédulos en cuanto a los asuntos pertinentes a la vida en la resurrección.

Nuestra esperanza de la vida eterna no nos hace menos capaces para encarar a los problemas de la vida aquí y ahora. Más bien nos ayuda a enfrentar estos problemas con confianza y con esperanza.

El Texto — Lucas 20:27-38

Esta confrontación acontece el martes antes que Jesús fuera crucificado (véase Marcos 11). Los líderes de los judíos están buscando evidencias en contra de Jesús. En este capítulo le hacen varias preguntas engañosas. Con estas preguntas esperan encontrar algún error en las enseñanzas de Jesús. También quieren hacerle menos popular entre el pueblo. El versículo 19 demuestra que los líderes odiaban a Jesús, pero debido a su popularidad con la gente no pudieron llevar a cabo su plan. Tratan de ponerle una trampa a Jesús para hacerle hablar contra el gobierno (v. 20-26). En nuestro texto los saduceos le preguntan sobre la resurrección con la esperanza de hacer que Jesús parezca un tonto.

v. 27 — *Llegando entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan haber resurrección, le preguntaron:*

La característica principal de los saduceos (*saddoukai'oi*) era que negaban la resurrección. También negaban la existencia de los ángeles y aceptaban solamente los cinco libros de Moisés como Escrituras inspiradas. Aunque su grupo no era muy numeroso, tenían mucho poder en el consejo judaico, el Sanedrín, y mucha influencia con los reyes herodianos y con los gobernadores romanos.

Estos saduceos se podrían comparar a los racionalistas de hoy que se rehusan a creer lo que no pueden ver con los ojos ni entender con la mente. Se preocupaban más por la vida presente que por la vida venidera después de la muerte. No se sentaron a los pies de Jesús para escuchar y aprender, sino para interrogarlo a fin de encontrar en él algún error en sus enseñanzas.

v. 28-33 — *Diciendo: Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muriere teniendo mujer, y no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos. Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. Finalmente murió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?*

Los saduceos no eran sinceros al llamar “Maestro” a Jesús (*didavskale*), un término de respeto. Vinieron a él con una pregunta bastante tonta, sobre una situación que nunca podría suceder. Intentaban hacer quedar en ridículo a Jesús como también su enseñanza sobre la resurrección, al preguntar algo que según su parecer no se podía contestar lógicamente. También pensaban que así podían desacreditar a Jesús como maestro.

Los saduceos citaron a Moisés (Deut. 25:5sig.) para acreditar su pregunta. (Los enemigos de la cristiandad usan el mismo método hoy día y tratan de usar las Escrituras contra sí mismas.) La ley a la cual se referían se llamaba “ley del levirato”. Fue decretado a fin de que el nombre de un muerto no desapareciera de Israel. El primer hijo varón que naciera de la esposa de un hombre ya difunto y del hermano de éste, llevaría legalmente el nombre del difunto.

Al hacer una pregunta que aparentemente no tenía respuesta, los saduceos demuestran cuán tontos e incrédulos son. Aún hoy hay hombres que tratan de ridiculizar a Dios al preguntar cosas como éstas: “Si Dios es en realidad todopoderoso, por qué no derrota a Satanás y pone fin a toda la maldad en el mundo?” La respuesta de Jesús a la pregunta de los saduceos en esta situación, según Mateo 22:29, es que “ignoráis las Escrituras y el poder de Dios.”

v. 34-36 — *Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.*

Jesús va directo al grano para poner en evidencia la equivocada lógica de los saduceos. El mundo venidero no será como éste. El matrimonio es una institución solamente para este mundo.

Sólo los que creen en Jesús como su Salvador serán considerados “dignos de alcanzar aquel siglo.” “Aquel siglo” (la vida eterna) y “la resurrección de entre los muertos” son lo mismo. Cuando Cristo nos resucite de entre los muertos, habremos alcanzado la vida eterna. Es verdad que todos los hombres van a resucitar en el último día, algunos a la vida eterna y otros a la condenación eterna (véase Juan 5:28,29). Pero los incrédulos pasan de la muerte temporal a la muerte eterna. Por esta razón no hay realmente “resurrección de entre los muertos” (ajnstavsew" th" ejk nekrw'n) para los incrédulos. La Biblia emplea esta frase solamente para los creyentes.

Jesús dice que los creyentes son “iguales a los ángeles” (ijsavggeloi) en la vida venidera. ¿De qué manera? Estudiando la resurrección de Jesús y leyendo Job 19:26 sabemos que tendremos el mismo cuerpo en la resurrección aunque seremos glorificados (1 Juan 3:2). Pero los ángeles son puro espíritu, sin cuerpo. Juzgando por el contexto, podemos ver dos maneras en las que seremos como los ángeles. Primero, seremos inmortales; nunca jamás moriremos de nuevo. Segundo, no tendremos las mismas relaciones que tenemos aquí en este mundo.

Podemos referirnos a lo que dicen otros versículos de la Biblia sobre cómo será el cielo. Apocalipsis 21 y 22 nos dan una ilustración del gozo y la alegría perfectos que serán nuestros en los cielos. De lo que podemos ver de la transfiguración, la aparición de Jesús el domingo después de la resurrección, mas la parábola de Lázaro y el hombre rico, podemos asumir que vamos a reconocernos el uno al otro en la eternidad. Algunos se preocupan al pensar que ya no tendrán ni esposa ni familia en los cielos. Pero acuérdate del aspecto positivo de la vida eterna que el Salvador enfatiza. En la resurrección todos seremos hijos de Dios (uiJoiv qeou'). Los lazos familiares ya no tendrán tanta importancia puesto que todos los cristianos serán una sola familia — la familia de Dios — unida en gozo celestial.

Por la fe ya somos hijos de Dios (1 Juan 3:2). Pero al recibir nuestro cuerpo inmortal y glorificado después de la resurrección, habremos recibido la herencia plena y eterna que siempre ha sido nuestra por medio de la fe.

v. 37,38 — *Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.*

Algunos que estudian la Biblia hoy dicen que Moisés no pudo haber escrito los primeros cinco libros de ésta. Aquí el Señor dio testimonio de que Moisés había escrito estos libros. El registro de “la zarza” (ejpiV th" bvtou) fue el título de una historia bien

conocida para todo judío. Moisés registró el acontecimiento de lo que pasó allí, pero fue en realidad el Señor quien dijo estas palabras (Exodo 3:6).

Jesús extrajo la enseñanza de la resurrección de un libro de Moisés, a quien los saduceos aceptaban como inspirado y sobre el que ellos basaron su pregunta. Jesús aquí probó que la resurrección del cuerpo y la inmortalidad del alma eran enseñanzas de las Escrituras mismas. Su argumento fue el siguiente:

El hombre es creado con cuerpo y alma. Aunque el alma sigue existiendo al morir el cuerpo, es la voluntad de Dios que el hombre sea cuerpo y alma. El cuerpo y el alma se reúnen en la resurrección. Si Abraham, Isaac y Jacob se hubieran quedado en la tumba, entonces Jehová sería un Dios de los muertos. Esto es imposible. El es un Dios “de vivos” (zwwntwn).

Cuando Dios le habló a Moisés, le habló como el Dios del Pacto (el kuvrio" griego es una traducción del hebreo Yahweh). Es el “Cumplidor de las Promesas”, el “YO SOY” de la Biblia. Fielmente llevó a cabo nuestra salvación. Será fiel en llevarnos a su gloria. El es nuestro Dios en esta vida y en la eternidad.

Sugerencias Homiléticas

Por medio de este texto queremos hacer que la gente esté consciente de la existencia de la eternidad. Queremos demostrar que es por la voluntad todopoderosa, clemente de Dios que algún día viviremos con él.

A través de la historia, el hombre ha temido y pensado en la posibilidad de la vida después de la muerte. Teme lo desconocido. En este texto Jesús revela lo desconocido a su pueblo. En nuestro sermón debemos enfatizar las cosas positivas de la vida después de la muerte. La vida eterna es algo que podemos esperar con gran gozo.

Aunque los saduceos desempeñan un papel importante en este texto, no es necesario dedicarles mucho tiempo en el sermón. Sería mejor compararlos con las personas de hoy que son como los saduceos, personas que se rehusan a creer lo que no pueden ver y por lo tanto ponen en duda la enseñanza de las Escrituras en cuanto a la resurrección de los muertos. Pero recuerde que el propósito principal del sermón es edificar a los oyentes por medio de las verdades positivas de las Escrituras.

Puesto que Jesús no nos dio una descripción detallada de cómo será la vida en el cielo, en el sermón no debemos especular sobre cosas que no se afirman claramente en otros lugares de la Biblia. Jesús dedicó mucho tiempo de su ministerio dirigiendo la atención de la gente hacia la importancia de la vida venidera en comparación con esta vida (Mateo 16:26). También demuestra en el texto (v. 36) que el matrimonio existe solamente en esta vida.

Además de probar por medio de las Escrituras que la resurrección de entre los muertos es una verdad, los versículos 37 y 38 nos suministran una descripción de la relación del pacto que Dios tiene con nosotros (vea Jeremías 24:7 y Exodo 6:7). Puesto que Dios nos ha redimido y nos ha rescatado de la muerte, vivimos por él ahora y viviremos con él en la eternidad.

Este texto no enfatiza la ley, sin embargo sí da oportunidad para predicarle la ley y el evangelio a la gente. Como los saduceos, todos somos culpables de tratar de crear nuestro cielo aquí en la tierra o de tener una idea muy terrenal en cuanto a cómo deben ser los cielos. Sin embargo queremos enfocar la atención de la gente en la vida eterna para darles la esperanza segura de la vida eterna que nuestro texto ofrece.

Esperando La Eternidad

1. Lo que podemos esperar (v. 34-36)
2. Por qué podemos esperarlo (v. 37, 38)

Jesús Nos Asegura La Vida Eterna

1. Al decirnos cómo será (v. 34-36)
2. Al probarla usando las Escrituras (v. 37, 38)

¿Existe Vida Después De La Muerte?

1. La razón humana lo niega (v. 27-33)
2. Jesús la describe (v. 34-36)
3. Las Escrituras la enseñan (v. 37, 38)

El Vigésimo Sexto Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Malaquías 4:1,2

La Epístola — 2 Tesalonicenses 3:6-13

El Evangelio — Lucas 21:5-19

El Año Eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, la profecía de Malaquías, predice la destrucción del mundo por el fuego y la venida del “Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación”. El “Sol de justicia” es Cristo, el Salvador.

La Epístola de *2 Tesalonicenses* es un recuerdo a que sigamos llevando a cabo nuestros deberes diarios fielmente aunque sabemos que todas las cosas de este mundo perecerán. “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma.”

El Evangelio de Lucas es la respuesta de Cristo a la pregunta de los discípulos quienes le preguntaron en cuanto al fin del mundo. Menciona ciertas señales que precederán el tiempo de su segunda venida. Advierte en cuanto a las persecuciones que vendrán a sus seguidores que sufrirán desde el principio del establecimiento de la iglesia.

El Texto — Lucas 21:5-19

Este texto forma parte de la descripción de Jesús de los últimos tiempos. Como parte de nuestro estudio, será de gran utilidad leer la profecía por completo en Mateo 24 y también en Marcos 13. Los escritores de estos capítulos discuten los siguientes puntos:

	Lucas 21	Mateo 24	Marcos 13
Señales que ocurren en el curso de todo el tiempo hasta el juicio	v. 8-11	v. 4-8	v. 5-8
Cosas que aguardan a los discípulos en el futuro cercano	v. 12-19	v. 9-14	v. 9-13
La destrucción de Jerusalén y el fin de la nación judaica	v. 20-24	v. 15-22	v. 14-20
Descripción de la segunda venida	v. 25-33	v. 23-41	v. 21-32
Admonición para el tiempo entero hasta el fin	v. 34-36	v. 42-51	v. 33-37

Este bosquejo nos será de gran ayuda en evitar que el predicador introduzca ideas que realmente no se encuentran en el texto.

v. 5-7 — *Y a unos que hablaban de que el templo estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas dijo: En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida. Y le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿cuándo será esto? ¿Y qué señal habrá cuando estas cosas estén para suceder?*

Los versículos 5-7 presentan el escenario para lo que Jesús va a decir. Estos versículos pueden ser tratados en la introducción del sermón. El templo que los discípulos estaban admirando no fue el templo de Salomón. Este fue destruido por los babilonios en 586 a. C. El templo del texto fue el que Zorobabel y los judíos construyeron después de su regreso de la cautividad en Babilonia. Las “hermosas piedras” (λιθοὶ καλοὶ) que los discípulos admiraron eran grandes y magníficas. Algunos tuvieron setenta pies de largo. Las “ofrendas votivas” (ἀρνάσματα) que decoraban el templo también eran muy hermosas. Herodes, en su obra de reconstruir el templo, donó una vid hecha de oro con racimos de uvas con la altura de un hombre.

La única cosa que Jesús pudo decir de toda esta hermosura era: “No quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida.” Con estas palabras Jesús predijo la destrucción de Jerusalén. Esto pasó en 70 d. C cuando el general romano Tito rodeó la ciudad con sus tropas y quedó allí hasta que la gente dentro de la ciudad tuvo que rendirse a causa de hambre. Josefo, un historiador judío quien vivía en aquel tiempo, contó cuán terribles fueron las cosas en la ciudad de Jerusalén. Escribió en cuanto a una mujer que comió a su propio niño. Cuando por fin la gente se rindió, Tito destruyó la ciudad por completo, especialmente el templo.

Los discípulos tenían interés en saber cuándo estas cosas iban a suceder, y cuales serían las señales antes que acontecieran. Jesús no hace caso a la primera parte de la pregunta. No es necesario que ellos sepan la fecha exacta cuando todo esto sucederá. Jesús sí les dice cuáles señales pueden esperar. Primero, les da una descripción de unas señales que ocurren por todo el tiempo hasta el fin. Entonces les dice a sus discípulos qué pueden esperar en el futuro cercano. (Los versículos 8-11 podrían formar la primer parte del sermón y los versículos 12-19 la segunda parte.)

v. 8-11 — *El entonces dijo: Mirad que no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y: El tiempo está cerca. Mas no vayáis en pos de ellos. Y cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os alarméis; porque es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero el fin no será inmediatamente. Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo.*

Jesús lo hace muy claro que la cosa importante no es cuándo. La cosa importante es la seguridad espiritual de los discípulos. “Mirad que no seáis engañados” (blevpete mhV planhqh'te). Maestros falsos e impostores vendrán, y la tentación será de seguirles. Cuando ocurran las guerras y las revoluciones, los creyentes serán tentados a pensar que Dios les habrá olvidado. Cuando hay terremotos y otros desastres naturales, los creyentes podrán ser engañados a pensar que Dios no está en control. Jesús da a sus discípulos y a nosotros el incentivo que necesitamos para estos últimos días. Jesús nos dice cómo terminará la historia. Ya nos ha hablado en cuanto a las cosas que vemos sucediendo en nuestro alrededor. No queda razón para ser engañados por los maestros falsos. No hay razón para ser aterrorizados por las señales del fin. Nuestro Señor nos ha salvado de nuestros pecados con su sangre derramada en la cruz. Como hijos de un Padre celestial quien nos ama, tengamos cuidado que no seamos engañados.

Jesús dice que muchos “vendrán en mi nombre” (ejpiV tw'/ oinovmativ mou — literalmente, sobre la base de su nombre). Los falsos profetas muchas veces presentan sus enseñanzas como si Jesús hubiera enseñado tales cosas. Fingen ser seguidores de Cristo. Reclaman enseñar lo que la Biblia dice. Es esto lo que hace que los falsos maestros sean tan peligrosos. Es importante para aquéllos quienes creen en Jesús estudiar las Escrituras cuidadosamente a fin de que no sean engañados o defraudados por las mentiras de los maestros falsos. Jesús dice que algunos de estos maestros falsos aun reclamarán ser el Mesías, el Cristo mismo (e*gwv eijmi:). Sabemos de la historia que sí ha habido tales hombres. También sabemos que tales profetas falsos muchas veces reclaman saber el día exacto del fin del mundo. Pero Jesús dice, “Del día y la hora nadie sabe” (Mateo 24:36). Jesús también les dice a sus discípulos en Hechos 1:7, “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad.” Así que nuestro Salvador nos advierte: “No vayáis en pos de ellos” (mhV poreuqh'te ojpiVsw aujtw'n).

Jesús dijo a los discípulos que habría guerras y sediciones. Algunos pensaron que la Primera Guerra Mundial sería “la guerra que terminaría con todas las guerras.” Pero entonces llegó la Segunda Guerra Mundial. Las profecías y esperanzas de los quiliastas (los que creen en el milenio) se mostraron ser equivocadas. Las palabras de Jesús se demostraron ser la verdad.

Las guerras y sediciones son para nosotros una señal que ciertamente vivimos en los últimos días. Pero no tenemos que pensar que el final va a llegar después de cierta guerra. Solamente el Señor sabe cuántas de estas guerras han de llevarse a cabo antes que llegue el fin. Para el hijo de Dios la cosa importante para recordar aquí es lo que dice Jesús, “No os alarméis” (mhV ptohqh'te). Jesús tiene todo bajo control. Estos acontecimientos temibles y grandes señales en realidad nos podrán servir de consuelo. Cuando vemos que todas estas cosas pasan (terremotos, hambre, pestilencia, etc.) sabemos que viene el día cuando el Salvador vendrá otra vez y nos llevará a los cielos para estar con él para siempre.

v. 12-19 — *Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante*

gobernadores por causa de mi nombre. Y esto os será ocasión para dar testimonio. Proponed en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder en vuestra defensa; porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan. Mas seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.

Esta porción del texto habla de cosas que iban a suceder a los discípulos en el futuro cercano, especialmente las cosas de las cuales leemos en Hechos. También hay gran consuelo en estas palabras de Jesús para nosotros. El libro de los Hechos de los Apóstoles describe cómo ellos fueron llevados ante los líderes judíos y perseguidos por predicar el evangelio. En conexión con los reyes y gobernadores pensamos especialmente del apóstol Pablo de quien Jesús dijo, “Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hechos 9:15,16). Queremos enfatizar “mi nombre” a causa de la importancia de este término en la Biblia.

Dos veces en esta sección del texto (v. 12 y 17) Jesús dice que los creyentes serán perseguidos por causa de su nombre (εἰνεκεν του' οἰνοματων" mou ... δια τοῦ οἰνοματου) El nombre de Jesús y el nombre de Dios son uno y el mismo, pero son más que meros títulos. El nombre de Dios es todo lo que Dios ha revelado en cuanto a él mismo. El nombre de Dios es la reputación de Dios como la conocemos de la Biblia. El nombre de Dios es revelado completamente por Jesucristo quien es la Palabra de Dios en el más alto sentido (Juan 1:1-18). ¿Qué es este nombre de Dios? ¿Qué es esta reputación de Dios?

Dios mismo nos dice cuál es su nombre en Exodo 34:5-7: “Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando por delante de él (Moisés) proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación.”

Este es el nombre del Señor, el nombre de Jesús, el nombre de Dios. El nombre o la reputación de Dios es éste — que él ama a todos los hombres y perdona a todos, pero también es un Dios de ira que “de ningún modo tendrá por inocente al malvado.” ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede Dios al mismo tiempo perdonar y castigar todo pecado? La respuesta se encuentra en Jesús. La respuesta es la cruz de Cristo. Cuando Jesús muere en la cruz, Dios castiga todos los pecados al castigar a su propio Hijo, y me perdona a mí y a Ud. todos sus pecados por esta misma razón. Este es el nombre que los predicadores del evangelio proclamarán, y ésta es la razón por la cual los hombres persiguen a los creyentes de Jesús. Jesús dice, “Fuego vine a echar en la tierra” (Lucas 12:49). El mensaje de la cruz es un fuego que purifica a los creyentes y condena a los que

rehusan creer que Jesús ha pagado el precio de sus pecados. La cruz que revela el nombre de Dios y su reputación es algo que el hombre pecaminoso no quiere escuchar. La cruz demuestra al hombre pecaminoso que él es tan malvado que Cristo tuvo que morir en su lugar. Es por eso que los hombres persiguen a los seguidores de Jesús. Cuando todas estas persecuciones le pasan a Ud., Jesús dice que ésta será una oportunidad, una ocasión para testificar, dar testimonio, hablar a otros de su nombre. Jesús no quiere que nos preocupemos en cuanto a cómo vamos a responderles a ellos que nos persiguen. El nos dará la sabiduría para hablar las palabras apropiadas.

Jesús entonces nos dice algo que a primera vista no tiene sentido. Primero nos dice que los creyentes serán entregados, matados y odiados por todos, hasta por los amigos y parientes. Entonces sigue diciéndonos que ni un cabello de nuestra cabeza será perdido y que en el curso de estar firmes en las persecuciones en realidad ganaremos nuestras vidas. Otra vez, ¿cómo puede ser esto? Jesús contesta cuando dice, “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará” (Lucas 9:24). En otro lugar dice, “Todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:26). Los que creen en Jesús saben que no hay nada que realmente les pueda hacer daño, ni la muerte física. Saben que no importa todo lo que les sucede aquí en la tierra, les espera un hogar celestial. Jesús lo ha prometido.

Sugerencias Homiléticas

Hay varios pensamientos en este texto que son importantes para un sermón. Uno que serviría de buen tema para el sermón es el consuelo que tenemos al saber el significado de las señales del fin y la promesa de la vida eterna que proviene del Salvador.

Otro sería el resultado que la predicación del nombre de Jesús tiene en el mundo. Unos creen y otros no. El mensaje del evangelio, las buenas nuevas, hace que muchos persigan a los creyentes. Otros se salvan por el nombre de Jesús, creyendo que Jesús ha perdonado los pecados de todos los hombres.

También queremos enfatizar el uso que haremos del nombre de Dios al defendernos contra los falsos maestros y perseguidores.

Usando los versículos 5-7 como introducción, sugerimos proceder con los siguientes bosquejos:

El Consuelo Que Tenemos hasta que Jesús Regrese

1. El consuelo de saber cuáles dificultades podemos esperar en este mundo (v. 8-13, 16, 17)
2. Consuelo al saber que Jesús nos salvará
 - A. Aún ahora (v. 14,15)
 - B. Cuando venga otra vez (v. 18,19)

Jesús Nos Habla acerca de los Últimos Días

1. Nos advierte en cuanto a las terribles señales que han de venir
2. Nos consuela en la promesa de Dios de preservación (se puede usar la misma división de versículos del bosquejo anterior)

El Nombre de Jesús

1. Trae problemas y persecuciones en este mundo (v. 12, 13, 16, 17).
2. Trae salvación a los que creen (v. 14, 15, 18, 19)

El Nombre de Jesús Nos Fortalece

1. Contra los falsos maestros (v. 8)
2. En tiempos de problemas y persecuciones (v. 12-19)

El Vigésimo Séptimo Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 52:1-6

La Epístola — 1 Corintios 15:54-58

El Evangelio — Lucas 19:11-27

El Año Eclesiástico

Las lecturas bíblicas para este domingo son una fuerte exhortación a que hagamos uso fiel de los medios de gracia durante este tiempo de gracia mientras Dios nos dé la oportunidad aquí en este mundo. En la lección del Antiguo Testamento *Isaías* exhorta a Sión, el pueblo de Dios, “despierta, vístete de poder, oh Sión”, para que siendo aquéllos que son redimidos sin dinero (salvos por la gracia) podrán reconocer al Señor cuando venga y estar listos a recibirle.

En la Epístola de *1 Corintios* Pablo canta de la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. Esta victoria debe animar a los creyentes a dedicarse completamente a la obra del Señor.

El Evangelio de *Lucas* es la parábola de las diez minas, en la cual el hombre noble dice a sus siervos: “Negociad entre tanto que vengo”. Así mismo Cristo anima a sus cristianos a que hagamos uso pleno de su evangelio en la palabra y los sacramentos hasta que él venga.

El Texto — Lucas 19:11-27

El decimonoveno capítulo de Lucas nos cuenta acerca de Jesús al acercarse al fin de ese viaje final hacia Jerusalén donde llevará a su cumplimiento el plan de Dios de la salvación. Al comenzar el capítulo diecinueve, lo encontramos en la vecindad de Jericó, donde ha cenado en la casa de Zaqueo. Para el asombro de la muchedumbre que sigue al Cristo, él destaca que este publicano es “hijo de Abraham”, o sea, un verdadero creyente. Entonces Jesús añade, “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10)

v. 11 — *Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente.*

La palabra “ellos” de este versículo se refiere al populacho que acompañaba a Jesús a su última Pascua, no solamente los discípulos. Acabaron de escuchar a un hombre ciego llamarle “el Hijo de David” (Lucas 18:38, 39). También habían escuchado a Jesús llamar a Zaqueo “un hijo de Abraham”. Tres veces Jesús había hablado con sus discípulos en cuanto a su cercana muerte y resurrección. Muchas veces había hablado a la muchedumbre en cuanto a su reino. Solamente tenemos que leer el Evangelio de Mateo para encontrar más de cuarenta referencias al “reino” o “reinado”. No obstante, la gente y los discípulos tuvieron dificultades en comprender este reino celestial. Ellos imaginaron el “reino de Dios” como un tipo de cielo en la tierra o como el regreso del dominio judaico bajo el liderazgo del Mesías. Jesús les había dicho que el reino estaba cerca (Mateo 4:17 y Marcos 9:1). Muchos pensaron, “Este Jesús muy bien podría ser el Mesías, el Hijo de David. Sanó a un hombre ciego, ¿no es cierto? Pero si va a Jerusalén para establecer su nuevo reino, ¿cómo puede llamar a un publicano hijo de Abraham? Cuando este Mesías establezca su reino, será magnífico deshacernos de los romanos y disfrutar de sus milagros providentes.”

Para corregir estas falsas ideas en cuanto a su reino, Jesús usó su método favorito para instrucción — la parábola. Jesús usó palabras comunes y corrientes e ilustraciones familiares y simples para presentar importantes verdades teológicas.

v. 12-14 — *Dijo pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver. Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo. Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros.*

Esta costumbre de ir a un lugar lejano para ser nombrado rey fue una práctica muy común en el oriente. Herodes y sus hijos tuvieron que ir a Roma para recibir poder para reinar oficialmente en Palestina. También podemos pensar de los gobernadores de Alemania que fueron a Roma para recibir la corona como Santo Emperador Romano. Jesús fue “el hombre noble” (αἰνῶντις ἄριστος), el hombre más noble de todos, el verdadero Hijo de Dios, quien quitó su presencia visible de este mundo para sentarse a la diestra de su Padre en poder y reinar sobre su reino (Hebreos 1:3; Filipenses 2:9; Mateo 28:18).

Sí, el hombre noble regresará, pero no de inmediato. Ha ido a “un país lejano.” Antes de irse, el hombre noble dio en fideicomiso a diez de sus siervos una mina cada uno (1 mina = 10 dracmas; 1 dracma = el sueldo de un día) y les dio instrucciones para negociarlas (pragmateuvsasqe).

Jesús, nuestro Hombre Noble, también regresará (Mateo 24:27; 25:31), pero no de inmediato. Ha confiado a su iglesia dádivas temporales y espirituales. En gracia nos ha confiado su evangelio. ¡Qué privilegio para un esclavo o “siervo” (δουλος) con ninguna voluntad propia recibir esta mina para negociar! ¡Qué privilegio para los seres humanos, miembros de la iglesia de Cristo, ser confiados con los medios de gracia! La gran comisión sostiene: “Haz negocios hasta que yo vuelva. Predicad el evangelio a toda criatura” (Mateo 28:19, 20). Este es un privilegio y una gran responsabilidad. Notamos

especialmente que el hombre noble distribuye la mina de pura gracia. No ganaron la mina por mérito propio.

No obstante, también existe la oposición. Los conciudadanos de este país “le aborrecían” (imperfecto *ejmivoun* indicando acción continuada) y se opusieron a que él recibiera más autoridad sobre ellos como rey. Esta fue una ilustración triste de una repudiación abierta y no lícita. Jesús había experimentado lo mismo (Juan 15:25) en cuanto escuchamos a los judíos de Jerusalén y a todos los incrédulos de todos los tiempos gritar, “No lo aceptamos como nuestro rey” (vea Juan 19:15, 21 y Hechos 17:7).

v. 15-19 — Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. El le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades.

La hora del regreso del hombre noble no se sabe. El hecho de que va a regresar es cierto (v. 12). El verbo *ejpanelqei'n* de *ejpanevrcomai* sugiere un regreso de un momento a otro. Próximo de su regreso hay un tiempo de juicio. Llamó a sus siervos para que le contaran cómo han invertido su dinero. Podemos escuchar la autoridad de su voz al demandar que sean llamados. Cuando Jesús vuelve en juicio, él también separará las ovejas de las cabras. Mateo 25 habla del regreso del Señor en juicio. Especialmente los versículos 31-46 explican cómo Jesús llamará a la atención lo que la gente ha hecho.

Las palabras del primer siervo y también del segundo dan el crédito en donde se lo merece. (*hJ mna' sou ... proshrgavsato*) “Tu mina ha ganado”. La palabra salvadora del Señor tiene poder. No regresará vacía. ¡Oh, que las palabras del Salmo 115:1 fueran la oración sobre los labios de cada predicador! Estos dos siervos son buenos ejemplos de servicio humilde. Pero el ejemplo mayor y más maravilloso de servicio humilde lo leemos en Marcos 10:43-45 en donde Jesús dice a sus discípulos que “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

El hombre noble recompensa a sus siervos en proporción a su fidelidad. Un siervo hizo bien. El segundo hizo lo mejor según sus habilidades. La diferencia en sus ganancias demuestra los diferentes grados de fidelidad y no la falta de poder por parte de las minas. La recompensa que el amo da no es la de descansar, sino una oportunidad para un servicio aun más glorioso.

El Cristiano puede servir fielmente en muchas áreas (hogar, iglesia, colegio). Puede servir directamente al contar la palabra de salvación a los demás e indirectamente al dar de lo que tenga para colaborar en esta obra de compartir el evangelio. Cristo, nuestro Señor, volverá y bondadosamente recompensará según la fidelidad. Su recompensa es conceder gloria especial en su reino celestial. Esta es la respuesta a la idea equivocada de los discípulos y la muchedumbre (v. 11). Cristo no los elevó a la gloria de su reino

mientras encaminaban a Jerusalén. Esto sucederá después cuando venga otra vez después de que hayan hecho los negocios del reino (vea 2 Tim. 4:8; Ap. 2:10; 3:11).

v. 20-24 — *Vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré; ¿Por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses? Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas.*

Estos versículos usan varios términos de negocio. En el versículo 21 leemos: “Tomas lo que no pusiste”. Esto significa que retiras lo que no depositaste (vea también el v. 23: “poner al banco... recibir con intereses”).

Esta parábola también tiene su cara triste, como lo vemos en el ejemplo del siervo infiel. El escondió la mina en su pañuelo, el cual debía haber usado para secar el sudor del trabajo duro de su frente. Hubo irreverencia y amargura en la voz del siervo. Trató de hacer excusas. Temió que el amo iba a demandar unos intereses injustos. Dijo esto para excusar su pereza e infidelidad. Pero el hombre noble vio al fondo de estas excusas. Si el siervo realmente creyó lo que dijo en cuanto al amo, debía haber puesto la mina en el banco para ganar intereses. Sin embargo, no lo hizo. El malvado, infiel siervo recibió el juicio justo que él mismo habló. El hombre noble de veras era un hombre “severo” (aujstrov"). Ordenó que se le quitara la mina del siervo infiel y se la diera al siervo más fiel.

Desafortunadamente existe la misma historia triste en la iglesia de Cristo. Algunos que son llamados cristianos que supuestamente confían en la palabra no la usan así como Cristo mandó. Descuidan la obra del Señor, nunca tienen interés en ella, o están demasiado ocupados para atenderla. Hasta dicen, “No hay nada en ella para nosotros”. Es cierto, no hay ninguna ganancia terrenal para sí mismos. No obstante, hay ganancia celestial para la iglesia de Cristo. Son hipócritas, y Jesús tiene unas palabras muy fuertes de condenación para los hipócritas (vea Mateo 23). Nuestro hombre noble, Jesucristo, volverá, y recompensará a sus siervos. Los fieles gozarán de su gloria. A los infieles les será quitada la bendición de la palabra. Los fieles aun recibirán bendiciones adicionales, como vemos en el versículo 24.

v. 25, 26 — *Ellos le dijeron: Señor, tiene diez minas. Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.*

El que hace uso fiel de lo que Dios le ha dado recibirá más bendiciones. El que no hace nada, perderá lo que tiene. El versículo 26 sirve para ilustrar la verdad de esta parábola: Haga el mejor uso del don del evangelio mientras pueda. No sabe cuándo el Señor regresará ni cuándo se acabarán sus oportunidades de poner en uso el evangelio.

v. 27 - *Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí.*

Estos enemigos son aquéllos del versículo 14. Reciben un juicio agudo, rápido y justo. Ser ejecutados delante del rey era muy común en el oriente. (vea 1 Samuel 11:12; Jeremías 52:10). ¿No es muy rígido este juicio? De ninguna manera. Los enemigos de Cristo serán destruidos en el juicio y condenados eternamente. Esta es una predicación muy fuerte de la ley, la cual es necesaria para todos que rechazan a Cristo como su Rey.

Sugerencias Homiléticas

El predicador tomará nota especial de la introducción histórica de esta parábola (v. 11). Es importante para entender el propósito de la parábola y para encontrar el punto central de comparación. Es también importante para poder interpretar la parábola.

A veces es muy difícil predicar sobre las parábolas. Muy a menudo los predicadores dan demasiado énfasis a los detalles. Podemos enfatizar los detalles cuando Jesús lo hace en su interpretación o cuando el contexto los demuestra significantes. Usualmente, sin embargo, simplemente buscamos el punto central de la historia. Interpretar más allá muchas veces conduce a la alegorización basada sobre nuestras propias opiniones. A base del versículo 11 estamos justificados en interpretar a Cristo como el hombre noble, la mina como el evangelio en la palabra y los sacramentos, los siervos como miembros fieles e infieles de su iglesia, y los ciudadanos rebeldes como sus enemigos. Esto no es alegorización. Debemos cuidarnos de no hacer más interpretación de otros detalles.

También queremos destacar que la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30) es distinta a ésta. Fue contada en otra ocasión y tiene otro punto o lección para enseñar. La parábola de los talentos solamente trata con los seguidores de Cristo. La parábola de nuestro texto también trata con los enemigos de Cristo. La parábola de los talentos presenta una distribución no igual de dones. En la parábola del texto todos reciben lo mismo. No confunda las dos parábolas.

El siervo infiel y los ciudadanos presentan una oportunidad de predicar la ley. También recordemos que no ganaron las minas (v. 13). Ni tampoco se gana el evangelio precioso, recibido por cada cristiano.

Congruente con el cierre del año eclesiástico, este texto se puede usar escatológicamente como sigue:

El Rey Del Cielo Seguramente Volverá

1. Con recompensas para los fieles (v. 15-19, 24-25)
2. Con castigo justo para los malignos
 - A. los hipócritas (v. 20-24)
 - B. los enemigos del evangelio (v. 26,27)

Ser Cristiano es un Asunto Serio

1. Se espera que cada cristiano trabaje con el evangelio durante su tiempo de gracia (v. 12,13)
2. El Señor espera ver resultados al volver (v. 15)
3. La fidelidad recibirá su recompensa de gracia; la desobediencia será severamente castigada (v. 16-26)

El Último Domingo después de Pentecostés

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Jeremías 23:2-6

La Epístola — Colosenses 1:13-20

El Evangelio — Lucas 23:35-43

El Año Eclesiástico

El tema para este último domingo del año eclesiástico es “Cristo el Rey.” Es un tema muy apropiado. Al evaluar el año ya pasado, sabemos que Jesucristo fue Rey, reinando y controlando todo para nuestro bien. Al mirar hacia el año nuevo, sabemos que Jesucristo todavía será nuestro Rey. Al estar seguros de esto, podemos tener confianza y estar sin miedo en cualquier situación.

En la lectura del Antiguo Testamento, *Jeremías* escribió de una época oscura en la historia de Israel cuando los pastores estaban dispersando el pueblo de Dios. No obstante, Dios dio esperanza a su pueblo al mostrarles el Rey que vendría. Vendría a desempeñar el juicio y la justicia en la tierra. Judá e Israel, o sea, toda la iglesia de Dios, entonces serían salvos de la ira de Dios. Serían salvos porque este Rey quien vendría es Jehová su justicia

En la Epístola de *Colosenses*, Pablo nos dice quién es este Rey: el Hijo de Dios, el Cristo. El Hijo nos traslada del reino de la tinieblas y de Satanás. Nos lleva a un reino nuevo. Este reino nuevo que Jesús estableció es un reino de paz ganado por nosotros por medio de su sangre. Ahora el Rey reina sobre “toda la creación”. Reina sobre todo, siendo “la cabeza del cuerpo que es la iglesia”.

El Evangelio de Lucas presenta a Cristo el Rey, derramando su sangre en la cruz. Al mismo tiempo asegura al criminal que está al punto de morir un lugar en su reino sempiterno.

El Texto — Lucas 23:35-43

Este texto habla de las reacciones que las personas tienen al ver a Jesús crucificado. La mayoría de ellos se ríen y se burlan de él. Sólo uno, el ladrón quien murió junto a él, le reconoció como un Rey. A primera vista parece ser un texto extraño para un domingo en que queremos enfatizar que Cristo es Rey. Pero vamos a ver que es un texto excelente que nos enseña exactamente qué tipo de Rey es Jesús.

v. 35 — *El pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios.*

Sólo unos días antes la gente se encontraba en el templo escuchando atentamente a las palabras de Jesús (Lucas 19:48). Ahora estaban aquí mirando al mismo Jesús morir. Quizás en algún momento pensaron que Jesús era el Mesías. Quizás esperaron que les librara del gobierno romano para establecer su reino en la tierra. Se había perdido tal esperanza.

Los gobernantes del pueblo, en vez de guiar a la gente a Jesús como su Rey, les conducía lejos de él. En vez de emplear los títulos reales para alabarle a Jesús, los usaron para burlarse de él mientras moría. Dijeron, “A otros salvó (ou|to” — expresando desprecio). Querían decir que reclamó salvar a otros de maldades terrenales. Ahora le desafiaron a bajarse de la cruz. Los judíos no pensaban en la salvación en términos celestiales. En ese espíritu dijeron, “Sálvese a sí mismo.” Obviamente Jesús ahora sufría el juicio de Dios: estaba muriendo. ¿Entonces, cómo pudo salvar a alguien más o darle la vida eterna? Al ver que Jesús siguió sufriendo y no bajó de la cruz, los gobernantes pensaron que eso era prueba suficiente que no era “el Cristo, el escogido de Dios.”

“Cristo” (Cristov") significa el Ungido. La palabra hebrea es Mesías. La costumbre de ungir a la gente era muy común en el Antiguo Testamento. El acto de ungir a alguien significó que Dios estaba poniendo a éste aparte para que le hiciera algún trabajo especial. También significó que Dios derramaría sobre esta persona su Espíritu Santo, dándole el poder para cumplir su trabajo. Los reyes hebreos fueron ungidos. En 1 Samuel 16:13 Samuel ungió a David para ser el rey, y entonces el Espíritu del Señor vino sobre él.

Desde el principio, Dios había prometido mandar a un Salvador para salvar al mundo de sus pecados. El pueblo de Dios del Antiguo Testamento llamó a este Prometido por el nombre de Cristo o Mesías, puesto que él era la persona que Dios había apartado para salvar a su pueblo de sus pecados. Estas personas también sabían que Dios ungiría a este Cristo con el Espíritu Santo. Dios cumplió esta promesa. “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret” (Hechos 10:38). Esto fue en el bautismo de Jesús. Dios también había prometido a David que el Salvador sería uno de sus descendientes. Sería un rey para reinar para siempre (2 Samuel 7:13). Vea también la lectura del Antiguo Testamento para hoy. A base de esta promesa, el pueblo de Dios consideró al nombre Cristo como igual al nombre de Rey (vea Lucas 23:2). Así que los gobernantes sabían que al venir el Cristo, sería un Rey. Pero cuando miraron a Jesús muriendo en la cruz, no vieron a un Rey, como esperaban. Entonces concluyeron que fue imposible que Jesús fuera el Cristo. Lo que no entendieron es que al morir Jesús por sus pecados estaba estableciendo su reino espiritual. Jesús el Rey tuvo que morir, para que nosotros pudiéramos ser miembros de su reino.

Las últimas palabras de este versículo, (oJ ejklektov") “el escogido”, también fue un título real. Los gobernantes sabían que el Mesías había sido escogido especialmente por Dios para “traer justicia a las naciones” (Isaías 42:1). Sabían que Dios tenía un amor

especial para su escogido (Isaías 42:1). No vieron a Dios mostrando ninguna afecto a Jesús mientras estaba colgado en la cruz, así que pensaron que Jesús no era “el escogido.” Lo que no entendieron fue que el Mesías había sido escogido especialmente para este tipo de sufrimiento. Era la única manera en que pudiera traer justicia a las naciones (vea Is. 53:4). En Lucas 9:35, Dios el Padre dice de Jesús en su transfiguración, “Este es mi Hijo amado, a quien he escogido.” ¿De qué hablaban Moisés y Elías con Jesús cuando el Padre habló? Comentaban la próxima muerte de Jesús o “partida” (e!xodo") en Jerusalén (Lucas 9:31). Por sus sufrimientos, Jesús estaba dando prueba que él era el Escogido, pero los gobernantes no lo pudieron entender así.

Todo lo que sucedió destacaba a Jesús como el verdadero Rey, el Cristo, el Ungido. Hasta estas palabras de burla de los gobernantes eran una prueba de esto. Los gobernantes no se dieron cuenta de que por estas mismas palabras estaban cumpliendo una de las profecías hechas por David en cuanto al Mesías venidero (vea Salmo 22:7).

v. 36-39 — *Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDIOS. Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.*

Estos versículos nos dan tres ejemplos más de los escarnios e insultos que recibió Jesús: por los soldados, por el título sobre su cabeza y por uno de los malhechores.

Los soldados eran los legionarios romanos quienes habían sido encargados de la crucifixión de Jesús. No era bastante para ellos crucificar al Señor de gloria, así que decidieron añadir al tormento de Jesús al escarnecerlo. Primero, le ofrecieron el “vino” barato y amargo que era sólo para los soldados comunes. No fue algo apropiado para un rey. Se burlaban de él al pedirle que diera pruebas de que verdaderamente era el Rey de los Judíos. Quisieron que lo hiciera al salvarse a sí mismo. Le pidieron salvarse a sí mismo de la muerte próxima al bajarse de la cruz. Por todo eso los soldados simplemente probaron que Jesús era el prometido Mesías-Rey. Todo eso era el cumplimiento de la profecía (Salmo 69:21).

Poncio Pilato dio el orden de colocar el título sobre la cabeza de Jesús (Juan 19:19). Probablemente lo puso allí para burlarse de toda la nación judía. Las palabras del título: “Este es el Rey de los Judíos,” era el modo de Pilato de decir a los judíos, “Miren, Uds. los judíos, ¡Si quieren otro rey que Cesar, aquí lo tienen! Este hombre patético muriendo aquí en la cruz es el único rey que los judíos jamás tendrán.” Para los incrédulos, las palabras en la cruz eran una broma tonta. No obstante, dijeron la verdad. Jesús fue el Rey de los Judíos. Esto nos debe enseñar a buscar la sabiduría de Dios no en todas las cosas ingenuas que dicen las personas incrédulas ni en todos sus libros finos. Más bien busquemos la sabiduría de Dios en las cosas humildes que nos parecen ser tontas. Debemos mirar hacia la cruz para ver el Rey y a la Biblia para saber más de él (vea 1 Corintios 1:18-25).

Uno de los malhechores unió su voz a las burlas. La pregunta (oujciV) que hace a Jesús demanda una sí de respuesta. Esto demuestra que lo hizo en burla de Jesús. “¿Tú eres el Cristo, no es eso la verdad? Sálvate a ti mismo, y mientras lo hagas, salva a nosotros también.” Ni un malhechor condenado tenía algún respeto para Cristo el Rey.

v. 40, 41 — *Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo.*

Es el otro malhechor quien pone fin a todas las burlas. El texto dice que “reprendió” al otro. Reprimir (ejpitimavw) quiere decir advertir que el otro deje de hacer algo. Le preguntó si no tuviera miedo de Dios. Todos los tres hombres en las cruces habían recibido la misma condenación de muerte. Pronto los tres morirían. Sólo hubo una diferencia. Los malhechores recibieron lo merecido por sus crímenes. A Jesús le castigaban aunque no lo merecía. Jesús no hizo ningún mal (a[topon — literalmente “fuera de lugar”). Pronto los malhechores estarían ante el trono de Dios respondiendo por sus crímenes. Ahora el uno añadió a sus crímenes el pecado de insultar a un hombre inocente.

Vemos por las palabras del otro malhechor que Dios le había llevado al arrepentimiento. Muchas veces Dios usa el temor de la muerte para dar a la persona el temor de él. Este malhechor se reconoció a sí mismo como pecador y tuvo miedo de estar ante el trono de juicio de Dios. Así que en fe volvió al Único que le pudiera salvar.

v. 42 — *Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.*

Las palabras de este hombre son a la vez una llamada por auxilio y una confesión de fe. Sus pecados le molestan, pero no se desespera, tal como lo hizo Judas al ahorcarse. Es la única persona del texto que se dirige a Jesús por su nombre correcto, su nombre salvador, “Jesús”. Le pide a Jesús, “Acuérdate de mí.” Esta es una oración muy común que hicieron los creyentes del Antiguo Testamento. Acuérdate (mimnhv/skomi) no sólo significa que piense en alguien otra vez. Más bien quiere decir volver hacia mí otra vez en gracia y en misericordia, o simplemente, tenga misericordia de mí. En Génesis 8:1sig leemos cómo Dios misericordiosamente “recordó” a Noé y le salvó junto con toda su familia del diluvio. En Génesis 19:29sig leemos cómo Dios misericordiosamente “recordó” a Abraham y salvó a su sobrino Lot del fuego que destruyó a Sodoma. También pensamos en Sansón. Habían sacado sus ojos, y sus enemigos los filisteos están burlándose de él. Ora, “Acuérdate de mí”, y Dios responde a su oración al darle la fuerza necesaria para tumbar los pilares de la casa en donde los filisteos se festejaban. Esta oración del malhechor, “Acuérdate de mí”, significa que él entiende y cree que Jesús es su Dios y su Salvador.

Las palabras siguientes completaron su oración y confesión de fe, “cuando vengas en tu reino.” Jesús no pareció ser ningún Rey de reyes, y mucho menos el Rey que Dios había

prometido al mundo. Pareció un hombre derrotado de quien sus enemigos se rieron. Pareció un criminal siendo matado. Sin embargo, este otro malhechor creyó que era el Mesías, el Salvador, el Rey. No creyó lo que los ojos y la razón humana le dijeron. Creyó solamente en la palabra de Dios. Creyó en las profecías del Antiguo Testamento que dijeron que el Mesías tendría que sufrir (Isaías 53; Salmo 22). Creyó que Jesús era el Hijo de Dios cuando le escuchó orar, “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.” Porque creyó, oró, “Acuérdate de mí cuando vengas a tu reino.” No supo exactamente cuándo Jesús mostraría su gloria al mundo para demostrar que era el Rey. Pero sabía que vendría un tiempo cuando Jesús no podría ser el Rey agonizante que ahora estaba viendo. En aquel tiempo todo el mundo vería a Jesús como el Rey de todo el universo. El malhechor pidió a Jesús que le recordara en aquel día, el Día del Juicio.

v. 43 - *Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Es una característica del amor de Dios que al contestar nuestras oraciones no sólo nos da lo que pedimos, sino aún más “abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efesios 3:20). Jesús quiere dar a este hombre alguna palabra de esperanza, algo que le dará confianza para enfrentarse a la muerte. Por esta razón Jesús empieza, (α*mhvn) “De cierto te digo.” El malhechor simplemente había pedido piedad en el Día de Juicio. Pero Jesús dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. El cuerpo del malhechor sería muerto y enterrado, pero su alma estaría con Jesús en el paraíso, en el cielo. “Paraíso” (paravdeiso) es una palabra que nos recuerda a un huerto, tal como Edén. En este huerto del cielo el malhechor encontraría un descanso de sus sufrimientos, y viviría en la presencia de Jesús, el Rey del huerto. Esta fue la esperanza segura que Jesús dio a este hombre, y es la misma esperanza que tenemos todos nosotros. Por su muerte Jesús abrió ese huerto a todos.

Sugerencias Homiléticas

Este, sin duda, es uno de los textos más confortantes de todas las Escrituras, especialmente para alguien al punto de morir. Debemos recordar que este texto no fue escogido para predicarlo durante la Cuaresma. Más bien fue escogido para un domingo que tiene por su tema “Cristo el Rey.” Así que el punto central para este domingo no es tanto el hecho de que Jesús sufrió y murió, sino que sufrió y murió para hacernos partícipes de su reino. El predicador querrá destacar que este hombre colgado en la cruz es el Rey que Dios envió.

El texto tiene dos divisiones principales. El primero, del versículo 35-39, habla de las distintas maneras en que Jesús, el Rey, fue escarnecido. En esta división tenemos los títulos reales usados en conexión con Jesús, (“el Cristo,” “el Ungido,” “el Rey de los Judíos”). Todos éstos son señales destacando a Jesús como Rey. También vemos muchas profecías cumplidas (Isaías 53; Salmo 22; Salmo 69). Estas señalan a Jesús como el Rey prometido por Dios en su palabra. La segunda división, desde el versículo 40-43, nos da las palabras de Jesús y del malhechor. Vemos que el Rey es sin pecado, aunque

sufre (v. 41). También tenemos la confesión del malhechor y su oración. Finalmente tenemos la proclamación del evangelio del Rey a este hombre. Un bosquejo que sigue esta división exactamente sería:

El Rey En La Cruz

1. Los incrédulos le niegan (v. 35-39)
2. Un criminal Le confiesa (v. 40-43)

Otro bosquejo que básicamente sigue la misma idea, pero que lo hace un poco más personal y da mayor énfasis a las palabras de Jesús es:

El Malhechor Ve al Rey

1. Ve a un Rey que el mundo no ve (v. 35-42)
2. Ve a un Rey que le llevará al paraíso (v. 43)

Un bosquejo final que da el énfasis principal a las palabras de Jesús y que pone todas las otras ideas subordinadas a ellas es:

Hoy Estarás Conmigo en el Paraíso

1. Esta es la promesa de un Rey (usa la material del texto que destaca a Cristo como Rey)
2. Esta es una promesa hecha a los pecadores (el malhechor se opuso a los enemigos de Jesús que eran justos en su propia estimación y escarnecedores)

Índice de textos bíblicos

Mateo 2:1-12	52
Lucas 1:39-55	24
Lucas 2:1-20	30
Lucas 2:21	42
Lucas 2:25-38	36
Lucas 3:1-6	14
Lucas 3:7-18	18
Lucas 3:15-17, 21, 22	58
Lucas 4:1-13	108
Lucas 4:14-21	67
Lucas 4:21-30	72
Lucas 5:1-11	78
Lucas 6:17-26	84
Lucas 6:27-38	90
Lucas 6:39-45	97
Lucas 7:1-10	203
Lucas 7:11-17	208
Lucas 7:36-50	212
Lucas 9:18-24	218
Lucas 9:28-36	101
Lucas 9:51-62	223
Lucas 10:1-9, 16	229
Lucas 10:25-37	234
Lucas 10:38-42	239
Lucas 11:1-13	243
Lucas 12:13-21	248
Lucas 12:32-40	252
Lucas 12:49-53	256
Lucas 13:1-9	117
Lucas 13:22-30	261
Lucas 13:31-35	114
Lucas 14:1, 7-14	267
Lucas 14:25-33	272
Lucas 15:1-10	276
Lucas 15:1-3, 11-32	122
Lucas 16:1-13	281
Lucas 16:19-31	287
Lucas 17:1-10	294
Lucas 17:11-19	300
Lucas 18:1-8	305
Lucas 18:9-14	311
Lucas 19:1-10	316
Lucas 19:11-17	332

Lucas 19:28-40	135
Lucas 20:9-19	129
Lucas 20:27-38	321
Lucas 21:5-19	326
Lucas 21:25-26	9
Lucas 22:7-20	140
Lucas 23:35-43	338
Lucas 24:1-11	152
Lucas 24:44-53	179
Juan 1:1-18	45
Juan 2:1-11	62
Juan 10:22-30	166
Juan 13:31-35	170
Juan 14:23-29	174
Juan 15:26, 27; 16:4-11	191
Juan 16:12-15	197
Juan 17:20-26	184
Juan 19:17-20	145
Juan 20:19-31	157
Juan 21:1-14	162



Multi-Language Publications
Bringing the Word to the World

Sermon Studies-Gospels-Series C
Spanish
MLP Catalog Number: 38-7150